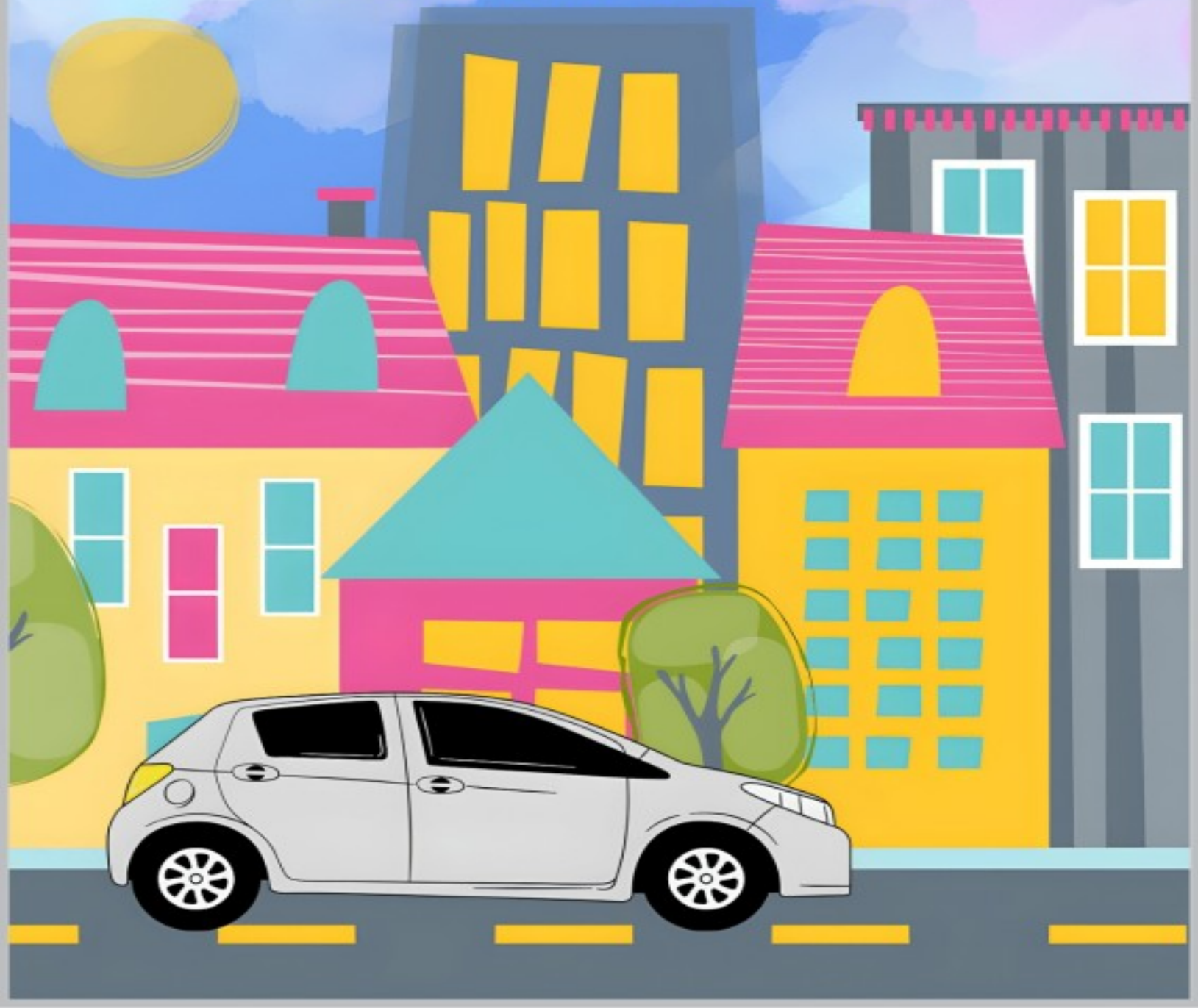
Donde nacen las raíces

Alba M. Hernández



DONDE NACEN LAS RAÍCES

Donde nacen las raíces

Alba M. Hernández

Copyright © Alba M. Hernández
Copyright © Alba M. Hernández, portada.
1ª edición. Mayo 2026. Todos los derechos reservados.
Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio electrónico o mecánico sin la autorización previa. No se permite su incorporación a un sistema informático ni su transmisión.

ISBN: 9798195243791
Sello: Independently published

A las que tuvieron el valor de perderse para, por fin, encontrarse.

1

Tener solo unos sesenta euros en la cuenta corriente a tus treinta y cuatro años no es el fin del mundo. Conozco a gente en una situación parecida. Que no saben gestionar su economía o que viven al límite sin preocuparse lo más mínimo por el futuro. Tampoco pasa nada si te echan del trabajo sin previo aviso y tu compañera de piso decide, amablemente, invitarte a abandonar la que ha sido tu casa hasta el momento y sustituirte por otra persona porque no puede con todos los gastos ella sola. Es comprensible. Totalmente. Pero tener que volver a casa de mi madre, por no tener un sitio en el que caerme muerta, me parece el culmen de la desgracia. La desdicha en su máximo nivel.

—No. Eso sí que no.

Suelto una mano del volante y cambio la emisora de la radio al reconocer una estúpida letra optimista y llena de mensajes de superación que, ahora mismo, podrían producirme urticaria. Prefiero regocijarme en mi tragedia y en la miseria que me rodea. Paso de pensar en que algo bueno me deparará. No es mi estilo. Aunque tampoco lo es el tener que buscar ayuda de otra persona y, aunque he intentado buscar cualquier otra opción posible, la que sea, no me queda de otra que volver al nido por mucho que me ahogue la idea. Siempre he sido algo solitaria. Por no decir bastante. Pero es que, por lo general, la gente me cae mal. No me gusta socializar. Me gusta tener mi propio espacio y controlarlo. No depender de nadie ni dar explicaciones.

Suspiro, me paso una mano por la cara e intento no pensar en que la burbuja en la que he vivido durante años va a explotar. Mi progenitora es la mujer más entrometida del mundo. Es la típica persona que siempre intenta saber cómo estás, qué tal te va o si

necesitas ayuda. Y es pesada. Muy pesada. Muchísimo. No se corta en absoluto en preguntártelo unas quinientas veces por minuto si es necesario. Y sí, a ella le fascina la idea de tenerme de vuelta. Supongo que está deseando tener a alguien en casa a quien molestar ya que, desde que mi hermano y yo nos marchamos, ha estado sola. No ha rehecho su vida a pesar de que perdimos a mi padre hace unos veinte años.

Contengo la respiración en cuanto veo el cartel del desvío hacia mi pueblo en la carretera. Queda poco. Muy poco. Y, aunque llevo como una semana preparándome para esto, no estoy lista para enfrentar esta nueva etapa en mi vida. Solo espero que sea corta. Muy corta. Extremadamente corta. Insignificante. Necesito recomponerme cuanto antes y volver a mi solitaria y encantadora rutina.

Pongo el intermitente, giro el volante hacia la derecha y mantengo un ritmo lento, incluso por debajo de lo permitido. Todos estos minutos, aún libre y en soledad, son como un regalo caído del cielo.

—¿Qué narices...?

Intento enfatizar el sentido del olfato. De repente un fuerte olor invade el interior del vehículo. Parece que algo se ha quemado. Muevo la vista de un lado de la carretera a otro en un intento de averiguar el sitio de procedencia de este olor y lo descubro rápidamente en cuanto empieza a salir humo de la parte delantera de mi coche.

—No me jodas —suelto antes de detener el vehículo en el arcén, todo lo alejado posible de la carretera para no molestar al resto de conductores, aunque por aquí no pase ni Dios.

Me bajo y me aparto. No tengo idea de qué hacer, pero sí tengo muy claro que no me voy a acercar, ya que sigue echando humo y, cada vez, más negro. Así que me alejo y, tras debatirlo durante unos largos minutos, llego a la conclusión de que no me queda más remedio que llamar a mi madre. Nuestro encuentro va a darse antes de lo que tenía planeado y sonrío por lo mucho que le gusta a la vida reírse de mí. No sé qué clase de persona fui en mi

vida pasada, pero parece que me lo están cobrando en esta. Y con creces.

Tomo aire, lo suelto lentamente y la busco en la agenda. Pulso sobre «madre» y mentiría si dijese que no tiemblo cada vez que escucho un nuevo tono de llamada. Descuelga en cuanto estoy a punto de colgar y buscar cualquier otra alternativa.

—Hola, cariño, ¿dónde estás? ¿Cuándo llegas? —pregunta muy animada.

—Estoy tirada en la carretera principal.

—¿Cómo? ¿Qué haces ahí?

—Créeme que no es por gusto, madre —aclaro—. El coche se ha roto.

—No me digas madre. Me hace parecer mayor.

—Eres mayor —le recuerdo.

—¿Y cuándo llegas?

Cambia de tema de forma radical para que ambas olvidemos que le acabo de recordar que ya no es una joven. Es algo muy típico en ella. La ignorancia.

—¿Cuándo llego? —cuestiono—. ¿No me escuchas? Está saliendo humo del coche. No voy a subirme en él para que explote y me calcine.

—Menuda exagerada.

Susurra esas dos palabras, pero la escucho perfectamente y abro los ojos muy sorprendida. Había olvidado lo temeraria que es. Estoy segura de que, si le hubiese pasado a ella, no hubiese detenido el vehículo en ningún momento.

—Creo que estoy a unos veinte minutos —comento—. Verás mi coche en el lado derecho de la carretera.

—Ah no, yo no puedo ir. Estoy en una ruta de senderismo.

—¿En una ruta de senderismo? —cuestiono algo incrédula.

—Sí. Eso he dicho. Ahora que vas a estar por aquí igual te puedes unir a una de nuestras salidas. ¿A que sí, chicas?

Escucho de fondo un «sí» colectivo y muy rotundo y un escalofrío recorre mi espalda ante la imagen de tener que pasar tiempo haciendo deporte con desconocidos. Deporte y gente que no conozco no es una buena combinación para mí. Pero decido guardar

silencio y no confesarle lo que pienso. No sé cómo de bien le puede sentar a mi madre el rechazo, no ahora que necesito que me rescate.

—Llamaré a Guillermo —informo resignada.

—No. Tu hermano está trabajando. Pero tranquila, yo me encargo de todo. Tú solo espera allí. En nada te llegará ayuda.

Y, sin más, me cuelga. Me quedo mirando la pantalla del teléfono e intento encontrar una explicación lógica al hecho de que mi madre, mi propia madre, haya ignorado por completo mi situación. Guardo el móvil, me subo la cremallera de la chaqueta hasta el cuello y, desde mi posición, observo mi coche, que sigue echando humo, aunque ya de un gris más claro y mucho menos alarmante. Podría subirme e intentar arrancar, pero aprecio mi vida lo suficiente. Así que localizo una gran piedra a un par de metros y decido sentarme en ella a la espera de que alguien aparezca.

Pasan los minutos y yo pierdo la cuenta de las veces que he pedido vidas extras a mis amigos online para seguir avanzando en el juego de móvil. Y, de repente, escucho el sonido de un coche. Un coche grande. Al alzar la vista descubro que una grúa se aproxima y no tardo nada en levantarme para que me vea. La ayuda que ha mandado mi madre es buena. Lo reconozco, aunque jamás de los jamases se lo confesaré. Es un secreto que pretendo llevarme a la tumba.

Observo con detenimiento a un chico con la ropa manchada de grasa bajando del vehículo de un salto. Es alto, rubio, se nota que practica algún deporte y lleva los brazos completamente tatuados.

—¿Eres Belén?

—Eso parece.

No sé qué le ha hecho gracia, pero sonríe.

—Nieves me ha mandado a por ti —aclara diciendo el nombre de mi madre y, sin saber por qué, me hace sentir más tranquila—. ¿Esta vieja gloria te ha dejado tirada?

Me suelta la pregunta y yo, mentalmente, hago un acto de buena fe para no responderle con alguna frase cargada de ironía ya que no hay que ser muy listo para darse cuenta de la situación y

entender que, efectivamente, estamos al lado del coche averiado que me ha dejado sin poder avanzar.

—Por cierto, me llamo Javi.

Se presenta y, cuando él mismo comprueba lo sucias que están sus manos como para estrechar una de las mías, se limita a sonreírme.

—¿Cuántos años tiene? —pregunta mientras observo cómo prepara todo para subir mi coche a la grúa.

—Unos diez años.

Me mira sorprendido y decido no seguir con esa conversación. No me interesan los temas que tienen que ver con la automoción. Así que me quedo en silencio mientras le veo trabajar. Y lo hace bastante rápido y, cuando casi puedo tocar con los dedos la libertad de este fatídico momento, caigo en la cuenta de que ahora viene lo peor. Tengo que compartir espacio con Javi.

Me invita a subir a la grúa y no me queda más remedio que aceptar. Por mucho que me moleste socializar, llevo aún peor el hecho de tener que realizar alguna actividad física sin objetivo alguno. Así que descarto la idea de llegar a casa de mi madre andando.

—¿Eres mayor o menor que Guillermo? —pregunta en cuanto arranca.

Había olvidado lo que era vivir en un pueblo. Todo el mundo te conoce aunque tú no los conozcas a ellos.

—Menor.

Él asiente con la cabeza, enciende la radio y música rock nos envuelve. Al menos tiene buen gusto.

—Yo soy hermano de Fabiola.

—¿De qué Fabiola?

Lo pregunto muy interesada porque, en el fondo, soy algo cotilla. Y quizás no tan en el fondo también.

—De esa Fabiola que iba contigo al colegio.

Me responde sin ningún tipo de problema y yo frunzo el ceño bastante confundida mientras dejo escapar de mis labios un «eres ese Javi» en apenas un susurro.

—Has cambiado muchísimo —aseguro y él se encoje de hombros sin perder la sonrisa de los labios.

Recuerdo a mi antigua compañera de colegio. Y también a su enclenque hermano pequeño. Pero jamás podría haber imaginado que se convertiría en el hombre que tengo sentado justo a mi lado.

—¿Cuánto tiempo hace que no vienes por aquí?

—Vengo alguna que otra vez.

—Pues hace mucho que no te veía —asegura.

Normal. Mis visitas son rápidas. No tengo tiempo, o al menos no lo tenía. Es lo que tiene trabajar de cara al público. Tienes un día libre y lo desperdicias en ser una persona adulta que va a hacer la compra, limpia y prepara el menú para toda la semana.

Durante el resto del trayecto sigue conversando y, poco a poco, me acaba metiendo del todo en la conversación. Me informa sobre su hermana y cómo le ha tratado la vida. También me cuenta cómo, a pesar de lo joven que es, lleva años arreglando coches y desconecto un poco al empezar a contarme su último fracaso amoroso cuando una canción de desamor suena en la radio. Mi vida es demasiado desdichada como para sumarle más dramas.

—¿Quieres que te acerque a casa de tu madre? —pregunta Javi en cuanto detiene la grúa frente al taller.

—No es necesario. Está aquí al lado.

—Lo sé —dice sonriente—. Pero no me cuesta nada.

Le dedico una pequeña sonrisa después de un «no te preocupes». Tengo que reconocer que el chico ha sido bastante amable. Así que tampoco vale la pena que sea borde con él. No es justo ni necesario.

—Le echaremos un vistazo y te llamaremos en cuanto sepamos algo —aclara nada más bajarnos—. Acompáñame un momento dentro para apuntar tu teléfono.

Asiento, sigo su estela y observo el taller una vez dentro. Es grande. Más de lo que pensaba desde fuera. Pero sigue siendo el típico taller. Hay coches, alguna moto, herramientas, máquinas que no sé para qué sirven y el característico olor de ese lugar.

Cuando Javi aparece de nuevo lo hace con una libreta en las manos que me cede enseguida. Descubro que ya ha puesto mi

nombre en el papel acompañado de un «hija de Nieves» y dejo mi número apuntado.

—Me gustaría saber el precio de la reparación antes de que le metas mano —le pido.

No me viene del todo bien gastarme mucho dinero ahora mismo, pero creo que es algo que él no tiene por qué saber.

Me asegura que me llamará y, tras despedirnos, decido abandonar el lugar después de coger la maleta con algunas pertenencias que llevo en el coche. Tras esta aventura improvisada me toca enfrentarme al gran dolor de cabeza que va a suponer iniciar de nuevo una convivencia con mi progenitora. Estoy segura de que se va a entrometer en todos y cada uno de los aspectos de mi vida. Va a cuestionar todas mis decisiones e incluso va a controlar cuando entro y salgo de casa. Un autentico calvario. Ya me siento de nuevo una adolescente y aún ni siquiera nos hemos visto. Pero tengo que frenar y dejar de pensar en todas esas suposiciones cuando un coche se detiene casi en mitad de la entrada del taller. Y, cuando estoy a punto de protestar y quejarme a esa persona que casi me atropella, todo se detiene en cuanto reconozco a la mujer que se acaba de bajar del coche. Es Miriam. Una vieja conocida que llevaba tiempo sin ver. Sus ojos se encuentran con los míos y creo ver en ellos que también me ha reconocido. Pero ninguna decimos nada. Ni un triste saludo. Supongo que todo tiene que ver con nuestro pasado. Ella se convirtió en una de las chicas populares de clase y yo era el bicho raro. A pesar de todo, y durante años, fuimos amigas. Muy buenas amigas, para ser honestas. Pero, de la noche a la mañana, nuestra relación se volvió distante y cortante y, a día de hoy, sigo sin saber qué ocurrió.

Desde entonces han pasado más de veinte años y todo lo que tenga que ver con ella me importa bien poco. Así que decido ignorarla y sigo mi camino mientras vuelvo a pensar en lo irónico de toda esta situación. Mi vida se ha vuelto patas arriba por completo y, al parecer, el destino aún tiene más ganas de seguir jugando conmigo.

***

No sé el tiempo que llevo ya en casa, pero me sorprende seguir estando en paz y tranquilidad.

Para mi sorpresa, mi madre no estaba cuando llegué, supongo que sigue en esa ruta de senderismo. Así que yo he aprovechado para organizar mi antigua habitación. Abrí la casa con la llave que me hizo llevar siempre conmigo, asegurándome que aquí siempre habría un sitio para mí. Algo que, en estos momentos, decido agradecerle, aunque sea solo en mi cabeza. Haberla esperado en la puerta de casa habría sido demasiado deprimente.

Acomodo la ropa que he traído en la maleta, ya que el resto de mis cosas las he dejado en el coche confiando demasiado en el ser humano y en que mis pertenencias sigan ahí después de que arreglen el vehículo. Repaso algunos de los libros de mi adolescencia. Hay un poco de todo. Misterio, ciencia ficción y algún ejemplar de romance. Ni recordaba que me gustaba tanto leer, aunque supongo que es una buena vía de escape cuando sientes que no encajas con el resto.

Me giro y observo un pequeño tablón de anuncios en el que, en su momento, fui clavando cosas que me resultaban interesantes o importantes. Entradas de conciertos, de sesiones de cine, pegatinas, pulseras e incluso una foto con mi hermano.

Al otro lado de la habitación, en la pared que hay junto a la cama, sonrío al ver el mayor de mis tesoros. Un poster enorme de Sarah Michelle Gellar. La mayor heroína de todos los tiempos. Y quien diga lo contrario, miente. Me acerco hacia esta fotografía que durante tanto tiempo me acompañó y la quito con cuidado para no romperla y guardarla. Mi amor hacia Sarah evolucionó, sobre todo al darme cuenta de que jamás llegaríamos a nada, pero no estoy dispuesta a deshacerme de ella.

—Vaya, parece que la cosa va en serio —dice mi madre, sorprendiéndome—. Has quitado a Buffy de la pared —aclara.

—Hola, madre.

Le saludo con una sonrisa sincera y es ella la que se acerca para darme un abrazo y un beso en la mejilla.

—Siento no haber ido a por ti, pero estábamos como a unos veinte kilómetros de distancia y aún teníamos que hacer todo ese

recorrido de vuelta a pie —confiesa.

—No te preocupes. Sé apañármelas solita —alardeo, aunque una pequeña parte de mí casi entra en pánico.

—Ya claro. Porque haberte mandado a Javi no te ha ayudado en nada, ¿verdad? —cuestiona divertida y a mí no me queda más remedio que mantenerle la mirada mientras contengo la sonrisa—. ¿Necesitas algo?

—No. Ya he visto que me has dejado las sábanas preparadas —contesto mientras las señalo sobre la cama.

Nos miramos en silencio y, de golpe y sin previo aviso, siento que la escena se carga de algo que no sé descifrar. Ella me mira con cautela de arriba abajo como queriendo averiguar algo y eso me pone bastante nerviosa.

—¿Estás bien? —suelta.

—Estupendamente.

—Belén, hablo en serio —señala con rapidez.

—Y yo también.

Me mira no muy convencida con mis palabras, pero ambas sabemos que poco más puede hacer. Cuando me cierro, me cierro. Y no. No estoy bien, obviamente. He tenido que dejar mi vida y volver a la casilla de salida, pero no me apetece hablar del tema. No quiero que nadie sienta lástima de la pobre Belén que ha tenido que volver a casa porque su vida adulta se le ha hecho bola y no ha sabido resolver sus problemas.

—¿Qué te apetece para cenar? —pregunta, cambiando totalmente de tema.

—No tengo mucha hambre.

—¿Y si pedimos una pizza?

Ignora por completo lo que acabo de decirle, pero me ha ganado y lo sabe. Sonríe victoriosa y decide dejarme a solas para que continúe con mi labor. Algo que me sorprende muchísimo. Mi madre no es de esas madres que te da espacio. Se aproxima más a una de esas madres que te atosigan y que, sin quererlo o queriéndolo, te sacan de tus casillas. Así que me tomo este respiro como un regalo que debo aprovechar para lo que se me viene encima.

2

Abro los ojos poco a poco cuando unas voces rompen mi descanso y la realidad me golpea de lleno. Sí. En efecto. Estoy en casa de mi madre. Lo de ayer no fue una pesadilla y acabo de despertar en mi antigua habitación.

Miro hacia el techo tras soltar un bostezo e identifico que hay alguien más con mi madre en la cocina. Supongo que es mi hermano. Y supongo que querrá verme. Pero yo prefiero seguir refugiada entre las sábanas sin querer enfrentarme al mundo. Así que me giro y me arropo. Sarah Michelle Gellar me observa como si estuviera juzgándome y ahora mismo me arrepiento de haberla devuelto a su sitio. Pero es que yo no soy nadie para quitarla de la pared en la que lleva tantos años. Es más, este sitio le pertenece más a ella que a mí.

—No me mires así. No, no pienso bajar —digo mientras la observo—. No pienso enfrentarme a otro día. Voy a quedarme aquí sin moverme mientras los días pasan y pasan. Con suerte, nos enfrentaremos a un nuevo apocalipsis y tú no podrás salvarnos esta vez.

Vuelvo a cerrar los ojos, pero mi madre me llama desde la planta baja. Le importa bien poco que pueda estar dormida o que quiera dedicar el resto de mi existencia a no hacer absolutamente nada. Ella va por libre. Escucho mi nombre por segunda vez. No se rinde. Así que no me queda más remedio que soltar un «ahora bajo» y salir de la cama.

Ha ganado esta batalla, pero no la guerra.

Me aseo un poco, me pongo un chándal y mientras voy bajando las escaleras descubro que no solo me esperan mi madre y

mi hermano. Mi cuñada y mi sobrina también están en casa. El pack familiar al completo.

—Vaya, si es la Bella Durmiente.

Ese es el saludo de mi hermano en cuanto me ve, pero yo ni siquiera le dedico unas palabras. La ignorancia es el camino hacia el éxito. Camino hacia la mesa y me siento junto a mi cuñada, Rocío, que me sonríe y me pasa la mano por la espalda con cariño.

—¿Qué tal estás? —pregunta.

—Bien. Intentando asimilar un día más en mi patética existencia —respondo mientras fuerzo una gran sonrisa.

—Belén.

Mi madre llama mi atención y, cuando la miro, sus ojos señalan a la pequeña Paula, que está justo enfrente y me observa muy atentamente. Tiene siete u ocho años. Quizás nueve. No lo tengo del todo claro. Tiene el pelo rubio y rizado y lo lleva corto. Y sus ojos son azules y altamente llamativos. Su apariencia no tiene nada que ver con la de mi hermano. Casi calvo a sus cuarenta años, barba negra con algunas canas y ojos oscuros. Y mi cuñada tampoco tiene muchos rasgos parecidos a los de su propia hija. Podría no parecer de la familia, pero mi madre, y las cientos de fotografías de cuando yo era pequeña, dejan claro que mi sobrina y yo nos parecemos bastante.

—Hoy la tita Belén te va a llevar al cole —dice mi madre antes de dejarme un tazón de leche caliente sobre la mesa y acercarme los cereales.

Y ni siquiera me da tiempo a protestar. La pequeña Paula habla.

—¿Por qué? —pregunta y yo le clavo la mirada a mi madre, apoyando a mi sobrina en silencio.

—Porque la tita Belén quiere llevarte. Le hace ilusión.

Giro el rostro con rapidez y conecto rápidamente mis ojos con los de mi progenitora. ¿Por qué dice eso? ¿Por qué le miente a una niña pequeña? ¿Nadie le ha dicho que eso está feo? ¿Qué clase de ejemplo le está dando?

Me ignora, hace como si no estuviera presente, y le sonríe a la pequeña antes de llevarse la taza de café a los labios para dar un

sorbo.

—¿De verdad quieres llevarme al cole?

La pregunta de Paula me pilla totalmente desprevenida. ¿Quiero llevarla al cole? Pues, sinceramente, no. Desde luego que no. En absoluto. No me apetece nada de nada. Pero, ¿soy capaz de decirle algo así a una criatura tan pequeña e indefensa? No soy un monstruo. Así que no me queda más remedio que forzar una nueva sonrisa y asentir mientras siento que esta mentira me acerca un poco más a mi madre.

—Deberíamos irnos ya. No quiero llegar tarde —asegura como si de repente tuviese unos diez años más.

Salta de la silla tras terminarse su vaso de leche de un trago y, mientras mi hermano, su mujer y mi madre hablan, yo observo a la pequeña salir de la cocina y dirigirse al salón.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte por aquí? —pregunta Guillermo, captando toda mi atención.

Me encojo de hombros porque no tengo la respuesta. Ojalá lo supiera.

—Estará el tiempo que sea necesario —dice Rocío—. Como si decide quedarse y no volver a la ciudad.

Me dedica una sonrisa que pretende ser tranquilizadora, pero a mí se me eriza cada centímetro de piel. Quedarme en este pueblucho no es una opción. En absoluto.

—No voy a quedarme aquí para siempre, solo necesito encontrar trabajo —aclaro.

—Yo puedo hacer unas llamadas y encontrarte algo aquí en el pueblo —señala mi hermano.

—No es mi prioridad.

Intento zanjar la conversación con esas palabras. No sé en qué momento ha entendido que quiero que mi vida laboral se desarrolle aquí. Pero tampoco quiero ser dura con él. Al menos lo intenta.

—¿Vamos?

La voz de Paula interrumpe la conversación y, tras beber un poco de leche, caigo en la cuenta de que se refiere a mí. Me mira seriamente con la mochila colgada en la espalda.

—Quiero llegar antes que Estefanía —me asegura.

—Cariño. Llegar la primera al cole no es importante —le indica su madre.

—Pero quiero ser la primera —insiste.

Mi madre, de una forma muy poco sutil, da con el pie en la pata de mi silla y yo ni me molesto en preguntarle qué quiere. Me ha designado una labor y tengo que cumplirla sí o sí. De nada vale intentar librarme de ella.

—Está bien. Nos vamos.

Me levanto de la silla y Paula ni se molesta en despedirse de sus padres. Camina delante, la sigo y, de repente, se detiene en la puerta. Gira el rostro, me mira e intento analizar y comprender qué pasa. ¿Por qué no avanza? Pero no dice nada y observo que se desespera antes de cruzarse de brazos.

—Mis padres no me dejan abrir la puerta. Dicen que soy muy pequeña —aclara.

—Pues yo diría que pareces más responsable que tu padre.

Suelto esas palabras en voz baja y me adelanto para abrir. Ella no tarda nada en avanzar, pero lo hace con tranquilidad. Tiene la situación controlada a pesar de que quiere ser la primera en llegar al colegio. ¿Qué clase de niño tiene ese objetivo en la vida? Yo, a su edad, fingía todas las enfermedades posibles para quedarme en la cama.

Camina a mi lado y ninguna dice nada. La observo desde la diferencia de altura que nos separa y me sorprende la seguridad que desprende. Tanto que la admiro.

—¿Por qué me miras? —pregunta de golpe y sus ojos se clavan en los míos—. ¿Tengo algo en el pelo?

—No. No. Todo está perfecto —respondo con rapidez—. ¿Por qué te gusta ir al colegio?

Cambio por completo el tema de conversación y Paula vuelve a mirar al frente mientras me fijo en que otros niños, con sus respectivos adultos, van apareciendo por el camino.

—Porque me gusta aprender.

—¿Y por qué te gusta aprender?

Me genera curiosidad su respuesta, no parece propia de una persona de su edad, y su mirada vuelve a clavarse en la mía.

—Porque quiero ser la más lista.

—¿Y por qué? —insisto y me siento como si yo fuese la menor de las dos.

—Porque es lo mejor.

Responde con total seguridad y se adelanta un par de pasos mientras yo la sigo y pienso en su contestación. No sé si es consciente de lo que acaba de decir o lo ha dicho porque se lo ha escuchado a alguien. Pero veo cero fisuras en su lógica. A mí, seguramente, me hubiese ido mejor en la vida si hubiese sido más lista o hubiese actuado con un poco más de inteligencia.

Nos acercamos a la puerta de entrada del colegio y, debido a su aplomo, parece que es ella la que me está llevando a mí.

—No me lo puedo creer. ¿Belén?

Giro el rostro y descubro que, Alicia, una ex compañera de clase, me mira sonriente mientras un pequeño agarra su mano.

—Laura, es Belén. ¿Te acuerdas?

Sonríe y yo también, pero yo lo hago por puro compromiso y por no saber qué más hacer. Las recuerdo a ambas y no es que nos llevásemos del todo bien. Aunque, para ser sinceras, es que no nos llevábamos. Cero relación. Cero contacto.

—¿Qué haces por aquí? —pregunta Alicia.

—He venido a pasar unos días.

Miento porque no necesitan saber la verdad de la historia. Es totalmente innecesario.

—Eso es genial —asegura y, mentalmente, preguntó un «¿qué tiene de genial?».

Finjo otra sonrisa y pego un respingo cuando algo agarra mi mano.

—Joder, qué susto —confieso tras observar que ese algo es Paula.

Había olvidado el motivo de la obligación impuesta por mi madre esta mañana.

—Paula es una niña excepcional —asegura Laura y me fijo en que mi sobrina y quien supongo que es su hija se miran con intensidad. Quizás demasiada—. Ella y Lucía son amigas.

Descubro así el nombre de su hija y siento que la pequeña, que aún sostiene mi mano, hace algo más de fuerza. Parece que las palabras de mi ex compañera no le han gustado demasiado.

—Voy a llegar tarde —dice, tirando de mí.

—Yo también, mamá —señala la hija de Laura.

Me despido de mis ex compañeras con otra sonrisa fingida y sigo los pasos de la pequeña como puedo, ya que tira de mí y la diferencia de altura es un impedimento. Conseguimos terminar el recorrido sin que crucemos ni una sola palabra más. El ambiente se ha vuelto un tanto extraño y, ahora mismo, no sé ni cómo ha ocurrido.

—La abuela me da un beso —dice tras soltar mi mano justo frente a la entrada del colegio.

Nos miramos durante unos muy largos segundos y, cuando estoy a punto de agacharme para hacer lo que hace mi madre, Paula frunce el ceño y desaparece de mi vista. Un segundo después, Alicia y Laura están a mi lado de nuevo, despidiéndose de sus hijos. Me percato que el chico se toma su tiempo, pero que Lucía, la hija de Alicia, sale corriendo para adentrarse en el edifico cuanto antes. Estoy segura de que las ganas de Paula de llegar la primera a clase tienen algo que ver con esto.

—Vamos a tomar café, ¿te apuntas?

Me aseguro de que me lo han preguntado a mí y, tras comprobar que sí, solo quiero que la tierra me trague. ¿Por qué iba a querer tomar café con ellas? ¿Por qué iba a malgastar mi tiempo en personas que ya ni recordaba? Es absurdo.

—Lo siento. Pero tengo cosas que hacer. Igual otro día.

Uso las palabras más adecuadas y correctas que pasan por mi mente y con una nueva sonrisa, también fingida, me despido y vuelvo sobre mis pasos para encerrarme en casa de mi madre y no tener que llevarme otra sorpresa más.

***

Me acomodo mejor en el sofá, doy un trago al té caliente que me estoy tomando y presiono «siguiente capítulo». No pienso moverme de aquí en toda la tarde. Ni en todo lo que me queda de día. No tengo un plan mejor y tampoco lo busco.

Escucho unos pasos aproximándose y hago mi viejo truco de «si no te mueves, no te ve» ya que estoy completamente segura de que mi madre viene a romper mi tranquilidad.

—¿Qué haces?

Suelta la pregunta y yo finjo una extrema concentración para hacerle creer que no la he escuchado e igual así se marcha. Pero no funciona. Recorta la distancia que nos separa y se sienta justo a mi lado.

—¿Vas a pasar todo el día aquí sentada? —insiste y no me queda más remedio que contestarle, pero solo lo hago asintiendo con la cabeza, no quiero que nazca una conversación entre nosotras, quiero estar tranquila y seguir disfrutando de mi soledad—. ¿Y qué ves?

Tomo aire y lo suelto lentamente. No va a parar. No hasta conseguir lo que quiere. El problema es que no sé qué es lo que quiere.

—Una serie de médicos.

—Uy, ¿por qué ves eso? —pregunta un tanto sorprendida—. Yo no podría. Estaría cuestionándome a cada momento si tengo alguna de las enfermedades que salen —aclara.

—Es ficción —señalo.

Y no le da tiempo a decirme nada más cuando una escena algo sangrienta aparece en escena. A uno de los protagonistas la operación que está realizando se le ha complicado.

—Dios santo —suelta impresionada, llevándose incluso una mano al pecho—. ¿Por qué ves esto? —repite—. ¿No tienes pesadillas por las noches?

—No tengo doce años, madre.

Sonrío al ver lo afectada que parece y veo cómo entrecierra los ojos, aunque es incapaz de dejar de mirar lo que está sucediendo.

—No deberías ver estas cosas —señala, totalmente convencida.

—Me gusta —aclaro—. Pero tú no estás obligada a hacerlo.

Dejo caer que no necesito compañía, pero no parece pillarlo. O igual no quiere pillarlo. Me decanto más por la segunda opción.

—En realidad venía a pedirte que me eches una mano.

Confiesa y mi mirada se clava en ella, pero mi madre no me mira, sigue observando la pantalla con mucha atención e incluso suelta un «qué guapo es ese médico» cuando otro protagonista aparece. Se queda en silencio y yo hago como si no hubiese dicho nada.

—Venga, ven. Luego acabamos esto.

Tras decir esas palabras coge el mando y apaga la televisión y yo me quedo mirándola mientras la veo levantarse con toda la tranquilidad del mundo después de haber roto todo mi momento.

—Belén, vamos.

Insiste al ver que no me muevo y cierro los ojos unos segundos mientras pienso en la tranquilidad que me está siendo arrebatada injustamente.

Sigo su camino, aunque no me apetece. Prefiero hacerle caso a tener que soportar su insistencia. Y también pienso en que, cuanto antes la ayude, antes volveré a recuperar mi espacio.

Salimos al patio y reconozco que me deja un poco descolocada. No sé a qué quiere que le ayude aquí.

—¿Qué te parece?

Me lanza la pregunta y gira el rostro para asegurarse de que le voy a responder.

—¿El qué?

Alza una ceja tras mis palabras y eso me deja muy claro que algo no va bien.

—¿No has notado el cambio que le he dado al patio?

Suelto un «ah, eso» y su gesto se vuelve más duro. Estoy metiendo la pata por cada segundo que pasa y ni me estoy dando cuenta.

—Hay más plantas —señalo con rapidez para que su molestia no crezca.

—¿Y ya está? —cuestiona, cruzándose de brazos—. Llevo meses dedicando todo mi esfuerzo a que este espacio sea el más bonito de la casa —aclara—. He pintado, he remodelado y organizado cada planta por secciones.

Contemplo todo lo que está a mi alcance y, ahora que lo ha dicho, tiene razón. El cambio es evidente. Pero no puede culparme

por no haberme dado cuenta. Nunca me fijo en las cosas que no me importan.

—Te ha quedado muy bien, madre.

Alabo su trabajo sin ningún tipo de ironía, pero con la clara intención de abandonar la escena y así volver al sofá. No obstante, ese sueño desaparece en cuanto mi progenitora ve mis intenciones y me agarra del brazo para tirar de mí y que la siga.

—Tienes que ayudarme a recolocar una plantita —aclara.

Nos movemos. Bueno, ella me mueve. Y solo me suelta cuando a ella le parece bien.

—Quiero que esté ahí.

Señala la ubicación deseada para el cambio y, justo después, la plantita que tengo que desplazar.

—Tu concepto de plantita es bastante curioso —recalco y me cruzo de brazos—. Es un árbol. Un maldito árbol.

—No hables así de mal —apunta—. Y es un limonero.

—Gracias por la aclaración.

Ironizo a media voz, pero lo ha escuchado perfectamente y me regala un pequeño empujón.

—Eso es maltrato —digo, poniéndome recta.

—Demuéstralo.

Me reta sin pestañear y me indica con la cabeza que tengo una labor pendiente.

—Está bien. Te ayudaré.

Me rindo y recorto la distancia que me separa del árbol. Me agacho y me preparo y, pasados unos segundos, alzo la cabeza al comprobar que mi madre no me acompaña. Mis ojos la encuentran con rapidez, ya que sigue en el mismo sitio, observándome.

—¿Y bien? ¿Algún problema? —cuestiona.

—¿No piensas ayudarme?

—Yo he sido la que te ha pedido ayuda a ti —responde con tranquilidad—. No pensarás que voy a hacer un esfuerzo así con mi edad y mi vieja espalda.

Se queda mirándome y no veo ni un pequeño destello de duda en ella. Lo ha dicho muy en serio. Pretende que mueva esto yo sola. Así que, finalmente, me resigno. No me queda de otra. Empiezo a

tirar del macetero. Pesa más de lo que había imaginado, pero mi orgullo propio no me deja tirar la toalla mientras mi madre va dándome indicaciones sin mover ni un músculo.

—Un poco más a la derecha —dice.

—Aquí está perfecto.

Me pongo recta de nuevo, llevándome las manos a la zona lumbar, mientras me hago un recordatorio mental de nunca más ceder ante una petición de mi madre.

—Un poco más a la derecha, Belén.

Insiste y ni me molesto en argumentar nada. Obedezco. Es lo mejor. Así no perderé más tiempo.

—Ahí está bien. Perfecto.

La observo satisfecha y muy sonriente y ni siquiera tiene la decencia de darme las gracias. Camina hacia un armario y veo que empieza a sacar algunos utensilios de jardinería. Espero que no me pida que sigua ayudándole porque me aterra. Y me aterra aún más el no saber cómo rechazarla. Estoy en su casa, comiéndome su comida, gastando su luz y su agua.

—Por cierto —dice y me tenso de golpe—. Han llamado del taller. Tu coche ya está listo. Si quieres podemos ir mañana.

—Voy ahora mismo.

—¿Ahora? —cuestiona, sorprendida.

Afirmo con la cabeza y salgo casi corriendo de allí. Sin ella saberlo, me ha dado la oportunidad perfecta para escabullirme de otra petición de ayuda.

***

Camino con tranquilidad hacia el taller. No tengo prisa por llegar. No necesito el coche y tampoco sé si tengo dinero para pagarlo. Estoy a la espera de que me ingresen el finiquito y, efectivamente, no sé cuándo será. Ahora mismo hasta estoy pensando en la posibilidad de volver a casa de mi madre sin el vehículo, pero eso supondría tener que pasar por uno de sus cuestionarios. Así que reúno el valor necesario y entro en el negocio. Hay más coches que la otra vez, pero no escucho ningún sonido que me indique que hay alguien más por aquí. Me adentro un par de metros más y, al fondo, logro distinguir una persona. Lleva el típico mono azul y supongo que es el

chico que me recogió en la carretera. Mi suposición se cae por completo al suelo cuando él aparece por mi derecha tras una puerta. Me saluda con una sonrisa y camina directo hasta mi posición.

—Mi madre me ha dicho que el coche ya está listo.

—Así es. Acompáñame.

Lo sigo y no se detiene hasta que estamos junto a mi vehículo.

—Se había fastidiado el...

—No hace falta que me lo digas —digo, cortándole—. No lo voy a entender, sería una completa pérdida de tiempo para los dos —aclaro—. No sé nada de coches.

—Se nota —señala y eso me mosquea un poco—. ¿Cuántos años dijiste que tenía?

—Ocho.

—Tiene unos pocos más —confiesa—. Espera un momento.

Frunzo el ceño en cuanto se gira y observo que camina hacia el sito en el que está su otro compañero, el cual no he visto porque está debajo de un coche. Seguramente sea su jefe y va a pedirle que venga a calentarme la cabeza con todas las piezas que necesito cambiarle. Una conversación que me interesa muy poco. Por no decir nada. Cojo el móvil para amenizar la espera y parecer desinteresada y también para comprobar la hora y poder asegurarme que a la vuelta mi madre ya habrá terminado de hacer lo que tuviese que hacer en el patio.

Escucho un «hola, Belén» a mi espalda y, mientras me giro, intento averiguar por qué me suena tanto esa voz. Es Miriam. Esa vieja amiga y enemiga del pasado. Lleva puesto un mono azul de taller con algunas manchas y su mirada está clavada en la mía como si estuviera esperando a que yo diera inicio a la conversación. Y, aunque tengo curiosidad por saber cómo ha acabado trabajando aquí, me quedo callada.

—Javi me comentó que el coche es de segunda mano —dice, tomando las riendas de la conversación tras unos segundos que considero algo incómodos—. Y que al parecer te dijeron que tenía unos ocho años.

—Así es.

—Te han mentido —asegura y yo me cruzo de brazos—. Yo diría que tiene el doble.

Sonrío irónica y giro el rostro para observar mi vehículo.

—Sé que puede resultar confuso porque de chapa y de interior está estupendo, la verdad —señala—. Pero, para que me entiendas, sus órganos están muy dañados. Es un abuelete.

—Comprobaron todo cuando lo compré.

—¿Quién lo comprobó? —pregunta, interesada.

—Un taller.

—¿Un taller de confianza? —cuestiona—. Hay gente que, desgraciadamente, hace negocio con este tipo de engaños.

—Genial —ironizo.

Soy una pringada que ha vuelto al pueblo. Y ahora soy más pringada porque me han estafado y se han reído en mi cara. Justo lo que más necesitaba.

—No está todo perdido —asegura—. Puedo hacer un informe detallado que podría ayudarte si presentas una denuncia.

—No necesito tu ayuda.

—No se trata de ayuda. Se trata de hacer las cosas bien.

Insiste y no sé por qué motivo. ¿Por qué busca echarme una mano después de tantos años sin contacto? Llegamos al punto de odiarnos. ¿Qué hace? ¿Se piensa que no lo recuerdo? ¿Cree que he olvidado cómo me dejó de lado para irse con la gente popular? Jamás voy a poder olvidar el daño que me causó.

—¿Qué te debo por la reparación? —pregunto, cambiando de tema para zanjar cuanto antes la conversación y largarme.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Tu madre se ha encargado.

Sus palabras me sorprenden, pero solamente en parte. Es algo que haría mi madre. Típico en ella. Ayudar sin preguntar. Aunque, en este caso, no voy a quejarme. Me viene realmente bien.

—Las llaves están en el coche —me informa Miriam—. ¿Quieres que lo saque yo fuera?

Suelto un «no» que me sale más duro de lo que pretendía y ni me molesto en despedirme. Subo, arranco y, con mucho cuidado,

salgo a la calle. Ahora que el vehículo está arreglado, cruza por mi mente la idea de regresar a la ciudad y cortar rápidamente esta tonta aventura pasajera. Pero no tengo suficiente gasolina y tampoco tengo dónde caerme muerta.

Dejo de compadecerme unos segundos después, ya que no me sirve de mucho y aparco frente a la casa de mi madre.

Cuando entro todo está tranquilo. Es como si no hubiese nadie más allí. Igual mi nueva compañera de vida ha decidido salir o ha quedado con sus amigas para realizar otra de esas rutas de senderismo. Sea lo que sea, a mí me viene genial. La soledad es algo que muy pocos valoran.

—¿Qué tal?

—Joder, mamá.

Respondo sobresaltada a su pregunta, llevándome incluso una mano al pecho, y descubro que está en la puerta de la cocina con una taza de algo caliente entre las manos.

—¿Por qué no haces algo de ruido? —cuestiono—. Me vas a matar de un infarto.

—¿Y por qué tú no hablas correctamente?

—Solamente he dicho joder.

Alza una ceja y camina en mi dirección mientras todo mi cuerpo se tensa. No creo que a mi edad sea capaz de castigarme.

—Como a tu sobrina se le pegue alguna de estas palabras...

Lo deja caer y ni siquiera termina la frase antes de pasar por mi lado y adentrarse en el comedor.

—¿Hablas de esa nieta tuya que tiene seis años pero parece que es una señora jubilada? —cuestiono mientras sigo sus pasos.

—¿Seis años? Paula tiene diez años y ser más educada que tú no le hace parecer una jubilada —recalca mientras se acomoda en el sofá—. Vamos a poner a esos médicos tuyos.

Pega una palmadita sobre el cojín que está a su lado para que me sienta y, en cuanto lo hago, me pasa el mando de la televisión para que cumpla con su petición. Obedezco. Otra vez. Y cada vez empiezo a sentirme más como una quinceañera de nuevo.

Aparto la mirada de la pantalla para observar a mi progenitora y, sorprendentemente, está muy concentrada en la historia.

—Deja de mirarme —me pide sin pestañear.

Le hago caso y fijo la atención en la serie. Pero hay algo que tengo dentro que me está quemando y que necesito sacar. Y, aunque sé que esto va a ocasionar una charla, no pienso detenerme.

—¿Por qué has pagado la reparación del coche?

Se encoge de hombros como única respuesta y ni siquiera se molesta en mirarme a la cara. Así que decido apagar la televisión para captar toda su atención. Clava sus ojos en mí de forma inmediata e incluso alza una ceja.

—Te he hecho una pregunta —digo mientras siento que tengo el control de la situación.

—¿Qué más da que lo haya pagado?

—No tenías la obligación de hacerlo.

—Lo sé —señala, dándome la razón—. Pero aún así lo he hecho y no veo el problema —aclara—. Pon la serie de nuevo.

Tiene la clara intención de acabar con la conversación. Algo bastante inaudito en ella. Y, aunque no ha resuelto mi pregunta, hay algo más por lo que siento curiosidad.

—¿Por qué tampoco me dijiste que Miriam trabaja en el taller?

—Es la dueña.

—¿La dueña? —cuestiono muy sorprendida.

—El negocio era de su padre, no sé si lo recuerdas.

—Sí, claro. Pero, ¿qué hace ella ahí?

—A veces la vida te sorprende y te pone en un camino que no esperabas —responde con tranquilidad—. Podrías quedar con ella para tomar algo y así os ponéis al día.

—¿Qué? Ni de coña. No quedaría con ella ni aunque mi vida dependiese de eso.

—No me digas que aún sigues molesta. No puedes seguir estancada en el pasado, fueron tonterías de niñas.

Contengo las ganas de contestar. Ella, aunque sea mi madre, jamás entenderá todo por lo que pasé. Piensa que puedo enterrar ese dolor y hacerlo desaparecer. Pero no. No puedo. Ojalá supiera cómo hacerlo.

Siento que se me han humedecido los ojos. Y no sé si es por los viejos recuerdos o por el hecho de que mi madre no me

entiende. Pero antes de que vaya a más, me levanto y subo las escaleras para encerrarme en mi habitación. Me quito las zapatillas, me tumbo en la cama y me cubro con la colcha. Clavo la mirada en Buffy. Sigue ahí, en el mismo sitio, como si estuviera cuestionando mi actitud y comportamiento después de tantos años y le suelto un «¿qué harías tú?» antes de darme cuenta de que le estoy hablando a un trozo de papel.

3

Me echo un último vistazo en el espejo para asegurarme de que las ojeras siguen en su sitio. Llevan años ahí. Ni siquiera recuerdo mi cara sin su existencia y supongo que amanecer sin ellas sería hasta algo extraño. Cierro los ojos, respiro lentamente y me preparo para empezar un nuevo día.

La última conversación con mi madre no fue la mejor del mundo. No volvimos a hablar desde que subí a mi habitación tras haber sacado yo misma el tema de Miriam. No fue su culpa. Está claro. Pero no puedo evitar que el pasado me siga atormentando después de tantos años. Me encantaría que no fuese así. Seguro que me iría muchísimo mejor.

Hay silencio en casa mientras bajo las escaleras y pienso que igual mi madre sigue en la cama. Algo muy raro porque ella siempre ha sido de madrugar.

Entro en la cocina y descarto ese pensamiento al descubrir que el café está hecho. Es posible que haya salido a comprar o que esté en el patio con su nuevo entretenimiento con las plantas. Y si es así, no quiero arriesgarme a que vuelva a pedirme ayuda. Así que opto por prepararme el desayuno de la forma más silenciosa posible. Con suerte podré escaparme de cualquier encargo suyo y pasar el día tranquila tirada en el sofá mientras continúo viendo la serie de médicos.

Dejo el tazón con leche y cereales sobre la mesa y me siento para comprobar el móvil. Anoche respondí a unas cuantas ofertas de trabajo. Quizás encuentre la salida de esta situación en el buzón de entrada del correo electrónico. Me desespero cuando lo único que hay es publicidad y alguna que otra estafa que pretende robarme el poco dinero que me queda en la cuenta corriente.

Antes de bloquear el teléfono me llega una notificación de mi cuñada pidiéndome que la acompañe a hacer la compra. ¿Me apetece? Desde luego que no. Pero me sabe mal rechazarla, así que opto por no entrar en la aplicación y responderle más tarde diciéndole que no había visto el mensaje. Es una mentira piadosa, pero ya me he organizado el día y no quiero que nada ni nadie me lo pueda estropear.

Doy un sorbo de leche y escucho un ruido que no soy capaz de identificar. Miro alrededor como si de esa forma pudiera descubrir el misterio rápidamente. Algo que no sucede. Y vuelvo a escuchar otro sonido parecido, pero esta vez me recuerda a como si alguien estuviera quejándose en silencio. Ese típico ruidito que se te escapa por algún tipo de sobreesfuerzo. Me alerto y niego rápidamente la idea de que la casa pueda estar encantada. Nunca he vivido un suceso paranormal en ella y no voy a hacerlo ahora. Me niego en rotundo. Tiene que haber una explicación lógica y racional para ello.

Me levanto de la silla con mucho cuidado. No quiero que cualquier sonido que pueda provocar oculte el misterio que se me ha presentado delante de las narices. Analizo la situación e intento pensar lo más rápido posible. Podría mirar habitación por habitación, pero eso llevaría mucho tiempo y no sé si será productivo, ya que si hay alguien en casa esa persona me va a escuchar a mí antes. También tengo la opción de salir por la puerta sin mirar atrás. Abandonar.

—Sí. Eso es lo mejor —digo e inmediatamente me llevo una mano a la boca para tapármela al darme cuenta que igual he pronunciado esas palabras en un tono algo elevado.

El asesino puede estar cerca. Muy cerca. Y yo acabo de desvelar mi posición. Soy la peor superviviente de la historia.

Agarro el portarrollos de papel de cocina y empiezo a caminar despacio. Salgo de la cocina y, nada más hacerlo, vuelvo a escuchar ese ruidito que lleva atormentándome ya unos cuantos minutos. Esta vez creo haber oído su procedencia, pero no sé si debo aventurarme a descubrir qué lo provoca.

—Joder —susurro mientras intento debatir qué hacer.

Me animo mentalmente con un «vamos, Belén, que no se diga» y doy un par de pasitos más. Cortos. Muy cortos. Tanto que, en realidad, parece que no he avanzado nada.

Oigo de nuevo el sonido y giro la cabeza en su dirección. Proviene del salón.

Avanzo un poco más y estiro el cuello todo lo posible, ya que la puerta está entreabierta. Pero me resulta imposible descubrir su procedencia. Así que no me queda más remedio que recortar la distancia. Aunque me cueste la vida en ello y descubran mi cuerpo sin vida unas horas después.

Me adentro en el salón de un salto. Igual así pillo desprevenido al asesino y se asusta y sale corriendo.

—¡Belén, por Dios!

—¡¿Mamá?!

Mi madre está de rodillas en el suelo sobre una esterilla de yoga y va equipada al completo. Mallas de deporte, top, pelo recogido y cinta en la cabeza.

—¿Qué haces con el portarrollos en la mano? —cuestiona mientras se quita los auriculares inalámbricos.

—¿Qué se supone que haces tú?

Le devuelvo una pregunta para ganar tiempo y encontrar una respuesta que encaje y no se burle de mí. Pero lo tengo bastante complicado, la verdad.

—Todas las mañanas practico yoga un rato —confiesa.

—¿Y tienes que hacerlo tan en silencio?

—Suelo poner algo de música, pero no quería despertarte. Por eso los auriculares.

Aclara la situación y me pide con la mirada que le regale mi punto de vista.

—He escuchado un ruido y he venido a comprobarlo.

Resumo todo lo ocurrido de la forma más simple posible. Creo que no necesita saber que he llegado a pensar que iban a matarme a primera hora de la mañana.

—¿Y qué pretendías hacer con el portarrollos?

—Se había caído al suelo y lo he cogido.

Miento de una forma tan descarada que hasta me da vergüenza. Me examina de forma minuciosa con la clara intención de descubrir la verdad y hasta puedo sentir un escalofrío recorriendo mi espalda. Me siento como si volviese a tener catorce años. Y no. No debe ser así. Soy una persona adulta y resolutiva. Así que le ordeno a mi cabeza que encuentre rápidamente una escapatoria que no me deje mal en este asunto.

—Voy a salir, ¿necesitas algo?

Su gesto se suaviza con esa nueva información que le ofrezco y desconecta los auriculares para que la música suene directamente desde el altavoz del teléfono.

—No. No necesito nada —responde con tranquilidad—. ¿Dónde vas?

En mi mente exclamo un «mierda» y, antes incluso de pronunciar una sola palabra, ya me estoy arrepintiendo de mi contestación.

—Rocío me ha pedido que la acompañe a hacer la compra.

Es imposible no reconocer su gesto de sorpresa. Pero es normal. Yo misma estoy sorprendida.

—Eso está muy bien —señala.

Asiento con la cabeza mientras observo que ella comienza una nueva tanda de ejercicios. He de reconocer que me sorprende muchísimo su elasticidad y agilidad. Estoy segura de que yo acabaría con una lesión si intentase recrear alguna de las posturas que está realizando.

—Puedes tardar todo el tiempo que quieras —sugiere como si estuviera dándome permiso—. Yo hoy voy a estar todo el día en casa.

Sus palabras actúan en mí como la *batseñal.* Pero en este caso no es un aviso para que acuda y ayude, es un indicador para que huya lo más rápido posible y salga de casa cuanto antes. No necesito descubrir que otros pasatiempos tiene mi madre y, mucho menos, que me arrastre con ella. Así que, sin decir nada más, me giro y me dirijo a la puerta mientras contesto al mensaje que mi cuñada me escribió y que yo pretendía ignorar. A veces el acto menos impensable es el que te acaba salvando el culo.

***

Paseo la vista por el horizonte que me aparece delante y, antes de que pueda replantearme toda mi existencia, mi cuñada aparece con un carrito de la compra y me lo cede para que lo lleve.

—Pensaba que no ibas a venir —asegura y yo me encojo de hombros como respuesta, aunque no sé qué pretendo decir con ese gesto—. Bueno, en realidad pensaba que ibas a ignorar mi mensaje y que me contestarías mucho más tarde diciendo que no lo habías leído.

—¿En serio piensas eso de mí?

Intento defenderme y veo en su mirada que no sirve de mucho, así que agacho un poco el rostro y sigo los pasos que ella misma va marcando.

Nos adentramos del todo en el supermercado y a mi mente le da por pensar en el maravilloso plan de pasar el día en casa que he dejado atrás mientras mi cuñada elige la lechuga perfecta. Echa unas cuantas verduras más al carro y, en silencio, me pide que la acompañe y yo obedezco sin cuestionar nada. Esta vez se detiene en la sección de las frutas y nuestra conversación es inexistente mientras selecciona las mejores naranjas para hacer zumo.

—Me alegra que hayas venido —dice de repente, captando mi atención.

—¿Te alegra tener de compañera de compra a tu última opción? —cuestiono—. Supongo que mi hermano está trabajando y que tus amigas tienen una vida mucho más interesante y complicada como para perder el tiempo —aclaro y ella me mira con una ceja alzada.

—Por esto eres mi cuñada menos favorita.

—Soy tu única cuñada —le recuerdo.

Con un movimiento de mano le quita importancia a la gran obviedad que acabo de soltar. Había olvidado lo mucho que le gusta tener la razón. Ella es dos años mayor que yo y la conozco muy bien porque lleva toda la vida con mi hermano. Algo que yo sigo sin comprender.

—Tu madre me pidió que te sacase de casa —confiesa.

—Sinceridad ante todo, así me gusta.

—Está preocupada.

Suelta esas palabras y sigue la marcha en busca de los siguiente alimentos. Me deja atrás, así que tengo que acelerar el paso mientras manejo el carrito.

—¿Por qué está preocupada? —pregunto en cuanto llego a su alcance.

No me contesta y se toma su tiempo para buscar el café. Me pongo justo a su lado sin repetir la cuestión que acabo de pronunciar, ya que no quiero parecer muy interesada y ansiosa, pero sí, siento curiosidad.

—No veo el que suelo usar... —susurra y empiezo a desesperarme un poco—. Ah, aquí está —dice sonriente tras coger el producto—. ¿Por qué crees que está preocupada?

Me devuelve la pregunta mientras me clava la mirada y yo frunzo el ceño porque no entiendo a qué viene eso de darle la vuelta a la conversación.

—Está preocupada por ti —señala y presiona un dedo contra mi brazo para que sus palabras tengan más peso.

—¿Y por qué? —pregunto—. Estoy perfectamente.

—¿Seguro?

Se cruza de brazos y me da a entender, con ese lenguaje no verbal, que no tiene prisa y que no tiene problema en debatir el tema en cuestión aquí mismo.

—Es normal que estés mal —dice—. Te has quedado sin trabajo y has tenido que volver al nido familiar. Es comprensible que no estés pasando por un buen momento —explica—. Pero no es el fin del mundo y estoy, completamente segura, de que no eres la primera persona que pasa por algo así.

—Estoy bien.

Insisto y, aunque siento un ligero nudo en la garganta, hago todo lo posible para que mi voz suene lo más convincente posible. Mi cuñada suelta un suspiro bastante sonoro y dramático como respuesta. Ella también me conoce y es consciente que poco le va a servir seguir insistiendo.

—Hablar contigo es como hablar con la pared —apunta y se gira para seguir con su cometido.

No me da tiempo para reaccionar ni para replicar. Pero no pienso dejar que se quede con el gusto de haber soltado la última palabra. Acelero el paso y no me detengo hasta que la alcanzo. Ella no reacciona ante mi presencia, su elección sobre algunas conservas parece mucho más interesante.

—Y hablar contigo es como hacerlo con el suelo.

Me enderezo satisfecha con mi aportación aunque a ella no parece haberle impresionado en absoluto, ya que no muestra ni un poquito de interés.

—Mi hija tiene comentarios más ocurrentes que tú —suelta.

—Tu hija es un poco rara.

—Define rara —exige.

—Parece una señora jubilada —confieso y ella sonríe.

—Pasa mucho tiempo con tu madre. Además, no veo el problema —dice muy segura.

—Creo que debería tener amistades más cercanas a su edad.

—Ahora que estás de vuelta le diré que vaya a hacerte compañía.

Me da una palmadita en el hombro y sigue su camino por el largo pasillo de los productos de limpieza.

—He dicho de su edad —señalo mientras la sigo.

—Tenéis la misma edad mental —aclara—. Bueno, no. Está claro que una de las dos es más perspicaz que la otra. No hace falta que diga de quién hablo, ¿verdad?

Me reta y me tomo unos segundos para pensar en la contestación más certera y, cuando estoy a punto de pronunciar la primera palabra, Miriam aparece en mi campo de visión y desdibuja la frase perfecta que tenía en mente. Aparto la mirada rápidamente de ella, o al menos eso es lo que creo. Pero Rocío, que ha girado el rostro para ver qué sucedía a sus espaldas, clava sus ojos en los míos como si esperase descubrir algo.

—¿Qué? —suelto a la defensiva.

—Eso digo yo, ¿qué?

Cierro los ojos y niego con la cabeza antes de intentar avanzar con el carrito, pero ella lo agarra de la parte delantera y me frena. Frunzo el ceño y le pido explicaciones con la mirada, pero ella no

parece querer colaborar y tampoco tiene intención alguna de moverse mientras Miriam se acerca, poco a poco, a nuestro encuentro.

—¿Qué haces? —cuestiono.

—Quiero ver bien esto.

Señala el estante que tenemos delante y yo intento no mostrar lo inquieta que me pone el hecho de que Miriam vaya a pasar por nuestro lado en apenas unos segundos.

—¿Tienes dudas sobre el friegasuelos?

Intento picarla para ver si de esa forma consigo que mueva el culo rápido, pero no funciona y decido ponerme de cara al estante para así no tener que saludar a la que, hace años, fue mi mejor amiga. Y no sé si Rocío lo hace adrede o tiene un don especial para ser la persona más inoportuna del mundo, pero se gira justo en el momento en el que Miriam pasa por detrás de nosotras. Escucho que ambas se saludan y yo finjo un interés increíble en el maravilloso mundo de los abrillantadores de superficie.

—Sí. Hoy tengo compañera —dice Rocío y me tenso de forma instantánea.

Miriam no dice nada al respecto y, cuando siento que todo va a acabar ahí, mi cuñada me agarra del codo y me fuerza a girarme para estar cara a cara con la conversación. Mi mirada, durante un segundo, se cruza con la de mi ex amiga. Aunque no tardo nada en cambiar el foco de atención hacia Rocío.

—¿Vas a ir a la quedada? —le pregunta mi cuñada a Miriam y eso capta mi atención.

—No lo sé. Tengo mucho lío estos días en el taller.

—Te va a sentar bien despejarte un poco de tanto trabajo —apunta Rocío—. Belén también viene.

—Perdona, ¿qué?

Mi cuñada asiente totalmente convencida y eso me deja aún más confundida. No sé si me está vacilando o me he perdido parte de la conversación, cosa que dudo ya que he estado a su lado en todo momento.

—Yo no...

Me da un ligero codazo en el brazo para que guarde silencio y, como si fuese su hija pequeña, obedezco sin más.

—Tienes que venir —dice señalando a Miriam y la aludida sonríe ligeramente.

—No prometo nada.

Su móvil comienza a sonar, se disculpa y se despide antes de descolgar y, a la vez, avanzar por el pasillo, alejándose. Espero el tiempo que creo necesario para asegurarme de que está lo suficientemente lejos para que no pueda escucharme.

—¿De qué quedada estás hablando y por qué me has metido en ella?

Mi cuñada retoma el camino despreocupada, como si la conversación no fuese con ella. Avanzo con el carrito y me pongo a su altura. Espero que no pretenda dejarme así, sin nada de información.

—No me hagas repetirte la pregunta —señalo.

—Las chicas han organizado una reunión, pero solo es una excusa para salir de la rutina y tomar unas copas —confiesa mientras echa un par de cartones de leche al carro—. Ya sabes, escapar un poco de la vida adulta.

—Las chicas —suelto y ella asiente con la cabeza—. ¿Qué chicas? —pregunto al ver que no pretende resolverme el misterio.

Lanza un suspiro y comienza a decirme nombres. En su mayoría las recuerdo. Algunas las he visto. Justamente a Laura y Alicia hace poco en la puerta del colegio, pero hay otras que, por mucho que me esfuerce, no consigo ponerles cara.

—No voy a ir.

Me niego en rotundo y mi compañera de conversación se cruza de brazos y me mira con una ceja alzada.

—¿Es que acaso tienes algo más importante que hacer? —cuestiona.

—Estoy segura de que sí.

Clava su mirada con algo más de intensidad en la mía y yo me relajo un poco ante la sensación de sentirme victoriosa.

—Vas a venir —insiste.

—No. No voy a ir.

—¿Por qué?

—Porque no me apetece gastar mí tiempo en gente que no conozco —respondo con tranquilidad.

—Pero sí que conoces a esa gente.

Ruedo los ojos ante su afirmación y me preparo para seguir avanzando por el supermercado, pero ella me detiene siguiendo con la conversación.

—Yo iré —asegura y me hace sonreír.

Está loca si pretende convencerme con eso.

—Además, Miriam también irá y también la conoces.

—Miriam te ha dicho que no sabe si irá —le recuerdo—. Y, lo más importante, no tenemos ningún tipo de relación. ¿Lo recuerdas?

—Pero fuisteis amigas —señala.

—Y luego enemigas.

—No sé qué pasó, pero...

—Yo tampoco —digo con rapidez, cortándola—. Yo tampoco sé lo que pasó. Solo sé que de un día para otro dejó de hablarme y empezó a ser amiga de las chicas populares —resumo—. ¿Y sabes qué hacían esas chicas? Reírse de la bollera —suelto con rabia—. Así que perdóname si no me apetece pasar tiempo con ellas y fingir que me interesa lo que tengan que contar.

Espero un momento por si mi cuñada tiene algo que aportar, pero parece que la he dejado sin palabras. Así que no digo nada más y tiro del carro para continuar. Un segundo después siento que ella me sigue sin aportar nada más a la conversación y lo único que nos acompaña el resto de la quedada es el silencio.

4

Observo la figura de hada que tengo en mi mano y analizo, de forma concienzuda, si hay algún fallo en ella. No quiero tener que escuchar cómo mi madre vuelve a explicarme que no debe haber ningún hueco en blanco. Me ha hecho repasar el hada, que llevo unas tres horas pintando, unas seis veces. Ni siquiera recuerdo cómo he acabado aquí sentada en el estudio con ella. Tiene un talento increíble para persuadir a la gente. O igual solo tiene esa capacidad conmigo. Porque de verdad que no sé cómo lo hace, pero siempre acaba arrastrándome a sus cosas. Esta misma mañana me ha hecho repetir con ella unos ejercicios de yoga que, según su percepción, eran muy simples. En cambio yo me he sentido como un maldito palo de madera con cero flexibilidad.

—Ahora ya tiene mejor pinta —asegura mi madre.

Miro hacia ella y la encuentro sonriente mientras parece mirar muy orgullosa mi pequeña obra de arte.

—¿Desde cuándo haces esto? —pregunto antes de dejar la figura sobre la mesa.

—Empecé hace un año más o menos.

Me contesta sin dudar y observo que vuelve toda la atención a su figura. Es un hada también, pero de un tamaño mayor y con más elementos que complican la composición.

—¿Por qué?

Se lo pregunto bastante interesada. Llevo aquí poco más de una semana y, en todo este tiempo, no he parado de descubrir cosas nuevas de ella. Disfruta hablando con las plantas y cuidándolas, practica yoga, senderismo, pinta figuritas y le gusta probar recetas raras y nuevas que encuentra por internet.

—Me pareció interesante.

—¿En qué momento te lo pareció? —cuestiono, pero ella ni se molesta en levantar la mirada.

—Deberías buscarte un pasatiempo —dice y cambia el foco de atención hacia mi persona.

—Ya tengo uno.

—Plantar el culo en el sofá para ver una serie de médicos no es un pasatiempo —señala.

—Tengo uno mucho más interesante —digo, captando toda su atención—. Buscar trabajo.

—Yo no te he visto salir a buscar trabajo en ningún momento.

—¿Por qué iba a salir a buscar trabajo aquí? —le pregunto, confusa—. Quiero un trabajo en la ciudad para así poder volver.

—Una pena porque Miriam necesita ayuda en el taller.

Parece que no entiende que no pretendo quedarme a vivir en este pueblo y que tampoco tengo relación alguna con mi ex mejor amiga y ni lo pretendo. Aunque no sé de qué me sorprendo, siempre se le ha dado bastante bien ignorar lo evidente cuando pretende ir en mi contra.

—¿Y cómo sabes que necesita ayuda?

Y sé que no debería importarme, pero me puede la curiosidad por saber de dónde ha sacado mi madre esa información.

—Lo he visto con mis propios ojos —contesta antes de dar una pincelada a la figura y clavar la vista de nuevo en mí—. Esta mañana he dejado tu coche en su taller porque se le ha pinchado una rueda y...

—Perdona, ¿qué?

Corto su explicación y ella me mira molesta por haberla interrumpido.

—He cogido tu coche, sí —señala—. Me daba pereza sacar el mío del garaje para ir a comprar cuatro cosas —confiesa—. ¿Hay algún problema con eso?

—Sabes que no.

Digo esas palabras con sinceridad y sé que ella lo nota. No me molesta que coja mi vehículo, lo que no acabo de entender es que parece haber olvidado lo mal que lo pasé en mi etapa adolescente y

que, en parte, fue porque Miriam, de la noche a la mañana, dejó de ser mi amiga.

Se queda mirándome, esperando que diga algo más, pero no me apetece volver a sacar el tema y tener que marcharme a mi habitación con ganas de llorar mientras observo el poster de Buffy una vez más.

La conversación desaparece y mi madre, esta vez, parece quedarse satisfecha, algo que agradezco porque no me interesa para nada que siga insistiendo en que eche una mano en el taller. Además, ¿qué demonios iba a hacer? No sé ni cambiar una maldita rueda.

Vuelvo la atención a mi figurita y me concentro en acabar los últimos detalles del pelo. Es una afición entretenida darles color y vida a estos pequeños personajes. Hasta me estoy imaginado pintándole una compañera a esta hada del bosque a la que le estoy dedicando parte de la tarde.

—Hoy tengo club de lectura —dice mi madre, rompiendo con el silencio.

—¿Club de lectura? —cuestiono y frunzo el ceño mientras clavo la mirada de nuevo en ella—. Pero, ¿cuántas cosas haces?

Sonríe ante mis palabras y se acomoda mejor para seguir pintando.

—Nos reunimos cada quince días —informa—. Aunque lo de hoy es algo informal y nada oficial porque nos apetecía quedar. Puedes unirte si quieres.

—No, gracias.

—Perfecto. Así podrás quedarte con Paula más tarde.

Parpadeo con rapidez ante la tremenda jugada maestra que me acaba de hacer y, por una vez, me arrepiento de haber declinado uno de sus planes. No es que tenga algún problema con mi sobrina, pero... ¿Qué se supone que voy a hacer con ella?

—¿Por qué tengo que quedarme con Paula?

Intento debatir el tema, aunque sé que todo está perdido. No tengo escapatoria.

—La llevaría conmigo. Alguna que otra vez lo he hecho, pero ya que tú estás aquí...

—¿Y qué? ¿Qué pasa con que yo esté aquí?

—Pues que te vas a quedar a cargo de tu sobrina.

—¿Por qué?

Insisto y sé que va a sentenciar la conversación en cuanto deja el pincel sobre la mesa y clava toda su atención en mí.

—Por lo que sé, no tienes nada que hacer —dice en primer lugar—. Y Paula seguro que tiene que hacer deberes, así puedes echarle una mano.

—¿Y qué te hace pensar que me gusta ese plan?

Alza una de las cejas y yo levanto las manos para rendirme. No tiene lógica que siga luchando contra ella. Sería darme cabezazos contra la pared una y otra vez.

Observo su sonrisa satisfecha y vuelve a coger el pincel para seguir con su obra mientras yo rezo internamente por tener una oferta de trabajo cuanto antes.

***

Sentada en el sofá de casa miro al frente mientras siento su mirada y me paso la mano por la cara un tanto nerviosa por la situación que me está tocando vivir. Giro el rostro para mirarla a ella yo también, que está sentada justo a mi lado, y mueve la cabeza muy rápidamente para evitar que sus ojos se encuentren con los míos. Me evita. Y yo, en parte, también a ella. Pero de las dos yo soy la única adulta, así que supongo que tengo que dar ejemplo.

—¿Quieres hacer algo? —pregunto y ella alza la mirada—. ¿Quieres que te ayude con los deberes?

—No tengo —contesta con tranquilidad—. Me ha dado tiempo a hacerlos en clase.

Le dedico una sonrisa algo forzada. Y no es que me moleste que mi sobrina sea una niña aplicada, es que esa era mi única salida. ¿Qué se supone que voy a hacer ahora con ella?

Su mirada vuelve al frente y observo que entrelaza los dedos antes de apoyar sus manos en el regazo. Es una señora mayor en miniatura.

—¿Y qué sueles hacer en casa?

Insisto porque me gustaría encontrar un punto medio entre las dos, algo que pueda hacer con ella y que esta tensión extraña que

hay en el salón desaparezca. Pero ella no parece estar muy colaborativa ya que, simplemente, se encoge de hombros.

—Algo habrá que te guste hacer.

—Me gusta pintar —confiesa.

Esas tres palabras suenan a salvación y muevo la vista por la estancia en busca de material.

—No tengo nada aquí para pintar —suelta, como si hubiese sido capaz de leer mis pensamientos—. Me llevé mis cosas hace unos días.

—No pasa nada —señalo con una sonrisa—. La abuela tiene figuras y pinturas arriba.

Me levanto tras dar una palmada y así animarla en esta aventura que está por comenzar, pero Paula ni se inmuta. No mueve ni un centímetro de su pequeño cuerpo.

—No vamos a ir a la habitación de pintura de la abuela.

Está segura y convencida y además me mira para hacer que sus palabras tengan más peso.

—Está prohibido entrar sin ella —aclara.

—Pero vas a entrar conmigo.

Frunce el ceño y me observa de arriba abajo.

—Tú no eres la abuela. Así que no podemos entrar.

Me sentencia con sus palabras y me dejo caer en el sofá de nuevo. No sé qué hacer con esta mini jubilada.

—¿Quieres dar un paseo? Podemos ir a tomar un helado.

La persuasión nunca ha sido mi fuerte, pero aún así lo intento. A todos los niños les gusta el helado.

—No me dejan tomar azúcar por la tarde.

—Tus padres son unos aburridos —señalo—. Pero tranquila, será nuestro secreto. Yo no diré nada.

—Mentir está muy feo.

Mi cara de sorpresa ha tenido que ser muy descarada, ya que percibo un atisbo de sonrisa satisfactoria en sus labios antes de acomodarse mejor. Está rechazando todos mis planes y encima lo hace con elegancia y superioridad. Esta persona de medio metro me está haciendo sentir como una cría. Y, como veo que nada parece funcionar, decido agarrar mi consola portátil, que tengo justo en el

otro sofá, y la enciendo para ponerme a jugar. Yo lo he intentando. No tengo culpa de que ella no quiera hacer nada de lo que le he propuesto.

Selecciono uno de los juegos y me concentro para pasar el nivel que se me quedó a medio terminar. Un par de segundos más tarde siento que Paula se mueve y, al buscarla con la mirada para ver qué sucede, ella gira el rostro con rapidez para evitar que la pille mirándome. Sonrío sin decir nada y continúo con lo mío. Yo no he sabido captar su atención, pero parece que mi videoconsola sí.

—Qué difícil es esto —susurro lo bastante alto como para que ella me escuche sin problema.

¿Quiero que la pequeña caiga en mi trampa y se acerque? Es posible.

Lanzo un sonoro suspiro muy dramático y actuado y reinicio el nivel para volver a intentarlo. Caigo una y otra vez en la misma trampa. Sé que está mirándome. Bueno, está mirando la pantalla de reojo. Pero siento su atención y quiero que diga algo. Que me diga qué tengo que hacer para superar este punto del nivel.

—No sé cómo pasarme esto —digo al ver que no dice nada—. ¿Quieres probar?

Mi mirada y mi pregunta la pillan totalmente desprevenida. Tanto que, en un primer momento, no dice nada, solo pestañea.

—Igual consigues superar el nivel.

Le paso la videoconsola y, tras analizar mi rostro unos segundos, acepta. Le explico en un momento la función de cada botón y acto seguido centra toda su atención en la pantalla. Se le da bien. Muy bien. Aunque es algo que no me sorprende. Hoy en día parece que todos los niños nacen con el don de entender rápidamente cualquier cosa que tenga que ver con la tecnología.

Juega sin ningún tipo de problema y sobrepasa el punto en el que yo he fingido estancarme. Sonríe orgullosa sin mirarme y descubro que su competitividad no solo está reñida con llegar la primera al colegio.

Espero impaciente a que llegue al problema real del nivel. Un puzzle en el que llevo semanas estancada. Es imposible. Inviable. Insufrible. Hasta ha conseguido sacarme de mis casillas alguna que

otra vez y me ha hecho plantearme lanzar la videoconsola por la ventana una infinidad de veces.

—Qué narices —suelto entre sorprendida y molesta al ver que ella lo pasa a la primera.

Alza la vista para mirarme y sus ojos me examinan. Necesito decir algo. Lo que sea.

Balbuceo como un maldito pez fuera del agua y el ceño de Paula se frunce a la espera. No quiero confesarle la verdad, así que guardo silencio y la escena se vuelve algo rara. Por eso no tardo nada en saltar del sofá en cuanto el timbre de casa suena. Le sugiero que siga ahí sentada mientras yo voy a comprobar quién es y creo que mi propuesta no le desagrada, ya que no dice nada y sigue con la videoconsola.

Nada más abrir la puerta, siento que he tomado una mala decisión al hacerlo. Pero no sabía nada. Aún no tengo el poder de ver a través de las cosas, ni sentir la presencia de las personas.

—Hola —dice Miriam.

No digo nada. Me limito a mirarla de arriba abajo. Va vestida con unos vaqueros, camisa y cazadora. Así que entiendo que no ha estado trabajando. O al menos, no ahora mismo.

—Tu madre nos ha llevado tu coche al taller por un pinchazo —señala—. Ya está arreglado. Te lo he traído de vuelta.

Aclara su visita y se saca las llaves de mi coche del bolsillo para entregármelas. Las cojo y no sé a qué espera para largarse. No voy a agradecerle nada. Es su trabajo. Aunque, la verdad, me sorprende que tenga servicio a domicilio.

Sigue mirándome y es incómodo. Quizás demasiado. Pero entonces caigo en la cuenta de que tengo que pagarle. Por eso sigue aquí, delante de mis narices.

—¿Qué te debo? —pregunto y son las únicas palabras que le he dedicado desde que he abierto la puerta.

—Ah no, no te preocupes por eso. Tu madre dejó el pago realizado.

—Genial entonces.

Echo un paso hacia atrás y agarro la puerta para cerrarla y dar por finalizada la conversación. No me interesa seguir perdiendo el

tiempo aquí con ella. Tengo una mini personita a la que tengo que cuidar.

—Espera —dice Miriam.

Y, aunque me interesa entre cero y nada lo que tenga que decirme, no cierro. Soy así de imbécil. Siempre lo he sido.

—Te he traído esto también.

Saca un papel del bolsillo trasero de su pantalón y me lo ofrece.

—Es un informe sobre tu coche. Por si te animas a poner la denuncia por el engaño que te hicieron.

Ni me molesto en desplegar la hoja. No quiero hacerle creer que me interesa lo más mínimo lo que ha hecho.

—Miriam, ¿eres tú?

Paula se cuela entre mi cuerpo y la puerta y se le ilumina la cara en cuanto ve a mi compañera de conversación. Se adelanta y agarra la mano de Miriam para tirar de ella hacia el interior.

—Pasa. Pasa —dice ilusionada.

—¿Qué? No.

Me niego en rotundo y la pequeña me clava la mirada con mucha intensidad. Demasiada. Tanta que hasta reconozco que me da un poquito de miedo.

—Miriam tendrá cosas que hacer —digo para disimular mi actitud.

La pequeña alza la mirada hacia mi ex mejor amiga y soy capaz de sentir la duda que se genera en ella.

—¿No puedes quedarte un ratito?

Mi sobrina insiste y Miriam sonríe un poco incómoda. Entiendo que la situación tampoco es agradable para ella. Me agacho para estar más cerca de Paula e intentar animarla para que vuelva al salón, pero Miriam suelta un «está bien, pero solo un ratito» y yo tengo que hacer el mayor esfuerzo del mundo para no caerme de culo al suelo.

Paula tira de su mano ilusionada y yo me quedo en cuclillas mientras observo que ambas se adentran en la casa. La peor escena posible.

—Hay que joderse —susurro antes de erguirme.

Cierro la puerta intentando resignarme con lo que acaba de suceder y avanzo lo más lento que puedo para que el tiempo compartido con ella sea el mínimo posible. Cuando llego al salón Miriam está sentada en el sofá y mi sobrina sobre sus piernas enseñándole mi videoconsola y a lo que está jugando.

Me quedo de pie, observando, no sé si me apetece que nuestro espacio personal se reduzca tanto. Ni siquiera recuerdo la última vez que nos sentamos juntas. Intento pensar en ello, traerlo de vuelta a mi memoria mientras ellas sonríen y comparten un momento divertido. ¿Por qué mi sobrina se lleva también con Miriam? ¿Por qué tiene que ser ella? Hay más gente en el pueblo.

—Belén me la ha dejado —dice Paula cuando mi ex amiga le pregunta que de dónde ha sacado la videoconsola.

—Soy tu tía.

Le recuerdo nuestra relación y a la pequeña no parece interesarle lo más mínimo. Y yo no sé por qué, pero creo que me molesta que se lleve mejor con Miriam que conmigo. Debería estar sentada sobre mis piernas, compartiendo un momento juntas con el nuevo mundo de diversión que le he mostrado. No entiendo por qué prefiere su compañía, ¿acaso estoy sintiendo celos?

Escucho que la puerta de casa se abre y espero impaciente a que mi madre haga acto de presencia en la escena. Unos segundos más y seré libre.

—¿Qué haces aquí parada de pie? —me pregunta en cuanto me ve.

No contesto porque no me apetece y porque ella tampoco me da tiempo a que lo haga. Sonríe en cuanto gira el rostro y se encuentra la imagen de mi sobrina con Miriam. No espero ni a escuchar cómo se saludan, salgo del salón y subo las escaleras hacia mi habitación para encerrarme en mi propio espacio personal. Demasiada vida social por hoy.

5

Aparco contra mi propia voluntad después de casi diez minutos de trayecto en coche en los que mi madre ha estado quejándose de distintos temas muy variados entre ellos. Parece importarle muy poco el qué decir o si yo tengo algo que aportar a la conversación, ella solo habla y habla y habla más. Ni siquiera le ha molestado que haya tenido la música puesta y haya cantado alguna que otra canción en lo que ella soltaba palabra tras palabra.

—¿Me vas a decir de una vez por todas qué estoy haciendo aquí? —pregunto al no ver una señal clara de mi destino en los próximos minutos.

—¿Estás ansiosa?

Mi madre me responde con una evasiva y con una sonrisa radiante. No sé por qué cree que salir de casa y dejar de lado mi vida en el sofá me hace ilusión.

—¿Por qué debería estarlo? —cuestiono.

—Porque estás haciendo un plan con tu madre.

—Repito, ¿por qué debería estarlo?

Recibo un pellizco por su parte en el brazo y protesto en silencio por propio orgullo y porque me lo tengo muy bien merecido, la verdad.

Se baja del coche sin decir una sola palabra y yo me planteo la posibilidad de quedarme encerrada aquí dentro. Es imposible que mi madre abra la puerta desde fuera si yo tengo la llave. Miro al exterior y me encuentro directamente con su mirada. Parece que ha leído a la perfección lo que está pasando por mi mente y alza una ceja advirtiéndome. Tengo el poder en mi mano, solo tengo que cerrar, arrancar y volver a casa. Pero me da miedo averiguar la furia

que volverá a casa tras esa jugada. Así que suelto aire de forma sonora y acabo bajando del vehículo.

—Espero que al menos, sea a lo que sea que me estás llevando, sea divertido —advierto.

—Te va a encantar —señala antes de engancharse a mi brazo para caminar juntas.

Voy a su ritmo debido a la situación, pero también para intentar pillar toda la información posible de mí alrededor. No sé dónde me lleva y no ha querido darme ninguna pista. No sé a qué se debe tanto misterio, pero viniendo de ella me espero cualquier cosa. Para ella donar sangre es algo divertidísimo, algo que me aseguró esta misma mañana durante el desayuno y a lo que yo tuve que recordarle que le tengo un miedo atroz a las agujas desde que tengo uso de razón.

Avanzamos por las calles y mi madre se adelanta en cuanto llegamos a un edificio oficial. Me abre la puerta y espera a que yo pase primero. Seguramente tenga miedo de que salga corriendo y vuelva al coche. Pero llegadas a este punto hasta tengo ganas de descubrir a qué se debe tanto misterio. Así que progreso sin mirar atrás y ella se une en cuanto rebaso el umbral de la puerta.

Pasamos por delante de una recepción en la que no hay nadie y, sin intercambiar palabra, continuamos por el pasillo sin cruzarnos con absolutamente ninguna persona hasta que giramos hacia la derecha y observo a un par de señoras delante de una habitación. Hablan animadamente y sonríen en cuanto ven a mi madre.

—Ven, vamos.

Tira de mí ya que, por alguna extraña razón, mis pies han decidido echar el freno. Hay algo de lo que mi propio cuerpo me está intentando advertir, pero no soy capaz de descifrarlo.

—No irás a dejarme en alguna actividad para niños, ¿verdad? —cuestiono mientras ella intenta moverme del sitio.

—¿A dejarte? Esto lo vamos a hacer juntas —aclara y no sé si esa respuesta me da aún más miedo.

—Dime que no es un grupo de apoyo.

Se lo pido en un tono casi suplicante, pero no tiene intención alguna de desvelar el secreto y, con un nuevo tirón, dejo que mis

pies avancen. No creo que tenga otra opción posible.

Mi madre saluda a las señoras que hay en la puerta y en cuanto entramos en la habitación intento, de un simple vistazo, descubrir qué estamos haciendo aquí.

Hay una mesa con algunas bebidas y aperitivos y unas veinte sillas dispuestas en el centro de la estancia de forma circular. Miro a mi progenitora en un intento absurdo de que por fin me diga de qué va todo esto, pero me suelta y se dirige a un grupo de tres señoras para saludar. Me abandona y me hace sentir como cuando me dejaba de pequeña sola en la cola del supermercado.

Reconozco a algunas mujeres, aunque no sé qué tienen en común. Algunas se van sentando, otras charlan y yo busco con la mirada a mi madre para que me diga qué tengo que hacer. Pero me ignora por completo. Quizás sea mi momento de salir de aquí sin que se dé cuenta. Aunque creo que no será nada beneficioso, ya que, muy seguramente, tendría que someterme a un interrogatorio muy exhaustivo en cuanto llegue a casa. Así que decido acercarme a la mesa en la que han dejado comida para picar algo. Entretenerme comiendo no me disgusta. Y más cuando no sé qué hacer.

Me como un par de bocaditos dulces, cojo un refresco y, cuando estoy a punto de cazar unas cuantas chucherías, siento una presencia justo a mi derecha.

—No esperaba verte aquí.

El cuerpo entero se me tensa al escuchar esa voz. Tan reconocible que me molesta. El hecho de que me siga fastidiando después de tantos años es algo que no termino de entender. Y creo que eso me desagrada aún más.

Giro la cabeza para asegurarme de que he escuchado bien y pronuncio un «mierda» en mi mente al descubrir que, en efecto, Miriam se encuentra a unos cuantos pasos de distancia. Va vestida con unos botines, un pantalón oscuro y un jersey azul. Y, aunque sé que se ha referido a mí al hablar, no me mira. Sus ojos están puestos al frente, observando al resto de personas interaccionando entre ellas.

—¿Tu madre te ha arrastrado?

Lanza la pregunta antes de mirarme y, cuando lo hace, una pequeña sonrisa decora sus labios.

—Estoy un poco hasta las narices de que mi madre haga conmigo lo que quiera.

Libero todas esas palabras sin pararme a pensar y hasta yo misma me sorprendo. Estoy hablando con la persona con la que menos querría hacerlo y encima le he soltado tremenda confesión. He de reconocer que me pongo nerviosa, ya que no sé qué va a ocurrir a continuación y una parte de mi se siente mal porque no quiero que dicha información llegue a oídos de mi madre. ¿Soy una cobarde? En efecto.

—¿Qué se supone que estoy haciendo aquí?

Decido cambiar el tema de conversación. No estoy preparada para pedirle por favor que no comente mi reciente declaración con nadie.

—¿No lo sabes? —cuestiona y entiendo que mi gesto le reafirma mi postura.

Observo que descuelga la mochila que lleva al hombro y frunzo el ceño al ver que saca un libro. No estoy entendiendo absolutamente nada.

—Vamos a hablar sobre esta historia —aclara tras acercarme un poco la portada y así poder echarle un vistazo.

—Espera, ¿estoy en un club de lectura?

Vuelve a sonreír y, al mirar alrededor, me doy cuenta de que no me he percatado que una gran parte de las señoras llevan un libro en la mano. Pero, ¿cómo he sido tan sumamente idiota? Es increíble lo inepta que puedo llegar a ser. Mi propia madre me comentó que realizaba esta actividad. Soy imbécil.

Miriam se aparta y avanza para sentarse en una de las sillas y yo, totalmente desubicada, siento que, justo en este momento, echo de menos su compañía. Y no es porque quiera que volvamos a ser mejores amigas, es por sentirme como un maldito pez fuera del agua.

—Ven, vamos a sentarnos.

Es la voz de mi madre la que me trae de vuelta a la escena. Le clavo la mirada muy enfadada e incluso me cruzo de brazos para

mostrarle de esta forma lo disgustada que estoy.

—¿Por qué me has traído aquí? —cuestiono.

—Porque te va a sentar bien, ya verás —responde con tranquilidad—. Va a ser divertido —asegura muy convencida.

No me deja seguir cuestionándole. Me agarra del brazo y me guía por el lugar hasta un par de asientos libres. Se sienta y, solo con la mirada, me dice lo justo para que yo imite su gesto. Obedezco, como siempre, y siento unas ganas tremendas de que el suelo se abra y me trague y me escupa lo más lejos posible. ¿Qué se supone que voy a hacer aquí?

Una de las señoras toma la palabra. Saluda con una sonrisa radiante, nos agradece estar aquí con ella y, un segundo después, le cede el turno a mi madre. Siento que la vergüenza me invade por completo en cuanto se levanta, pero esa sensación se multiplica en cuanto escucho que me está presentado al resto. ¿De verdad es necesario? Yo creo que no. Pero está claro que no pensamos lo mismo. Finjo una sonrisa al sentir todas las miradas clavadas en mí y, cuando mi madre golpea con el pie la pata de mi silla, entiendo que quiere que haga algo más. Alzo la mano para saludar y mis ojos se cruzan con los de Miriam, que está justo enfrente y que parece estar divirtiéndole la situación. Le aparto la mirada rápidamente e intento fingir que no me importada nada de esto. Intento evadirme, pensar en mis cosas y en lo que podría estar haciendo en lugar de estar en este lugar escuchando a gente que ni conozco. Pero, en cuanto empiezan a comentar de qué va el libro, mi atención se vuelca por completo en esta habitación. He de reconocer que la historia de un licántropo expulsado de su manada que vuelve para vengarse es bastante llamativa. Lo que no me interesa tanto es cuando sale a debate las escenas subidas de tono. Miro a mi madre sorprendida y el asombro crece por dos al comprobar que tiene el brazo levantado para pedir la palabra. Nuestras miradas se cruzan y mi gesto debe haberle dejado bastante claro lo incómoda que me siento, así que baja la mano y las pone junto a su regazo. Le agradezco que haya decidido guardarse su opinión sobre este tema en concreto. Pero no deja de ser incómodo escuchar lo mucho que

les divierte las escenas de tensión sexual y cómo la autora las resuelve a lo largo de las páginas.

Me levanto en cuanto dan por finalizada la reunión y salgo de la sala directa hacia la calle. Necesito aire, necesito espacio. La jugada maestra de mi madre ha agotado toda mi energía, así que decido que será mejor esperarla fuera mientras se despide de sus compañeras.

Apoyo la espalda contra la fachada del edificio y, desde mi posición, puedo ver cómo el resto de mujeres, poco a poco, van abandonando el lugar. No tenía esperanza alguna de que mi madre saliese de las primeras, pero hace más de diez minutos que la dejé dentro y aún no ha dado señales.

Sale Miriam y, por alguna extraña razón, me tenso un poco. Aún no me acostumbro a tener que verla. Ella no me ha visto a mí, así que aprovecho para observarla mejor mientras va alejándose por la calle. Está claro que ha cambiado a lo largo de los años. Lleva el pelo suelto y lo tiene más largo que cuando íbamos al instituto. Su figura también ha cambiado. Fue deportista y de complexión delgada y no sé si sigue realizando alguna actividad física, pero las curvas que dan forma a su figura, actualmente, le sientan muy bien. Su estilo tampoco parece el mismo. Recuerdo que antes intentaba ir siempre a la moda. En cambio, ahora, creo que apuesta por algo más clásico y cómodo. Vaqueros y jerséis calentitos parecen sus prendas favoritas.

—¿Dónde demonios te has metido?

La pregunta de mi madre hace que me sobresalte. He pasado demasiados minutos pensando y analizando a Miriam.

—¿Ya podemos volver a casa? —cuestiono antes de apartarme de la pared sin explicarle que necesitaba salir para tener unos minutos a solas conmigo misma.

—Sí. Pero antes tenemos que pasar por la tienda. Tengo que comprar unas cosas.

Me mira inmediatamente para que no proteste y enlaza su brazo con el mío para que caminemos juntas hacia el coche. No me apetece seguir sociabilizando, la verdad. Pero, ¿qué puedo hacer?

***

Haber pasado el resto de la tarde con mi madre dando mil vueltas por el supermercado ha terminado de agotar la poca energía que me quedaba. Algo que dista mucho de ella. Está pletórica, feliz y como si se hubiese tomado diez cafés de golpe. Y no. No puedo seguirle el ritmo. Así que, como se ha ofrecido para hacer la cena, yo he decido salir de casa y dar un paseo. Al principio me ha mirado mal, seguro que intentando entender qué estaba pasando, pero después ha sonreído e incluso me ha acompañado hasta la puerta.

Gracias a mi escapada he comprobado de una forma más exhaustiva que el barrio sigue estando exactamente igual. Las mismas casas, los mismos buzones y las mismas señales de circulación. Avanzo sin rumbo y me marco un objetivo al recordar que, a poca distancia, había un parque al que me solía escapar cuando el mundo, por aquel entonces, se me venía encima. La curiosidad me inunda, así que decido, rápidamente, ir para ver cómo sigue ese lugar.

Nada más llegar la sorpresa me invade. Ya no es ese espacio con unos cuantos bancos, un tobogán con una caseta de madera y un columpio algo deteriorado. Está totalmente cambiado y modernizado. Hay una gran cantidad de espacios para que los más peques y no tan peques exploren y se diviertan. También hay vegetación muy variada. Árboles, arbustos y flores decoran y alegran el lugar. Incluso hay un estanque junto a una fuente y una gran explanada en la que puedo ver que la gente pasea a sus perros.

El parque está lleno de vida y tengo claro que ya no es mi lugar de refugio pero, aún así, decido darle un voto de confianza y me adentro para sentarme un rato y desconectar.

Desde el banco en el que estoy sentada observo el lugar y a las personas. Parece que les gusta este sitio para socializar. Y no les culpo. Aunque esté mucho más masificado que como lo recuerdo, el sitio invita a venir y pasar el rato.

—¿De dónde has salido tú?

Le lanzo la pregunta a un perro de color negro y blanco que se acaba de subir en el banco en el que estoy sentada. Me mira, ladea la cabeza y abre la boca extendiendo la lengua. No sé qué puede

estar pasando por su mente, pero no parecer molestarle mí presencia y yo no soy quién para echarle.

—¿Qué haces aquí, James?

Giro la cabeza con rapidez al escuchar esa voz y el pequeño que tengo a mi lado se mueve revolucionado. Corre de un lado a otro del banco y ni le molesta estar chocando contra mi pierna.

—Para —le ordena Miriam y el peludo obedece inmediatamente—. Lo siento —dice mirándome—. Aún es joven y está aprendiendo modales.

Se sienta también en el banco, dejando al perro en medio de las dos y él no tarda nada en tumbarse y poner la cabeza sobre la pierna de su dueña.

El silencio se instaura de golpe y eso me hace sentir algo incómoda. Y no debería. Miriam me importa bien poco, pero no sé qué hace aquí. ¿Por qué ha decidido sentarse? ¿Me inquieta su comportamiento? Es posible. No quiero tener ningún tipo de relación con ella. No quiero que el pasado pueda perturbar mi presente. Bastante tengo con sobrevivir a esta etapa de mi vida.

—¿Qué te ha parecido el club de lectura?

Giro la cabeza inmediatamente tras escuchar esas palabras. Está claro que me la está lanzando a mí, pero quiero asegurarme. Me mira, esperando una respuesta, e incluso ha girado un poco el cuerpo para poder mantener una conversación conmigo, algo que no estaba en mis planes.

—Jamás imaginé ver a mi madre tan ilusionada por la relación sentimental de un licántropo —confieso y veo que sonríe.

—Creo que es su género favorito.

—¿Los licántropos? —pregunto sorprendida.

—La fantasía.

Responde con una sonrisa un poco más grande y la escena se corta un momento porque James decide cambiar de posición. Se gira y ahora coloca la cabeza sobre mi pierna. Lo acaricio y observo que cierra los ojos totalmente relajado.

—¿Por qué James? —pregunto y vuelvo a conectar mi mirada con la suya.

—Por James Dean —responde Miriam sin dudar—. Vi una película de él y supongo que fue amor a primera vista. Igual que me pasó con este granuja —dice acariciando también a su compañero de cuatro patas—. Lo dejaron abandonado en la puerta del taller y supongo que ahora le pertenezco.

Controlo la emoción que me despierta la historia. Nunca llegaré a entender cómo el ser humano es capaz de hacer cosas así.

—No es muy sociable —dice—. No le gusta conocer a gente nueva, algo bastante extraño en un perro. Así que estoy muy sorprendida de que haya decidido sentarse aquí contigo.

Esa confesión me hace sentir orgullosa. He captado la atención de uno de los seres más puros y ha preferido mi compañía antes que la de cualquier otra persona. Lo que no entiendo es por qué ella ha decidido seguirle y compartir espacio conmigo.

—¿Por qué Paula se lleva tan bien contigo?

Le lanzo una de esas preguntas que llevan tiempo rondando por mi cabeza y que nadie ha sabido responderme. Y cuando digo nadie me refiero a mi madre. Me ha ignorado y se ha hecho la loca las veces que se lo he cuestionado.

Veo que Miriam sonríe. Mi pregunta no parece haberle incomodado.

—Supongo que es por James. Tu sobrina es otra de esas personas a las que soporta —aclara—. Igual es porque os parecéis.

—Esa pequeña y yo no nos parecemos en nada —apunto con rapidez y ella alza una ceja—. ¿Qué? —cuestiono con rapidez.

—Os parecéis más de lo que piensas.

—Eso es mentira.

—Eso es verdad —insiste—. ¿Tengo que recordarte que viví tu infancia contigo?

Me quedo callada ante su pregunta. No necesito que me recuerde nada. Bastante tengo con intentar controlar el nudo que empieza a generarse en mi garganta. Le aparto la mirada y me concentro en ver cómo un par de niños se columpian mientras acaricio a James para tranquilizarme. Tengo muchas preguntas pendientes que realizarle. Pero tampoco quiero darle la satisfacción

de hacerle ver que sigo anclada en el pasado y en ese dolor. No quiero darle esa importancia.

El ambiente se ha vuelto algo raro, diría que tenso. Y ni siquiera soy capaz de encontrar las palabras adecuadas para despedirme y largarme.

—¿Irás a la próxima reunión del club de lectura?

Y tampoco sé por qué quiere seguir manteniendo una conversación ni por qué tiene interés en mi vida social. Y podría contestarle siendo la persona más seria y borde del mundo, pero no creo que, ahora mismo, lo merezca. Tengo que pensar en el presente e intentar dejar el pasado atrás porque, como siga así, van a empezar a salirme arrugas cada minuto y llegaré a final de año convertida en una pasa.

—No lo sé. Ni siquiera sé de qué libro vais a hablar —suelto lo primero que se me cruza por la cabeza.

—Es un relato mitológico desde una perspectiva feminista.

Frunzo el ceño ante su aclaración. No esperaba una respuesta así después de la tarde vivida y lo mucho que he descubierto sobre licántropos y sus relaciones íntimas. Desde luego que no.

—Las lecturas las vamos eligiendo nosotras y claro, cada cual tiene su gusto —aclara ante mi gesto—. Eso es lo divertido. Nunca sabes qué te va a tocar leer a continuación.

—La verdad es que me sorprende que estés involucrada en ese grupo —señalo—. Nunca fuiste muy de leer.

—La gente cambia.

Siento que me mira como si quisiera decirme algo más, pero no se atreve y yo tampoco estoy dispuesta a preguntárselo.

Mi móvil suena y compruebo que mi madre me acaba de mandar un *selfie* con una ensalada gigante en las manos, informándome así de que la cena está lista. Sin saberlo me ha regalado la excusa perfecta para cortar de una vez esta reunión improvisada.

—Tengo que irme. Mi madre me está esperando.

Asiente con la cabeza, acarició por última vez a James y camino de vuelta a casa sin decir una sola palabra más. Cuando llevo un par de metros recorridos algo provoca que mire de nuevo

hacia atrás. Obedezco a mi instinto y observo cómo Miriam anima a James para que baje del banco y así continuar con su paseo. Su mirada conecta con la mía, pero solo un instante, ya que giro de nuevo la cabeza y hago como si nada hubiese pasado. Necesito llegar cuanto antes a casa y que este día acabe ya. Mi batería de ser una adulta sociable se ha agotado por completo.

6

Compruebo de nuevo la bandeja de entrada de mi correo electrónico mientras desayuno y, al igual que las otras trescientas veces, no hay ninguna novedad. Cero. He perdido la cuenta de todas las ofertas de trabajo que he mandado. Ninguna ha sido contestada y eso está empezando a pasarme factura. Pensaba que sería mucho más fácil encontrar algún trabajo que me hiciese volver a la vida laboral rápidamente y que solo pasaría unos días, como mucho unas semanas, en casa de mi madre. Pero no está siendo así. En absoluto. No le veo salida a este maldito laberinto y ya hasta empiezo a pensar que alguien me está maldiciendo y se está divirtiendo con mi desgracia. Nunca he tenido problema para encontrar empleo. Es más, en alguna que otra ocasión, he estado pluriempleada. Y ahora, que más lo necesito, todo parece estar en mi contra.

Suspiro, vuelvo a actualizar el correo electrónico para ver si hay suerte, y sigo sin encontrada nada.

No sé si es que estoy haciendo algo mal o es que mi currrículum ya no llama la atención. Según mi madre, estoy siendo un poco dura conmigo misma y estoy exigiendo demasiado. Según mi experiencia, y mi situación, no estoy haciendo nada fuera de lo común. Solo hacer lo mismo que hacía siempre que necesitaba un trabajo nuevo. Pero ella parece ser que quiere que me tome mi tiempo, que piense y tome la decisión correcta. En realidad, ambas sabemos que lo que más desea es que me quede todo el tiempo posible aquí con ella. Y no entiendo muy bien el por qué. Está claro que tiene su vida. Una vida bastante organizada y sociable. Tiene amigas, planes y quedadas casi todos los días. Su vida ha cambiado bastante a como yo la recordaba. Aunque, para ser del todo

sinceras, hacía años que no compartía tanto tiempo con ella. Mi presencia aquí básicamente era de pasada. Unas horas en alguna festividad y ya está. Quizás por eso ahora está tan pendiente de mí. Quizás es su forma de decir que me ha estado echando de menos o quizás es que no confía lo suficiente en mí como para estar tranquila y entender que puedo sobrevivir por mí misma, algo que llevo haciendo años. Esta misma mañana me ha costado horrores hacerle saber que voy a estar bien en casa sola mientras ella queda con sus amigas para desayunar y hacer algún que otro plan del que no quiero formar parte.

Compruebo de nuevo el correo electrónico y vuelvo a encontrar lo mismo. Ninguna novedad.

Suelto aire bastante frustrada y el timbre de casa suena justo después. Sé que mi madre no puede ser. Ella siempre lleva sus llaves encima. Mi hermano, supuestamente, debe estar trabajando, al igual que mi cuñada. Y yo no espero a nadie.

Me levanto y me dirijo hacia la puerta para abrir mientras la curiosidad sigue debatiendo en mi interior. Me sorprendo cuando descubro a la persona que ha roto con mi momento de frustración mañanero. Encontrarme a Miriam tan temprano no es algo que haya estado esperando ni deseado. Y menos después de haber compartido tanto tiempo con ella ayer. Mi dosis de ex amiga a la que no quiero ver estaba completamente cubierta.

—Hola. Buenos días —dice con una sutil sonrisa.

Repito el saludo por pura educación. No sé qué hace aquí ni qué quiere de mí.

—Espero no haberte interrumpido.

—No te preocupes.

Prefiero decir eso a confesarle que llevo un buen rato amargándome y torturándome con mi vida laboral.

Vuelve a sonreír y observo en silencio cómo se descuelga la mochila que lleva en la espalda para buscar algo en su interior. Saca un libro del interior y observo curiosa.

—Es la historia que nos toca en la siguiente reunión del club de lectura —confiesa mientras me pasa el ejemplar—. Yo ya lo he leído, así que te lo dejo.

—No hace falta. Puedo cogérselo a mi madre.

No me apetece aceptar algo que venga de ella y creo que estas palabras son las más adecuadas y sutiles para rechazar su oferta.

—Tu madre nunca deja sus libros —señala y es algo que no puedo debatirle, ya que no tengo ni idea.

—¿Y tu dejas los tuyos a cualquiera? —cuestiono curiosa.

—No eres cualquiera —dice—. Te conozco y sé que eres cuidadosa con las cosas.

—Me conocías.

Suelto esas dos palabras sin pararme a pensar un segundo y siento que, de golpe, la escena se carga de tensión. Espero que, tras mi cagada, diga algo y se marche. Pero no sucede tal cosa. No se mueve y sigue mirándome hasta el punto en el que su reacción me incomoda un poco. Yo en su lugar habría abandonado la escena sin mirar atrás.

Le aparto la mirada y, por una vez, agradezco ver que mi madre acaba de llegar y se aproxima. Su llegada va a provocar que la escena se rompa y que yo pueda librarme de todo esto.

—Miriam, ¿qué tal?

Se lo pregunta sonriente y observo cómo ella le devuelve la sonrisa rápidamente.

—¿Te apetece un café?

Frunzo el ceño ante la oferta de mi progenitora. Sigue sorprendiéndome muchísimo lo bien que parece llevarse todo el mundo con la que fue mi mejor amiga.

Me quedo en silencio observando la escena. Me da igual lo que suceda a continuación, mi idea es dejar de ser la anfitriona, cederle el cargo a mi madre, y subirme a mi habitación para aislarme del mundo.

—No sé si...

Miriam duda y mira el reloj. Seguramente tenga algo mucho más importante que hacer que detener su vida para tomar un café con la que fue su mejor amiga de la infancia y su madre.

—Venga, pasa. No te lo pienses más.

Pero mi madre ni le deja buscar una excusa, tira de su brazo con suavidad y la mete en el interior de la casa. Pasan justo por delante de mis narices y, como si yo fuera solo una espectadora o una figura de porcelana, contemplo que avanzan por el pasillo hasta la cocina.

—Belén, cierra y ven a sentarte con nosotras.

Me tomo unos segundos e intento que mi mente sea más rápida y un poco más eficiente. Necesito una salida. Una coartada. Pero mi cabeza parece no querer darme el gusto y cierro la puerta y camino hacia el lugar de encuentro. Cuando llego hablan entre ellas de forma animada y eso me hace sentir como una intrusa en mi propia casa. Me siento justo frente a Miriam, ya que sentarme al otro lado de la mesa me parece un poco inapropiado y no quiero que mi madre me regañe en público y me deje en evidencia.

—Y cuéntame, ¿qué tal el taller?

La pregunta de mi madre me sorprende. No sé por qué le interesa el negocio de nuestra invitada. Supongo que querrá que haya algo de conversación, ya que yo no estoy dispuesta a pronunciar palabra.

—Bien —contesta Miriam mientras mi madre le sirve una taza de café—. Gracias —dice con una sonrisa—. Aunque últimamente estoy un poco agobiada con el papeleo. Nunca imaginé que preferiría ensuciarme las manos de grasa que organizar facturas y pedidos de proveedores.

Mantengo la mirada baja e intento moverme lo mínimo posible mientras controlo la respiración. Con suerte ni notaran que estoy aquí sentada con ellas y podré pasar totalmente desapercibida y sin tener que intervenir.

—Belén podría echarte una mano —señala mi madre antes de dejar un vaso de leche delante de mí—. Se le da muy bien la organización —asegura mientras yo le clavo la mirada con intensidad y sin importarme el hecho de que haya alguien más con nosotras—. Además, está buscando trabajo.

—Sí. Y tengo un par de respuestas que valorar —miento e intento sonar segura—. Así que no puedo ayudarte. Lo siento.

Zanjo el tema de la forma más directa posible y observo el rostro de Miriam para ver qué tal se ha tomado mi negativa. No parece haberle sentado mal. Asiente como si entendiese la situación y sus ojos me observan con amabilidad y comprensión.

—No sabía que te habían contestado —señala mi madre, arrinconándome.

—Ha sido justo esta mañana.

Sigo con la mentira y empiezo a no sentirme muy bien con mi propia historia. Me centro en mi progenitora y detecto que le cambia la expresión. De repente se ha puesto bastante seria y la escena se ha cargado de algo que no se qué es, pero me siento incómoda.

Percibo la mirada de Miriam clavada en mí, pero no me molesto en devolvérsela, me parece mucho más interesante mi taza de leche. Unos segundos después mi madre se excusa diciendo que tiene que hacer una llamada y sale al patio. Me deja a solas con mi ex compañera y, sin saber muy bien por qué, me siento algo aliviada.

—Tengo cosas que hacer. Será mejor que me marche —dice antes de dar un último sorbo a su café.

Se levanta y, para mi asombro, rodea el espacio que nos separa para pasar por mi lado. Posa una mano sobre mi hombro y me da un ligero apretón acompañado de un «hasta luego» que me deja bastante confusa. No recuerdo la última vez que tuvimos contacto físico y tampoco entiendo su atrevimiento. Y no es que me haya molestado, tampoco soy tan extremista, pero me cabrea que para ella es como si años atrás nuestra relación no se hubiese roto. Me da la impresión de que ha olvidado nuestro distanciamiento y eso me hace sentir una estúpida que sigue anclada en ese pasado que sigue atormentándome.

Escucho que la puerta de la calle se cierra. Miriam se ha marchado y, al girar el rostro, descubro que ha dejado sobre la mesa el libro que hace unos minutos ha pretendido dejarme. Se me escapa una pequeña sonrisa de forma inconsciente y lanzo un suspiro mientras el debate de qué hacer a continuación se abre en mi cabeza. ¿Cedo y leo la historia? ¿Paso de leer nada y anular cualquier intención que tenga sobre ir al club de lectura?

***

Me acomodo mejor en la silla y paso otra página más. He de reconocer que estoy algo enganchada al libro que me ha dejado Miriam. Ni siquiera sé cuánto tiempo llevo leyendo. Bajé de mi habitación a media tarde, comprobé que estaba sola, seguramente mi madre ha salido con sus amigas y, al darme cuenta de que el libro seguía en el mismo sitio en el que lo dejó su dueña, decidí darle una oportunidad.

Salí al patio, ya que el clima acompañaba, y me senté buscando que los rayos de sol me dieran de forma directa pero sin llegar a molestar.

Estaba tan metida e involucrada en la historia que ni he sido consciente de la llegada de mi madre y eso ha provocado que, tras mi respingo inicial con su saludo, una gran sonrisa decore su rostro.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta sin dejar de sonreír.

Me molesta que se burle de mí, pero me agrada ver que su gesto ya no es serio, algo que captó mucho mi atención durante nuestra última conversación.

—Estoy preparando churros con chocolate, ¿te apetece?

Ironizo con mi respuesta y observo que niega con la cabeza mientras se dirige al pequeño armario que tiene en el patio con utensilios de jardinería y yo me tenso de forma inmediata. No me apetece nada convertirme en su peón y que me mande a realizar alguna labor.

Decido volver a la lectura. Quizás así me libre de cualquier trabajo que esté ideando. Pero soy incapaz de concentrarme. Miro hacia ella sin levantar la cabeza del libro. Es posible que no esté siendo la persona más disimulada del mundo, aunque cabe la posibilidad de que si consigo prever la jugada me libre de su orden y este esfuerzo innecesario habrá valido la pena.

Se pone unos guantes, agarra la regadera y, en absoluto silencio, observo que se pone a regar las plantas sin decirme nada. Me desconcierta lo silenciosa que está siendo y, sobre todo, que no me haya ordenado hacer algo. Cualquier cosa. Que respete mi momento de lectura me hace replantearme muchas cosas. Es

posible que, de ahora en adelante, dedique todo mi tiempo a leer, o a fingirlo, si así consigo algo más de paz en mí día a día.

Paso una página y me centro en el texto. Y, aunque no sé por qué, me resulta imposible concentrarme del todo. Vuelvo a mirar a mi madre y me fijo en que se ha colgado una bolsa de plástico en la trabilla del pantalón y ahí va echando las hojas secas que se va encontrando y así limpiar un poco las plantas.

Muevo un poco la cabeza y me paso una mano por la cara. Me digo a mí misma «céntrate» y me esfuerzo de nuevo en intentar volver toda mi atención a la lectura. Consigo leer un par de párrafos, pero soy consciente de que no le estoy dedicando todo el interés que se merecen. Los releo de nuevo por si me he dejado algo importante y continúo. Logro terminar la página y paso a la siguiente aunque mis ojos luchan por no buscar a mi madre y descubrir qué está haciendo. Así que, cuando por fin consigo acabar el capítulo, cierro el libro de golpe y le clavo la mirada a mi progenitora. Ella no parece haberse dado cuenta de mi lucha interna. Es más, sigue a lo suyo. Ni se percata de que llevo minutos observándola.

—¿Qué haces? —suelto al ver que no me presta atención.

Se gira, me observa y, tras unos segundos de escrutinio, vuelve a girarse para limpiarle las hojas a una planta.

—Preparo churros con chocolate, ¿te apetece?

Me devuelve las mismas palabras que he utilizado con ella y, sin poder controlarlo, sonrío.

—Pues no sería una mala merienda —aseguro mientras sigue a lo suyo.

Levanto el culo de la silla, dejo el libro sobre la silla, y camino hasta su posición. Me pone nerviosa que, de repente, muestre tan poco interés en mí. Pienso que está tramando algo y me da un poco de miedo.

Cuando me coloco justo a su lado ni siquiera me mira. Carraspeo para llamar su atención, pero no consigo nada. Quiero conseguir que hable, así que me acerco un poco más y le ayudo a quitar las hojas secas de la siguiente planta.

—¿Qué haces? —cuestiona intrigada.

—¿Y qué haces tú?

Le devuelvo la pregunta y ella frunce el ceño inmediatamente.

—Estoy cuidando de las plantas.

—Sí. Pero en silencio. En mucho silencio —recalco y ella sonríe —. ¿Te encuentras bien? ¿Estás enferma?

Hago el amago de intentar tocar su frente para ver si tiene fiebre, pero recibo un manotazo por su parte y no llego ni a rozarla.

Me cede la regadera y me ordena que vaya a llenarla. Eso le pega mucho más, sí. Es más su estilo. Cumplo con lo que acaba de pedirme y vuelvo a su lado sin rechistar. Me indica que vaya regando justo por detrás, ya que ella se va a dedicar a examinar que tal están las plantas. Y sé que no confía del todo en mi labor, puesto que no me quita el ojo de encima. Como si regar fuese algo tan complicado.

—¿Qué tal las propuestas de trabajo que has comentado antes? —pregunta sin mirarme—. ¿Hay alguna interesante?

Me encojo de hombros como respuesta y sin poder mirarle a la cara. Mentirle a mi madre no es algo que lleve muy bien.

—Me gusta cuando eres tan habladora —ironiza y yo acelero mis pensamientos para buscar una frase adecuada al momento.

—Creo que, por ahora, seguiré buscando otras ofertas.

Le digo la verdad, pero sin revelar la pequeña mentira de esta misma mañana, y creo ver una pequeña sonrisa en sus labios. Me gustaría saber por qué le alegra mi desgracia, pero es posible que no esté preparada para ello.

—Veo que te has animado con el club de lectura —señala mientras limpia otra planta.

—No me he animado a nada —apunto con rapidez.

—¿Y por qué estás leyendo el libro que toca en la siguiente reunión?

Deja lo que está haciendo y puedo sentir que me clava la mirada. Está muy interesada en mi respuesta y quiere examinar cualquier expresión, cualquier mínimo detalle.

—¿Y cuál es el problema? —cuestiono para ganar algo de tiempo.

—Ninguno —contesta—. A mí me alegra que hayas decidido unirte y que incluso hayas ido a comprar el libro.

—No he comprado nada.

Me doy cuenta del trasfondo de lo que acabo de decir cuando el silencio se instaura de golpe en la escena. Debería haber ignorado la conversación, haber cambiado de tema. Pero he caído en su juego, en su trampa. ¿Cómo he sido capaz de ser tan imbécil?

—Y, ¿de dónde has sacado el libro?

Soy consciente de que lo sabe. Lo ha visto esta misma mañana en manos de Miriam. Y no hay que ser la persona más inteligente del mundo para unir las piezas.

—Sabes perfectamente de dónde lo he sacado.

Termino de regar y, al quedarme sin agua, vuelvo hacia el grifo para llenar el recipiente y seguir con mi labor. Nunca en la vida me había interesado tanto el maravilloso mundo de administrarle agua a las plantas.

Ella me sigue y se coloca justo en frente para así poder mirarme mejor a la cara.

—¿De dónde lo has sacado?

Insiste y yo la miro con el ceño fruncido mientras una sonrisa empieza a aparecer en sus labios.

—Me lo ha dejado Miriam, ¿contenta?

La curva de sus labios aumenta y yo ruedo los ojos antes de cerrar el grifo para coger la regadera ya llena de agua y seguir con mi cometido. Avanzo por el patio y cuento hasta tres a la espera de que me diga algo más al respecto, pero no pronuncia palabra alguna y aumento hasta diez. Giro el rostro algo confusa y la escena que me encuentro me confunde aún más. Se ha puesto a barrer las hojas que han caído al suelo y ha decidido ignorarme. Insólito e inquietante. No le pega nada y no sé que me hace desconfiar más; si el hecho de que hable o de que se mantenga en silencio.

7

Resoplo desde el asiento del copiloto del coche mientras observo el paisaje y mi madre conduce. Ha vuelto a convencerme para salir de casa y, de nuevo, no sé cómo lo ha hecho. Yo estaba tan tranquila en el sofá viendo un programa de fondo mientras perdía el tiempo con el móvil y, ahora, estoy siendo la compañía de mi madre hacia una nueva aventura de las suyas después de haber pasado gran parte de la mañana haciendo la compra semanal en el supermercado. Mi vida es un sueño. Pero de los macabros. De los que dan escalofríos.

—¿Me vas a decir ya a dónde vamos y por qué tengo que ir contigo?

Giro la cabeza para poder observarla mejor. Conduce tranquila y decide no apartar ni un segundo la vista de la carretera para contestarme.

—Vamos a la casa de la tía Isabel.

Responde por fin después de haberle hecho la misma pregunta unas quinientas veces e inmediatamente pienso en qué demonios hago yo en todo esto. Pero no encuentro la respuesta, así que decido preguntarle. Quizás sepa algo que yo no sé y crea que mi objetivo del día de hoy es pasar tiempo con ellas dos.

—¿Y por qué tengo que ir yo? —pregunto, dándole un voto de confianza.

—Porque eres mi hija.

—Esa no es una respuesta coherente ni justificada. Al menos podrías currarte un poquito las contestaciones —suelto sin dejar de mirarla—. Así que, voy a darte una nueva oportunidad. ¿Por qué tengo que ir yo?

—Porque eres mi hija y debes acompañarme siempre sin rechistar. Fin del debate.

Puntualiza su aclaración en un tono bastante claro y yo abro la boca con la idea de intervenir, pero mi cerebro, justo en ese momento, decide fallarme y no encuentra algo inteligente con lo que responderle. Así que decido callarme y asumir el golpe. A veces guardar silencio es la opción más inteligente.

Clavo la vista de nuevo a lo que se muestra tras la ventanilla y observo la circulación de vehículos y el ritmo de vida. Es muy distinto a lo que he estado viviendo en la ciudad. Aquí se respira tranquilidad. La gente no va con esa prisa tan característica y arraigada que suele caracterizar los grandes núcleos de población. Y he de reconocer que, aunque en el pasado todo esto me parecía sumamente aburrido, ahora no me disgusta. Quizás es que me he cansado un poco del agobio y del ruido de la gran ciudad. O quizás es que pasar tanto tiempo con mi madre me está cambiando.

—¿Por qué vamos a la casa de la tía Isabel?

Decido establecer una conversación entre nosotras porque no me apetece darle vueltas a la cabeza y sumergirme en un debate interno. Eso es mejor dejarlo para las largas noches de insomnio.

—Está algo decaída.

—¿Y por eso tenemos que ir a verla?

—Cuidado con lo que dices —señala—. Estás hablando de mi hermana.

Tomo aire y lo suelto lenta y sonoramente.

—No te vas a morir por pasar tiempo con la familia —apunta —. Además, ahora nos necesita. Tenemos que apoyarla.

—¿En qué se supone que tenemos que apoyarla?

—¿No te has enterado? —cuestiona y, por primera vez en todo el camino, desvía un segundo la vista de la carretera para mirarme.

Vuelve a clavar toda la atención en el tráfico y observo cómo niega con la cabeza antes de soltar aire lentamente. Se está tomando su tiempo y no sé si lo hace para fastidiarme o porque la bomba informativa es tan fuerte que no sabe cómo soltarla. Sea como sea, ha conseguido involucrarme del todo y ahora necesito saber qué demonios ha pasado.

—Madre, ¿me vas a decir de qué se trata?

Aprovecha un semáforo en rojo y centra su atención en mí. Me mira fijamente y se lleva una mano al pecho. O es muy buena actriz, cosa que sé a la perfección, o está afectada de verdad. La cuestión es que ya empieza a mosquearme un poco tanto misterio.

—Emily se ha ido —suelta.

—Emily se ha ido.

Repito y ella asiente con la cabeza sin dejar de mirarme.

—¿Qué Emily? —pregunto y recibo un manotazo en el brazo por su parte—. Oye —protesto acariciándome la zona afectada.

—¿Qué Emily va a ser? —cuestiona—. Tu prima.

Suelto un «ah» y alza una ceja con la clara intención de atacarme verbalmente, pero no puede hacerlo porque otro conductor nos pita para que volvamos a movernos y ella no tarda nada en hacer circular de nuevo el vehículo. Hacer esperar a otra persona no entra dentro de sus planes, como tampoco lo hace el pedirme perdón por la agresión que acabo de recibir.

—¿No vas a preguntarme qué ha pasado con Emily?

Me lanza la pregunta y contengo una sonrisa. Quiere hablar de ello. Es más, diría que se muere de ganas y por eso mismo pretendo esforzarme para molestarla un poquito. Ha llegado mi momento de devolvérsela.

—Ya me has dicho que se ha ido.

—¿Y ya está? ¿Te quedas solo con eso? —cuestiona—. Me parece increíble tu actitud.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque es tu prima —me recuerda—. Debería interesarte qué le ha pasado.

—Emily y yo nunca hemos sido muy cercanas.

Le confieso la verdad, aunque ni siquiera debería. Es bastante evidente que entre mi prima y yo nunca ha habido una relación cercana. Hemos estado viviendo en la misma ciudad y ni siquiera hemos quedado. Ese es el nivel. Y mi madre lo sabe a la perfección, así que no entiendo porque me recrimina nada. Pero también es cierto que, en el fondo, me puede un poquito la curiosidad, así que decido darle el gusto y alargo un poco más la conversación.

—¿Y dónde está? —pregunto—. Emily —aclaro.

—Se ha ido del país —confiesa y me aclara todo antes de poder pronunciar una palabra más—. Le han ofrecido un puesto de trabajo fuera y ha dejado todo, incluida a su novia Lena, y se ha marchado.

—¿Tenía novia?

—¿Solo te interesa eso? —pregunta y yo me encojo de hombros—. Pues sí. Tenía novia. Lena es una chica increíble. Atenta, amable, divertida...

—¿Acaso quieres casarte con ella? —cuestiono divertida—. Ahora está soltera. Igual es tu momento.

Corto su argumentación y me suelta otro manotazo que, a pesar de ir conduciendo, atina a darme sin problema.

—No recuerdo que tuvieras la mano tan larga —le acuso.

—Ni yo que tú fueras tan impertinente.

Se me escapa una risita que intento controlar. He de reconocer que me gusta cuando me sigue el juego, aunque a veces sea la persona más pesada del mundo.

—Si no hubieras estado tan aislada del mundo la habrías conocido y opinarías como yo —sentencia.

—¿Y si es tan increíble por qué Emily la ha dejado y se ha ido?

Me giro en el asiento para poder ver mejor su rostro y observo que está perdida y que no sabe qué decir. La he dejado fuera de juego. *Game over.*

—Tu prima quería crecer profesionalmente —dice tras unos segundos en silencio.

—O igual su vida sentimental no era tan idílica como estáis pensando.

Me devuelve la mirada durante solo un segundo, pero me da tiempo suficiente para descubrir que está muy sorprendida con lo que acabo de decir.

—¿Por qué eres tan desconfiada? —cuestiona.

—Eso no es ser desconfiada —señalo—. Es hablar sobre otra posibilidad.

—Pues esa posibilidad te la guardas para ti —apunta—. No creo que mi hermana necesite saber nada sobre esa teoría tuya.

—No soy tan insensible como para soltar algo así delante de ella.

—Mejor.

Sentencia la conversación con esa única palabra y el vehículo se queda en absoluto silencio mientras, a un par de metros, puedo ver la casa de mi tía. Tomo aire y lo suelto lentamente a la vez que me mentalizo para sobrellevar esta cita a la que mi madre me ha invitado de forma improvisada.

***

La quedada familiar no ha sido tan horrible como pensaba que sería. Mi tía nos ha contado lo sucedido, pero no ha querido entrar en detalles a pesar de que mi madre, sutilmente y no tan sutilmente, ha intentado sonsacarle algo más de información. Es posible que a la pobre mujer no le apetezca hablar sobre el tema, aunque yo tengo la teoría de que igual solo sabe lo que nos ha contado. Si a mi prima le iba tan bien con esa tal Lena, seguramente no quiere hablar de su ruptura con nadie. Ni siquiera con su madre. Al menos es algo que yo haría. Así que por ahora nos quedamos con la idea de que se ha marchado porque necesitaba seguir creciendo de forma profesional y ya está.

—¿Qué te apetece para cenar? —pregunta mi madre mientras conduce de vuelta a casa.

—Mamá, no son ni las cinco de la tarde y tu hermana me ha cebado como una cerda —respondo y observo que se le escapa una pequeña sonrisa—. No vuelvas a hablarme de comida, por favor.

La pesadez que siento en el estómago no es culpa de mi tía. Ha sido única y exclusivamente mía. Soy la única responsable. Podría haber rechazado otra ración de lasaña y haberme negado a la gran porción que me ha servido en el postre y al café. Pero no todos los días te ofrecen tarta de queso casera.

—Tengo que hacer una parada antes de llegar a casa.

Mi madre me informa de su siguiente movimiento y yo solo me limito a asentir con un leve sonido gutural. Ahora mismo me da igual todo. Estoy llena, el sol me está proporcionando un agradable calor y la comodidad del asiento está consiguiendo que me relaje por completo. Cierro los ojos y dejo que lo que tenga que pasar, pase.

Luchar contra lo inevitable nunca ha sido lo mío, así que dejo que el sueño me venza aunque sé que nuestro camino de vuelta a casa es demasiado corto como para disfrutar de una siesta decente.

—Belén, despierta —dice mi madre mientras me zarandea un poco.

—No estaba durmiendo —protesto mientras contengo un bostezo—.¿Por qué me has despertado? —cuestiono y me regaño mentalmente porque el sueño no me ha dejado encubrir mi propia mentira—. Aún no hemos llegado a casa —señalo en cuanto veo que estamos paradas frente al taller de Miriam.

—Lo sé. Tengo que hablar de algo con Miriam —aclara—. Vamos.

Me anima a salir del vehículo, pero yo me cruzo de brazos y frunzo el ceño.

—¿Qué haces? —me pregunta clavándome la mirada.

—Nada.

—Mueve el culo —me ordena y yo alzo las cejas sorprendida con sus palabras.

—¿Por qué? No me necesitas —apunto—. ¿Acaso ahora soy tu guardaespaldas?

—Belén.

Dice mi nombre y no necesita nada más. Suspiro, descruzo los brazos y salgo a la vez que ella del coche.

—Menuda mandona —murmuro sin atreverme a pronunciarlo en voz alta.

Sigo su estela como cuando era pequeña y la seguía a todos sitios. A esa edad no pensaba demasiado. Y ahora, que mi cerebro ha madurado, tampoco puedo hacer otra cosa. Negarme no es una opción que contemple. Es increíble el poder que desprende. Es como si fuese una mafiosa, desobedecerla podría desencadenar el hecho de encontrarme una cabeza de caballo en la cama.

Nos adentramos en el taller. Está en silencio y no hay rastro de Miriam, algo que me alegra. Mucho. Muchísimo. Sea lo que sea que tenga que decirle, espero que le valga con decírselo al chico que trabaja para ella. Así podremos largarnos cuanto antes.

—¿Miriam? —pregunta mi madre en un tono bastante elevado.

—¿Qué haces? —cuestiono con rapidez.

Me mira confusa y veo en su mirada que pretende decirme algo, pero se queda en un intento porque, de repente, se escucha ruido al fondo del taller y, un segundo después, Miriam, ataviada con el uniforme de trabajo, aparece en nuestro campo de visión.

Lleva el pelo recogido en una cola alta, unas botas de trabajo y el mono azul, que le cubre todo el cuerpo, con unas cuantas manchas. Típico de alguien que repara coches. Lo que no me parece tan típico es darme cuenta de lo bien que le sienta el uniforme.

—Hola —dice con una sonrisa mientras se va limpiando las manos con un trapo—. ¿Qué os trae por aquí?

Lanza la pregunta y observo que primero me mira a mí y luego centra la atención en mi madre.

—Creo que nos toca la revisión —suelta mi madre—. Quería saber cuándo puedo dejarte el coche.

—¿Tienes la tarjeta en la que te apunté los datos de la última revisión?

Mi madre le entrega una pequeña cartulina mientras yo permanezco como una simple observadora. Ni quiero ni pretendo involucrarme. Esto no va conmigo.

—Sí. Tenemos que hacer un par de retoques —asegura Miriam —. ¿Cuándo te viene bien dejarme el coche?

—¿Cuándo te viene mejor a ti?

—Esa es una buena pregunta —responde Miriam con una sonrisa—. ¿Qué tal...

No termina la pregunta, ya que un teléfono empieza a sonar y se disculpa con nosotras un momento para ir a una pequeña habitación con una gran cristalera desde la que supongo ve todo el taller cuando está ahí dentro.

—¿Qué te pasa? —me pregunta mi madre con codazo incluido.

—Oye —protesto—. ¿Qué te pasa a ti?

—Podrías ser un poco más simpática —señala.

—No he hecho nada.

—Por eso mismo —aclara—. Sonríe. No cobran por ello.

Nos mantenemos la mirada como si estuviéramos retándonos y no paramos hasta que escuchamos que Miriam vuelve con

nosotras. Una lástima. Era una batalla que tenía casi ganada.

—Perdonad. Ya estoy con vosotras.

—No pasa nada —asegura mi madre con una sonrisa impoluta —. Puedo dejarte el coche cuando...

Otro teléfono vuelve a sonar y mi ex mejor amiga fuerza una sonrisa antes de volver a disculparse y coger el móvil que lleva en uno de los bolsillos del mono de trabajo. No se aparta, así que podemos escucharla perfectamente. Creo que habla con un cliente que tiene que recoger el vehículo esta misma tarde. Habla de piezas que no he escuchado en mi vida y del tiempo que le va a llevar y entiendo que el dueño del coche le está pidiendo que acabe cuanto antes porque Miriam intenta convencerlo para ganar algo más de tiempo. Pero por su cara, tras colgar, deduzco que no lo ha conseguido y que hoy la tarde se le va a hacer un poco larga.

—Lo siento. Llevo unos días aquí sola en el taller porque Javi necesitaba unos días libres y está siendo un auténtico descontrol — informa.

—Entonces no te preocupes —asegura mi madre—. Llámame cuando todo esté más tranquilo. Yo no tengo prisa.

—Te lo agradezco. Hoy ni siquiera sé cuándo voy a salir de aquí porque tengo que acabar un coche y esperar a que me traigan un par de piezas y también pelearme con un proveedor.

—Belén puede echarte una mano —dice mi madre.

—¿Qué?

Suelto lo primero que se me viene a los labios y ni siquiera intento controlar mi sorpresa.

—No sé nada de mecánica.

Intento ser concisa y directa para librarme de esta encerrona. Pero mi madre, la misma que me ha lanzado a los leones, no parece estar por la labor.

—Pero puedes ayudar con el teléfono y los proveedores — asegura muy convencida.

—No hace falta —dice Miriam y yo respiro aliviada. Le debo una y ni siquiera lo sabe—. No quiero molestar a nadie.

—No es molestia —indica mi madre y siento que me empuja poniendo una mano en mi baja espalda—. Belén ha trabajado de

recepcionista y de secretaria —informa—. Estoy segura de que puede con esto.

La miro a los ojos intentando que me entienda y que no me deje aquí. Pero no lo hace. Ella sonríe orgullosa y satisfecha y me da una palmadita en el hombro antes de dejarme allí plantada delante de mi ex mejor amiga.

—No tienes por qué hacerlo.

Clavo la mirada en Miriam, que acaba de pronunciar esas palabras, y estoy dispuesta a darle la razón y a marcharme andando. Y es entonces cuando el teléfono de la habitación vuelve a sonar. Ella me mira y yo la miro a ella. Ambas sabemos que es el momento clave, el momento de decidir. Es ahora o nunca.

—¿Es el proveedor? —pregunto, señalando hacia la habitación.

Ella asiente y yo pronuncio en mi cabeza un «Eres imbécil, Belén. Eres jodidamente imbécil» antes de ponerme a caminar para coger el teléfono. Mantengo una conversación con el señor sentada sobre el escritorio. Desde aquí puedo ver todo el espacio e incluso contemplar cómo Miriam vuelve al coche en el que estaba trabajando antes de que la interrumpiéramos. Tras unos minutos de tensión, de exigencias y alguna que otra amenaza, consigo que me prometa que el pedido estará en el taller mañana mismo. Así que cuelgo, salgo de la habitación y camino hasta Miriam para informarle. Sigue trabajando en el vehículo, con el capó abierto, y ni se ha dado cuenta de mi presencia. Observo su concentración y cómo rebusca en sus bolsillos para dar con alguna herramienta. Se inclina para acceder a un sitio que parece más complicado y, cuando su pelo toca parte del coche, me muevo para apartarlo. Pero me detengo al darme cuenta y hasta yo me sorprendo del atrevimiento que he estado a punto de hacer. Suelta un «joder» bastante frustrada, se separa del vehículo y es entonces cuando se da cuenta de mi presencia.

—El proveedor ha asegurado que vendrá mañana mismo —le informo.

—Eso lleva diciéndome tres días seguidos.

—Y supongo que tú no lo has amenazado con dejar de pedirle los productos a él —confieso mi táctica y se le escapa una sonrisa.

—¿Has hecho eso? —cuestiona sin dejar de sonreír.

—Por supuesto que sí.

Pronuncia un «gracias» y yo hago un gesto con la mano para quitarle importancia. Le he hecho un favor, sí. Pero ella también se tomó la molestia de realizar ese informe sobre mi coche, aunque ni siquiera lo he utilizado.

Miriam se mueve hacia un pequeño estante y comienza a buscar algo. Le ofrecería de nuevo mi ayuda, pero no tengo ni idea de herramientas, así que no le voy a favorecer en nada. Aún así decido acercarme un poco. Tampoco entiendo muy bien por qué sigo aquí. Tengo la opción de marcharme. Ya le he ayudado con algo. Mi madre no va a quejarse ni nada por el estilo.

—Deberías tener cuidado —digo y rápidamente capto su atención—. Tu pelo es muy largo.

—Lo lavo todos los días.

—No lo digo por la suciedad —aclaro—. Aunque es un buen detalle —señalo y vuelve a sonreír—. Se te puede enganchar en cualquier sitio y podrías tener un accidente.

Asiente con la cabeza, agarra un par de herramientas pequeñas, y camina directa hacia mí. Y he de decir que me pone algo nerviosa.

—¿Es tu forma de decir que te preocupas por mí?

—Yo... No...

Me siento inútil al no saber qué decir y observo que sus labios se curvan. Parece que la situación le está divirtiendo. Se acerca un poco más y yo doy un paso hacia atrás, acción que parece entretenerle, ya que su sonrisa aumenta.

—Está bien preocuparse por la gente —asegura mientras me mira.

—Yo no me preocupo —señalo mientras me cruzo de brazos.

—Ya, claro.

Que no pierda la sonrisa en ningún momento es algo que me molesta. Pero lo que más me incomoda es no saber qué está pasando. ¿Por qué me siento arrinconada y por qué parece que he perdido el don de la palabra?

Escucho que un vehículo se detiene en la puerta del taller y giro la cabeza para ver quién es aunque me interesa bien poco. Solo quiero salir de esta situación en la que ni siquiera sé cómo me he metido.

—Es el chico que me trae las piezas —informa Miriam.

—Yo me encargo.

Avanzo sin que me diga nada más. Por algún extraño motivo necesito espacio.

Cuando me encuentro con él ya tiene unas cuantas cajas puestas unas sobre otras encima de un carrito.

—Hola —digo y me fijo en que él me mira extrañado—. Estoy echándole una mano a Miriam —aclaro.

—Entonces, ¿lo dejo todo en el sitio de siempre?

—Claro —aseguro mientras avanza—. Supongo.

La última palabra la digo en un susurro. El chico no tiene por qué saber que mi ayuda en el taller, básicamente, se ha centrado en contestar un teléfono. Hace el camino de vuelta a la vez que yo entro al interior del local y me entrega un papel para que lo firme. Lo hago sin pararme a pensar si esto es algo que tiene que hacer Miriam y el joven ni me da tiempo para despedirme.

Vuelvo hacia la zona en la que Miriam está trabajando. Sigue con el mismo vehículo y ahora está el doble de concentrada. Tanto que hasta me sabe mal decirle algo. Pero tengo que hacerlo. Debo informarle.

—El chico ya ha dejado las cajas.

No hay contestación por su parte. Decido acercarme un poco más, quizás no me ha oído.

—Todo está en su sitio —digo e incluso me inclino un poco para que mi voz llegue mejor hasta ella.

Gira el rostro y nuestras miradas se encuentran rápidamente.

—Me ha dejado la factura —informo tras un par de segundos en silencio absoluto.

—¿Has comprobado si está todo?

—No sabía que tenía que hacerlo —señalo.

—Cierto —dice con una ligera sonrisa—. Yo me encargo cuando acabe con esto —asegura—. Gracias.

Vuelve a sumergirse en eso que intenta arreglar a tiempo. Sé que puedo largarme y abandonar este lugar sin ningún tipo de compromiso. Yo ya he hecho mi parte. Y creo que, además, lo he hecho bastante bien. Y aunque intento despreocuparme de la situación, algo en mi interior me frena. Vuelvo sobre mis pasos y con la factura en la mano empiezo a comprobar que todo es correcto. Unos minutos después, cuando ya he acabado con mi labor y al no saber qué más hacer, me paseo un poco por el local. Observo con más detenimiento el lugar. Todo parece estar medianamente ordenado teniendo en cuenta que es un taller. Todo menos la sala acristalada en la que he atendido el teléfono. Es un maldito caos de papeles, facturas y carpetas sobre la mesa. Niego con la cabeza ante ese caos y decido no involucrarme. No me importa en absoluto. Si a ella le gusta este caos...

—¿Está todo bien?

Me sorprende su pregunta, me giro inmediatamente y, con la mirada, me indica que se refiere al pedido que han dejado hace unos minutos.

—Yo diría que sí.

Avanza hacia la habitación y observo cómo bebe un poco de agua. Parece cansada y algo frustrada. Cuando regresa a mi lado la vista se me clava en un mechón de pelo que se le ha escapado de la coleta y que, por alguna extraña razón, estoy deseando volver a colocar en su sitio.

—Gracias por la ayuda —dice y conecto mi mirada con la suya, intentando olvidarme de mi anterior pensamiento.

—No tiene importancia —aseguro y ni siquiera sé por qué he dicho esas palabras cuando preferiría estar en casa viendo mi serie de médicos o jugando a la videoconsola—. Si hay algo más que pueda hacer por ti...

Me abofeteo mentalmente al dejar escapar esa frase y me apunto insultarme toda la noche hasta que consiga quedarme dormida. Recrearme en lo estúpida que estoy siendo parece un buen pasatiempo contra el insomnio.

—Pues no me vendría mal un par de manos para colocar el pedido en lo que yo acabo con la reparación del vehículo.

—¿Dónde tengo que ponerlo?

No dudo en responder y hasta yo misma sigo sorprendiéndome. No sé por qué me estoy ofreciendo a todo. O quizás sí. Quizás es la necesidad que tengo de sentir que puedo ser útil, de hacer algo. Demasiado tiempo libre. Eso es.

Me indica dónde hay un pequeño almacén y me asegura que no tendré problema en colocarlo todo porque hay etiquetas con los nombres de los repuestos que ha pedido. Y no. No miente. Todo está perfectamente organizado, así que la labor me resulta bastante fácil aunque tardo más de lo esperado en terminar, ya que el volumen de productos es mayor de lo que pensé en un primer momento.

No sé el tiempo que paso colocando las cosas, pero la concentración es tal que pego un respingo cuando escucho el motor de un coche. Supongo que Miriam ha terminado su trabajo y está haciendo comprobaciones. Cuando acabo y salgo de la habitación observo que está hablando con un hombre mientras le enseña unas piezas y le hace indicaciones sobre el vehículo que estaba arreglando. Entiendo rápidamente que es el dueño y mi teoría coge más peso en cuanto veo que Miriam le saca el coche fuera del taller y le cede las llaves para que pueda marcharse. Se queda en la puerta observando cómo se marcha y yo decido avanzar hacia su posición.

—¿La gente suele no pagarte? —pregunto y ella me mira—. No he visto ningún intercambio monetario —señalo.

—No tenía el dinero y necesitaba el coche para ir a trabajar —responde—. Me ha asegurado que vendrá a pagarme en cuanto cobre.

—¿Y sueles fiarte de la gente?

—¿Y qué debería hacer? —cuestiona—. Es gente del pueblo. Conozco a estas personas.

—Pero tú no vives del aire.

—Igual debería contratarte para tener en el taller esa mano dura que me falta.

—No, gracias.

Me niego inmediatamente y me fijo en la pequeña curva que se dibuja en sus labios.

—Ya va siendo hora de que vuelva a casa —señalo.

—Te daría la mano, pero...

Ambas bajamos la vista hacia esa parte de su anatomía. La tiene manchada de grasa por haber estado trabajando.

—Mejor otro día —sugiero y avanzo un par de pasos.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—No te preocupes. Me apetece dar un paseo.

Dejo a Miriam atrás mientras progreso por la calle y a la vez pienso en lo ocurrido esta tarde. He acabado ayudando a mi ex mejor amiga por culpa de mi madre, pero he tenido varias oportunidades de marcharme y no lo he hecho. ¿Qué demonios me ha pasado? Supongo que todo se resume en lo que ya he pensado antes, en intentar ser alguien útil. Tiene que ser eso, ya que la otra opción que me queda es la de estar cogiendo un virus que no me provoca ningún síntoma pero que me está volviendo imbécil.

8

Bajo las escaleras molesta y con sueño. Incluso se me escapa un bostezo en cuanto pongo un pie en el último escalón. Estaba durmiendo tan tranquilamente cuando, de repente, unas voces y risas han roto por completo con mi descanso. Sé que, en cuanto llegue a la cocina, me voy a encontrar a mi madre con mi hermano, mi cuñada y mi sobrina. ¿Me apetece una estampa familiar? No demasiado, la verdad. Pero tampoco es que pueda hacer mucho más. El plan de seguir dando vueltas en la cama ha perdido todo su atractivo después de unos cuantos intentos.

—Vaya, mira quién ha decidido aparecer —dice mi hermano nada más verme.

Ni siquiera me molesto en contestarle, sigo avanzando, pronuncio un «buenos días» generalizado y me siento en la silla. Que haya decidido bajar no quiere decir que me apetezca socializar. Ni mucho menos.

—¿Qué tal estás? —me pregunta mi cuñada, que está sentada justo a mi lado, mientras mi hermano y mi madre se encargan de preparar el desayuno y siento la mirada de la pequeña clavada en mí.

Me encojo de hombros como respuesta y le devuelvo la misma pregunta. No me apetece mucho hablar, así que intento que ella sea la que tire de la conversación. Habla de cómo está y de cómo le ha ido la semana y yo contesto asintiendo con la cabeza o con algún monosílabo. No es que no me interese lo que tenga que decirme. Es que me cabrea que me despierten y siempre suelo arrastrar ese mal humor durante un rato.

Pronuncio un «gracias» cuando mi hermano me deja delante un vaso de leche calentito.

—No logro entender cómo a tu edad sigues desayunando como un bebé —dice y yo le levanto el dedo corazón como respuesta.

—Oye. Hay niñas pequeñas delante —me regaña y la vista se me va a mi sobria, que está justo enfrente.

Me mira, le sonrío y se muerde el labio para que sus labios no se curven del todo. El hecho de que intente ser tan correcta siendo tan pequeña sigue abrumándome. ¿Será una niña de verdad? ¿O será una señora haciéndose pasar por una cría pequeña? Creo que hay una serie o película sobre algo así.

—Contrólate —me pide mi cuñada, trayéndome de vuelta a la conversación y recordándome que yo sí que soy una adulta oficial al cien por cien y que debo de actuar como tal.

—Se me ha escapado —confieso—. La culpa la tiene él. Siempre intenta provocarme.

—¿Yo? —cuestiona mi hermano inmediatamente—. Lo que pasa es que no tienes aguante y saltas a la mínima.

—Lo que pasa es que eres un insufrible y no...

—Suficiente —dice mi madre.

Deja un plato con tostadas sobre la mesa y a nosotros no nos queda más remedio que callarnos. Siempre ha tenido ese poder. Posee una capacidad increíble para acabar rápidamente con nuestras rabietas y piques.

—¿Cómo va la búsqueda de trabajo? —pregunta mi cuñada.

Soy consciente de que ha abierto ese nuevo tema de conversación para romper un poco con la tensión que se acaba de instaurar de golpe. Pero justo ha dado con un asunto que no llevo del todo bien.

—Va —digo sin más antes de llevarme la taza a los labios y dar un sorbo.

—Belén ayer estuvo echándole una mano a Miriam en el taller —pronuncia mi madre.

—¿Echándole una mano? —cuestiona mi hermano—. Ni siquiera sabe lo que es una llave inglesa.

Le clavo la mirada con intensidad, pero llego tarde. Mi madre ya le ha recriminado su comentario solo con mirarle. Hoy parece ser

que está de mi parte.

—A veces está bien cambiar de aires y darle otro enfoque a nuestra vida —anuncia mi cuñada.

—Solo le hice un favor —aclaro y el imbécil de mi hermano sonríe.

Seguramente su mente, del tamaño de un cacahuete seco, ha decidido que sería muy ingenioso malinterpretar mis palabras y darles un doble sentido.

—No es mi intención dedicarme al mundo del motor —aseguro.

—El mundo te lo agradecerá —señala mi hermano.

Nuestra madre le propicia una colleja sin que su hija se dé cuenta y yo sonrío de forma plena. Me encantan los finales felices. Y más cuando esos finales van a mi favor y en contra de mi hermano.

—Pero podría ser una opción hasta que te salga algo —sugiere mi cuñada—. Al menos mantienes un poco la cabeza entretenida.

—No me interesa.

Intento que mis palabras suenen lo más claras posibles. No quiero que haya algún tipo de malentendido y que ella o mi madre salgan corriendo en busca de Miriam para sugerirle que me contrate. Aunque también me quedo pensando en las palabras de Rocío, ya que es algo que yo misma pensé ayer. Ser útil después de tantos días me hizo sentir bien. Pero claro, trabajar con mi ex mejor amiga no es una opción. No sé ni cómo fui capaz de soportar ayer aquellas horas en su taller. Y quizás haya pasado más tiempo del debido pensando en ello durante la noche. Igual que ahora mismo. No debería estar dándole ese espacio y tiempo a Miriam. No se lo merece. Y tampoco vale la pena. Pero, aún así, sigo intentando entender por qué me quedé ayer en el maldito taller.

Un codazo propiciado por mi cuñada es lo que consigue traerme de vuelta. Y menos mal.

—Entonces, ¿te apuntas? —me pregunta.

Se me frunce el ceño porque me ha pillado por sorpresa y no sé si fingir que sé de lo que habla o quedar francamente mal y reconocer que no le estaba escuchando y que mi cabeza se había marchado lejos, concretamente a un par de calles de distancia.

—No sé... No sé cómo me viene de bien.

Intento disimular para ver si consigo descifrar qué me está proponiendo.

—Venga, anímate —insiste.

—Tengo que pensármelo.

—¿Qué tienes que pensarte? —interviene mi madre.

Eso mismo me pregunto yo, ya que no tengo ni idea de qué hablan.

—Pues... Cosas —suelto.

Siento todos los ojos de los allí presentes sobre mí y decido centrar toda mi atención en la taza que tengo delante. Se me va la mirada hacia mi sobrina. Está sonriendo, pero no creo que se haya dado cuenta de que estoy en apuros. No puede ser tan espabilada.

—Pasaré por ti esta tarde a las ocho —apunta mi cuñada y yo giro el rostro con rapidez para poder clavarle la mirada. Quizás con un poco de presión consiga soltar algo de información.

—¿Qué parte de que me lo tengo que pensar no has escuchado? —cuestiono para ganar más tiempo.

Me hace un gesto con la mano como para quitarle importancia a mi comentario y se lleva una tostada a la boca para continuar con su desayuno y actuar como si no acabase de desbarajustar mi existencia. Me ha lanzado de lleno a un plan del que no sé nada. Y, como soy estúpida, yo misma me he encerrado en la maldita incógnita de no saber qué hacer. No sé qué pretende y tampoco de qué va el asunto y, aunque tengo un plan perfecto de pasar la noche viendo series, también es cierto que siento algo de curiosidad.

Percibo un pequeño tirón en la manga de mi camiseta y, al mirar hacia ese punto, observo que mi sobrina está justo a mi lado, de pie, mirándome. Me pide con la mano que me acerque un poco y cumplo con su petición mientras el resto de los allí presentes comienzan un nuevo debate.

—¿Podemos jugar a la videoconsola? —me pregunta muy cerca del oído.

Le sonrío, me levanto y le hago un gesto con la cabeza para que me siga. A los demás no parece importarles mucho que vayamos a tomarnos nuestro espacio, así que mejor. Me sigue

escaleras arriba y, en cuanto llegamos a mi habitación, dejo que pase ella primero. Observo sus movimientos con curiosidad. Veo cómo echa un vistazo al escritorio y a la estantería con libros y hace un barrido visual de toda la estancia antes de darse cuenta de que la estoy mirando. Es entonces cuando decide caminar hasta la cama y sentarse. Me siento a su lado para quitarme las zapatillas y, justo después, me tumbo y me estiro para llegar a la mesita de noche, que está al otro lado, y agarrar la videoconsola.

—¿Vienes? —le pregunto mientras me echo a un lado para que se ponga a mi lado.

Acepta mi petición y ambas nos colocamos en la misma posición, apoyando la espalda contra el cabecero de la cama.

—¿Quieres jugar a lo mismo del otro día? —pregunto y ella asiente.

Enciendo la videoconsola y, de reojo, observo a la pequeña. Sigue analizando con la mirada todo lo que hay en la habitación. Aunque supongo que ya conocía este lugar, solo que ahora yo también estoy aquí y quizás eso despierte algo más de curiosidad en ella.

—¿Quién es? —pregunta mientras señala con el dedo el poster que tengo colgado de Sarah Michelle Gellar.

—¿Cómo? ¿No sabes quién es? —cuestiono sorprendida.

Ella niega con la cabeza y me mira confusa.

—¿Qué te enseñan en el colegio? —pregunto y veo que su ceño se frunce un poco—. ¿Qué te enseña tu madre?

Veo la confusión en su rostro pero, a pesar de eso, decide guardar silencio. Está siendo prudente y no me está dando una de esas contestaciones de persona mayor que suele utilizar. Quizás esta tregua solo se deba a que aún tengo en las manos la videoconsola. Le hago entrega de ella, no quiero que siga esperando, conozco esas ganas, ese deseo, de querer jugar a algo. Sonríe inmediatamente y, un segundo después, se concentra por completo en lo que está ocurriendo en la pequeña pantalla.

—Ella es Buffy —le informo, aunque sé que seguramente ni me está escuchando.

—¿Y por qué la tienes en tu pared? —pregunta mientras juega.

—¿Por qué? —cuestiono a la vez que me fijo en la facilidad que tiene para pasarse cada nivel—. Porque se dedicaba a salvar el mundo. Es una pena que las nuevas generaciones no vayáis a ser conscientes de ello.

—¿Por qué? ¿Ya no salva a nadie?

—No. Ya acabó —respondo y sus ojos buscan los míos con rapidez.

—¿Se ha ido al cielo?

—No. No. Claro que no —contesto inmediatamente—. Bueno, igual un poco sí, aunque eso es... —divago y me doy cuenta de que no va a entenderme—. Ella era la protagonista de una serie que terminó hace años —aclaro, resumiendo—. ¿Sabes lo que es una serie?

Asiente con la cabeza, ya que sus ojos han vuelto a lo que verdaderamente le interesa, y necesita estar lo más concentrada posible.

—¿Podemos verla? —suelta.

—¿Quieres ver Buffy conmigo? —cuestiono muy sorprendida, pero también satisfecha y orgullosa de que la pequeña quiera pasar más tiempo conmigo. Aunque no entiendo muy bien el por qué de mi reacción.

Ella pronuncia un sonido de afirmación y, antes de que podamos determinar qué hacer al respeto, su madre entre en mi habitación.

—¿Por qué me has robado a mi hija? —pregunta mientras me clava la mirada.

—Yo no te he robado nada —respondo con rapidez—. Ella ha querido pasar tiempo conmigo.

—¿Contigo o con la videoconsola?

Su cuestión me descoloca y me hace dudar. ¿Quiere Paula realmente pasar tiempo conmigo o solo soy el acceso a eso que desea y no tiene? Solo soy el medio para un fin.

—Cariño, venga, tenemos que irnos.

Mi cuñada anima a su hija a que abandone mi habitación y la pequeña me mira y me da las gracias antes de obedecer y dejar la videoconsola sobre la cama.

—A las ocho paso por ti —asegura Rocío.

—Yo no...

Y no me da tiempo a quejarme ni a intentar escabullirme, ya que desaparece de mi vista sin aportar ningún tipo de información más. Cierro los ojos, resoplo y me tumbo del todo mientras me masajeo la frente. Otra vez me voy a ver envuelta en algo que no he organizado y esta vez ni siquiera sé de qué se trata.

***

De nuevo estoy siendo arrastrada a un sitio en el que no me apetece estar. Al menos, esta vez mi cuñada, antes de llegar, ha tenido el detalle de desvelarme el misterio, ese que me perdí por estar disociada de la realidad. Vamos a reunirnos en un bar del pueblo con compañeras del instituto y, aunque he intentado escabullirme asegurándole que no pinto nada con la gente que conoce, ella me ha asegurado que la quedada no está organizada por cursos, que irán personas de distintas edades y que, seguramente, reconoceré a muchas de ellas.

—No sé qué pretendes que haga ahí dentro —aseguro nada más bajar del coche.

—¿Divertirte? —cuestiona mi cuñada.

—Ya me divierto en casa.

—Ver series con tu madre no es el culmen de la diversión —señala.

—Es mi culmen de diversión. Y deberías respetarlo.

Rueda los ojos y yo me escandalizo en mi interior por haber soltado esa frase. Estoy segura de que si mi madre me hubiese escuchado estaría súper orgullosa y con la sonrisa más grande del mundo.

—Adelante —dice mi cuñada sin darme alguna opción de escaparme.

Incluso se adelanta para abrir la puerta y dejarme pasar primero. Paso delante de ella, entro y me paro junto a la entrada para examinar el lugar. No lo reconozco o no lo recuerdo. Es bastante amplio y la iluminación es tenue. Hay una barra circular en el centro y parece estar dividido en dos grandes zonas. Al fondo puedo ver un par de dianas y un billar y, en uno de los extremos,

unas cuantas mesas juntas con mujeres que charlan mientras toman algo.

—Es allí, ¿verdad? —le pregunto tras señalar con la cabeza.

—En efecto —afirma mientras me pone una mano en la cintura para que avance.

—No conozco a nadie —aseguro antes de ponerme a andar.

—Aún ni les has visto las caras.

—No lo necesito.

—Belén, venga ya —dice y se detiene, provocando que yo también lo haga—. No te va a sentar mal socializar un poco.

—Está bien —gruñó tras unos segundos de batalla de miradas.

Sonríe con mis palabras y retomamos el camino. Cuando llegamos al encuentro del resto se hace el silencio. Siento que todos los ojos se clavan en mí e intento focalizar mi mirada en algún sitio que no pueda resultar incómodo para nadie, pero no lo consigo y decido que es mucho más sencillo sentarme en la primera silla que encuentro y desaparecer mientras mi cuñada hace las presentaciones en general y yo me limito a saludar con la mano. Creo reconocer a un par de personas, pero son ex compañeras con las que ni quiero ni pretendo entablar una conversación.

—¿Quieres tomar algo? —me pregunta mi cuñada tras sentarse en la silla contigua.

—Un refresco.

Me sonríe y, acto seguido, desaparece de mi lado para ir a la barra y pedir, ya que el resto de las allí presentes ya están servidas.

—¿Cuánto tiempo llevas por aquí? —me pregunta la mujer que tengo sentada justo a mi izquierda.

—Unas semanas —contesto antes de forzar una pequeña sonrisa.

—Hace mucho que no te veía —señala—. Seguramente tú ni te acuerdes de mí. Yo iba a la clase de tu hermano y de Rocío —aclara —. Pero, cuéntame. ¿Qué te trae por aquí de nuevo?

Que una desconocida quiera saber de mí y de mi vida no es algo que me motive especialmente. Aún así, soy consciente que ser amable es lo primero de todo y que algo tendré que hacer el rato que esté aquí.

—Me quedé sin trabajo y tuve que volver a casa de mi madre —confieso sin andarme con rodeos.

—Sé de alguien que está buscando que le echen una mano en el negocio —dice y me fijo en cómo saca el móvil—. Te paso su teléfono.

—No, yo no...

Y ni me da tiempo a negarme y a decirle que no me interesa ningún empleo en este pueblo. Hace que copie el número y también me hace una breve reseña sobre el negocio. Es una pequeña empresa familiar que ha crecido en los últimos meses y necesita a alguien más en la plantilla. Me habla sobre los dueños mientras mi única intervención es la de asentir con la cabeza y, en cuanto mi cuñada regresa, me convierto en la persona más afortunada del mundo. Se ponen a charlar entre ellas y me dejan al margen. Perfecto. Necesitaba un descanso porque ya estaba empezando a sentirme algo saturada. Doy un sorbo a mi refresco y me dedico, de nuevo, a examinar el lugar. Ha llegado más gente, casi todas las mesas están ocupadas. Este sito debe de ser el punto de reunión favorito de la vida social del pueblo. Aunque claro, no creo que tengan muchas más opciones.

Al girar el rostro mi sistema se paraliza unos segundos. Miriam acaba de entrar por la puerta y avanza por el local hasta la barra. Lleva unos vaqueros, unas botas con algo de tacón, una camisa y una cazadora. He de reconocer que me gusta su estilo. Nada que ver a cómo iba la última vez que nos vimos con ese mono de trabajo lleno de grasa. Cuando se gira, con un refresco en la mano, nuestras miradas conectan y yo, como una imbécil, agacho la cabeza rápidamente. No sé por qué mi cerebro ha decidido hacerle creer que me da vergüenza que me haya pillado mirándola.

Intento fingir que estoy dentro de la conversación de mi cuñada junto a la otra mujer y, cuando Miriam camina hacia adelante, la sigo con la mirada. Se ha sentado con nosotras, pero a unas cuantas sillas de distancia. No sé qué tienen en común estas mujeres con ella, pero intento frenar mi curiosidad. No me interesa. O más bien, no debería interesarme.

Pasados unos minutos, en los que he estado intentando disimular de la mejor forma posible que estaba centrada en la conversación, desisto. Me levanto con la excusa de que voy a pedirme otro refresco y me dirijo directamente hacia la barra. Espero pacientemente a que me atiendan. Prefiero estar aquí, sin nada que escuchar ni qué decir, que en mitad de una conversación que no me interesa lo más mínimo.

Pido mi bebida y, un segundo después, ya la tengo delante. Pago y me hago la remolona. No quiero volver a la mesa. No me apetece. Pienso en lo increíblemente bien que estaría en casa y las ganas de salir corriendo del local me invaden por completo.

—No esperaba verte por aquí.

Escucho su voz bastante cerca. No tengo ni que girarme para comprobar que Miriam está justo a mi izquierda. El peor de los escenarios posibles.

—Yo tampoco esperaba verme por aquí, la verdad —aseguro mientras el camarero le entrega lo que ha pedido—. Un café a estas horas igual no es lo más adecuado.

—Lo sé. Pero llevo despierta desde las cuatro de la mañana —me informa—. Necesito un poco de estímulo para aguantar un par de horas más en pie.

Doy un trago a mi refresco y ella hace lo mismo con su café.

—Y dime, ¿cómo es que te has apuntado a este plan? —pregunta.

—Mi cuñada me ha arrastrado —contesto mientras veo que sonríe.

—No te pega nada.

—¿El qué?

—Que la gente te arrastre a los sitios —señala muy segura—. Al igual que hizo tu madre la otra tarde al dejarte en mi taller.

—Ella no...

—Belén, por favor —dice sin perder la sonrisa—. Ambas sabemos que te quedaste porque te tendieron una trampa. Aún así, te agradezco la ayuda. Podrías haberte ido en cualquier momento y no lo hiciste.

Le aparto la mirada y vuelvo a beber. No sé cómo tomarme el hecho de que pudo leer la escena sin ningún tipo de problema. Aunque claro, igual tampoco fui muy disimulada y mi lenguaje corporal le dio todas las pistas para resolver el puzle.

—¿Te apetece jugar a la diana? —me pregunta y vuelvo a conectar con su mirada.

Me sorprende que siga aquí, que me dé más conversación y que pretenda pasar más tiempo conmigo.

—No creo que se me dé muy bien —aseguro sin saber cómo librarme.

—Es eso o volver a la mesa a escuchar cómo hablan de sus hijos, de clases extraescolares y del menú del comedor del colegio.

Resume parte de la conversación que he estado viviendo e intento analizar rápidamente qué opciones tengo. Puedo volver con mi cuñada y el resto y asentir como respuesta a cada uno de sus comentarios o probar algo nuevo con Miriam. Y, mientras sigo debatiendo en mi cabeza, ya estoy avanzando detrás de ella hacia el fondo del local. ¿Cómo ha pasado? Pues no tengo ni idea, la verdad. Me encantaría saberlo. Pero supongo que hay una parte de mí que va por libre. Me apunto mentalmente donar mi cuerpo a la ciencia cuando deje este mundo, quizás descubran lo que a mí se me escapa.

Deja su taza de café sobre una mesa alta que hay junto a la pared y yo hago lo mismo con mi refresco. Acomoda su mochila en uno de los taburetes y se quita la cazadora antes de sacar un par de monedas. Descubro que su camisa es de color rosa y, aunque no voy a decírselo, reconozco que ese tono le sienta bastante bien.

—Vale, ¿sabes cómo va? —pregunta tras pulsar unos cuantos botones en la máquina.

—No he jugado nunca.

Lo confieso y espero algún gesto de sorpresa por su parte. Pero no ocurre. No se burla. No se ríe. En cambio se acerca un poco más y se pone a mi lado.

—He puesto mi juego favorito. No sé si es el más adecuado para una principiante, pero creo que es el más divertido —asegura —. Tienes que acertar a darle tres veces a todos los números del

quince al veinte y a la diana. Si terminas, puedes seguir acumulando puntos hasta que yo acabe. Fácil, ¿verdad?

—Bueno...

Sonríe y me da uno de los dardos que cojo en el momento.

—Intenta mantener una postura cómoda pero erguida y no te pases de esta línea —dice mientras señala una raya roja que hay pintada en el suelo—. Y el dardo tienes que cogerlo de esta forma.

Trato de imitarla, pero soy demasiado novata y se da cuenta de ello. Se acerca un poco más y agarra mi mano para colocar mejor mis dedos. Es un gesto normal, y creo que necesario si quiere enseñarme, pero se siente extraño. Es raro que tengamos un acercamiento físico. Es incluso sorprendente estar aquí, justo delante de ella, como si nada se hubiese roto entre nosotras y, actualmente, no fuésemos solo un par de desconocidas.

—Así está perfecto —asegura y me obligo a levantar la mirada, ya que he perdido demasiado tiempo observando nuestro contacto —. Prueba.

Me anima y obligo a mi cerebro a que no piense en nada. Lanzo, me felicita y sigo sus indicaciones antes de recuperar la posición y ver cómo lo hace ella. No sé cuántas veces ha jugado a esto, pero parece mucho más relajada que yo.

—¿Cómo estás llevando la vuelta a casa? —pregunta tras tirar y yo me encojo de hombros como respuesta—. La verdad es que no esperaba volver a verte por el pueblo.

—Yo tampoco —susurro.

Me preparo para volver a tirar, lo hago y una chispa de alegría me invade al ver que he mejorado con la puntería y he acertado.

—Yo tampoco esperaba verte trabajando en el taller —suelto.

Veo que sonríe un poco, pero no dice nada. Se coloca tras la línea y tira. Hace una buena jugada y empiezo a sentir cómo la competitividad empieza a tomar el control. Nunca he llevado muy bien perder.

—¿Qué tal llevas la lectura del libro?

Cambia el tema de la conversación y me cede el lugar para que yo tire. Lo hago y el último dardo choca fuera de la diana y sale disparado contra la pared. Miro a Miriam rápidamente para

adelantarme a cualquier tipo de ataque por su parte, pero ella solo me observa sin ninguna muestra de estar juzgándome.

—No te desanimes por el fallo —dice—. Esas cosas suelen pasar.

Recojo el dardo del suelo y el resto de la diana antes de volver de nuevo a su lado.

—Llevo días sin leer —reconozco.

—¿No te está gustando la lectura? —pregunta mientras se coloca en posición.

—No es eso. Es que a mi madre le gusta sacarme de paseo —confieso y veo cómo sonríe antes de hacer el primer tiro—. Se piensa que soy su pomeriana. Cualquier día me pone un lacito en la cabeza.

La curva de sus labios crece un poco más y clava los siguientes tiros.

—Entonces, ¿vas a volver al club?

—¿Te interesa mi presencia allí?

Le devuelvo una pregunta y no entiendo cómo he dejado que esas palabras salgan de mi boca. Podría haberle contestado con un simple «no lo sé» y dejar que el tema muera ahí, pero, por alguna extraña razón, le sigo el juego.

Camina de vuelta tras recoger los dardos y, ante su silencio, creo que la he cagado o no le interesa lo más mínimo responder.

—Estando tú allí me ayudas a bajar la media de edad —señala y consigue que se me escape una pequeña sonrisa.

—¿Por qué te apuntaste a algo así? —pregunto curiosa antes de colocarme para tirar.

—¿Y por qué no?

Me responde con otra pregunta y decido no insistir para concentrarme y hacer la mejor jugada posible. Lo consigo y contengo la euforia. No quiero que se me note que, a pesar de mi negativa inicial, me está divirtiendo este enfrentamiento lúdico.

—No lo estás haciendo nada mal para ser una principiante —asegura y eso hace que me crezca un poco.

—Soy muy aplicada.

Recojo los dardos y, cuando vuelvo a la posición, ella ya está preparada para tirar. No falla y eso hace que me desespere un poco. Voy a perder y no me gusta.

—¿Quién te ha enseñado a jugar?

—¿Y qué te hace pensar que no soy autodidacta? —cuestiona y clavo los ojos en los suyos para intentar descubrir si me está ocultando algo.

—Lo haces demasiado bien —aseguro antes de ponerme frente a la diana para lanzar.

—¿Y por eso no crees que haya aprendido yo solita?

—Así es.

No dudo en responder y no espero a que diga nada más para lanzar. Vuelvo a hacerlo mal y otro dardo sale volando. Ya no tengo forma de remontar la partida, así que hago el último tiro y vuelvo a fallar. Lo clavo fuera de los puntos.

—No debes darte por vencida —señala.

—No intentes dejarte ganar —apunto y vuelve a sonreír.

—No es mi estilo —asegura.

Apunta, lanza y hace tres tiros increíbles dejándome muy claro que no es su estilo.

—Última ronda —dice.

Esa nueva información consigue que me ponga un poco nerviosa. Sé que no voy a ganar. He perdido desde el primer lanzamiento que realicé, pero quiero acabar bien. Quiero que al menos mis últimos tiros sean certeros. Me coloco en posición, siento que me mira y alzo el brazo para tirar. Fallo de nuevo. Clavo el primer dardo fuera de los puntos y tomo aire para soltarlo lentamente antes de volver a lanzar. Acierto con el segundo, pero no me sirve de nada. Me concentro para terminar mi turno y clavo el tercer dardo justo en la diana.

—¿Has visto eso? —suelto repleta de energía y felicidad tras mi hazaña.

—Nada mal —asegura con una sonrisa.

Recojo los dardos, dejo que se prepare y le clavo la mirada para fijarme bien en su postura y en cómo lo hace. Me devuelve la mirada un segundo, pero la aparta sin decir nada y lanza. Falla y

contengo la sonrisa. No hay que reírse ni sentirse bien de los errores del resto. Sigo observándola. Mueve el cuello a un lado y a otro y lanza. Esta vez lo hace bien y vuelve a sumar puntos a su marcador. Ni siquiera necesita lanzar de nuevo. Ha ganado desde hace unas cuantas rondas, pero aún así lo hace y siento que está disfrutando de la victoria. Recuerdo que, cuando éramos amigas, era igual o más competitiva que yo.

—Te falta técnica, pero eso se mejora con la práctica, créeme —asegura antes de acercarse a la mesa alta en la que habíamos dejado las cosas.

Se bebe lo que le queda de café y yo también doy un trago a mi refresco mientras por mi cabeza cruza la idea de proponerle la revancha. Es insólito estar pensando en esto, la verdad. Detesto a Miriam, pero es ella la que me ha salvado de la reunión de madres del colegio.

—Belén, nos vamos ya.

Giro la cabeza al escuchar a mi cuñada y me fijo en que ya lleva el abrigo y el bolso.

—Es hora de irse —digo.

—Sí. Yo también me marcho ya. Tengo que sacar de paseo al pequeño peludo que tengo en casa.

Me dedica una sonrisa y no tardo nada en devolvérsela. Creo que es la primera vez en años que ocurre algo así. Y creo que ella lo sabe también porque percibo algo de sorpresa en su mirada. Vuelvo con mi cuñada sin decir nada más y dejo a Miriam atrás. Lo de esta noche no ha sido el mejor plan de mi vida, pero he de reconocer que, aunque tenía mis dudas, no ha sido tan malo. Incluso podría repetir. Eso creo.

9

Detengo el carrito de la compra frente a la gran variedad de chocolates de la tienda y paseo la vista por ellos buscando cuál es el que más llama mi atención. Hay con sal, con galleta, con caramelo, con menta, con leche, más fino, más gordito y hasta el más puro. La variedad es muy interesante, pero también hace que sea muy complicado decidirse.

—No vamos a comprar chocolate —dice mi madre.

Me acaba de sacar de golpe del debate interno que estaba manteniendo conmigo misma y, cuando giro la cabeza para verla, me fijo en que lleva una enorme lechuga y un par de boniatos en las manos.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque no es sano —responde mientras deja las verduras al carro.

—No necesito que sea sano.

—Todo esto ni sacia ni nutre —asegura a la vez que señala la estantería de dulces con una mano—. Es puro azúcar.

—Esa es la clave.

—No vas a convencerme de ninguna de las maneras —señala muy segura.

—No necesito convencerte. Lo pagaré yo.

Me adelanto un par de pasos y me decido por el que lleva caramelo mientras siento su mirada clavada en mí en todo momento. Quizás espera que la presión que está ejerciendo me detenga. Pero eso no va a ocurrir. Echo la tableta de chocolate al carro y, tras hacerlo, la miro directamente a los ojos y le dedico un guiño. Me ofrece una mueca como respuesta y continúa su camino sin decir nada más. Yo no tardo nada en seguirla con el carrito.

—¿Te has pensado lo de venir a hacer senderismo esta tarde conmigo y con las chicas? —pregunta mientras se adentra en el siguiente pasillo del establecimiento.

—Sí —respondo y juro que nunca le he visto girar el cuello más rápido—. Pero no voy a ir.

Logro ver la decepción reflejada en sus ojos y me aparta la mirada sin decir nada. Continúa con la compra. Parece que se ha rendido y que no pretende seguir luchando, así que supongo que he ganado esta batalla. Sonrío satisfecha conmigo misma. No todos los días se gana, y menos con mi madre como contrincante.

—¿Y qué vas a hacer entonces?

Lanza una nueva pregunta a la vez que me fijo en cómo se debate entre dos clases de detergentes.

—No lo sé —contesto sin mucho interés—. Supongo que me quedaré en casa y veré algo en la televisión o acabaré el libro que empecé.

—Ni se te ocurra seguir con la serie de los médicos —señala y, para darle mayor peso a sus palabras, vuelve a clavarme la mirada, esta vez incluso tiene una de las cejas alzadas.

—Tranquila. No soy una traidora.

Se convence y sigue a lo suyo. No sé cómo ni en qué momento ha ocurrido. Pero compartir ese momento de sentarnos en el sofá y continuar con la serie, que yo empecé en solitario y a la que ella se incorporó sin ningún tipo de invitación, se está volviendo un habitual. Y, aunque pueda parecer extraño y confuso, no me molesta. Es una buena compañera de visionado. Hace los comentarios justos y, a veces, suelta suposiciones mucho más acertadas que las que pasan por mi propia cabeza.

—¿Y qué hay del club de lectura? —me pregunta tras dejar otro producto en el carro.

—¿Qué hay con eso? —cuestiono para ganar algo de tiempo.

—¿Vas a volver?

—¿Por qué todo el mundo me pregunta lo mismo? —suelto al recordar que Miriam me hizo la misma pregunta.

—¿Quién más te lo ha preguntado?

Detiene el paso y se planta delante del carro y caigo en la cuenta de que yo misma me he metido en una encerrona. A veces soy mucho menos inteligente de lo que pienso. Y eso que suelo valorarme bien poco en ese aspecto.

—No sé si volveré. Ya veré.

Ignoro su última pregunta y la rodeo para seguir avanzando con el carrito. Aunque en realidad no sé ni para dónde tengo que ir. Me meto en el siguiente pasillo y siento una pequeña victoria. Es el de los encurtidos y a mi madre le encantan. Estoy segura de que les va a prestar mucha más atención a ellos que a lo que yo tenga que decirle.

Giro un poco la cabeza para mirar detrás de mí y sonrío al ver que mi profecía se ha cumplido. Se ha detenido delante de los pepinillos. La dejo atrás y sigo un poco más adelante. Me ha dado un pequeño antojo de pipas y creo recordar, de las veces anteriores, dónde están. Me quedo con la bolsa más grande y la escondo en el carrito debajo de otros productos. No quiero que mi señora madre vuelva a sermonearme con las cosas sanas e insanas que debo o no debo tomar.

—¿Dónde vas con tantos botes? —le pregunto en cuanto la veo llegar con una gran variedad de salsas.

—No es todo para mí —asegura sonriente—. Es para la barbacoa.

—¿Qué barbacoa? —pregunto de inmediato mientras siento que me sube la tensión.

No quiero que vuelva a arrastrarme a alguno de sus planes. No necesito salir de casa y no necesito socializar. Quiero estar tranquila en mi sofá y punto.

—La que vamos a hacer.

—¿La que vamos a hacer?

—Si vas a repetir todo lo que diga, esta conversación se va a volver infinita —responde.

Se toma su tiempo para dejar todo lo que ha cogido y mientras le importa bien poco dejarme con esta intriga que me recorre todo el cuerpo.

—¿De qué barbacoa estamos hablando? —insisto.

—Una que hemos organizado Rocío y yo —responde con tranquilidad.

—¿Dónde?

—En casa.

Su contestación me deja más aliviada y continúo tras sus pasos. El plan no me desagrada del todo. Vamos a comer, cosa que me gusta, y voy a estar tranquila en casa con la familia. Lo de estar en casa también me gusta, lo de estar con la familia es algo de lo que podría prescindir, pero bueno... No está mal. Pero entonces el cerebro me manda una señal de alerta. Mi madre siempre guarda un as bajo la manga, siempre sorprende con algo. Y supongo que esta vez no va a ser diferente.

—¿Quién más va a venir a la barbacoa? —pregunto y me tenso al no obtener una respuesta inmediata—. Mamá, ¿a quién más has invitado?

Reformulo la cuestión y se detiene justo delante del frigorífico de los lácteos.

—A nadie —responde por fin, aunque no acabo de creérmelo —. Solo vamos a ser nosotros —me asegura.

Analizo su postura y su gesto para intentar descubrir si me está mintiendo, pero parece que dice la verdad. O igual, de repente, se ha convertido en una estupenda actriz.

—Por cierto, ¿qué tal te fue en esa quedada a la que te llevó Rocío? —pregunta tras dejar una cuña de queso en el carrito—. No me has contado nada.

—No hay nada que contar.

—¿Cómo que no hay nada que contar? —cuestiona.

—Nada de nada —aseguro.

—No sé por qué eres tan reacia a hablar con tu madre.

—¿Qué quieres que te cuente? —cuestiono—. ¿Qué estuve muy incómoda rodeada de gente con la que no quiero compartir absolutamente nada? —suelto y, al ver que pretende cortarme, continúo—. Muchas de las que estaban en la mesa me trataron con la punta del pie en el instituto solo por el hecho de ser lesbiana —señalo—. Y no vayas a justificarlas.

—No voy a hacerlo —aclara.

—No vas a hacerlo, pero...

Le doy pie a que termine lo que tiene que decir. Sé que hay algo más que se ha quedado para ella.

—Pero de la impresión de que ellas han avanzado y tú no —confiesa.

Abro la boca con la intención de debatir sus palabras, pero por algún extraño motivo me quedo en silencio. No sé qué decirle, la verdad. Así que decido dejar ahí la conversación y continúo por el pasillo tirando del carrito.

—Rocío me ha contado que también estuvo Miriam.

Me giro para poder verla. Con mucha suerte quizás consiga que no siga preguntándome más.

—Sí. La peor de todas ellas.

—No digas esas cosas —dice y noto que se tensa.

—¿Por qué? —cuestiono—. ¿Acaso tengo que recordarte que Miriam fue una de las culpables de que mi adolescencia fuera una mierda?

Mi madre cierra los ojos y baja la cabeza. Parece que he vuelto a ganar otra batalla.

Me giro de nuevo para continuar con el recorrido y todo mi sistema se detiene por completo al ver que Miriam está justo detrás. Nos miramos durante unos segundos y no tengo muy claro si ha escuchado lo que acabo de soltar. Pero algo me dice que sí, ya que se aleja sin decir ni una sola palabra. Me enderezo y alzo la cabeza. No soy yo la que tiene que sentirse avergonzada.

***

Termino el capítulo del libro y alzo la vista para observar qué tal están las cosas a mí alrededor. Mi madre está regando las plantas y mi cuñada y mi hermano parecen estar muy entretenidos con la barbacoa. Ellos mismos han elegido cocinar y yo, tras ayudar a mi madre a colocar los aperitivos, bebidas y cubiertos en la mesa, decidí sentarme y disfrutar un rato del sol. Algo que mi sobrina, que está a mi lado desde que llegó a casa y me pidió la videoconsola, ha decidido imitar a la perfección.

—¿Cómo lo llevas? —le pregunto a Paula.

—Es muy fácil —responde y yo, sin que me vea, frunzo el ceño sorprendida.

Es uno de los niveles más difíciles del juego. Y no porque yo lo haya experimentado en primera persona, ni siquiera he llegado tan lejos, lo descubrí gracias a las reseñas de otros jugadores. Está claro que a esta enana se le da increíblemente bien este tipo de entretenimiento.

—¿Quieres jugar?

Me ofrece la videoconsola y yo niego con la cabeza mientras le sonrío. No quiero quedar en evidencia delante de ella. No es mi estilo.

—Es muy divertido —asegura antes de empezar un nuevo nivel.

Observo cómo va avanzando y me deja alucinada la facilidad que tiene para completarlo todo a la perfección y sin ningún tipo de problema.

—No sé si debería dejar que mi hija pase tanto tiempo contigo —dice mi cuñada.

Cambio el punto de vista y descubro que se ha sentado justo frente a nosotras.

—¿Acaso tienes miedo de que yo le acabe cayendo mejor que tú?

—Eso nunca pasará —declara—. Ambas lo sabemos.

—¿No deberías estar cocinando con tu marido? —pregunto, obviando por completo su afirmación.

—Dice que se las apaña bien solito.

Nos sirve refresco para las tres, aunque a su hija parece importarle bien poco, ya que ni levanta la cabeza de la pequeña pantalla. Yo doy un trago y dejo el libro sobre una silla vacía. Me gustaría seguir leyendo y estar un poquito más en mi mundo, pero creo que no es lo correcto cuando alguien se ha acercado a ti para entablar una conversación.

Mi cuñada empieza a comer empezando por los encurtidos y al abrir una bolsa de patatas fritas la pequeña levanta la vista.

—¿Quieres, cariño? —le pregunta su madre y veo cómo asiente.

Pero antes de pringarse las manos, veo que guarda la partida, apaga la videoconsola y la guarda en su funda correctamente. Sin decir una palabra, se levanta y la lleva al interior de la casa. Su responsabilidad, siendo tan pequeña, jamás dejará de sorprenderme. No confesaré que yo a su edad la hubiese dejado en cualquier sitio del que luego no me acordaría y me habría costado una señora bronca con mi madre. Y tampoco confesaré que un hecho así ocurrió justo la semana pasada.

Rocío separa la silla que está justo a su lado, preparándola para su hija, pero creo que lo que ella no esperaba, ni yo tampoco, es que la pequeña vuelva a su sitio anterior, justo a mi lado. Sonrío victoriosa e incluso miro a mi cuñada para ver su gesto. Ella evita el contacto visual, pero sé que está incluso más impresionada que yo al ver el movimiento de su hija.

—A veces la vida te sorprende —suelto y mi cuñada me mira con mal gesto.

Mi sonrisa aumenta, pego un respingo al sentir una mano sobre mi hombro y ahora es Rocío la que sonríe. El karma, a veces, es instantáneo.

—Sírveme un poco, ¿quieres? —me pide mi madre mientras se sienta—. Tengo mucha sed.

Obedezco, echo refresco en un vaso y se lo paso.

—¿Cómo va Guillermo con la barbacoa? —le pregunta interesada a Rocío.

—Dice que lo tiene todo controlado.

—Entonces comeremos a las seis de la tarde —asegura mi madre—. Nunca confíes en las habilidades culinarias de tu hermano —me dice mientras me mira.

—Tranquila. No confío en ninguna de sus habilidades.

Se le escapa una pequeña sonrisa y me sorprende haber conseguido provocar ese gesto en ella con un comentario metiéndome con mi hermano. En su papel de madre suele ser bastante correcta en lo que a defender a uno u a otro se refiere. Nunca se posiciona en un lado de la balanza.

—Por cierto, ¿qué tal te lo pasaste en la quedada con las chicas?

Mi cuñada suelta la pregunta menos deseada y yo siento que me hago pequeña en la silla mientras puedo sentir también la incomodidad de mi madre. No hemos vuelto a hablar del tema. No desde que, esta misma mañana, he sido una bocazas en pleno supermercado con Miriam delante.

—¿Qué pasa? —cuestiona tras mi silencio.

—No estuve cómoda —respondo por fin.

—Pero si estuviste jugando a los dardos con Miriam —me recuerda como si eso fuera a cambiar todo.

—Eso no me lo habías dicho —dice mi madre y yo me paso la mano por la cara ante lo cargante que me parece todo.

—No puedo sentirme bien rodeada de gente a la que no quiero ver —confieso y dejo de lado el comentario de mi madre—. Es bastante simple.

—Y eso mismo se lo ha soltado a Miriam esta mañana —puntualiza mi madre.

—¿Qué? ¿Por qué has hecho eso? —cuestiona mi cuñada.

—No sabía que ella estaba justo detrás —respondo a la defensiva—. Y además, ¿qué más da?

—Le ha soltado que fue una de las culpables de que su adolescencia fuese una mierda.

Mi madre sigue con el tema y yo le clavo la mirada inmediatamente. Parece que no termina de entender que no quiero que se siga comentando nada al respecto. Ni de esa noche, ni tampoco de lo ocurrido esta mañana mientras hacíamos la compra. No quiero hablar de mi ex mejor amiga. Fin.

—Repito. No sabía que estaba detrás —recalco y mi cuñada no parece muy convencida.

—Pobre Miriam —dice y siento que algo me arde por dentro.

—¿Por qué pobre Miriam? —cuestiono.

—Ha pasado por mucho —responde Rocío.

—¿Ella ha pasado por mucho? —pregunto con una sonrisa irónica—. Fui yo la que tuvo que pasar por todo ese odio solo por ser diferente. Fue a mí a la que dejó de lado. ¿Lo recuerdas?

Mi cuñada se queda en silencio y, durante un segundo, me fijo en cómo mira a mi madre. No entiendo qué está pasando. No sé por

qué no me apoya y me da la razón. No es tan difícil de entender.

—No sé por qué la defendéis —suelto con rabia y dolor.

—Soy consciente de que pasaste por algo muy duro siendo joven —asegura mi madre, mirándome—. Pero Miriam tampoco lo ha tenido fácil.

—Se convirtió en una de las chicas más populares del instituto —digo para que se pongan en contexto—. Creo que le fue bastante mejor que a mí.

Se queda callada tras mis palabras, aunque intuyo que hay más rondando por su cabeza. Y, la verdad, no sé si me apetece seguir arañando la superficie para que lo suelte todo y así zanjar de una vez por todas con el tema para siempre.

—Su padre murió cuando ella estaba en la universidad —suelta mi cuñada.

La miro a ella, para asegurarme de que lo que ha dicho ha sido real y no un invento de mi propia mente. Y sí, su gesto no parece estar mintiéndome. No sabía nada al respecto, aunque es entendible porque nuestras vidas se separaron por completo hace años. Lo que no entiendo del todo es como mi madre, siendo tan sumamente cotilla, no me ha comentado nada.

—Y ya sabes que su madre murió por complicaciones en el parto —me recuerda mi madre.

—Y si eso no fuera suficiente... —dice Rocío sin terminar y yo la miro muy curiosa.

De repente la conversación me ha atrapado por completo. No sé si es porque tiene que ver con mi ex mejor amiga o porque me puede la curiosidad. O quizás solo es por las palabras que mi cuñada ha dejado caer. Pero me ha invitado a seguir aquí clavada, a la espera de la continuación.

—Miriam enviudó a los dos años de estar casada —termina mi madre.

—¿Cómo? —suelto totalmente desubicada—. ¿Casada?

Ella asiente y se queda en silencio, pero yo necesito información. Y la necesito ya. Necesito saber qué me he perdido. Cuánto me he perdido. Así que cambio el punto de vista, miro a mi cuñada y entiende a la perfección mi necesidad de más información.

—Conoció a su mujer durante el primer año de universidad —me informa.

—¿A su mujer? —cuestiono incrédula y muy muy sorprendida —. Espera, espera —pido levantando las manos, necesito asimilar todo esto—. ¿Miriam es lesbiana?

—O bisexual —responde mi madre—. No lo sé. Como comprenderás, nunca he tenido esa conversación con ella. No tenemos esa confianza.

—¿Y cómo sabes todo lo demás? —preguntó aún un poco escéptica con toda la información que me han soltado en un momento.

—Porque vivimos en un pueblo y todo el mundo habla —responde con tranquilidad.

—¿Y por qué yo no he sabido nada de esto hasta hoy?

—No considero que sea un tema de tanta importancia —contesta con tranquilidad—. Además, solo venías de visita y a mí solo me importaba saber cómo te iba a ti. Me cuesta horrores sacarte algo de información, no iba a perder el tiempo hablándote de gente del pueblo.

Cierro los ojos y me paso la mano por la cara en un intento de asimilar rápidamente la bomba que acaban de soltar. De todas las cosas posibles, jamás me hubiese imaginado algo así. Tengo muchas preguntas rondándome por la cabeza, pero no sé si es del todo correcto acribillarles a preguntas. No quiero que puedan creer que el tema me interesa demasiado, no quiero parecer una cotilla. Pero me muero de ganas de que ellas solitas continúen con el tema expuesto. Y, desafortunadamente, no ocurre. Cambian de conversación y yo pierdo la oportunidad de saber algo más. Mis posibilidades de saber algo más sobre este nuevo asunto desaparecen a la vez que la conversación cambia de rumbo sobre las ofertas de una tienda del centro.

Siento que me tocan el brazo y, al bajar la mirada, la pequeña Paula me está ofreciendo patatas fritas. Le sonrío, acepto su ofrecimiento y decido centrarme en la escena que estoy viviendo y dejar aparcado cualquier pensamiento relacionado con Miriam y su vida sentimental. Aunque estoy segura de que mi yo futuro esta

noche se dedicará a recrear distintos escenarios posibles e intentará resolver unas cuantas preguntas. Como por ejemplo: ¿dónde conoció a su mujer? ¿Cómo era? ¿Cuándo se dio cuenta de su bisexualidad?

Suspiro frustrada. Va a ser una noche larga. Muy larga.

10

Observo a un niño pasearse con un patinete calle arriba y abajo y pienso en lo fácil que lo tiene. No tiene que preocuparse de nada. Ni de facturas, ni de problemas familiares, ni de buscar trabajo y tampoco tiene que responsabilizarse de lo que sale de su boca.

—La vida adulta es un asco —susurro.

Tomo aire, lo suelto lentamente y me echo el pelo hacia atrás antes de apoyarme contra la fachada del edificio en el que se realizan las quedadas del club de lectura. ¿Qué hago aquí? Pues no lo tengo muy claro, la verdad. Llegué hace unos diez minutos con mi madre del brazo y dejé que ella entrase primero y saludase a sus compañeras. No sé si Miriam está dentro. Pero me aterra descubrirlo. No hemos vuelto a coincidir desde que fui la mayor bocazas del mundo en el supermercado. Y, aunque sé que no debo sentirme avergonzada, ya que dije la verdad, no puedo evitar sentir algo de vergüenza. Quizás no usé las palabras adecuadas. Quizás no fue el momento más oportuno para soltar algo así.

Tampoco sé si estoy preparada para hablar con ella del tema y explicarme. Así que, en definitiva, no sé qué demonios estoy haciendo aquí. ¿Qué voy a decirle cuando la tenga delante? «Oye, mira, perdona por ser una gilipollas de manual. Aunque sigo pensando que tuviste culpa de mi desgraciada adolescencia».

—Belén, vamos.

—Joder, mamá.

Protesto tras dar un pequeño respingo ante las palabras de mi madre. Eso de que, a veces, sea tan silenciosa tampoco lo llevo bien. Va a provocar que me dé un infarto.

—¿Qué haces aún aquí? —cuestiona—. No me digas que has venido solo para estar en la puerta y perderte la reunión.

Es una muy buena pregunta, pero no tengo contestación para ella. Podría inventarme cualquier cosa, pero la realidad es que no sé por qué no entro.

—¿Es que estás esperando a alguien? —pregunta.

—No —respondo con rapidez—. Por supuesto que no.

Me niego a hacerle creer que estoy interesada en ver a una persona. No quiero que empiece a imaginarse cosas que no son.

—Si necesitas intimidad solo tienes que pedírmelo.

—Mamá, no espero a nadie —insisto y a ella se le escapa una pequeña sonrisa—. ¿Qué te parece tan divertido?

—El hecho de que te pongas tan nerviosa.

—No estoy nerviosa.

—Yo diría que sí —asegura.

Suelto un «vamos para dentro» y ni siquiera espero a que ella sea la que inicie el camino. Paso por su lado y encabezo la marcha hacia la sala. Escucho que me sigue, pero no me detengo hasta llegar al lugar. Lo que menos necesito es que mi madre me caliente la cabeza con cualquier película que se esté montando.

Al entrar a la estancia no soy del todo consciente de lo que supone, ya que mi cometido hasta el momento ha sido el de librarme de algún absurdo cuestionario de mi madre. Pero, ahora, que ya estoy dentro y puedo ver a algunas personas, me quedo inmóvil. Es muy posible que Miriam esté aquí. Es muy posible que me esté mirando.

Agacho la cabeza y continúo hasta la mesa que encontré la otra vez. Esa en la que probé un par de aperitivos. En cuanto llego le doy la espalda al círculo central de sillas y centro toda mi atención en echarme un vaso de agua y coger un pequeño pastelito para comérmelo. Intento pensar en que esta vez Miriam no nos va a acompañar y que ni siquiera está examinándome. Fácil de decir. Difícil de hacer. Y para ayudar a mi mente, decido ponerme a leer los carteles que hay colgados justo delante de mis narices. Hay variedad. Uno sobre aprende a pintar, otro para trabajar la cerámica, uno de cocina y otro incluso de carpintería. Me da un escalofrío solamente de pensar en todas las posibilidades que tiene mi madre de arrastrarme fuera de casa.

—Parece que ya estamos todas —dice alguien a mis espaldas.

Justo después escucho que mi madre me llama y la vergüenza se apodera de mí como cuando era pequeña. Me giro lentamente y, sin levantar la cabeza, cruzo la distancia que me separa de mi progenitora. Me siento a su lado y ella no tarda nada en darme el libro que he estado leyendo y que ella ha guardado en su bolso al salir de casa. No quiero cogerlo. Ni siquiera es mío y esperaba que fuese ella la que se lo devolviese a su dueña. Pero insiste acercándomelo más y acabo obedeciendo. Lo agarro, lo abro y echo un vistazo por las páginas. Me sirve de distracción y para evitar cualquier contacto visual con mi ex mejor amiga.

La charla comienza, escucho las primeras preguntas y cómo empiezan a responder y a entrar en debate. Se comentan algunos aspectos sobre la trama, los personajes e incluso la forma de escribir de la autora y en ningún momento escucho la voz de Miriam. Así que mi mente entiende que ha decidido no venir y me animo a alzar la cabeza. Mis ojos se mueven rápidamente hasta el sitio que ocupó la vez pasada y, cuando la veo, vuelvo a agachar la mirada. Intento ocultarme y hacerme pequeña en la silla, pero soy consciente de que es imposible desaparecer. El ser humano aún no ha llegado a controlar ese poder. Y es una pena, ya que en situaciones así sería de una gran utilidad. De muchísima.

—¿Qué te pasa? —me pregunta mi madre en voz baja.

—Nada —susurro.

—¿Estás segura?

—Sí.

Intento cortar rápidamente con la conversación. No quiero que nos llamen la atención por estar teniendo otra conversación paralela y molestar a las que están pendientes del debate.

Abro el libro de nuevo y finjo que estoy leyendo, como si estuviera repasando alguno de mis puntos favoritos de la historia. Escucho que mi madre se une a la charla y responde a la siguiente pregunta planteada y es entonces cuando vuelvo a respirar tranquila. Con un poco de suerte voy a poder pasar desapercibida toda la reunión. Ya incluso me visualizo en el sofá de casa con el mando de la televisión en las manos.

Siento un golpe en la pata de la silla que me saca de mi ensoñación y, al girar la cabeza, observo que mi madre me está mirando con una ceja alzada.

—¿No piensas intervenir? ¿No vas a decir nada? —me pregunta tras acercarse un poco para que solo pueda escucharla yo.

—No —respondo con rapidez—. Ni una palabra —aclaro en voz baja por si no le ha quedado lo suficientemente claro.

—¿Por qué? —insiste.

—Porque no.

Intento cortar cualquier tipo de insistencia por su parte. Y, aunque no parece muy convencida y me mira desconfiada, al final acaba apartándome la mirada y se centra en la conversación grupal que se está desarrollando. Yo aprovecho para mirar a mí alrededor de forma despreocupada y freno la curiosidad de volver a clavar los ojos en Miriam. No quiero que piense que me interesa su presencia, pero tampoco quiero que piense que me resulta molesto que estemos compartiendo el mismo espacio y tiempo. Así que hago un pequeño barrido y, cuando mis ojos conectan con ella, descubro que no me está mirando y que mi presencia aquí parece importarle lo más mínimo. Observo su postura. Tiene una pierna cruzada encima de la otra y las manos colocadas sobre el muslo mientras mantiene la cabeza ligeramente girada hacia un lado, escuchando las distintas intervenciones del resto. Ella, en cambio, no ha dicho nada. Y eso que me aseguró que ya había leído el libro y que le gustó. Me pregunto qué estará pensando y, como si fuese capaz de adivinarlo, fuerzo un poco más la vista y examino mejor su rostro. Es entonces cuando parece darse cuenta de mi escrutinio y sus ojos se clavan en los míos a tal velocidad que no consigo disimular mi investigación ni tampoco recomponerme.

Nos mantenemos la mirada como si estuviéramos retándonos y, tras unos segundos que para mí son eternos, resulto victoriosa ya que ella deja de mirarme y centra su atención en la persona que está hablando ahora mismo. Copio su movimiento. Me parece un poco raro seguir mirándola. Observo a mi madre que parece estar bastante entregada a la charla mientras yo me pregunto cuánto tiempo más nos queda aquí. Siento una enorme necesidad de salir

de estas cuatro paredes y volver a respirar aire fresco. Necesito poner los pies en la calle y no sentir esta tensión y presión en el pecho. Así que, cuando se da por finalizada la sesión, cojo el libro, me levanto y salgo disparada de la habitación y no me detengo hasta que abro la puerta de entrada del edificio y salgo al exterior.

Unos minutos después observo que el resto de personas, poco a poco, van saliendo también. Menos mi madre. Ella siempre se toma las reuniones con calma. Le gusta socializar al máximo. Espero de forma paciente a que aparezca. No me queda de otra. No sé cómo le sentaría descubrir que la he abandonado y me he marchado a casa sin ella. Así que vuelvo a recuperar la posición que tenía antes de entrar a la reunión y apoyo la espalda contra la pared antes de sacar el móvil y ponerme a comprobar, otra vez, si tengo la suerte de haber recibido algún correo que me saque de esta pesadilla adulta y pueda volver a mi vida en la ciudad. Pero, de nuevo, no hay nada. Ni siquiera un rechazo.

Resoplo frustrada y, sin esperarlo, Miriam aparece por mi campo de visión. Pasa por mi lado, justo por mi derecha, pero creo que no se ha dado cuenta o me está ignorando muy bien.

—¿A qué viene tanta prisa? —me pregunta mi madre nada más aparecer un segundo después—. Has salido disparada —señala mientras me observa—. Pensaba que era porque ibas a devolverle el libro a Miriam, pero ya veo que no.

Agacho la mirada y observo en mi mano el objeto del que habla. Sigo teniéndolo, aunque no me pertenece.

—Toma. Devuélveselo tú —digo a la vez que se lo ofrezco.

—¿Yo? —cuestiona y yo asiento con la cabeza—. No voy a hacer tal cosa. Ya eres mayorcita para resolver tus asuntos.

—Es solo devolver un libro.

—Pues eso mismo digo yo —señala sin un ápice de que vaya a cambiar de opinión—. No creía que fueras tan cobarde.

—No lo soy —aseguro y ella alza una de las cejas, retándome —. Está bien. Voy a devolverle el maldito libro. Ahora mismo vuelvo.

Dejo a mi madre atrás y avanzo con rapidez para pillar a Miriam mientras intento recrear en mi cabeza la futura conversación que vamos a tener en apenas unos segundos. No sé qué decirle, esa

es la verdad. Así que opto por la naturalidad. Hacer como si nada hubiese pasado, como si no hubiese sido la persona más bocazas del mundo.

Pronuncio su nombre para evitar que gire la esquina y siento que el tiempo se ralentiza cuando se gira y sus ojos conectan con los míos. Me mira, supongo que esperando a que diga o haga algo, y obligo a mi sistema a que actué. Avanzo un poco más para estar más cerca y no tener que levantar la voz para mantener una conversación.

—Se me ha pasado devolverte el libro —digo y siento algo de alivio en cuanto el escrutinio de su mirada baja de mis ojos a mis manos—. Gracias.

—De nada —dice antes de aceptarlo.

Vuelve a mirarme y puedo sentir que ella tampoco sabe qué hacer o decir.

—Tengo que volver con mi madre. Me está esperando.

Asiento y creo que veo alivio en su mirada. Supongo que para ella, ahora mismo, mi presencia no es del todo agradable. Así que fuerzo una sonrisa que no es correspondida y me giro para cortar la conversación cuanto antes y volver al sitio en el que dejé a mi progenitora. Solo espero que no se ponga muy pesada, ya que no tengo duda de que me espera una charla con ella. Va a querer saber cualquier mínimo detalle de lo sucedido y no tengo mucho que contarle. Y tampoco me apetece, la verdad. No sé por qué siento esta sensación tan desagradable en el centro del pecho.

***

Para mi sorpresa, mi madre no me ha hecho ningún tipo de interrogatorio tras mi breve conversación con Miriam. El viaje en coche ha sido tranquilo y de poca conversación. Solo hemos hablado del siguiente libro que se ha propuesto en el club de lectura. Yo no lo conozco pero mi madre me ha asegurado que me va a encantar, y eso que ella tampoco lo ha leído. Supongo que son sus ganas de seguir arrastrándome a la reunión de lectores. Y, aunque no le he dicho que seguiré yendo, tampoco le he dicho que no. Pero para ella ha sido suficiente. Su rostro estaba radiante en cuanto hemos llegado a casa.

Para evitar que me insistiera y me atosigara con una confirmación, decidí salir a pasear. Me estoy acercando a ese parque en el que pasé tanto tiempo refugiada en mi adolescencia y en el que, ahora, no hay tanta tranquilidad. Pero aún así me animo a ir. El lugar es bonito y ver movimiento de personas seguro que hace que me despeje un poco. Necesito empezar a debatir qué voy a hacer. Pensaba que este paréntesis en mi vida sería mucho más corto. Contaba con pasar unos días en casa de mi madre, como mucho una semana. Pero ya llevo casi un mes aquí y volver a tener trabajo y recuperar mi vida se me está haciendo cuesta arriba.

Sigo avanzando por el camino para dirigirme al banco que ocupé el otro día mientras observo el lugar. De nuevo hay más gente que cuando era joven. Niños jugando con la pelota, saltando a la cuerda, gente corriendo por gusto, cosa que no entenderé jamás, y pequeñas reuniones de personas que conversan mientras sus perros corren y olfatean juntos.

Ocupo el mismo sitio que la vez pasada y, desde mi posición, observo a una pareja de adolescentes que parecen estar tonteando mientras se pican entre ellos y bromean.

—Joder —suelto con brusquedad cuando percibo que algo se mueve a mi lado de manera frenética—. ¿Qué demonios haces tú aquí? —pregunto a James, el perro de Miriam.

Y, obviamente, no me contesta. Se sienta, ladea la cabeza y saca la lengua mientras sus pequeños ojos me observan. Le acaricio y, un segundo después, se tumba y apoya la cabeza sobre mi muslo totalmente entregado a la muestra de cariño que le estoy ofreciendo.

—¿Dónde has dejado a tu dueña?

Vuelvo a lanzarle una pregunta y, nuevamente, recibo silencio por su parte. La situación no parece preocuparle lo más mínimo, ya que está tan relajado que incluso cierra los ojos mientras sigo acariciándole.

Barajo las posibilidades que tengo. La primera sería localizar a Miriam, pero no tengo su teléfono. Así que la descartó rápidamente. También tengo la opción de llevarle el peludo al taller, pero, debido a la hora que es, dudo que esté allí. La última alternativa sería

llevárselo a casa. Pero tampoco sé dónde vive. En definitiva, estoy jodida.

Sigo rascándole la cabeza a la vez que intento buscar una solución y, justo cuando creo tener la solución, que es la de llamar a mi madre para que se ponga en contacto con mi ex mejor amiga, ella misma aparece en mi campo de visión.

—Así que estás aquí —dice Miriam aliviada mientras observa a su perro.

—Igual estaría bien controlarlo un poco más —suelto en un tono relajado.

—Ha desaparecido en un segundo.

Se justifica, aunque no debería ni hacerlo, y se sienta en el hueco libre que queda, dejando a James justo en medio de las dos.

—Al menos sabe buscar buena compañía —señalo mientras lo miro.

Al alzar la vista descubro que Miriam dibuja en sus labios una pequeña sonrisa mientras también observa a su compañero de cuatro patas.

La tensión es algo palpable y en mi interior le agradezco muchísimo a James que esté aquí. Es partícipe del momento y ha hecho que nuestro nuevo acercamiento no sea tan abrupto como lo ha sido unas horas atrás. Y sí, me siento mal. Y también sé que no debería sentirme así. No tengo la culpa de nada. Pero hay algo en mi interior que crece y que me provoca una sensación muy poco agradable. Sé que necesito hablar de lo que sucedió hace unos días en el supermercado. Necesito soltarlo. Necesito hablar sobre mi metedura de pata.

—No sé qué llegaste a escuchar el otro día —digo a media voz.

Y no sé si me ha escuchado, pero me atrevo a mirarla y me encuentro directamente con su perfil. Está mirando al frente, concretamente a un grupo de niñas que juegan y corren por la zona. Desde aquí puedo observar sin problema su rostro, su pequeña nariz, sus labios algo carnosos, su perfil marcado y parte del cuello.

Dejo de mirarla en cuanto James se mueve y cambia de posición, ya que ahora prefiere tener de almohada la pierna de su dueña.

—Creo que...

—Escuché lo suficiente —dice, cortándome.

Su mirada sigue clavada en algún punto concreto del lugar y yo siento que igual he empeorado todo con mi comentario. No me gusta provocar escenas incómodas y eso es justo lo que he conseguido.

No sé qué decir y pienso en la posibilidad de huir. Abandonar el lugar puede que sea mi mejor opción. Y, justo cuando estoy a punto de despedirme y levantarme, sus ojos se clavan en los míos.

—Soy consciente de que no actué bien en el instituto —me dice.

Me sorprende su confesión. Es por eso mismo por lo que tardo unos cuantos segundos en hablar.

—Nada bien —señalo tras armarme con el valor necesario.

Es la conversación que tanto tiempo he estado esperando y voy a intentar averiguar qué pasó.

—No sabía que te había afectado así —señala.

—¿No lo sabías? —cuestiono con una sonrisa irónica—. Eras mi mejor amiga y desapareciste de la noche a la mañana. ¿Cómo crees que me afectó?

Agacha el rostro y observo cómo toma aire y lo suelta lentamente.

—Fue jodidamente difícil para mí —confieso mientras algunos recuerdos vuelan a mi cabeza—. Descubrí mi sexualidad y no solo tuve que luchar con los demonios en mi cabeza, también tenía que soportar las burlas de todos mis compañeros y el dolor de que mi mejor amiga me había dado de lado —suelto por fin después de tantos años y, aunque siento un gran alivio, también percibo cómo las lágrimas se amontonan en mis ojos—. ¿Por qué lo hiciste?

Lanzo la pregunta que tanto tiempo he esperado hacer y siento que el corazón me late a mil por hora. Necesito una respuesta. La que sea. Necesito saber qué pasó.

—No lo sé —dice sin levantar el rostro—. Supongo que tuve miedo a que los demás me tratasen mal —confiesa y al fin se atreve a mirarme.

—¿Por qué iban a tratarme mal? —cuestiono sin entender su respuesta pero, un segundo después, es como si leyese su mente—. Por ser amiga de la lesbiana.

Vuelvo a sonreír con ironía y ahora soy yo la que le aparta la mirada. Es irónico que ese fuese el motivo de su abandono cuando años después ha estado casada con una mujer. Pero no creo oportuno decir algo así. No creo que sea apropiado hablar de algo que le ha causado tanto dolor.

—Sé que no sirve de nada —dice—. Pero lo siento.

Mantengo la vista al frente y me aparto con rabia una lágrima. No quiero que me vea llorar. No quiero que vea cómo me afecta aún toda esta situación. No quiero que piense que sigo aferrada a ese maldito pasado.

—¿Crees que, en algún momento, podríamos tener de nuevo una amistad? —pregunta y yo giro el rostro con rapidez para comprobar si está hablando de verdad.

—¿Me estás hablando en serio?

—Totalmente —asegura.

—Nos hemos perdido muchas cosas la una de la otra —le recuerdo.

—Cierto. Pero ahora estamos aquí. En el mismo sitio. En el mismo lugar —señala—. Es una nueva oportunidad.

—Ni siquiera te conozco.

—Conóceme —me propone y examino bien su rostro para intentar averiguar si habla con total sinceridad.

No sé realmente cómo tomarme su propuesta. No sé si me interesa tener algún tipo de relación con ella. Mi vida es otra y está lejos de aquí. Pero la curiosidad me puede y hay cosas que necesito saber y tengo justo delante a la dueña de la información.

—¿Por qué trabajas en el taller? —pregunto.

Y sí. Sé la respuesta. Mi madre me comentó que su padre falleció y ella decidió encargarse del negocio familiar. Pero necesito saber por qué eligió ese camino.

—¿Y por qué no?

Me devuelve una pregunta y sonríe ante mi cara de fastidio.

—Podrías haber vendido el negocio y haber buscado cualquier otra cosa —sugiero—. ¿De verdad te apasiona tener las manos sucias todo el tiempo?

—Las tengo limpias —asegura e incluso me las enseña para que yo misma pueda confirmarlo.

—No me contestes con evasivas —le pido.

Me mira en silencio durante unos largos segundos, pero me mantengo firme y no claudico ante ella. Quiero la información.

—Cuando dejamos de ser amigas me encontré con mucho tiempo libre —confiesa—. Así que me metí en el taller con mi padre y, poco a poco, fui aprendiendo. Ya sabes que por aquí hay poca cosa que hacer —apunta—. Y no te voy a negar que pensé en venderlo todo cuando murió, pero entré por la puerta y los recuerdos me cayeron de golpe —dice con emoción en los ojos—. No podía venderlo.

—Así que decidiste ponerte el mono azul de trabajo.

—Y pringarme las manos cada día.

Controlo la sonrisa ante el guiño a mi comentario y pienso en su confesión. Mi yo, hasta hace unos minutos, pensaba que, durante la adolescencia, se pasaba todo el tiempo libre con las chicas y chicos más populares del instituto. En cambio, la realidad era muy diferente.

—¿Qué te ha parecido el libro? —pregunta, adelantándose a cualquier otra cuestión mía.

—Me ha gustado —confieso.

—Pensaba que no —dice—. No has dicho nada en la reunión.

—No tenía nada nuevo que aportar a todo lo que han dicho.

Prefiero soltar esa pequeña mentira a confesarle que sentía vergüenza por ese momento en el supermercado y que intentaba pasar desapercibida todo lo posible.

—Entonces, ¿vas a volver al club de lectura?

—No tengo el siguiente libro —respondo.

—Yo tampoco. Pensaba ir a comprarlo el viernes por la tarde —me aclara—. ¿Te apuntas?

No me esperaba para nada esa proposición. Quizás por eso, durante unos largos segundos, me quedo totalmente estática y

bloqueada. Parece que va en serio su propuesta de recuperar esa vieja amistad, o al menos intentarlo.

—¿Te viene mal ese día? —pregunta tras mi silencio—. Puedo buscar otro hueco.

—No. No. Está bien. El viernes está bien —digo y el movimiento que hay a mi lado capta toda mi atención.

Es James. Parece haber despertado de su mini siesta improvisada. Estira primero las patas delanteras y luego las traseras y, de un pequeño salto, baja del banco. Acto seguido empieza a moverse algo inquieto.

—Creo que ha recuperado toda la energía gastada —señalo.

—Yo creo que también.

Miriam me da la razón y se levanta para atarle la correa a su compañero de cuatro patas y no tener que salir corriendo detrás de él otra vez.

—¿Nos vemos el viernes? —pregunta para asegurarse.

—Nos vemos el viernes.

Le confirmo la quedada y, tras una leve sonrisa, se gira y avanza con el peludo a su lado. Tomo aire y lo suelto de una forma algo dramática. No sé cómo ha ocurrido, pero me resulta bastante alucinante haber organizado un encuentro con Miriam después de tantos años y de lo sucedido. No tengo claro si es un paso que debo seguir y si estoy preparada, pero supongo que aún tengo tiempo de pensármelo mejor y tomar la decisión correcta.

11

Observo cómo Paula hace sus deberes mientras mi admiración por su concentración y responsabilidad hacia ella crecen. Me han dejado a su cargo y, desde que entró por la puerta hace un buen rato, se ha centrado en sus obligaciones. En ningún momento ha intentado escabullirse de hacer las tareas. No ha remoloneado y ni siquiera ha esperado a que yo le pregunte si necesita mi ayuda. Se ha sentado en la mesa del comedor y se ha puesto a lo suyo. Creo que ni se ha dado cuenta de que estoy sentada en la silla que está justo a su lado.

—¿Quieres que te eche una mano? —pregunto.

Me mira y lo hace desconfiada. Es como si estuviera juzgándome. Es posible que piense que no soy capaz de entender lo que está haciendo.

—Puedo hacerlo sola —asegura antes de volver a lo suyo.

—No tengo problema en ayudarte.

Insisto pero esta vez ni se molesta en levantar la cabeza de la libreta.

Me muevo para estar un poco más cerca y analizo lo que hace. Contesta unas preguntas sobre un texto y, cuando me acerco un poco más, siento que sus ojos se clavan en mí.

—Lo estás haciendo muy bien —aseguro.

—Lo sé.

Aguanto la sonrisa tras su declaración y decido devolverle su espacio personal en cuanto vuelve a ignorarme. Realmente parece que ella es la adulta y yo la niña pequeña que necesita algo de atención.

Suspiro, me echo hacia atrás en la silla y saco el móvil para entretenerme. He decidido que solo voy a mirar el correo electrónico

una vez al día para comprobar cómo van mis solicitudes de trabajo. Y hoy ya lo he hecho unas tres veces. Así que abro la aplicación de *Tiktok* para intentar distraerme. A veces me ayuda ver videos de gatitos torpes y siendo algo cabroncetes con sus otros compañeros de cuatro patas. Deslizo unos cuantos que no me interesan y caigo rendida ante un felino que golpea a un perro que debe pesar unos cuarenta kilos más que él.

—Mamá dice que el móvil te fríe el cerebro —dice Paula.

Frunzo el ceño ante sus palabras. ¿De verdad una niña me está intentando aleccionar?

—Bueno, esa es la opinión de tu madre —señalo a la defensiva mientras ella sigue a lo suyo. Ni si quiera se ha molestado en mirarme.

—Dice que es perder el tiempo —asegura.

—¿Ver gatitos es perder el tiempo? —cuestiono y sus ojos me miran interrogantes—. Olvídalo.

Decido dejar ahí la conversación. No sé a dónde nos iba a llevar el tema y no creo que debatir el tiempo que gasto con el móvil sea algo que deba comentar con mi sobrina.

Sigo a lo mío, viendo videos, pero le quito todo el volumen al teléfono. Prefiero que piense que estoy haciendo cualquier otra cosa. Algo interesante e importante. Algo de adultos. Lo último que necesito es que una cría cuestione mi forma de gestionar el tiempo.

Paso un video y otro y otro más. He perdido el interés en ellos y ha ganado la batalla el dilema de qué hacer con la invitación de Miriam de ir juntas a comprar el siguiente libro para el club de lectura. Llevo pensando en ello desde que me lo propuso y aún no he sacado nada en claro. No pierdo nada por ir. Pero creo que tampoco gano nada. Además, ¿qué necesidad tengo de perder una tarde con alguien que apenas conozco? Podría hacer otras cosas en lugar de quedar con ella. Puedo negarme perfectamente a ir. Solo tendría que ir a decirle que no cuente conmigo, ya que sigo sin su número de teléfono y no quiero tener que pedírselo a mi madre o a mi cuñada y que puedan pensar en cosas que no son. Así que solo tengo que armarme de valor y enfrentarme a ella cara a cara. Algo

complicado. Mucho. Se me da fatal negarme. Decir que no, la mayoría de las veces, no está en mi vocabulario.

—Ya he terminado —anuncia Paula, sacándome de mis pensamientos de golpe, mientras empieza a guardar todas sus cosas en la mochila.

—¿Ya lo has hecho todo? —cuestiono, ya que no quiero que su madre me regañe a mi por algo que no ha terminado su hija.

—Todo —asegura—. Era muy fácil —señala antes de mirarme.

Me quedo mirándola sin saber qué decir y me pongo nerviosa al pensar que tenemos que pasar juntas más tiempo del esperado. Pensaba que tardaría más en hacer sus deberes.

—¿Qué quieres hacer? —pregunto, aunque la idea de subir a por la videoconsola ya ha tomado bastante peso en mi cabeza.

—¿Podemos ver Buffy?

Su respuesta me sorprende. Pensaba que nuestra leve cercanía se debía, solo y exclusivamente, a que yo era la dueña de ese objeto que tanto parecía desear.

—Claro —contesto antes de hacer un movimiento con la cabeza para que me siga hasta el sofá—. Pero, ¿de verdad has terminado todo lo que tenías que hacer?

Ella asiente y yo decido creer en su palabra. Además, no puedo hacer otra cosa.

Nos acomodamos y observo cómo mira muy atenta la pantalla mientras yo busco el primer capítulo de la serie. No sé cuántas veces la he visto, pero no me importa volver a hacerlo. Creo que hasta incluso me gusta el hecho de compartir esto con ella e inculcarle parte de la cultura popular con la que crecí.

—Antes de nada, creo que deberías saber algo —digo y me giro para que nuestra conversación sea más cara a cara y comprenda bien lo que quiero decirle—. Lo que vamos a ver es ficción —señalo—. Todo es inventado —aclaro mientras sus ojos me miran con atención—. Van a salir criaturas, monstruos y vampiros, pero no existen. Así que no te preocupes.

—Ya sé que no existen.

Dice esas palabras muy segura y con mucha tranquilidad. Y sí, me sorprende de nuevo. Yo a mi edad aún sigo teniendo cierta duda

sobre si algunos seres y leyendas tienen un poco de realidad.

—¿Estás preparada? —le pregunto y ella asiente.

Le doy al botón para reproducir el primer capítulo y me acomodo mejor en el sofá para disfrutar con ella de esta joya de la pequeña pantalla. Pasados unos minutos me centro en Paula. Quiero asegurarme de que está bien, de que lo que está viendo no le hace sentirse incómoda. Y sí, parece que todo va perfectamente. Tienes los ojos clavados en la historia e ignora por completo mi reconocimiento. Así que decido imitarla y me relajo con el visionado. Me asombra su tranquilidad y su silencio. Es una compañera digna. Muy digna.

Detengo el capítulo cuando salen los créditos finales y vuelvo a centrar mi atención en ella. Mentiría si dijese que no me importa su opinión sobre la serie que me ha acompañado tantas veces.

—Dime, ¿te ha gustado? —pregunto muy interesada.

Se encoje de hombros como respuesta y no sé cómo tomármelo. Aunque también soy consciente de que hay poco que sacar de un primer capítulo. Yo soy de las que prefieren tener algo más de información y material antes de juzgar.

—¿Podemos ver otro capítulo? —me pregunta.

Se me escapa una pequeña sonrisa con sus palabras y no tardo ni un segundo en cumplir con su petición. Tengo esperanza y confianza en su buen gusto.

Vuelve a su estado de concentración y, de verdad, que no entiendo cómo una personita de su edad es capaz de seguir la trama sin despistarse y sin querer hacer otra cosa más dinámica y activa. Me parece fascinante.

Unos diez minutos más tarde escucho que la puerta de casa se abre y las voces de mi madre y de mi cuñada justo después. No logro entender de qué hablan, pero me importa bien poco porque Buffy es mucho más importante. Y mi sobrina parece opinar lo mismo que yo, ya que no se inmuta.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunta mi cuñada, sorprendiéndonos al entrar al salón sin avisar.

Frunzo el ceño y la miro de forma interrogante para que me aclare a qué se refiere, ya que creo que es bastante evidente que

estamos viendo la televisión.

Se acerca a toda prisa, agarra el mando de la tele y la apaga.

—¿Qué haces? —le recrimino.

—¿Qué haces tú? —me devuelve la pregunta y reconozco que me descoloca por completo—. Cariño, ¿por qué no vas a saludar a la abuela? —le pide a su hija.

Nos quedamos en completo silencio y ambas observamos cómo la pequeña abandona el salón para cumplir con lo que la madre le acaba de pedir.

Clavo la mirada en mi cuñada en cuanto nos quedamos a solas y me fijo en cómo se cruza de brazos y alza una ceja.

—¿Qué pasa? —pregunto ante tanto misterio.

—¿Qué pasa? —cuestiona con rapidez—. ¿Crees que es correcto que mi hija vea Buffy Cazavampiros?

—¿Cuál es el problema?

—¿No te has parado a pensar que igual no es apropiado para su edad?

—¿Qué edad? —cuestiono—. Tu hija es una adulta encerrada en un cuerpo pequeño.

Intento bromear, pero parece que no le hace gracia. Ni una chispa.

—No te pongas de malhumor —le pido—. Yo también veía Buffy a su edad y mírame.

Extiendo los brazos para demostrarle que estoy perfectamente, pero ella pone cara de disgusto y eso no me sienta del todo bien.

—Oye, estoy perfectamente —insisto mientras me levanto del sofá y me acerco a ella—. Relájate, en serio —digo a la vez que pongo una mano sobre su hombro—. He estado viendo la serie con ella en todo momento. No ha salido nada extremista.

—No es apropiado —insiste.

—¿Y qué quieres que haga la próxima vez que me pida verla? —cuestiono.

—¿Ella te lo ha pedido? —pregunta un poco confusa y yo asiento—. Pues ese es tu problema. Pero no vas a dejar que mi hija siga viéndola —asegura e incluso me señala con un dedo—. ¿Entendido?

Me clava los ojos con algo más de intensidad y bufo molesta mientras ella espera una contestación por mi parte. Acabo soltando un «entendido, sargento» y es entonces cuando se queda satisfecha y sale del salón para encontrarse con mi madre y su hija en la cocina.

***

Me quito el sudor de la frente con la mano y tomo una gran bocanada de aire para soltarlo lentamente antes de inclinarme hacia adelante y apoyar las palmas de las manos sobre las piernas. Estoy agotada. Mucho. Demasiado. Lo único que me impide que no eche a correr y vuelva a la cama es el orgullo propio.

—Eres demasiado joven para estar en tan baja forma —asegura mi madre muy sonriente.

—No estoy en baja forma —apunto con rapidez—. Es que no soy tan flexible como tú. ¿Cómo lo consigues?

Le lanzo la pregunta y ella sonríe un poco más. Parece que la situación le está divirtiendo mucho y yo aún no entiendo en qué momento me he dejado convencer para practicar pilates con ella aquí en medio del salón. Lo bueno es que el ridículo que estoy haciendo se queda en la intimidad de nuestro hogar. No hay más ojos burlándose y juzgándome, así que aún puedo conservar un poquito de dignidad.

—Son años practicando —me informa.

—¿Años? —cuestiono y ella asiente mientras la losa de la vergüenza, por no saber esta información sobre mi madre, me cae encima—. ¿Y por qué lo haces en casa y no en una clase con más personas?

Me interesa su decisión y, además, así aprovecho para ganar un poco más de tiempo y recomponerme.

—Empecé en un grupo, sí. Pero acabó desapareciendo porque la gente no terminó de pillarle el gusto.

—Lo entiendo perfectamente —comento y ella vuelve a sonreír.

—No es tan malo —señala—. Y en nada vas a empezar a notar los beneficios.

Me quedo en silencio, mirándola, y ella rueda los ojos porque sabe, solo con mirarme, que no estoy nada de acuerdo con su

afirmación.

—Sigamos —dice.

Vuelve a colocar los pies en posición y fija los ojos en mí para asegurarse de que estoy imitando cada uno de sus movimientos.

—Ahora tienes que inclinar el cuerpo hacia adelante con los brazos adelantados y levantar una pierna hacia atrás. Y todo esto, obviamente, manteniendo una postura firme y recta.

Observo cómo lo hace y se detiene para, al igual que en los ejercicios anteriores, asegurarse de que lo he entendido y puedo hacerlo.

—Vamos, Belén.

Me anima y, aunque no estoy muy convencida, cedo.

—Muy bien —dice orgullosa—. Ahora tienes que aguantar todo lo que puedas.

—Todo lo que pueda es demasiado tiempo —aseguro casi sin gesticular para no perder el equilibrio.

—Solo has aguantado unos segundos en los ejercicios anteriores —me recuerda mi fracaso mientras observo que ella también hace la postura sin ningún tipo de dificultad.

—Por eso digo. Que es demasiado.

Escucho su risa y juro que hasta estoy sintiendo que me cuesta respirar. Pero debo ser fuerte. Demostrar que puedo con esto. No debo permitir que mi madre, una señora, sea más capaz que yo de aguantar estas posturas.

Medio segundo después me doy por vencida y suelto todo el aire retenido en mis pulmones antes de dejarme caer en la esterilla que tengo colocada en el suelo.

—Esto es mortal —susurro.

Mi madre se sienta con tranquilidad justo a mi lado y, lo primero que descubro, es su mirada risueña.

—No digas nada —le pido.

—Tranquila. Mejorarás.

Oculto las ganas de decirle que esto no se va a repetir más. Hoy he cedido, pero no va a suceder ningún otro día. De eso estoy bastante segura. No voy a volver a caer en sus artimañas.

—Por cierto, ¿qué pasó ayer con Paula? —me pregunta, sorprendiéndome con el cambio de conversación.

La miro extrañada, y no por el hecho de que quiera obtener información, eso es muy propio de ella. Me confunde que no sepa ya lo que ocurrió.

—Creo que lo sabes perfectamente —aseguro.

—No sé nada —señala con rapidez.

—¿No le has preguntado a Rocío? —cuestiono con una ceja alzada.

Ella niega con la cabeza y yo me quedo mirándola mientras observo cómo estira los brazos.

—Digamos que no le sentó muy bien algo que hice —confieso.

—¿Qué hiciste? —pregunta curiosa y sus ojos se clavan en mí.

—Nos pilló a Paula y a mí viendo Buffy.

Lo suelto sin andarme con rodeos y espero con tranquilidad su regañina. Pero su actitud me sorprende. Y mucho. Sonríe relajada y percibo algo de cariño en su mirada.

—¿No vas a recriminarme nada?

—¿Por qué debería?

—Porque no es algo apropiado para una niña de su edad —respondo recordando lo que me dijo Rocío.

—Aquí entre nosotras, tu hermano y tu cuñada son un poquito repelentes con la educación de la pequeña —me confiesa, pillándome desprevenida.

—Madre —suelto sorprendida y sonriente.

—¿Qué pasa? —cuestiona—. Es verdad. A los niños hay que dejarles que exploren, que experimenten, que se ensucien. Y ellos son un poco controladores en ese sentido —aclara muy convencida —. Aunque lo entiendo, es su primera hija. Después ya con el segundo es diferente —dice, mirándome.

—¿Es tu forma de confesarme que me diste por perdida?

—No. Pero sí iba mucho más relajada.

Guarda silencio tras soltar la bomba informativa y, acto seguido, se tumba.

—Hay que seguir con la clase—indica—. Así que vamos a aprovechar que estamos en el suelo para hacer uno de mis ejercicios

favoritos.

Le saco burla aprovechando que, desde su posición, no me puede ver y copio su postura antes de que me llame la atención.

—Ahora tienes que apoyar los pies y levantar el culito y un poco la espalda —me indica mientras la observo—. Muy bien —dice satisfecha al ver cómo copio su postura.

Mantengo la posición todo el tiempo que puedo, que creo que no es más de seis segundos, me dejo caer por completo en la esterilla y suelto un suspiro bastante dramático.

—Está claro que esto no es lo mío —aseguro y ella sonríe.

—Necesitas practicar más.

—Lo que necesito es que todo mi cuerpo se recoloque de nuevo en su sitio —señalo.

—No seas exagerada —me pide—. Hablas como si te hubiese llevado a correr una maratón.

—Eso jamás de los jamases ocurrirá —suelto con rapidez para dejárselo bien claro antes de que piense en ello.

—Bueno, siempre hay una primera vez.

—No. Jamás —insisto.

Sonríe y, aunque puedo ver en su mirada que no está muy convencida con la conversación, decide no insistir.

—El viernes por la tarde unas amigas y yo vamos a hornear —me informa.

—¿Hornear?

—Sí. Ya sabes, hacer una masa y dejar que el horno haga su magia.

Me vacila con la respuesta y una enorme sonrisa se dibuja en sus labios al ver mi gesto de fastidio.

—Te lo digo porque, muy posiblemente, seas nuestra catadora oficial.

Su propuesta es tentadora. Mucho. Pero no sé si me convence la idea de estar en casa toda la tarde con un grupo de señoras. Además, ya tengo un plan. O eso creo. Quedé con Miriam, pero no nos hemos vuelto a comunicar desde la última vez que nos vimos en el parque. No sé si ha cambiado de idea. Es posible que ahora ya no le apetezca compartir ese tiempo conmigo. Y también cabe la

posibilidad de que se le haya olvidado por completo. Su ritmo de vida es muy diferente al mío.

—Belén —dice mi madre, captando mi atención.

—¿Qué? —respondo buscando su mirada.

—¿No tienes nada que decir? —cuestiona.

—No sé si estaré disponible.

Frunce el ceño inmediatamente tras mis palabras y percibo que su mente intenta ir un paso por delante. Seguro que está buscando la frase perfecta para convencerme de su plan.

—¿Acaso tienes otra cosa que hacer? —me pregunta sin apartarme la mirada ni un segundo.

—Pues me ha surgido algo, sí.

Sus ojos se cierran un poco y gira ligeramente la cabeza. No sé qué pretende, pero siento que está intentando ver más allá. Es como si quisiera atravesar mis pensamientos.

—¿Qué te ha surgido?

—Algo —respondo sin querer darle más información.

—Algo —repite y yo emito un sonido de afirmación—. ¿Qué algo?

—No seas cotilla —le pido mientras me levanto, dando así por finalizada nuestra sesión de ejercicio mañanero y el interrogatorio.

—¿A dónde vas?

Le hago saber que me voy a la ducha y la dejo sola en el salón. Sé que se ha quedado con ganas de seguir indagando para intentar averiguar mi plan. Pero no pienso decírselo. No quiero que sepa que me encuentro dividida entre aceptar el plan de Miriam o no. Es una decisión que debo de tomar yo como la persona adulta que soy. Y es fácil. Muy fácil. Es tan simple como decir sí o no.

12

Viernes por la tarde y yo sigo sin decidirme.

Sentada en el sofá repaso mentalmente mi última conversación con Miriam y evalúo las opciones que tengo. Puedo quedarme en casa y unirme al club repostero que mi madre ha montado en la cocina o aceptar el plan de mi ex mejor amiga. La posibilidad de quedarme aquí tranquila en casa viendo una serie no entra en mi pensamiento, ya que estoy segura de que mi madre no lo aceptaría del todo y, al final, acabaría arrastrándome para que me una a su grupo. También tengo la posibilidad de salir de casa y perderme por las calles y librarme así de mi madre y del dilema de aceptar o no el plan de Miriam. Además, ni siquiera sé cuándo va a aparecer o si ha conseguido mi teléfono para poder avisarme. Llevo días sin saber de ella e igual he hecho todo un mundo de algo que ella ha olvidado.

—La primera tanda de magdalenas ya está casi lista.

Mi madre acaba de aparecer en el salón con esas palabras, una sonrisa radiante y el rostro iluminado. Tengo bastante claro que está buscando que me una a su reunión. Y la verdad es que, de todas las ideas a las que me ha ido arrastrando desde que llegué, esta es la propuesta más llamativa y placentera de todas. Pero no quiero caer. No debo hacerlo si lo que pretendo es seguir en paz y rodeada de tranquilidad. Sus amigas son un poco jaleosas, puedo escuchar desde aquí sus conversaciones.

—Estoy a dieta —suelto y su gesto cambia rápidamente.

El desconcierto marca su semblante y yo tengo que hacer el mayor esfuerzo del mundo para no reírme.

—¿Cómo vas a estar a dieta? —cuestiona—. Sé que comes un par de chocolatinas cada tarde.

Ahora es a mí a la que le cambia la cara. No sé cómo lo ha descubierto. Echo un vistazo rápido por el salón porque, hasta lo que yo sé, no hay cámaras, pero ahora mismo lo estoy dudando. Y mucho.

—Encuentro todos los días los envoltorios cuando abro la papelera de la cocina —me aclara y siento algo de alivio.

No es agradable pensar que tu madre pueda llegar a estar tan desequilibrada como para intentar tener un control absoluto de su hija. Pero, en este caso, no he sido muy cuidadosa. Por no decir nada de nada.

Me mira, esperando que haga algo, que me una a ellas por fin. Y, justo cuando estoy a punto de ceder, debido a la falta de ideas, el timbre suena y, no sé por qué, pero me pongo un poco nerviosa ante la idea de que pueda ser que Miriam haya decidido venir a rescatarme.

—Ya voy yo —digo mientras me levanto del sofá.

Acelero los pasos sin mirar atrás y no me detengo hasta que llego a la puerta. Al abrir encuentro a mi ex mejor amiga con una sonrisa en los labios y ahora es cuando me doy cuenta de que tengo que tomar una decisión. Quedarme en casa o irme con ella.

—¿Estás lista? —me pregunta.

—¿Lista?

Me giro al escuchar esa única palabra y observo que mi madre, obviamente, me ha seguido y está pendiente de lo que está sucediendo.

—¿Vais a algún sitio? —pregunta.

Y no me mira a mí. Mira a Miriam. Sabe dónde puede rascar para sacar la información que necesita.

—Mamá, ¿por qué no vuelves con las magdalenas? —le propongo.

—¿Por qué no nos acompañáis?

Mi madre se lleva la conversación a su terreno e incluso se le vuelve a iluminar el rostro con la que, para ella, parece ser la mejor de las propuestas posibles.

—Hoy es tarde de preparar dulces —dice para informar a Miriam—. Nos vendrá bien otra catadora —señala muy convencida—.

Venga, pasa.

—No. Tenemos que irnos ya o llegaremos tarde. Muy tarde —recalco.

Invento lo de llegar tarde y cojo una chaqueta del perchero del recibidor antes de animar a Miriam para que abandone el umbral de la puerta y me siga cuanto antes. No podemos pasar más tiempo bajo la influencia de mi madre o acabará convenciéndonos.

Camino más rápido y me detengo en seco al darme cuenta de que no sé a dónde voy. Al girarme descubro que Miriam está justo detrás y parece darse cuenta de mi situación ya que, con la mano, me indica el coche al que debo dirigirme.

Me meto en el vehículo en cuanto abre y, desde el asiento, puedo ver cómo mi madre observa la escena desde la puerta de casa sin perderse ningún detalle. Soy muy consciente de que, cuando vuelva, voy a tener que responder unas cuantas preguntas.

—Si lo prefieres, puedes quedarte en casa —dice Miriam y giro la cabeza para mirarla—. Creo que he interrumpido algo.

—No. Ni de coña —digo, negándome—. Mi madre pretende que pase la tarde con sus amigas y yo, obviamente, no estoy dispuesta. No estoy tan loca.

Dramatizo y me fijo en que sonríe.

—Entonces, ¿arranco?

—Deberías haber arrancado hace cinco minutos.

Su sonrisa crece un poco más. Acto seguido se pone el cinturón y yo imito la acción. Pone el coche en marcha, se enciende la radio y, poco a poco, vamos dejando atrás mi hogar, el barrio y, sobre todo, la mirada curiosa de mi madre.

Hay silencio entre nosotras y aprovecho su concentración al volante para observarla durante unas milésimas de segundo. El amarillo del jersey que lleva puesto le sienta muy bien.

—Siento no haberte podido avisar entre semana de que la quedada seguía en pie —dice mientras conduce—. Pero he estado muy liada y no tengo tu teléfono.

—Ya, yo tampoco —apunto—. Tampoco tengo tu número —aclaro al sentir su mirada.

—Al menos es algo que se puede solucionar rápido. Toma, cógelo y apúntamelo —dice a la vez que se saca el móvil del bolsillo del pantalón y lo desbloquea para que pueda cumplir con lo que me acaba de pedir.

Lo acepto porque no me queda más remedio y porque está conduciendo y no quiero entorpecer.

Tecleo y guardo mi número en su agenda y me quedo a la espera de qué hacer con su móvil. No sé si debería hacerme una llamada desde su teléfono para así poder yo también guardar su número. Levanto la vista para observarla, pero no parece estar prestándome atención. Tampoco sé qué pretendo. ¿Acaso voy a preguntarle si le parece bien que yo también tenga el suyo?

—Puedes dejar el móvil ahí —dice mientras señala una zona del coche, justo debajo de la radio.

Cumplo con su petición y me siento la persona más imbécil del mundo. He perdido la oportunidad y ahora no sé cómo le diré que no tengo su teléfono si en algún momento surge la conversación. Por lo pronto decido guardar silencio y clavo la vista en lo que ocurre en la calle mientras miro por la ventanilla del coche.

—¿Qué tal te ha ido la semana? —me pregunta, dejándome totalmente fuera de juego.

¿Por qué le interesa cómo me ha ido? No estoy acostumbrada a esa clase de preguntas pero, aún así, decido responder. Es lo más educado y correcto.

—Normal —contesto sin más—. ¿Y a ti?

Sonríe y caigo en la cuenta de que, unos minutos atrás, me ha dicho que ha estado bastante liada.

—No ha sido la mejor semana del mundo —responde.

—¿Mucho trabajo?

—Al parecer ha habido algún tipo de consenso y unos cuantos coches han aparecido en el taller con la necesidad de varios cambios de piezas importantes.

—Pero eso es bueno —digo y, durante un segundo, me mira—. Es dinero para tu bolsillo —aclaro y vuelve a sonreír mientras fija de nuevo los ojos en la carretera.

—Visto así, sí. Pero es agotador —aclara—. En el escritorio no caben más papeles y tiemblo solo de pensar en el tiempo que me llevará ordenarlo todo.

—Si esa es tu forma de pedirme que vuelva a echarte una mano... Vas mal.

Sus labios se curvan un poco más y, sin poder controlarlo, yo también sonrío.

Nos quedamos de nuevo en silencio y siento que la poca tensión que sentía, ya que prácticamente somos dos extrañas, ha disminuido. Es raro, pero no sé por qué me relajo a su lado. Debería seguir enfadada por nuestra historia en el pasado y no es así. Es como si algo dentro de mí por fin hubiese conseguido un poco de paz. Aunque también es inevitable sentirme mal cuando recuerdo a mi yo adolescente sola y soportando las burlas y bromas de todo el instituto.

Cierro los ojos con fuerza para intentar que todos esos malos recuerdos se marchen y se queden encerrados en lo más profundo de mis pensamientos. No quiero permitir que siga afectándome. No es justo y tampoco creo que lo merezca. Sin quererlo, una parte de mí sigue estancada en esa etapa de mi vida. Podría hacer que…

—Ya hemos llegado —dice Miriam, rescatándome de mis pensamientos.

No sé cómo he divagado tanto, pero me sorprendo al comprobar que incluso ya ha aparcado el vehículo.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta.

Supongo que mi silencio no es un buen indicador, así que fuerzo una sonrisa y muevo la cabeza afirmándole que estoy bien. No creo que sea el momento de soltar el dolor interno que lleva años atormentándome. Además, ella ya recibió parte de ese sufrimiento cuando decidí ser una gran bocazas en el supermercado.

Me quito el cinturón, abro la puerta y salgo al exterior. El cambio de temperatura me golpea y, aunque no hace un frío excesivo, me sienta bien para despejarme y centrarme en el presente.

—¿Está muy lejos? —le pregunto.

—Está justo ahí —dice señalando un local que está a un par de metros de distancia.

Cierro la puerta y camino hacia su posición mientras ella echa el cierre automático.

—¿Estarás bien así? —cuestiona—. ¿No quieres coger tu chaqueta? —aclara.

—Estaré bien.

—¿Seguro? Hace un poco de frío.

—Tú tampoco llevas chaqueta —señalo.

—Ya, pero mi jersey es calentito —comenta—. El tuyo parece bastante fino.

Para confirmar sus palabras se acerca y posa una mano sobre mi antebrazo y cuela los dedos por debajo de la manga, tocándome en el proceso la muñeca. Mi mirada baja automáticamente a ese movimiento y siento que me confunde con esta cercanía, o igual ha sido la sensación de sentir su tacto.

—Deberías coger la chaqueta —asegura tras su comprobación.

—Estoy bien, de verdad.

Intento sonar de la forma más convincente posible y, aunque me mira desconfiada, parece que la he convencido, ya que deja el tema y comienza a andar. Sigo sus pasos y, cuando quiero darme cuenta, ya estamos entrando por la puerta de la librería. Es más grande de lo que parecía desde el exterior y está repleta de estanterías y libros, obviamente. El sitio parece estar ordenado por categorías y dos chicas, que trabajan aquí y que están en el mostrador, no tardan nada en saludarnos.

—Yo siempre me doy una vuelta cuando vengo para ver si hay algo que me llame la atención —me dice Miriam—. Pero si tienes prisa, podemos preguntar directamente por el libro que necesitamos y ya está.

—No te preocupes. Estoy libre —aseguro y ella sonríe con un brillo en la mirada.

Comienza a recorrer el lugar y yo la sigo. No soy de ir a librerías, así que no sé muy bien qué hacer. Aunque, si lo pienso, la dinámica en este sitio no parece ser muy complicada.

Miriam se detiene de golpe, ya que un ejemplar ha llamado su atención, y casi nos chocamos. Me mira, sonríe y se inclina hacia la estantería para coger el libro. Observo en silencio cómo lee la sinopsis y me inclino un poco hacia ella para intentar descubrir qué es eso que le parece tan interesante. Vuelve a mirarme y no sé si es que he interrumpido su momento o es que mi cercanía le incomoda.

—¿Te interesan los vampiros? —me pregunta sin apartarse ni un centímetro.

—No es mi tema favorito.

—¿No? —cuestiona—. ¿Y cuál es?

Intento contestar, pero no me salen las palabras. No tengo ni idea y creo que ella lee mis pensamientos, ya que una nueva sonrisa aparece en sus labios.

—No soy muy lectora —acabo confesando.

—Entiendo —dice mientras echa otro vistazo al libro, abriéndolo—. Pero creo recordar que eras fan de Buffy y este es un libro que va sobre una vampira sáfica y una cazadora de vampiros.

De golpe, esa obra, capta toda mi atención. Le arrebato el tomo de las manos y hasta yo misma me sorprendo de mi atrevimiento. Por lo que veo, parece interesante. Bastante. Pero he venido aquí por un libro y llevarme dos supondría un gran golpe para mi cuenta corriente debido a mi confinamiento económico, así que, con todo el dolor de mi alma, lo dejo en la estantería.

—¿Seguimos? —pregunto al buscar su mirada y comprobar que sus ojos están clavados en cada uno de mis movimientos.

Asiente y, de nuevo, sigo sus pasos en cuanto reanuda la marcha.

Echo un vistazo a algún que otro libro mientras vamos avanzando, pero decido no centrarme en ninguno de ellos ni dedicarles mucho tiempo. No quiero enamorarme de otra historia y tener que dejarla en su sitio.

—La biografía oficial de Diana Rojas —digo al ver el ejemplar que ahora tiene en las manos.

—La octava edición. Ni tan mal.

—Menudo negocio.

—¿A qué te refieres? —pregunta e incluso se gira para poder mirarme mejor a la cara.

—Que las bolleras consumimos todo el material bolleril posible por mínimo que sea —respondo con tranquilidad—. Y que a estas dos el negocio les ha salido redondo.

—Son pareja.

—Lo sé —aseguro—. Habría que vivir en una cueva para no saber de su relación. Pero es bastante evidente que les ha venido genial.

—¿Estás intentando decirme que su historia es una patraña? —cuestiona.

—Yo no he dicho tal cosa, lo has dicho tú.

Frunce el ceño y yo sonrío ante la satisfacción de haberla dejado sin palabras. La rodeo y, por primera vez en toda la tarde, tomo la iniciativa y marco el camino.

—¿No crees en su historia? —me cuestiona y, al girarme, descubro que la tengo justo detrás.

—Y tú, ¿crees en ella?

—Están juntas —asegura.

—Según tú.

Abre la boca muy sorprendida y yo tengo que hacer un gran esfuerzo para controlar la sonrisa.

—No puedo creer que estemos teniendo esta conversación —asegura—. Son la pareja estrella del momento.

Me encojo de hombros con su afirmación y sigo caminando. No sé si tiene algo más que decir pero, sin quererlo ni buscarlo, estoy esperando algún comentario más por su parte. Y es extraño. Nunca imaginé encontrarme en una situación así con Miriam. Una situación que podría parecer bastante común entre amigas. Igual sí que es posible tener una relación cordial con ella tal y cómo ella misma comentó. Quizás nuestra historia tiene un capítulo más por descubrir.

Detengo el paso al no percibir que me sigue y, de forma disimulada, me giro para ver dónde está. Se ha parado en un estante y veo cómo examina unos cuantos libros hasta que se queda con dos. Al alzar la mirada se encuentra directamente con la mía y

sonríe. Me quedo a la espera de su siguiente movimiento y no tarda nada en recortar de nuevo la distancia que nos separa.

—He encontrado el libro que nos toca leer —dice mientras me pasa uno.

—¿Y qué hacías mirando todos los que había?

—Escogía los mejores.

—¿Por qué? —cuestiono.

—Porque me gusta que esté lo más perfecto posible —señala —. Y no me mires como si estuviera loca, mucha gente hace lo mismo.

Levanto ambas manos como señal de que no voy a debatir esa manía suya y me mira complacida con la decisión que he tomado. Saca el móvil del bolsillo y me descoloca que se lo vuelva a guardar tan rápido aunque, cuando habla, lo entiendo perfectamente.

—Aún es pronto —señala—. ¿Te apetece ir a tomar algo?

Me arrincona con su propuesta. No esperaba algo así, la verdad. En mi cabeza el plan era bastante claro. Salir un rato, comprar el libro y volver a casa. Socializar lo mínimo parar así librarme de mi madre y sus amigas. Pero ahora el planteamiento ha cambiado. Su sugerencia requiere gastar más energía social y tampoco tengo muy claro si me apetece compartir más tiempo con ella. Sé que busca que seamos algo más cercanas y recuperar en parte ese tiempo perdido, pero yo aún no sé si pienso igual.

—Olvídalo —dice tras unos segundos, forzando una sonrisa.

Creo que se ha dado cuenta de que me lo estoy pensando demasiado y ha decidido tirar la toalla para que la escena se cortase cuanto antes y así acabar con la incomodidad.

—Me apetece —suelto de golpe, aunque siga sin tenerlo del todo claro.

—No es necesario.

—No, en serio. Me apetece —insisto—. Es solo que me ha pillado desprevenida.

Ni siquiera sé por qué estoy mintiendo y, a la vez, justificándome. No tendría que hacer nada de esto y pedirle directamente que me lleve a casa. Pero, al parecer, me encanta aventurarme.

Me pide que vaya hacia el mostrador, que ella va a comprobar una cosa, y que no tardará nada en acompañarme. Cumplo con lo que me pide y, mientras hago que mis pies se muevan, pienso en que aún tengo opción de recular y anular el nuevo plan. Pero no sabría cómo hacerlo y en el fondo soy consciente de que me sentiría mal. Así que decido tomar estos minutos a solas para recomponerme y prepararme ante la idea de pasar más tiempo con Miriam.

***

Sentada en la silla observo el lugar al que Miriam nos ha traído. No he estado aquí en mi vida y por eso mis ojos se mueven curiosos en un intento de analizar todo lo más rápido posible. Es un espacio abierto y con mucha luz. Los muebles son de madera, las paredes están decoradas con cuadros que muestran referencias al café y en una de ellas hay un gran mosaico hecho con vegetación.

—Siempre paso por aquí cuando vengo a la librería —dice Miriam, atrayéndome de golpe al momento y haciendo que mi mirada se clave en ella, que está justo en frente—. El café es increíble —asegura antes de poner una bolsa sobre la mesa.

—No soy de tomar café.

Su rostro cambia por completo al escuchar mis palabras y yo me abofeteo mentalmente ante lo desagradable que he podido sonar.

—Pero puedo probar —aseguro y ella sonríe.

—Un descafeinado estaría bien.

—Un descafeinado será.

—¿Tomas leche? —pregunta y yo asiento a la vez que el camarero llega a nuestra posición.

—¿Lo tienen claro ya? —nos pregunta el chico preparado para tomar nota.

Miriam toma las riendas y pide un café para ella y una manchada con descafeinado para mí. Nos quedamos en silencio cuando el joven se marcha y, de nuevo, es ella la que toma la iniciativa pasados unos segundos.

—Creo que la manchada es la mejor opción antes de aventurarte al mundo de la cafeína —aclara su decisión y yo asiento convencida—. Por cierto, ¿qué te ha parecido la librería?

—No sé qué debe parecerme —respondo—. He pisado pocas en mi vida —confieso.

—¿No te ha gustado la experiencia? —pregunta curiosa.

—No ha estado mal —contesto—. Pero tampoco ha sido la mejor experiencia de mi vida —aclaro—. Era un sitio bonito, limpio y agradable y la mujer que me ha atendido era muy simpática y guapa.

—Te ha atendido la dueña —aclara Miriam—. Y, si tienes algún tipo de interés en ella, te diré que está casada. O estaba.

Sonrío ante su duda y me acomodo mejor en la silla para apoyar los antebrazos en la mesa.

—Su mujer tuvo un accidente de tráfico y perdió la memoria —me informa.

—Eres un poco cotilla, ¿no? —cuestiono sonriente.

—Salió en la prensa.

—No hace falta que te justifiques.

—No me estoy justificando —señala.

Me mantiene la mirada y soy yo la que pierde ese duelo imaginario cuando mueve las manos y agarra la bolsa que había puesto sobre la mesa y me la pasa.

—Es para ti —asegura e insiste para que coja lo que me ofrece.

—¿Por qué?

Se encoje de hombros y decido no hacerme de rogar. La necesidad por descubrir el misterio me puede mucho más que seguir intentando sacarle algo de información. Así que agarro la bolsa y saco rápidamente el contenido.

—Es una funda para guardar el libro que estés leyendo en el momento —aclara y yo asiento mientras la examino.

Es muy bonita. Tiene estampados de flores en distintos tonos de color verde y amarillo.

—Me gusta mucho —aseguro antes de meter la mano y sacar lo que hay dentro—. Esto también me gusta —señalo al ver el libro de la vampira sáfica que dejé en la librería.

Ahora entiendo por qué dejó que yo me adelantase para pagar.

—No tenías por qué —digo mientras guardo el ejemplar con cuidado dentro de la funda.

—Solo es un detalle.

Y no me da tiempo a debatirle lo que es un detalle o un regalo, ya que el camarero aparece con nuestro pedido y, de nuevo, nos quedamos en silencio mientras deja las tazas sobre la mesa y no volvemos a hablar hasta que se marcha.

—Además, de alguna forma tenía que agradecerte tu ayuda en el taller.

—Creo recordar que ya me diste las gracias —le recuerdo.

Sonríe y, en lugar de seguir con la conversación, se centra en su café y da un sorbo. Algo que yo no tardo nada en imitar.

—¿Qué tal está? —pregunta interesada.

—Está rico —confieso y sus labios se curvan un poco más.

Gira la cabeza para observar algo que ha llamado su atención y yo aprovecho para mirar su rostro. Parece tranquila y relajada y yo me sorprendo conmigo misma porque me siento igual aunque en un primer momento me sentí reacia a compartir con ella algo más de tiempo.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta directamente tras clavar sus ojos de nuevo en los míos.

—¿Tomar café? —cuestiono algo confundida.

Sus labios vuelven a curvarse y, automáticamente, se me frunce el ceño.

—Me refería a qué haces en el pueblo —aclara.

—Ah, eso.

Asiente y decido tomarme unos segundos llevándome la taza a los labios para dar un sorbo. No sé si quiero tener esta conversación con ella. No sé si me apetece hablar del tema. Pero me fijo en que sigue mirándome y caigo en la cuenta de que, realmente, su opinión me importa poco. Es alguien que ni siquiera conozco.

—No me fue muy bien en la gran ciudad —suelto y veo en su mirada que su interés crece—. Es diferente a vivir aquí —digo y me siento algo estúpida al recordar que ella también estuvo viviendo en una gran ciudad durante sus años de universidad—. Digamos que no supe gestionar bien el dinero, me quedé sin trabajo y... Aquí estoy.

Me encojo de hombros tras darle una breve explicación y ella cambia de postura y acomoda ambas manos sobre la superficie de la mesa.

—¿Y has pensado en volver? —pregunta.

—Cada día —respondo con rapidez.

—¿Por qué? —cuestiona curiosa.

Me quedo en silencio aunque creía tenerlo bastante claro. Solo buscaba estar aquí de paso hasta encontrar un empleo que me hiciera retomar mi vida. Pero, ahora, pensándolo fríamente, creo que la ciudad tampoco me aportaba tantas cosas buenas. El ruido. El ajetreo. La gente. Las prisas. El agobio. Eso ha desaparecido por completo desde que vivo aquí.

—¿Por qué sonríes? —le pregunto al ver cómo intenta ocultar una sonrisa.

—Por nada.

Alzo una ceja y observo cómo se rinde al levantar las manos.

—Es solo que me resulta curioso que te quedes en blanco cuando pareces tener tan claro que te quieres ir.

—Siempre fuiste un poco impertinente.

Lo suelto sin pararme a pensarlo y, justo después, caigo en la cuenta de que igual he metido la pata y me he pasado con mi comentario. Pero Miriam no tarda nada en sonreír y todo mi sistema se relaja por completo.

—¿Qué tal está James? —pregunto, tomando la iniciativa.

—Bien, aunque supongo que cuando llegue a casa encontraré un desastre —responde antes de suspirar—. No sé cuántas cosas me ha roto ya —confiesa—. ¿Te divierte mi desgraciada situación?

Descubro que estoy sonriendo y, en lugar de contenerme, mis labios se curvan un poco más. Algo que mi compañera no tarda nada en imitar.

—Es un cachorro, debes de tener paciencia —apunto.

—¿Cuántos cachorros has tenido?

—Ninguno. Mi madre nunca me dejó tener un perro —aclaro—. Y ya de adulta ha sido complicado. Mi vida no compaginaba muy bien con tener a un ser vivo a mi cargo. Demasiada responsabilidad.

—Puedo prestarte a mi pequeño demonio cuando quieras.

—No, gracias —niego con rapidez—. No quiero provocar que mi madre me eche de casa. Tengo instinto de supervivencia y, por extraño que parezca, sigo queriendo dormir en una cama y no en la calle.

—James y yo podríamos hacerte un hueco en nuestro hogar. Estoy segura de que a él no le importará compartir su cama contigo.

Bromea e intento poner cara de fastidio para demostrarle que no estoy interesada en su propuesta y en compartir espacio con su amado peludo. Ella vuelve a sonreír y, justo después, da un sorbo a su café mientras yo pienso en que, esta noche, seguramente debata unos cuantos aspectos de la quedada de hoy. Nunca imaginé que me sentiría así de bien y relajada con ella hasta el punto de permitir bromas y algún que otro pique. Es posible que a mi cabeza le dé por analizar alguna que otra cosa. Bueno, es posible no. Estoy segura. Bastante segura.

13

Dejo el refresco sobre la mesa del jardín y me siento en una de las sillas para aprovechar el agradable calor del sol y empezar una nueva lectura.

He decidido iniciar con el libro que Miriam me regaló. Siempre hay que darle prioridad a una vampira lésbica. Siempre.

Comienzo a leer y dedico todo mi esfuerzo en concentrarme para que la lectura fluya mejor. La autora empieza con unas cuantas descripciones sobre el lugar y, sin darme cuenta, mi mente comienza a recordar momentos de la tarde compartida con Miriam. El rato agradable en la librería, el debate y el pequeño pique que tuvimos al hablar sobre cierta pareja famosa y el detalle que tuvo de regalarme la funda para guardar libros y la lectura que tengo en mis manos.

Muevo la cabeza un poco para ver si, con suerte, consigo dejar esos recuerdos aparcados a un lado. No los necesito. Solo quiero centrarme en la historia que tengo entre las manos. Pero la autora no me ayuda mucho, ya que sigue con las descripciones y dando datos que, ahora mismo, no me están aportando nada.

Pienso en mi propio debate interno cuando mi ex mejor amiga me propuso alargar la quedada e ir a tomar algo. No tendría por qué haber aceptado, pero lo hice y, a día de hoy, no me arrepiento de mi decisión. Me sentí bien. Bastante cómoda y tranquila. Y creo que Miriam tampoco lo pasó mal. En el camino de vuelta a casa no hubo mucha conversación, solo algún que otro comentario, pero percibí que el ambiente entre nosotras había cambiado y sentí que mi sistema, al completo, estaba más relajado que al inicio de nuestro encuentro. Y no entiendo muy bien por qué ocurrió, la verdad. Quizás tiene algo que ver con mi yo adolescente reconciliándose con

parte de su pasado, o quizás es que ese día Mercurio retrógrado estaba haciendo de las suyas.

—¿Qué estás leyendo?

Me sobresalto con la pregunta de mi madre. No la esperaba.

—Un libro —respondo para fastidiarle y, de forma inmediata, rueda los ojos antes de sentarse en la silla que tengo justo al lado.

—No es el libro que nos toca en el club de lectura.

—No. No lo es.

Le doy la razón y observo cómo, poco a poco, su ceño se va frunciendo.

—¿Te has despertado de la siesta con ganas de ser misteriosa? —cuestiona.

Ignoro su pregunta e intento volver a la lectura, aunque sé que va a ser un imposible. Estoy completamente convencida de que mi madre ha venido en busca de algo y no se va a marchar hasta conseguirlo.

Carraspea a mi lado mientras yo intento, por tercera vez, leer la misma línea.

—Esta mañana he estado haciendo senderismo con las chicas por una nueva ruta —dice, pero no levanto la cabeza de la lectura—. Deberías venirte un día.

Me propone por enésima vez salir a caminar con ella y su grupo y prefiero no responderle. Me he negado todas las veces que me lo ha propuesto, pero parece que no pretende darse por vencida y estoy segura de que continuará repitiéndomelo hasta que ceda. Un duelo madre e hija en el que, al final, yo seré la derrotada. Lo asumo.

—Aún quedan unas cuantas magdalenas de chocolate. ¿Quieres que te traiga alguna?

Levanto la cabeza y le clavo la mirada. No parece importarle mucho que haya decidido tener mi momento de soledad y tranquilidad con un libro. Así es ella, impredecible.

—¿Por qué me miras así? —me cuestiona.

—¿Qué quieres, madre?

—Nada —responde con rapidez—. ¿Por qué iba a querer algo?

—¿Hasta cuándo tienes decidido alargar el momento? —pregunto y observo confusión en su rostro—. ¿No tienes ningún plan esta tarde? —aclaro.

—No. No tengo nada —confiesa.

La posibilidad de poder librarme de su interrogatorio desaparece por completo al escuchar sus palabras. No voy a escaparme. No tengo alternativa ni plan de huída. Así que decido enfrentarme de cara a la situación y cierro el libro y lo meto en la funda antes de ponerlo sobre la mesa.

—Es una funda muy bonita. ¿Dónde la has conseguido?

Sé que tengo la oportunidad de mentirle y de inventarme cualquier cosa, pero no sé qué ganaría mintiéndole con algo así.

—Me la regaló Miriam —confieso y me fijo en su rostro. No cambia. No muestra ningún tipo de expresión diferente y eso hace que me inquiete y sorprenda a partes iguales—. También me regaló el libro.

—Es una chica muy atenta —asegura—. ¿Te lo pasaste bien?

—Sin más.

Le respondo sin mucha emoción. No quiero que su cabeza empiece a montar una película que no es. Aunque creo que algo está debatiéndose en su mente, ya que no entiendo tanto silencio y, sobre todo, aceptación con lo poco que le estoy ofreciendo. No parece propio de ella.

—¿Y qué tal el libro? —me pregunta y logra confundirme más.

Que prefiera saber qué tal está la historia que estoy leyendo a qué hicimos Miriam y yo es bastante ilógico y desconcertante.

—El inicio es un poco denso.

Le confieso la verdad a medias. Tampoco creo que necesite saber que llevo más tiempo del deseado intentando leer la misma página porque algunos recuerdos de la tarde compartida con mi ex mejor amiga vuelven a mi mente una y otra vez.

—Hay libros que al principio cuesta adentrarse en ellos, pero luego son maravillosos.

Dice esas palabras y me mira muy fijamente. Mucho. Percibo una leve sonrisa en sus labios y siento que estoy más desubicada

que nunca. Y tampoco sé si espera que diga algo, pero asiento con la cabeza y ella parece satisfecha con mi intervención.

—¿Qué tal va la búsqueda de trabajo?

Me sorprende con la pregunta, pero no por habérmela hecho. Es por mí misma. Esta mañana, desde que estoy aquí, ha sido la primera vez que no he despertado y he cogido el móvil nada más abrir los ojos para comprobar si me han contestado a alguna oferta de trabajo. Es como si, por arte de magia, se hubiese borrado de mi rutina.

—Seguimos en ello —respondo y veo cómo fuerza una sonrisa —. Pero por el momento vas a tener que soportarme un poco más por aquí.

Sonríe y ahora parece que lo hace de verdad. No quiero creer que es mi desgracia lo que le parece divertido. Y tampoco me da tiempo a preguntarle nada más, ya que se encarga de llevar la conversación hacia otro lado.

—El ayuntamiento va a organizar un nuevo taller sobre pintura —suelta y de forma instantánea se me alza una ceja—. ¿Qué te parece?

—¿Qué debe parecerme?

—Podríamos apuntarnos —sugiere muy sonriente.

—Olvídalo.

—¿Por qué? —cuestiona.

—Porque no se me da bien pintar.

—En eso consiste. En el curso vamos a aprender.

—Creo que es algo que no necesito.

—Pero...

—No.

Insisto en mi respuesta e incluso me levanto de la silla con la intención de que la conversación muera ahí. No quiero seguir hablando del tema porque, muy posiblemente, consiga convencerme y he decidido que, a mi edad, ya es hora de empezar a usar la palabra «no».

—Belén.

—Mamá, no.

—Pero, ¿por qué? —insiste y también se pone de pie. No parece estar dispuesta a tirar la toalla.

—¿Por qué no vas con tu hijo?

—Porque tu hermano es un aburrido.

Sonrío con su rápida respuesta y hasta logro ver cómo se muerde el labio para no sonreír ella también. He de reconocer que su sinceridad me está sorprendiendo y gustando a partes iguales.

Me mira esperando una respuesta y niego con la cabeza antes de girarme y caminar para salir del jardín. No puedo ceder. No debo hacerlo. Tengo que mostrar fortaleza si no quiero que me arrastre a cada una de sus ideas.

Escucho a mis espaldas cómo insiste y habla de las posibles alternativas y de lo bien que nos lo vamos a pasar. Pero no le hago caso y acelero el ritmo de mis pasos para salir cuanto antes. Y no solo del jardín, también de casa. Necesito espacio y tomar aire fresco para despejar la mente y volver tranquila y relajada y así tener más posibilidades de conseguir la victoria cuando me insista con el mismo tema.

***

Paseo por el barrio sin un destino fijo. Solo intento pensar en mi situación actual. En cómo ha cambiado mi vida, en por qué sigo aquí, en por qué no he conseguido respuesta de ninguna oferta de trabajo, en por qué hoy ese hecho me ha interesado bien poco y en por qué la quedada con Miriam fue tan bien. Y, sobre todo, por qué demonios mis pies han decidido guiarme hasta su taller.

Me detengo a unos metros de la puerta e intento pensar y comprender por qué a mi cerebro le ha parecido buena idea traerme hasta aquí. Quizás es por la curiosidad de descubrir si el buen momento compartido fue solo algo puntual. No voy a mentir. Y menos a mí misma. Tengo algo dentro que me incita a descubrir si de verdad es posible tener una relación cordial y tranquila con esa persona que fue tan importante para mí, pero que también ha sido una de las que más daño me ha hecho.

—A la mierda —suelto antes de comenzar a caminar de nuevo y entrar directamente en el taller.

Todo está en silencio excepto por la música. Hay algún reproductor sonando y eso me permite avanzar con la ventaja de no ser escuchada. Si me arrepiento, tengo la opción de abandonar el plan y salir sin que nadie se entere de que he estado aquí. Algo que parecía muy posible en mi cabeza pero que se tuerce en cuanto un peludo de cuatro patas corre hasta mí y empieza a ladrar. Se detiene y, tras reconocerme, se pone a dar saltos a dos patas reclamando mi atención.

—Lo de ser sigiloso no lo llevas muy bien, ¿verdad? —le pregunto directamente mientras me agacho un poco para acariciarle detrás de las orejas.

Al alzar de nuevo la vista descubro cómo Miriam sale con el teléfono pegado a la oreja del cuarto destinado como despacho. Sonríe al verme, gesto que le devuelvo, y camina hacia mí.

—¿Qué te trae por aquí? —me pregunta tras acabar la conversación telefónica y guardarse el móvil en el bolsillo.

—He salido a pasear y he pensado en saludar.

Resumo lo sucedido, aunque ni yo misma lo tengo muy claro, y vuelvo a inclinarme cuando James me reclama de nuevo para que lo acaricie.

—De todas formas, no quiero molestar. Será mejor que me vaya y te deje trabajar.

—No te preocupes —dice Miriam rápidamente—. Tengo que salir a por unas piezas. Pero antes tengo que dejar a este pequeño demonio en casa.

Baja la mirada hacia el peludo, pero él la ignora por completo, le resulta mucho más interesante mi contacto y cómo sigo acariciándole la cabecita.

Observo a Miriam, que vuelve al despacho para coger unas llaves y apaga las luces.

—Vamos, James. Hay que irse.

Lo anima a que se mueva, pero no lo hace hasta que yo no comienzo a caminar hacia la puerta de salida del taller y Miriam pulsa el último interruptor para dejarlo todo a oscuras.

—Siento que la visita haya sido tan corta, pero necesito ir a por esas piezas cuanto antes.

—No pasa nada —digo con sinceridad, no me molesta que nuestra conversación ni haya empezado.

—Puedes venir mañana un poco más temprano.

—No voy a trabajar para ti.

Ambas sonreímos y yo niego con la cabeza, sorprendida con nuestra forma de tratarnos, en cuanto se gira para abrir la puerta del coche.

—Vamos, pequeño.

Incita al peludo a que suba al vehículo y, en lugar de obedecerle, se sienta a mi lado.

—¿Crees que me está vacilando? —me pregunta.

—Lo creo —aseguro—. Y también creo que tiene una favorita y esa no eres tú.

Se cruza de brazos mientras controla una sonrisa y baja la mirada hacia James, que permanece quieto, justo a mi lado.

—James, vamos.

Insiste y vuelve a obtener la misma respuesta. Cero movimiento por parte de su compañero de cuatro patas. Miriam se masajea la frente y resopla algo frustrada. Creo que el pequeño ha elegido un mal momento para no hacerle caso.

—Puedo quedarme con él —sugiero—. Si quieres.

—No quiero causarte molestias.

—Que va. No hay problema —aseguro y me inclino para acariciarlo de nuevo—. ¿Verdad?

El peludo inclina la cabeza hacia mi mano, un movimiento bastante significativo.

—No sé si...

—No te preocupes.

Corto su explicación y busco su mirada.

—Yo me encargo de James —insisto—. Daremos un paseo.

—¿Estás segura? —cuestiona.

—Sí.

—¿De verdad?

Ruedo los ojos ante su insistencia y, tras unos segundos, se gira para buscar algo en el interior del coche. Observo cómo saca la correa de paseo y, acto seguido, camina hacia mi posición.

—No sufras, estará bien —aseguro.

—Espero que la que no sufras seas tú.

Me pasa la correa y en ese movimiento, tan normal y necesario, nuestras manos entran en contacto y, sin entender el motivo, siento la necesidad de estrechársela y que el roce dure un poco más.

—Lo siento —dice sin que yo comprenda por qué lo dice—. Te he convertido en la niñera de mi perro.

—Ya me lo recompensarás.

Y no es hasta que suelto esas palabras cuando me doy cuenta del posible doble sentido. Ella sonríe, pero no dice nada al respecto y yo se lo agradezco en silencio. No sé si podemos tener ese tipo de bromas, aún ni siquiera sé si nos llevamos bien y el buen momento vivido durante la quedada solo fue algo puntual y ya está.

—Intentaré tardar lo menos posible —dice antes de subirse al coche.

Me agacho, le pongo la correa a James y, hasta que Miriam no desaparece de escena, no nos ponemos en movimiento. La verdad es que no tengo muy claro qué hacer a continuación. No sé si llevarlo a casa sería una buena idea. Y no es que mi madre nos vaya a echar a la calle, es que el hecho supondría tener que responder a unas cuantas preguntas y no me apetece. Así que, tal y como le he dicho a Miriam, decido dar un paseo con él y marcarnos de destino el parque en el que nos solemos encontrar. El pequeño camina a mi lado tranquilo y siguiendo mis pasos en todo momento. Es obediente, o al menos lo parece. Pero, aún así, no me atrevo a soltarlo en cuanto llegamos a la zona. Hay unos cuantos perros correteando y olfateando juntos y, aunque me tienta dejarle ir y que juegue y suelte toda la energía posible, continuo y sigo hasta el banco en el que me suelo sentar.

—Tienes que entenderlo —digo en cuanto me siento y él gira la cabeza como si estuviera escuchándome—. Ahora mismo estás en mis manos y no quiero que te pase nada.

Doy una palmada sobre la superficie del banco y, acto seguido, James salta y se sienta a mi lado. Aprovecho para acariciarle la

espalda y el muy desvergonzado no tarda nada en tumbarse y poner la cabeza sobre mi muslo.

—Eres un listillo —digo sonriente, pero sin cortar las caricias.

Hago un rápido barrido visual del lugar y sigue sorprendiéndome cómo ha cambiado. Hay vida, risa, carreras y juegos. En mi adolescencia solo lo visitaba yo prácticamente.

—Cómo cambia la vida —susurro—. Da hasta miedo.

Asiento con la cabeza ante mi propia afirmación y bajo la mirada para observar al peludo. Está relajado. Mucho. Tanto que creo que se ha dormido.

—Menuda envidia me das. Ojalá tener las mismas preocupaciones que tú.

Abre un ojo en cuanto dejo de acariciarle y me hace sonreír.

—Descarado —le acuso—. ¿Te piensas que estoy a tu servicio? —pregunto pero, obviamente, no me responde—. Deberías cortarte un poquito.

Levanta la cabeza, la gira un poco y se me queda mirando. No sé qué quiere y entramos en un duelo de miradas que yo gano en cuanto se levanta y, sentado, clava su atención en un par de perros que juegan a unos metros de distancia.

—¿Quieres ir a jugar? —le pregunto y me mira un segundo antes de volver la vista a sus compañeros.

Me planteo de nuevo el dejarle ir. Es solo un cachorro que quiere divertirse y yo soy la humana aburrida que no le deja. Pero es que si le pasa algo o sale corriendo y lo pierdo... Sé que no me lo voy a perdonar y no sé si estoy preparada para pasar por una situación así. Pero también me da pena. Mucha. Hago el amago de soltarle, pero me arrepiento inmediatamente.

—No puedo hacerlo, lo siento.

Ignora mis palabras, al igual que también ha ignorado mi dilema.

—Si te pierdes o te pasa algo, es posible que Miriam me mate.

Le explico la situación, pero parece importarle muy poco, ya que su mirada sigue clavada en las carreras que echan sus compañeros de cuatro patas.

—Por cierto, ¿qué tal te llevas con tu dueña?

Y, obviamente, de nuevo no me contesta.

—Eso de no hacerle caso... ¿Ha sido algo puntual?

Lo acaricio para intentar llamar su atención y sonrío cuando se sorprende ante mi tacto. Su concentración estaba en un nivel muy alto.

Los perros a los que James estaba mirando abandonan el lugar y yo me tenso un momento ante la posibilidad de que quiera salir corriendo tras ellos, aunque tengo la correa bien cogida con la mano, así que no puede irse muy lejos. Se pone de pie en el banco mientras los sigue con la mirada y, cuando los pierde de vista, vuelve a tumbarse y a colocar la cabeza sobre mi muslo. Su postura favorita.

—¿Miriam te trata bien? —le pregunto mientras vuelvo a acariciarle la cabeza y él cierra los ojos—. Es una buena persona —aseguro—. Bueno, lo era. Ahora no lo sé —rectifico—. Aunque claro, conmigo no es que se portase muy bien.

Cierro los ojos y suelto un suspiro al darme cuenta de la situación. ¿Por qué demonios estoy hablando de Miriam con su perro? Ahora mismo me siento la persona más absurda y ridícula del mundo. Decido dejar el tema ahí. No es que mi compañero de conversación vaya a transmitirme mucha información y tampoco creo que deba darle más importancia al tema Miriam. Es más, creo que ya le he dado demasiada.

Paseo la vista por el parque y me sorprendo al ver a dos chicas adolescentes cogidas de la mano con una sonrisa tonta en la cara. No es algo que esperase ver aquí, en este lugar en el que se me juzgó tanto en mi juventud por mi orientación sexual.

—Cómo han cambiado las cosas —susurro.

Me alegro por ellas. No tener que esconderse ya es toda una victoria. Pero a mi cabeza también le da por pensar en cómo hubiese sido todo si ese odio y desprecio que sentí siendo adolescente no hubiese pasado.

Sonrío con algo de emoción al ver a las chicas sentarse en un banco próximo sin llegar a soltarse de la mano. Aparto la vista y la centro en James, que parece haberse dormido de nuevo.

—No eres un buen compañero de aventuras.

Le acuso, pero no hace ningún tipo de movimiento.

—¿Te apetece dar un paseo? —pregunto y él parece estar completamente desconectado del lugar—. ¿Sabes? Empiezo a echar un poco de menos a tu dueña. Es más comunicativa que tú.

Me asombro ante mi propia confesión y decido guardar silencio. No creo que sea buena idea seguir hablando y arrepentirme de mis propias palabras. Me suena el móvil y suelto un suspiro de alivio. Voy a poder dejar mi propio comentario atrás y olvidado. Frunzo el ceño al ver en la pantalla un número que no tengo guardado y, al desbloquear el teléfono y leer el mensaje, sonrío. Es Miriam avisándome de que ya ha recogido las piezas y me pregunta dónde estoy para pasar a por James. Escribo «en el parque», pero lo borro inmediatamente y lo cambio por un mensaje ofreciéndome a llevárselo a casa. Debe de estar cansada y si puedo ayudarle un poco tampoco me va a pasar nada. Ella no tarda nada en contestar y vuelvo a sonreír cuando su respuesta es sencilla y directa; su dirección.

***

Echo un vistazo a James, que está justo sentado a mi lado, mientras espero a que su dueña nos abra la puerta. Se le ve algo impaciente y mueve la cabeza de un lado a otro. Salta en cuanto Miriam abre la puerta y sonrío al ver cómo se lanza hacia ella en cuanto aparece en nuestro campo de visión.

—Parece que alguien te ha echado de menos —digo mientras observo cómo lo acaricia.

La sonrisa de mi ex mejor amiga es plena y yo no intento disimular la mía. Qué puedo decir. Los reencuentros entre humanos y animales son unos de mis puntos débiles. A veces, cuando algún video me sale en alguna red social, tengo que pasarlo y no verlo porque me conozco y, casi siempre, acabo con alguna lágrima traicionera cruzándome la mejilla.

—Habéis llegado pronto —dice mientras abre la puerta del todo y James entre con toda la confianza del mundo, como si llevase viviendo allí unos veinte años.

—Estábamos en el parque —informo para que entienda que no estábamos a más de diez minutos.

Extiendo el brazo para hacerle entrega de la correa y observo cómo clava la mirada en el gesto sin hacer absolutamente nada. No sé si es que hay algo que no estoy haciendo bien o si es que pretende que me quede con ella. Pero no se lo pregunto y ella, unos segundos después, la agarra y yo la suelto antes de que sus ojos se claven de nuevo en los míos.

—¿Qué te parece si pido pizza para cenar y así te recompenso?

Sonrío al recordar que, de broma, yo misma le dije que ya me lo recompensaría.

—No te preocupes. No tiene importancia.

—Voy a pedir pizza igual y siempre me sobra —asegura.

—¿Me ofreces tus sobras? —cuestiono divertida y con una ceja alzada.

—No. Puedo comerme el resto mañana —asegura—. Pero puedo compartir, si quieres.

Me quedo en silencio e intento analizar la situación de la forma más rápida posible. Puedo rechazar su plan perfectamente. No tengo la obligación de aceptar ni de compartir otro momento con ella. Es más, lo lógico sería que me volviese a casa y no provocar que el cuestionario, que mi madre tendrá pendiente nada más entrar, crezca. Sus teorías van a dispararse si le llega un mensaje diciéndole que no me espere para cenar. Así que sí, lo más sensato es que le agradezca la invitación y que me marche. Pero claro, que te inviten a cenar pizza es bastante tentador. Mucho.

—No serás de esas que piden hawaiana.

—Soy más de pepperoni —asegura.

Se echa a un lado, invitándome a entrar, y sin darles permiso mis pies avanzan. Creo que jamás me he sentido tan traicionada conmigo misma.

—Pido la cena y, mientras viene, me ducho —dice ella mientras cierra la puerta—. Estás en tu casa. Siéntate y sírvete lo que quieras de la cocina.

Asiento con la cabeza como respuesta y, un segundo después, desaparece y me deja sola en el salón. Busco a James, mi único compañero en el lugar, y lo encuentro tumbado en su cama mientras muerde un juguete hecho de cuerda. No sé cómo he accedido a su

invitación. Ahora me siento bastante fuera de lugar. Mi yo de hace un mes jamás hubiese imaginado que estaría en casa de Miriam y que, además, cenaríamos juntas.

Suspiro, me echo el pelo hacia atrás y hago un barrido general con la mirada a lo que me rodea. El sitio es bonito y agradable. Pintado de blanco, excepto por la pared de color gris en la que está el mueble principal con la televisión. Me acerco para echar un vistazo y me fijo en que tiene unos cuantos libros guardados en una vitrina con puertas de cristal. Hay un jarrón transparente con flores artificiales y un par de figuras geométricas de distintos tamaños y de color negro. Y poco más. Un sillón de dos plazas y una mesa baja frente a él. Un espacio bastante minimalista.

No puedo saber cómo es el resto del lugar, ya que no es un espacio abierto y entiendo que el resto de las estancias están a lo largo del pasillo que veo a mi izquierda.

Me ha dicho que me sienta como en casa y que me sirva lo que quiera, pero no creo que tengamos esa confianza y tampoco quiero invadir su intimidad moviéndome por el lugar como si tal cosa. Así que decido estarme quieta. Me siento en el sillón y saco el móvil para avisarle a mi madre. Qué mínimo. Vivo bajo su techo. Le mando un mensaje, la opción de llamar no es viable. No quiero que me tenga al teléfono todo el tiempo que ella quiera. Guardo el móvil en cuanto compruebo que ha recibido mi aviso e intento llamar la atención de James para que me entretenga. Alza la cabeza al escuchar mi voz e incluso me mira, pero percibo poca intención por su parte. Insisto y sigo llamándole y mueve la cola e incluso hace un amago de levantarse, pero se queda en un intento y se gira para seguir con su juguete. Ha olvidado por completo el rato que hemos compartido juntos.

—Parece que alguien te está ignorando ahora a ti.

Giro la cabeza al escuchar la voz de Miriam y veo cómo avanza hacia el salón. Viste ropa deportiva y su pelo está húmedo.

—Nos estamos dando un pequeño espacio —aseguro mientras ella se sienta a mi lado.

Su olor me golpea. Huele a cítricos y a alguna flor que no logro descifrar y que me da vergüenza preguntar. Pero huele jodidamente

bien.

—Espero que vuestra relación no haya acabado aquí —dice con una sonrisa.

—¿Te interesa? —cuestiono.

—Bastante, la verdad —asegura—. Eres su niñera favorita.

—Siempre puedes buscarle otra.

—Ya, pero es que también eres mi favorita y me da un poco de pereza buscar.

Me muerdo el labio inferior un poco para evitar que mi sonrisa crezca y no tengo la oportunidad de contestar, ya que el timbre suena y ella se levanta inmediatamente para abrir. Sigo sus pasos con la mirada y la observo de espaldas. He de decir que la ropa deportiva tampoco le sienta mal. Y quizás paso demasiado tiempo observando su anatomía o quizás es que el tiempo se ha detenido y no me he dado cuenta. Pero me muevo algo inquieta cuando se gira y me pilla mirándola de lleno. Debo aprender a ser algo más disimulada.

—La cena —dice y yo agradezco que haya ignorado por completo la situación.

Camina de vuelta y deja la caja sobre la mesa.

—Voy a por servilletas y bebida. ¿Qué te apetece tomar?

Se adelanta a mi respuesta y camina hacia lo que intuyo que es la cocina. La sigo por curiosidad y comodidad. Quiero ver que hay más allá del salón y no creo que sea muy práctico estar a voces hasta que vuelva a mi posición.

—Cualquier refresco está bien.

Suelto lo primero que se me viene a la mente y, mientras, voy analizando todo lo que aparece en mi vista. Veo cuatro puertas y tres de ellas están cerradas. Nos dirigimos directamente a la única que está abierta. La cocina. Enciende la luz y, acto seguido, me descubro como la persona más cotilla del mundo. Analizo el lugar lo más rápido posible. No tengo mucho tiempo. La habitación no es muy grande y el estilo es moderno y muy blanco.

—¿Te sirve?

Giro la cabeza ante su pregunta y observo cómo me muestra un refresco de naranja. Asiento. Coge dos y me fijo en cómo se

mueve para coger también unas cuantas servilletas de papel.

—¿Te apetece algo más? —pregunta y, de nuevo, me pilla mirándola—. ¿Algún aperitivo? ¿Patatas fritas? ¿Aceitunas?

—No. Está bien así —aseguro—. Deja que te ayude.

—Creo que puedo sola —dice sonriente y toma la iniciativa de vuelta—. Apaga la luz, por favor.

Obedezco sin decir una sola palabra más y sigo su estela mientras pienso qué puerta será la de su habitación y cómo será. Lo que he visto de su casa, hasta ahora, me ha dicho muy poco de ella. Poquísimo.

Ocupo el sitio a su lado y, en cuanto abre la caja de la pizza, James despierta de su micro siesta. Alza la cabeza, examina la situación, y vuelve a echarse a dormir. Hecho que provoca que mi ceño se frunza.

—Es bastante raro, sí —dice Miriam, adivinando mi pensamiento—. A veces puede ser el cachorro con más energía del mundo mundial y, otras, es el perro más educado y desinteresado del planeta.

—Es jodidamente extraño que no venga a por pizza.

—Supongo que es mejor así. Me rompería el corazón tener que negársela.

Miriam abre su refresco y yo la imito mientras espero que sea ella la que coja en primer lugar un trozo de pizza. No quiero abalanzarme sobre ella, aunque tiene una pinta increíble. Así que, en cuanto toma la iniciativa, me lanzo. Pego un mordisco y se me escapa un pequeño sonido de placer. Al abrir los ojos descubro su sonrisa y su mirada fija en mí.

—Está increíble —me justifico.

—La verdad es que sí —asegura antes de darle ella un mordisco a su trozo—. No suelo cocinar por las noches. Pido bastante a domicilio y, después de probar las tres pizzerías del pueblo, te aseguro que esta es la mejor.

—Un buen estudio de mercado. Sí, señor.

Bromeo y reconozco que no me desagrada estar haciendo un plan así con ella. Quizás la tarde compartida cuando fuimos a la

librería no fue solo algo único y pasajero. Quizás sí que podemos llevarnos bien a pesar de nuestro pasado.

—Tu piso es un poco...

—¿Un poco? —cuestiona en cuanto me quedo en silencio.

—De catálogo.

—De catálogo —repite con una ceja alzada.

—Sí. Soso y aburrido.

Soy sincera con ella y me tenso ante la posibilidad de haber hecho un comentario un poco inapropiado, pero me relajo del todo cuando una sonrisa aparece en sus labios.

—No hay nada —aclaro.

—¿Y qué esperabas encontrar?

—No lo sé —respondo a la vez que me encojo de hombros—. Algunas fotos, algún pasatiempo, unas revistas, unos cuantos objetos algo más personales que unas tristes figuras geométricas...

Sonríe de nuevo, pero esta vez no lo hace igual que en otras ocasiones. Noto que es diferente. Me aparta la mirada, da un trago a su bebida y se seca los labios con una servilleta antes de recogerse el pelo en un moño improvisado.

—No llevo mucho tiempo viviendo aquí —me informa antes de mirarme de nuevo—. Tuve que dejar el piso en el que vivía con mi mujer porque era bastante insoportable llegar a casa y ver que todo seguía igual pero ella ya no estaba.

Veo la emoción en sus ojos y siento que la mía también hace acto de presencia. Sin quererlo he tocado un tema delicado. Muchísimo.

—Yo no...

—No pasa nada —dice, cortándome con una sonrisa algo forzada—. Aún no he decorado nada porque no tengo mucho tiempo libre y porque creo que prefiero mantener la mente ocupada a tener que enfrentarme a cajas llenas de recuerdos.

—Tiene sentido —susurro.

—Sé que en algún momento tendré que hacerlo, pero no tengo prisa.

—Tómate todo el tiempo que necesites.

Me descubro moviendo el brazo y colocando la mano sobre su rodilla. No he podido controlarlo. Ha sido un movimiento que mi cerebro ha decidido solo. Ella baja la vista hacia el contacto y, cuando sonríe, me alegro de que, a veces, mi mente tome sus propias decisiones.

—Recuerdo que de niña no te comías los bordes de las pizzas —dice, cambiando radicalmente el tema de conversación, y yo dejo de tocarla para recuperar la postura anterior—. ¿Sigues haciéndolo o ya has madurado?

Se come el último bocado de su trozo y observa sonriente cómo yo aún tengo el borde del mío.

—Es una táctica —aseguro—. Así no me lleno de masa y puedo comer más.

—Así que sigues sin madurar.

Me pica y, para llevarle la contraria, doy un mordisco al borde y mastico mientras siento que se me hace una bola de masa en la boca. Me mira sin apartarme la vista ni un segundo y, cuando trago, inclina la cabeza dándome la enhorabuena.

—¿Tú sigues gritando como una niña pequeña cuando ves un saltamontes?

Le devuelvo el ataque recordando lo mal que lo pasaba cuando se encontraba con un insecto y veo en su gesto cómo se ofende.

—Si vamos a recordar puntos débiles... Yo también sé hacerlo —amenaza.

—Yo no tengo de eso.

—Ajá —dice con una sonrisa y se recoloca en el sofá para poder mirarme mejor—. ¿Y qué me dices del hecho de que yo tuviera que hacerte todos los títulos cuando teníamos que entregar en el colegio algún trabajo hecho a mano?

—Tú eras mucho más artística que yo —respondo con tranquilidad—. Sé reconocer mis puntos débiles.

—¿Y de que tuvieras que probar mi merienda cada tarde?

—Era para asegurarme de que no te hubieran envenenado —aclaro y vuelve a sonreír.

—No tiene nada que ver que te encantasen los pastelitos que hacía mi padre y te daba vergüenza pedirme, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas —respondo de la forma más desinteresada que puedo.

—¿Y que yo tuviera que entrar la primera en el mar cuando íbamos a la playa?

—Eso era pura supervivencia —señalo—. Les tengo pánico a los tiburones.

—Como a todo el mundo —aclara ella—. Pero estamos hablando de que ni siquiera te querías meter en la orilla primero.

—Pocos documentales has visto. Muy pocos —recalco.

Sonríe y me hace sentir bien. No sé cómo explicarlo, pero me alegra haber conseguido que la conversación anterior, algo más intensa, haya quedado atrás.

Se inclina para coger un nuevo trozo de pizza y mis ojos viajan al borde que aún me queda. No me apetece nada comérmelo y mucho menos cuando la parte central, la importante, está tan buena.

—No sufras. No hace falta que te lo comas —dice, leyéndome la mente.

Y me planteo abrir un debate al respecto. Pero es absurdo y es perder el tiempo. Dejo el borde sobre el cartón de la caja y cojo un nuevo trozo que no tardo nada en saborear.

—¿Sigues durmiendo con el señor Bob? —pregunta.

—¿Cómo voy a seguir durmiendo con él? —cuestiono con rapidez—. Soy una persona adulta y no necesito dormir con una ardilla de peluche.

—La última vez que estuve en tu habitación seguía en tu cama.

—¿Y de eso hace?

—Hace tiempo, sí —reconoce—. Pero no sé, tenía curiosidad.

—Repito, soy una persona adulta —señalo y ella alza las manos en símbolo de no querer insistir en el tema—. Y, además, mi madre lo regaló.

Veo una media sonrisa en sus labios, pero entiendo que es por la conversación. No creo que esté disfrutando de mi desgracia.

—Menuda traición.

—Sí —aseguro—. ¿Por qué las madres hacen eso? No lo entiendo.

Se queda en silencio y de forma inmediata me llevo la mano libre a la cara. Acabo de volver a cagarla. Y, de nuevo, de forma estrepitosa.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por haber dicho lo de las madres cuanto tú no...

Me quedo callada. Creo que he vuelto a conseguir que la escena se cargue de una tensión un poco fea.

—No tienes que pedirme perdón por eso —aclara—. No tuve madre que me traicionase de esa forma, pero si un padre —señala, captando mi atención—. Él regaló mi primera bicicleta sin consultármelo. Se la dio a un primo pequeño y yo no pude hacer nada, solo ver cómo se paseaba en ella delante de mis narices.

—¿Qué edad tenías?

—Unos veinte.

Suelto una carcajada y ella me mira ofendida, pero con una sonrisa en los labios.

—¿Qué edad tenías tú cuando el señor Bob se fue de tu vida?

—No lo sé —respondo con sinceridad—. Pregunté por él una de las veces que volví a casa y mi madre solo me comentó que lo había regalado —explico—. Ni siquiera tuve la oportunidad de despedirme de él. Lo mío es mucho más trágico.

—Ya, claro.

—¿Estás siendo irónica? —cuestiono.

—Para nada —responde sonriente mientras mi ceño se frunce.

—Sigues siendo igual de molesta que cuando tenías diez años.

La acuso y abre la boca sorprendida. Percibo que quiere decir algo al respecto, pero no parece que las palabras quieran salir de su garganta.

—Tú eras mucho más molesta que yo —acusa.

—No lo creo.

—Yo sí que lo creo —señala—. Y mucho, además —recalca—. Y no rechistes más.

Ahora soy yo la que sonríe con su advertencia. ¿De verdad piensa que voy a callarme si ella me lo pide? No tiene ni idea de con quién está tratando. Pero, justo cuando voy a abrir la boca, su mano viaja hacia mi costado y yo me retuerzo hacia un lado antes de que se produzca el contacto. Había olvidado por completo ese ataque, pero mi cuerpo no y yo soy la primera en sorprenderme.

—Sigues teniendo cosquillas —asegura.

—No, es solo que no me lo esperaba.

—¿Segura?

—Segurísima.

Su sonrisa crece y yo me pongo un poco nerviosa ante la situación. Un segundo después, ella se acerca y yo me tenso de golpe. No sé qué va a hacer. Solo espero que no sea lo que creo.

—¿De verdad que ya no tienes cosquillas?

Insiste y, en lugar de confesar y así librarme de lo que parece ser un posible ataque inminente, asiento con la cabeza fingiendo una confianza que brilla por su ausencia.

Sonríe un poco más y mueve las manos demasiado rápido, tanto que no soy capaz de frenar el primer ataque y tengo que luchar contra ella y contra mi propia risa. Me retuerzo en el sitio y, sin saber cómo, consigo agarrarle las manos y ella lucha por liberarse.

—Y ahora... ¿Qué? —cuestiono sintiéndome poderosa.

—Ahora es cuando me sueltas.

—Ah, ¿sí?

Asiente, pero creo que no me apetece hacerle caso.

—Igual debería devolvértela.

Sigue intentando escaparse, aunque yo soy más fuerte y no lo consigue.

—Igual deberíamos dejarlo estar.

Mi sonrisa aumenta sin control y mi mirada se centra en la suya. Creo que piensa que tiene alguna oportunidad de escapar, así que me acerco un poco más con el impulso de superioridad que siento y me fijo en cómo sus ojos acompañan cada uno de mis movimientos. Son de color avellana y, por un segundo, creo que el tiempo se detiene en la habitación cuando baja la vista hacia mis

labios. Me tenso, me bloqueo y me pongo nerviosa. Todo a la vez. Pierdo la fuerza en mis manos y las suyas caen en cuanto dejo de sostenerlas. Trago saliva e intento pensar rápido para entender qué está pasando aquí y sus ojos vuelven a los míos. Y, de repente, se escucha un pitido ahogado que inunda la estancia. Giramos el rostro a la vez y nos encontramos con James, a un par de pasos de distancia, con un juguete en la boca. Ha roto con el momento por completo y, extrañamente, no sé si agradecérselo o reprochárselo la próxima vez que me toque ser su niñera.

—Creo que voy a irme ya —digo e incluso me pongo de pie.

Ella me dedica una sonrisa desde el sofá y, al ver que no pretende decir nada, me giro y salgo de allí sin preguntarle qué demonios ha pasado. Supongo que esa es una pregunta para la Belén de esta noche cuando esté en la cama y mi cabeza decida ponerse a trabajar.

14

Me seco la cara con la toalla y me miro de nuevo en el espejo. El reflejo me devuelve un espanto, el horror personificado. Mi rostro no es un ejemplo de un buen descanso ni de haber pasado una buena noche, y las ojeras que veo bajo mis ojos podrían competir, e incluso ganar, con un mapache en un certamen de «los mejores ojos de mapache».

—Menuda cara.

Tras el sobresalto inicial, giro la cara y me encuentro con mi cuñada que me mira desde la puerta del baño.

—¿No has dormido bien? —me pregunta antes de entrar y sentarse en el filo de la bañera, dejándome claro que no está aquí solo de paso.

—No muy bien, la verdad.

Prefiero decirle eso a tener que contarle que cierto momento compartido con Miriam la noche anterior ha estado repitiéndose en mi mente una y otra vez desde que puse la cabeza sobre la almohada.

—¿Temas de adultos? —pregunta y siento que todo mi sistema se tensa de golpe.

¿Ha descubierto algo? ¿Miriam ha hablado con ella? Es imposible. Es muy imposible. A no ser que sean las mejores amigas del mundo y yo ni me haya percatado.

—Me refiero al tema de la búsqueda de trabajo —aclara y siento un alivio increíble.

Me encojo de hombros y me giro para ir al armario que tengo a un par de pasos mientras siento su mirada clavada en mí en todo momento. Saco un pequeño estuche que me regaló mi madre hace

un par de semanas, cuando le pareció buena idea hacer una tarde de *skincare* juntas*,* y vuelvo al espejo con él en las manos.

—¿Crees que un poco de crema va a hacer desaparecer una mala noche? —cuestiona y yo le clavo la mirada—. Esas cosas no hacen milagros.

—Oye, que tampoco tengo la cara tan mal —protesto y ella me mira poco convencida.

La ignoro y decido empezar con el proceso. Echo un poco de limpiador en una esponjita y me lo aplico mientras mi cuñada sigue todo el proceso con la mirada.

—¿No tienes nada que hacer? —le pregunto.

—Hoy es mi día libre y ya he dejado a la pequeña en el cole.

—Así que has decidido venir a molestarme.

—Así que he decidido venir a hacerte compañía —reformula mi frase y niego con la cabeza—. Hace días que no te veo y quería saber cómo estabas.

Suelto un rápido y conciso «bien» y no le hago caso a su expresión facial, ya que agacho la cabeza y me limpio el producto de la cara.

—¿No tienes nada que contarme?

Insiste mientras me seco y vuelvo a pensar en la posibilidad de que quizás alguien le ha comentado algo. Pero, ¿quién?

—Mi madre —susurro al darme cuenta de la posibilidad.

—¿Qué? ¿De qué hablas? —pregunta ella confundida.

—Nada. Es solo que me he acordado de algo.

Mi cabeza se pone a funcionar a mil revoluciones mientras mi cuerpo sigue actuando como si no pasara nada y mis manos se ponen a abrir un pequeño bote de contorno para las ojeras. Me lo paso por la zona y la mirada de mi cuñada sigue todos y cada uno de mis movimientos. Está empezando a ponerme algo nerviosa.

—En serio, ¿no tienes nada que hacer?

Insisto y puedo ver cómo su ceño se frunce.

—¿Esta es tu forma poco sutil de echarme?

—Me siento observada —respondo mientras guardo el producto.

Se encoje de hombros dándome a entender que le importa bien poco lo que pueda estar sintiendo y yo aprovecho para abrir el bote de crema facial.

—¿Qué has estado haciendo estos días?

Fijo los ojos en ella en cuanto me hace la pregunta y nos miramos durante unos largos segundos. No sé a qué viene tanta insistencia en que mantengamos una conversación.

—Poca cosa —respondo.

—Joder, Belén —protesta—. Colabora un poco. Soy una madre trabajadora con la vida social un poco limitada. Por no decir bastante. Así que haz el favor de contarme algo para poder desconectar y dejar de pensar en todo lo que tengo que hacer hoy en mi día libre.

Dice la última palabra mientras hace el símbolo de unas comillas en el aire con las manos y, sin querer, se me escapa una sonrisa.

Cojo un poco de crema y me la extiendo bien por la cara a la vez que pienso en si debería o no hablar con ella sobre Miriam. Sé que no tengo por qué hacerlo, no tengo por qué complacerle, pero también pienso en que igual me vendría bien hablarlo con alguien. Aunque ese alguien sea mi cuñada y yo no sepa realmente qué tipo de relación tiene con mi ex mejor amiga.

—¿Cómo te llevas con Miriam? —le pregunto de golpe.

Guardo todos los productos que he usado en el estuche y lo dejo en el mueble en el que estaban. No sé cuándo volveré a usarlo. No soy ese tipo de persona que es constante con el cuidado de la cara.

Al no escuchar una respuesta por su parte, me giro para ver qué ha pasado y me la encuentro mirándome.

—¿No has escuchado mi pregunta?

—Sí, pero no la entiendo —responde.

—¿Qué parte no entiendes? —cuestiono—. ¿No sabes qué significa el verbo llevar en esa frase?

—Eres imbécil —señala.

—Bastante, la verdad.

Le doy la razón y salgo del lugar para ir directamente a mi habitación.

—¿Qué quieres saber? —me pregunta justo tras mis espaldas. Al parecer no tiene intención alguna de dejarme a solas.

—¿Qué clase de relación tenéis?

Reformulo la cuestión mientras me siento en la cama para comprobar la carga del móvil y cogerlo.

—Somos conocidas.

—¿Solo conocidas?

Asiente con la cabeza y yo intento pensar en por qué soy tan idiota, en por qué he sacado este tema. Rocío no va a dejar morir la conversación aquí, estoy segura. Me he condenado yo solita.

—¿Por qué me haces esa pregunta?

La miro unos segundos en completo silencio, intentando ganar segundos para que mi mente pueda buscar una coartada. Pero no lo consigue.

—¿Por qué...?

—Shhh.

La mando callar, frunce el ceño y me levanto para cerrar la puerta. Por lo que sé, mi madre está abajo y no quiero que sus oídos capten nada de lo que se vaya a comentar entre estas cuatro paredes.

—¿Pasa algo? —pregunta preocupada.

—No. No —digo con rapidez mientras le indico que tome asiento sobre el colchón.

—Pues me estás empezando a preocupar —señala y me coloco justo a su lado, pero girando el cuerpo para estar cara a cara.

—Es solo que...

Corto la frase y pienso en qué debería contarle y que no, pero se desespera y chasquea los dedos delante de mis ojos y no deja que me tome mi tiempo.

—Ayer la cagué —suelto y, un segundo después, alza una ceja dándome a entender que debo seguir hablando y que con esas tres palabras no le basta—. Le dije a Miriam que su piso era soso y aburrido.

Mentalmente me doy una palmadita en la espalda para felicitarme. Creo que confesarle eso es mucho mejor que comentarle que tuvimos un momento extraño al final de la noche y que, prácticamente, salí huyendo de su casa.

—¿Y por qué le dijiste eso?

—Porque es la verdad —respondo con tranquilidad.

—¿Y cómo sabes...? Espera, ¿has estado en el piso de Miriam?

—Qué perspicaz eres —suelto y ella rueda los ojos—. Es increíble lo tuyo.

—¿Por qué has estado en su piso?

—Fui a llevarle el perro.

—¿Por qué tenías a su perro? —cuestiona y sonrío al ver que, cada vez, está más perdida.

—Salí a pasear y me encontré con Miriam y su perro en la puerta de su taller —contesto dándole un pequeño cambio a lo ocurrido, no creo que necesite saber que fui directa a su negocio—. Ella tenía que ir a por unas piezas y el peludo no quería moverse del sitio. Le caigo genial —aclaro—. Así que me quedé con él y, cuando ella me avisó de que había regresado a su casa, se lo acerqué —resumo.

—Entiendo —susurra—. ¿Fue entonces cuando te hizo un *house tour?*

Su pregunta me hace sonreír y a ella también se le curvan los labios al ver mi gesto.

—En realidad solo vi el salón y la cocina.

—Y entonces le soltaste lo aburrida que es su casa —dice mi cuñada—. ¿Se lo tomó muy mal?

—Creo que no.

—Entonces no deberías estar pensando en que la cagaste.

—Es que la cagué. Y bastante —señalo y su ceño se frunce—. Me contó que se mudó porque en su antiguo piso había demasiados recuerdos con su mujer y que aún no se había sentido con fuerzas para desempacar las cosas —resumo—. Y creo que ahora la estoy cagando más y puede que incluso me odie porque te estoy contando algo personal suyo.

—¿Y desde cuándo te importa lo que piense Miriam?

Abro la boca para contestar, pero me ha dejado sin palabras. Tiene razón. Nuestra relación era nula hasta hace bien poco y ahora tampoco es que seamos mejores amigas.

—Prométeme que no dirás nada —digo de la forma más seria posible.

—Prometido.

—Como se te ocurra...

—He dicho que prometido. ¿Ahora no confías en mí? —cuestiona—. Igual deberías hacer memoria y recordar todas las veces que te salvé el culo ante tu madre.

Me quedo callada y hago como si me cerrase una cremallera imaginaria en los labios. No puedo cuestionar su lealtad, la verdad. Lleva unos ochocientos años de relación con mi hermano y, desde entonces, siempre ha sido una buena compañera y me ha respaldado en todas mis mentiras delante de mi progenitora.

—Entonces, después de contarme lo sucedido, entiendo que te sientes mal por haberle recordado algo dramático —resume y yo asiento—. Bueno, me alegra saber que aún hay algo de humanidad en ese cuerpo tuyo.

Pongo mala cara y me cruzo de brazos. Ha hecho una buena recapitulación de los acontecimientos, pero no me convence su frase final.

—Solo fue un comentario y tú no sabías nada —dice—. Estoy segura de que Miriam no le ha dado importancia.

—También le recordé que no tiene madre —suelto de golpe.

—Joder, Belén —protesta—. ¿Acaso planeaste hundirla? Ahora es cuando me dices que también le soltaste un derechazo y la arrastraste por el suelo.

Me hace sonreír su tono de voz y ella acaba dejándose llevar y también se le escapa una sonrisa.

—No sé qué dijiste ni cómo —dice—. Pero estoy segura que no fue para hacerle daño. Y si ella te conoce, o te conocía, estoy convencida de que también piensa igual.

Lanzo un pequeño suspiro y ella coge una de mis manos y me da un apretón como muestra de apoyo.

—Parece que mi Belén favorita sigue estando por aquí.

—¿De qué hablas? —pregunto confundida.

—Olvídalo —responde con una sonrisa antes de levantarse de la cama—. Y ahora, vamos a por un café.

—No, no. Espera.

Me levanto inmediatamente y agarro su mano para frenar su huída.

—¿A qué te refieres? —insisto.

—Igual tú no te has dado cuenta, pero en tus últimas visitas no eras muy tú —confiesa y supongo que la expresión de mi rostro le pide una explicación, ya que no tarda nada en seguir hablando—. Eras un poco arisca, algo borde y no te implicabas en nada —dice y yo no puedo evitar sorprenderme con lo que acaba de lanzarme—. Tus visitas no parecían la visita de un familiar. Venías, comías y te ibas —aclara.

—La vida adulta es un asco.

—No pongas de excusa la vida adulta —me pide—. Ahora sigues siendo adulta y, al menos a mí, me pareces una mejor versión de ti que la Belén de hace unos meses —señala—. Y ahora, vamos a por ese café.

Se suelta de mi mano y se dirige hacia la puerta mientras yo me quedo pensando en la última parte de nuestra conversación.

—Belén, vamos.

Alzo la mirada al escuchar mi nombre y encuentro a Rocío esperándome. Me suelta un «no pienses ahora en eso» y me indica con la mano que tome la delantera y salga. Obedezco sus indicaciones sin rechistar y cierro los ojos un segundo para mentalizarme y cumplir con lo que me ha pedido. Debo enfrentar un nuevo día, así que dejaré el hecho de pensar en la confesión de Rocío para la Belén del futuro.

***

Me apoyo en el marco de la puerta y observo, desde aquí, cómo mi madre pinta una figurita. Su concentración es máxima y me hace gracia ver cómo frunce el ceño y arruga la nariz. Esta vez no ha reclamado mi presencia y, aunque me sorprende, también le agradezco algo de espacio. Así que no entiendo muy bien por qué mi cuerpo y mi mente han decidido traerme ante su presencia. Supongo

que mi cabeza se ha cansado de repetir, una y otra vez, las conversaciones con Miriam y Rocío.

Avanzo, cojo una silla plegable que hay junto a la pared y, mientras me aproximo a mi madre, me fijo en que ha puesto toda su atención en mí.

—¿Puedo acompañarte?

—Adelante.

Sonríe y despliego la silla a su lado para sentarme.

—¿Quieres pintar? —me pregunta y yo me encojo de hombros.

Se levanta y se dirige hacia una estantería. Coge una pequeña cajita y, sin perder la sonrisa de los labios, me hace entrega de ella.

—¿Qué es esto? —pregunto.

—Ábrela.

Lo hago y saco una figura de un palmo de altura de Pikachu.

—Es de los dibujos que te gustaban de pequeña —aclara ante mi silencio—. No te ha gustado —apunta y su sonrisa desaparece antes de apartarme la mirada—. Puedes pintar otra figura si quieres, no hay problema.

—No es eso —digo rápidamente—. Es que no me lo esperaba —confieso y sus ojos vuelven a los míos—. Pikachu era mi favorito.

Le suelto esa pequeña mentira para animarle. La rata eléctrica no era mi favorita ni por asomo. Siempre fui más de Charmander.

Le devuelvo la sonrisa en cuanto sus labios vuelven a curvarse. Recupera su asiento y dispone todo lo necesario en mi espacio para que pueda pintar con ella. Empiezo a dar las primeras pinceladas y me sorprende su silencio. Carraspeo para ver si así provoco alguna reacción en ella, pero no sucede. Clavo toda la atención en mi madre para intentar entender qué está pasando, pero no veo nada fuera de lo común, solo que está callada. Muy callada.

Decido concentrarme en la figura, pero unos segundos después mi mente vuelve al salón de Miriam. Y no a la conversación en la que la cagué un par de veces, vuelvo al momento extraño vivido al final de la noche, ese en el que pude sentir que el tiempo se detenía. Agito la cabeza en un intento absurdo de dejar de pensar en ello, aunque llevo así gran parte del día y no lo he conseguido.

No sé qué más puedo hacer para olvidar ese instante y no creer que, por unos segundos, sus ojos se clavaron en mis labios.

—¿Te ocurre algo? —pregunta mi madre, trayéndome de vuelta a la realidad—. Te has quedado completamente estática con el pincel en la mano —aclara en cuanto mis ojos la buscan.

—No. No. Todo está bien.

Fuerzo una sonrisa y pinto un par de líneas para asegurar mis palabras. Miro de reojo a mi madre y observo que ella también ha vuelto a su labor. Mojo el pincel en pintura y sigo dándole color al Pikachu. Por ahora parece que mi mente ha decidido darme una tregua y dejar de pensar en eso que está atormentándome. No me apetece pensar en Miriam, ni tampoco en lo que Rocío me ha confesado esta misma mañana acerca de mi personalidad y comportamiento.

—Mierda —susurro al darme cuenta de que acabo de caer y he vuelto a pensar en lo que no debería—. No es nada —señalo al sentir la mirada de mi madre de nuevo puesta en mí.

Se hace el silencio de nuevo, pero no en mi cabeza. Sigue y sigue dándole vueltas al mismo asunto y ya empiezo a estar cansada. Y es muy posible de que me arrepienta de lo que voy a hacer, pero necesito soltarlo.

—¿Crees que he cambiado?

Exploto y le pregunto una de mis disputas internas directamente a mi madre.

Me mira y puedo ver que está debatiendo consigo misma.

—Rocío me ha dicho que sí, que he cambiado —confieso para darle una tregua y animarle a hablar.

—La gente cambia —asegura.

—Mamá, por favor. No es momento de volverse críptica.

Suspira, deja el pincel sobre la mesa y se gira en la silla para que estemos cara a cara.

—La gente cambia —repite y yo ruedo los ojos—. Y sí, creo que Rocío tiene razón. Tú has cambiado.

—¿En qué he cambiado? —pregunto, aunque mi cuñada ya me ha dado un par de indicaciones hace unas horas.

—Que no te hayas dado cuenta es bastante significativo.

Me dedica una triste sonrisa y yo decido quedarme en silencio para que ella continúe hablando.

—¿Quieres sinceridad? —pregunta y yo asiento—. Con cada visita que nos hacías, esas que cada vez eran más lejanas en el tiempo, sentía que te separabas más de nosotros —confiesa—. Dejaste de comunicarte. No me contabas qué tal te iba y ni si habías conocido a alguien. Si quería saber algo, tenía que sacarte las palabras una a una —dice mientras veo algo de emoción reflejada en su mirada—. Ni siquiera sabía que estabas tan mal económicamente.

—No quería preocuparte.

—Tonterías —suelta antes de agarrarme una mano—. Eres mi hija. Puedes contarme las cosas.

Trago saliva sin saber qué decirle. No sé cómo puede sentarle el hecho de confesarle que, en algún punto, perdí la conexión con la familia.

—Sé que no estás pasando por un buen momento —dice sin soltarme—. Pero me alegra mucho tenerte en casa y me encantaría que me contaras tus cosas —señala—. Y no por ser cotilla —aclara y ambas sonreímos—. Es que quiero ayudarte en todo lo que pueda.

—Ya lo estás haciendo —le indico—. Y bastante.

—Ojalá me dejarás hacer más.

—No voy a apuntarme a ningún curso de cocina —señalo para romper un poco con la emoción del momento—. Olvídalo.

Sonríe, niega con la cabeza y alza la mano para acariciarme el rostro con cariño.

—Siempre voy a cuidar de ti —asegura—. Pero me vendría muy bien que me facilitaras un poquito las cosas.

—Estoy bien.

Pronuncio esas dos palabras de la forma más contundente que puedo mientras siento cómo un pequeño nudo se forma en mi garganta y veo resignación en su mirada.

—Por cierto, ¿dónde estuviste anoche?

Cambia por completo el tema de conversación. Ambas sabemos que no va a sacar nada más de la trama anterior.

—Por ahí —respondo de forma evasiva.

Cambio rápidamente la postura y vuelvo a concentrarme en la pintura y en la rata eléctrica que me ha regalado para que demuestre mi poco talento.

—Por ahí —repite ella y yo reafirmo mi respuesta con un sonido de garganta—. Por ahí, ¿dónde?

Doy una pincelada fingiendo estar muy concentrada y así ganar unos segundos extras. No sé qué decirle. No sé si mentirle o confesarle la verdad. No me termina de convencer que mi madre sea conocedora de mi vida privada. Pero claro, ahora vivo con ella. En un pueblo. En un pueblo en el que todo el mundo se conoce y en el que cualquier cosa es sabida por todos en apenas unos minutos.

—Dando un paseo.

Le suelto una respuesta un poquito más larga mientras sigo pensando en si sería idóneo decirle la verdad.

—Pues fue un paseo bastante largo —señala.

Me tenso ante la falta de ideas y sigo con la cabeza gacha a la vez que repaso una y otra vez el mismo punto con el pincel.

—Tenía cosas en las que pensar —digo y me regaño inmediatamente porque mi aporte puede suponer más preguntas por su parte.

—Un paseo siempre ayuda.

Soy consciente de que su mente está yendo a mil por hora y que, muy seguramente, esté enumerando una oleada de cuestiones que soltará a continuación hasta acorralarme contra la pared para que acabe confesándole la verdad. Espero un segundo. Dos. Tres. En el cuarto giro ligeramente la cabeza y la observo. Está concentrada con su figura y no me está prestando ni la más mínima atención. Sorprendente. Muy sorprendente.

Abro la boca para decirle algo, pero me doy cuenta de que no tengo nada que decirle, así que vuelvo a cerrarla. Tomo aire, lo suelto lentamente y decido relajarme e intentar acabar con este Pikachu que mi madre me ha regalado. Quizás, con suerte, pueda lograr que mi mente se calme y así poder disfrutar de unos momentos de paz y tranquilidad.

15

Sonrío orgullosa al ver que Paula se ha pasado, sin ningún tipo de problema, uno de los niveles más difíciles del videojuego y ruedo los ojos al escuchar a su padre gruñir una palabrota que queda sin terminar. Si hubiese un premio a la persona más quejica del mundo, se lo llevaría él. Y, aún así, también se quejaría.

—¿Quieres que te eche una mano? —pregunto por quedar bien mientras me estiro contra la pared desde mi posición sentada en el suelo, justo al lado de mi sobrina.

—No hace falta.

Me encojo de hombros ante su respuesta aunque no puede verme, ya que está debajo del coche intentando arreglar algo que desconozco por completo. El problema es que él tampoco sabe lo que está haciendo. Bueno, sí. Perder el tiempo. Eso parece que se le da increíble.

—Ya me estás ayudando cuidando de Paula —dice en cuanto sale y se deja ver.

—Sé cuidarme solita —susurra mi sobrina para que solo yo pueda escucharla, pero creo que su padre lo ha escuchado perfectamente, ya que frunce el ceño.

—Lo sé. En realidad estoy cuidando de él.

Señalo a mi hermano, su hija sonríe y él me lanza un trapo lleno de grasa con el que se ha estado limpiando las manos.

—¡Eh! No seas cerdo —me quejo y él me hace una peineta tras comprobar que su hija no está mirando—. Muy maduro por tu parte.

Se levanta del suelo sin decir una sola palabra y, al ver que se dirige a la caja de herramientas para coger algo más, resoplo al ver

que no pretende darse por vencido. Está siendo agotador ver cómo intenta arreglar algo que no controla.

—En serio, ¿por qué no te rindes?

Se gira sonriente con un par de llaves en las manos y frunzo el ceño inmediatamente al ver su gesto. No sé qué es lo que le está pareciendo tan divertido, la verdad.

—¿Piensas que debería hacerlo? —cuestiona y yo asiento con la cabeza sin ningún tipo de duda—. Está claro que la opción más fácil sería llevarle el coche a Miriam y que ella lo arregle —aclara—. Pero, ¿qué clase de lección le estaría dando a mi hija?

Me lanza la pregunta y me quedo en completo silencio. Pero no porque no sepa qué contestarle, es por haberme traído el recuerdo de mi ex mejor amiga a la mente, aunque he de reconocer que lo ha tenido bastante fácil. Miriam ha ocupado gran parte de mi pensamiento en los últimos días.

—Te he dejado sin palabras, ¿verdad? —cuestiona muy sonriente.

—No. No me has dejado sin palabras —respondo con suma tranquilidad—. Es que estoy intentando pensar en cómo decirte de la forma más suave posible que me parece una tremenda gilipollez.

Su gesto cambia por completo, su sonrisa se pierde y frunce el ceño y es mi turno de sonreír.

—Hay niñas delante. Lo sabes, ¿verdad?

—Niña. Singular —señalo—. Y le importa bien poco que su padre quiera darle una lección de cómo ser un necio.

Me encojo de hombros al ver que su ceño se frunce aún más y sonrío divertida cuando abre los labios para replicarme y los vuelve a cerrar un segundo después sin pronunciar ningún sonido. Se oculta de mi mirada al girarse y yo dejo de prestarle atención al comprender que sigue empeñado en arreglar el problema solito.

—No voy a llevarle el coche a Miriam —suelta de repente, justo antes de escuchar cómo rebusca alguna herramienta en una caja.

Ignoro su comentario por completo, ni siquiera me molesto en responderle. ¿Para qué? No hay que gastar energías en cabezas vacías. Si él tiene el gusto de complicarse la vida... Que así sea.

Aunque claro, si lo convenciese para llevar el coche al taller... Eso supondría una posibilidad de un nuevo encuentro con mi ex mejor amiga si decidiera acompañarlo.

Pestañeo rápido y me paso la mano por la cara. ¿Por qué narices estoy pensando en tener un encuentro con ella? ¿Y por qué tengo que justificarlo y buscar una excusa para ello? Es absurdo. Pero es más absurdo aún el hecho de que mi mente siga dedicando tiempo en pensar en ella y en lo sucedido. O más bien en lo no sucedido, en ese momento extraño de silencio en el que el tiempo se detuvo durante unos segundos. Puede que sea simple curiosidad, pero también puede que...

—¿Podemos ver Buffy?

Agacho el rostro hacia mi sobrina en cuanto me suelta esa pregunta.

—No podemos —respondo y, rápidamente, sus ojos me miran cuestionando mi contestación.

—¿Por qué?

Dudo en si debería o no decirle la verdad. ¿Qué prefiero? ¿Quedar como la mala de la película o que sienta decepción al descubrir que la culpa es de su madre?

—No es una serie para niñas —suelta mi hermano que, sin darse cuenta, me ha salvado.

—¿Por qué? —insiste ella mientras observamos cómo su padre se sienta en el suelo tras dejar las herramientas a un lado.

—Porque no.

—Qué elocuente —susurro.

Los ojos de mi hermano se clavan en los míos con gesto de fastidio. Soy consciente de que, muy posiblemente, la conversación le venga un poquito grande.

—Es mejor que veas algún dibujito —sugiere.

—No quiero ver dibujitos —señala ella con rapidez—. Quiero ver Buffy con Belén.

Sonrío orgullosa con su decisión y la determinación con la que habla, aunque he de reconocer que empieza a molestarme un poquito que se dirija a mí con mi nombre y no con el título de familiar que me corresponde. La tía Belén quedaría mucho mejor.

—No puedes ver esa serie.

—¿Por qué? —pregunta de nuevo ella y yo aguanto la sonrisa al ver cómo mi hermano se desespera un poco.

—Porque es una serie para personas adultas —responde él y yo frunzo el ceño—. Además, es aburrida.

—¿Aburrida? —cuestiono inmediatamente, metiéndome en la conversación—. Claro, es mucho más divertido ver a unos señores con pistolas.

—Eh, sé por dónde vas —dice mi hermano, que incluso me señala con un dedo—. El Equipo A no es solo una serie de señores con pistolas, es...

—No quiero ver señores con pistolas —suelta Paula—. Quiero ver vampiros.

Suelto una carcajada al ver cómo la boca de mi hermano se abre ante la sorpresa de lo tajante que ha sido la pequeña. Me resulta fascinante vivir en primera persona cómo su propia hija lo deja sin palabras.

—Paula, cariño...

Mi hermano me mira y, en silencio, me pide ayuda. Cierro los ojos, suspiro y pienso en el favor que me va a deber. Uno muy grande.

—¿Qué te parece si vemos otra serie?

Y ahora es a mí a la que Paula mira con gesto serio y desconfiado. Agacha el rostro sin decir una sola palabra y, sin poder remediarlo, yo empiezo a sentirme un poquito mal. Siento que le he fallado. Le estoy privando de algo que yo misma le descubrí y ahora estoy siendo una adulta aburrida que sigue las reglas. Unas reglas que me han impuesto y que tampoco entiendo muy bien por qué debo cumplirlas, la verdad.

Miro a mi hermano y él me mira a mí sin ninguna intención de intervenir. Escucho la música del videojuego al que ella estaba jugando antes de este debate tan desastroso y su padre se encoje de hombros antes de tumbarse y meterse bajo el coche para seguir con ese arreglo que pretende solucionar como si fuera un experto en el tema.

—¿Te apetece un helado? —le pregunto a la pequeña en voz baja.

O no me ha escuchado o me ignora. Y, la verdad, apuesto más por la segunda opción. Mucho más.

—No sé si lo sabes, pero mi helado favorito es el de cereza. ¿Cuál es el tuyo?

No se me da muy bien tratar con mini personitas porque, básicamente, no tienen espacio en mi día a día. Pero sí tengo claro una cosa, a cabezona no me gana nadie. Esta pequeña no sabe con quién está tratando.

—Recuerdo que había una heladería no muy lejos de aquí —dejo caer—. ¿Te suena?

—Sigue estando —responde mi hermano, que aún sigue bajo el coche.

Le clavo la mirada molesta, aunque no me puede ver. No sé por qué narices se ha tenido que meter en nuestra conversación. Bueno, en mi monólogo.

—¿Quieres venir conmigo? —le pregunto a la pequeña, e incluso le doy un ligero empujón para captar mejor su atención—. Oye, yo no soy la mala aquí, ¿vale? —suelto tras perder un poco la paciencia y levanta la mirada para clavarla en mi rostro—. La vida adulta es un asco, lo comprobarás —le aseguro—. Pero, mientras llega el momento, quizás podrías compartir un momento de azúcar con tu tía favorita.

Tras mis palabras aparece el silencio, aunque sus ojos no dejan de examinarme.

—¡Joder! Hostia puta ya —suelta mi hermano, rompiendo por completo con la escena.

A la pequeña se le escapa una sonrisa y yo acabo curvando también los labios. Nos miramos cómplices ante las palabras que ha soltado su padre, bastante inapropiadas para estar delante de una niña pequeña. O eso es lo que piensa el resto, ya que esta pequeñaja es más adulta que sus dos progenitores juntos.

—Se acabó —dice su padre y ambas giramos el rostro para observar cómo sale del coche.

Se me escapa una carcajada bastante sonora y a su hija igual en cuanto vemos cómo se ha pringado de un líquido negro toda la camiseta y el cuello.

—Vamos a por ese helado —suelta mientras se levanta del suelo.

—Tú pagas.

Me frunce el ceño y es mi turno de encogerme de hombros.

—Está bien. Yo pago, pero tú te llevas el coche al taller.

—¿Pretendes que me lleve ese chisme? —cuestiono—. ¿Quieres matarme o qué?

Gruñe algo que no logro descifrar mientras recupera un trapo, algo sucio, y se limpia de forma poco efectiva.

—Está bien, llamaré a la grúa. Pero tendrás que estar aquí para darle las llaves del coche.

—De acuerdo —accedo y él parece más conforme con la situación—. Pero me deberás una.

Me clava la mirada a la vez que sigue intentando limpiarse todo lo posible y, tras unos largos segundos, suelta un «tú ganas» que hace que me sienta muy orgullosa. Ganarle una batalla a mi hermano es siempre muy, pero que muy, reconfortante.

***

Tener que hacerle un favor a mi hermano no entraba en mis planes, la verdad. Y mucho menos tener que compartir, de nuevo, espacio y tiempo con Javi, el chico que trabaja con Miriam. Me ha recogido hace unos minutos y ha cargado el coche de Guillermo en la grúa sin tener que darle muchas explicaciones, al parecer mi hermano ya había hablado con él. Supongo que no confía en mi capacidad para decirle al joven qué coche tiene que recoger, ni tampoco en la capacidad de él para cumplir con su trabajo. Aunque bueno, en parte se lo agradezco, hoy me he despertado un poco nerviosa y no entiendo por qué. Bueno sí, sí que lo sé. No tengo por qué mentirme a mí misma. Voy a volver a ver a Miriam por primera vez desde que estuve en su casa y no sé qué va a pasar. No sé cómo va a actuar ni qué va a decirme.

—Y eso es todo —dice y mi mente, de golpe, cae en la cuenta de que no estoy sola y que el chico estaba contándome algo.

Asiento con media sonrisa y decido no entrar en contacto con su mirada. Así es menos vergonzoso.

—¿Qué crees que debería hacer?

Me tenso ante su pregunta. Soy consciente de que es difícil escapar de algo así. Mucho. Abro la boca y suelto un «ah...» mientras gesticulo con las manos. Sé que no es la respuesta más adecuada, pero intento ganar tiempo para que mi cerebro busque la solución más acertada.

—Sé que debería dejarlo estar —suelta y yo me relajo un poco al ver que pretende seguir tirando de la conversación solito—. Pero creo que estoy muy pillado por ella.

Sonrío aliviada al descubrir el motivo del drama. Mal de amores. Borro rápidamente la sonrisa de mi rostro, no quiero que el pobre piense que me estoy burlando de su situación.

—Y no es justo, joder —dice algo molesto—. No lo es, ¿verdad?

Me lanza la pregunta directamente tras detenerse en un semáforo en rojo y entro en pánico. Niego con la cabeza, con suerte seguirá con el tema sin que yo tenga que intervenir.

—Quizás debería dejar de acudir siempre que se aburre de su novio.

—¿Qué...?

Susurro y, rápidamente, caigo en la cuenta de que igual es un dato que ya debo saber.

—Eso no está bien —digo y sus ojos buscan los míos—. No debes dejar que juegue contigo de esa forma. Tienes que hacerte valer.

Me dedica una tímida sonrisa y vuelve a poner el coche en movimiento cuando el semáforo nos da paso. Sé que no debería involucrarme, que debería dejarlo estar y ya está. No es asunto mío. He tratado con este chico dos veces en mi vida y su hermana nunca fue una de mis personas favoritas. Pero hay algo dentro que no me deja tranquila.

Dejo que circule los pocos metros que nos separan del taller y me mentalizo para tener una mini charla con un desconocido.

—Oye, Javi —suelto para captar su atención en cuanto detiene el vehículo—. Lo que te he dicho antes, deberías tenerlo en cuenta —sugiero mientras él me observa—. Nadie es más que nadie. Y no es justo que ella haga lo que le dé la gana contigo. Y sí, sé que puede ser jodidamente difícil si estás pillado, pero tienes que ser fuerte. Al final, la vida te lo recompensará.

—¿Estás segura de eso? —cuestiona.

—De la última parte no mucho —confieso y ambos sonreímos —. Pero habrá que intentarlo, ¿no te parece?

—Habrá que intentarlo —asegura mientras asiente con la cabeza—. Y ahora creo que debo seguir trabajando.

Inclina la cabeza hacia la luna del coche y, al seguir su mirada, observo que Miriam está observándonos desde la puerta del taller. Ambos nos bajamos a la vez del vehículo y, mientras él hace su trabajo, yo decido caminar hacia el encuentro de la dueña del recinto. Estoy nerviosa, sí. ¿Por qué? No tengo ni idea. Y tampoco creo que sea algo que deba debatir en este preciso momento.

—Buenos días —digo con una sonrisa.

—Buenos días —repite también con una curva en sus labios—. ¿Qué te trae por aquí?

—Pues me han dejado el encargo de traerte un coche —respondo antes de señalar la grúa—. Fíjate que interesante es mi vida.

Sonríe y, no sé por qué, pero me resulta agradable.

—He traído esto —le informo mientras saco un papel del bolsillo—. Mi hermano me ha dejado por escrito todo lo que tengo que decirte.

—Me ha llamado hace un rato para contármelo todo —asegura y yo frunzo el ceño algo molesta.

—¿En serio? —cuestiono—. ¿Ni siquiera confía en que pueda darte una maldita nota?

—No se lo tengas en cuenta. Hay gente a la que le gusta tenerlo todo controlado.

—Y luego está mi hermano, que es imbécil.

Vuelve a sonreír y me agarra del brazo con suavidad para apartarme del camino de la grúa. Bajo la vista hacia el gesto y

vuelvo a sentir esa sensación agradable y de la que quiero más. Me suelta unos segundos después y tengo que controlar mis movimientos porque, de forma involuntaria, he levantado una mano para buscar su contacto.

—¿Qué tal está James? —pregunto para romper con la escena rápidamente y no seguir teniendo esos pensamientos.

—Hasta hace un momento estaba durmiendo en el despacho —responde—. Puedes pasar si quieres saludarle.

Acepto la invitación y camino hacia la sala y, a medio camino, me giro para comprobar si Miriam me acompaña. Y no. No lo hace. Está parada en el mismo sitio en el que la dejé y, lo curioso, es que sus ojos están clavados en mí. Se sorprende cuando nuestras miradas entran en contacto y se gira con rapidez para darle una indicación a Javi. ¿Qué demonios ha pasado? ¿Acaba de hacerme un reconocimiento? O quizás solo estaba con la mirada perdida pensando en sus cosas.

Termino de recortar la distancia que me separa de James. El peludo no tarda nada en mover la cola y levantarse para venir a saludarme.

—¿Qué tal, pequeño?

Le rasco detrás de las orejas y me lame la mano haciéndome sonreír.

—Estás creciendo muy rápido —le informo mientras lo observo mejor—. Eso es que tu compañera humana te cuida muy bien. Lo hace, ¿verdad? —cuestiono y él ladea la cabeza—. Puedo llevarte conmigo si lo deseas.

Suelto esa invitación siendo consciente de que no va a contestarme y que tampoco tengo sitio al que llevarle. Es un perro muy mono y educado, pero creo que esas cualidades no convencerían a mi madre.

De repente el teléfono empieza a sonar y yo miro alrededor sin saber qué hacer. Entiendo que Javi y Miriam están ocupados, pero no sé si yo debería ocuparme de la llamada. No quiero ser una entrometida y tampoco sé cómo le sentaría a la dueña del taller. La puerta se abre, aparece Miriam y yo respiro aliviada. Sin quererlo, acaba de salvarme de un debate interno.

Pasa por mi lado, rozándome. No me había dado cuenta de lo limitado que estaba el espacio entre la puerta y el escritorio hasta que ha pasado y he percibido su olor y su presencia bien cerca. La observo contestar y bajo la mirada hacia James para volver a acariciarle mientras su dueña entabla una conversación con alguien que debe traerle unas piezas que necesita.

La oigo suspirar y, al alzar la vista hacia ella, la observo con los ojos cerrados y pasándose la mano por la frente. Parece cansada.

—¿Todo bien?

Su mirada se encuentra con la mía y me dedica una sutil sonrisa.

—Todo bien —asegura.

—No pareces muy convincente.

—Solo es un retraso más con un pedido.

—Me da la impresión de que es algo bastante común.

Bromeo, ella vuelve a sonreír y yo pienso en lo extraño que me parece que estemos compartiendo una escena. Y mucho menos una así. Sin tensión. Sin que yo tenga ganas de salir huyendo de aquí y no volver a verla en la vida.

—¿Qué tienes ahí? —pregunta mientras señala hacia mi mano.

Ni siquiera me da tiempo a comprobar a qué se refiere. Cuando me quiero dar cuenta está delante y sostiene ella misma mi mano.

—¿Qué has tocado?

Me lanza la pregunta con una sonrisa en los labios y no sé qué está pasando en mi cerebro. Pero me quedo estática mientras siento un ligero cosquilleo ante su contacto.

—Está limpio. Aún no he empezado a trabajar —dice a la vez que saca un pañuelo de tela de su bolsillo y comienza a limpiarme una mancha que intuyo que es de grasa.

Clavo toda mi atención en lo que hace y, de forma totalmente involuntaria, mis ojos viajan a su rostro. Ella sigue mirando mi mano y eso me permite observarla con más tranquilidad. Sus largas pestañas, su pequeña nariz y el brillo de sus labios. Me pregunto si se habrá echado algún producto, pero me guardo las ganas de

resolver el misterio para mí. No creo que sea apropiado darle a entender que me estoy fijando en esa parte de su anotomía.

Salgo del trance al ver que sus labios se mueven y logro escuchar un «creo que ya está». Al alzar la mirada me encuentro que sus ojos también me están mirando con atención y, por un segundo, puedo sentir cómo se me acelera el ritmo cardiaco cuando su atención baja a mis labios. Humedezco los míos bastante nerviosa e intento controlar la respiración. Y, de repente, la puerta se abre chocando contra mi espalda y provocando que pierda ligeramente el equilibrio y me vaya hacia adelante, hacia Miriam. Nuestros cuerpos entran en contacto. Siento sus manos en mi cintura y, un segundo después, me aparto como si estuviera quemándome.

—Lo siento. ¿Te he hecho daño? —pregunta Javi y yo, sin mirarlo, niego con la cabeza—. Jefa, te están esperando.

El chico nos informa y nos deja claro por qué nos ha interrumpido y se marcha con la misma prisa con la que llegó.

—Tengo que irme —dice Miriam.

—Sí, sí. Yo también.

Nuestras miradas vuelven a conectar y tengo que controlar el impulso de bajar la vista a sus labios de nuevo. Pero, ¿qué demonios me está pasando? Salgo de allí con el paso acelerado y ni siquiera me molesto en despedirme. Necesito espacio. Necesito aire. Y necesito saber qué está sucediéndome. ¿Por qué estoy empezando a sentirme así cuando estoy a su lado?

16

No he terminado a tiempo el libro que se propuso para el club de lectura. Me he dejado arrastrar por la historia que Miriam me regaló y el mundo lésbico vampírico que me ofrece. Y, a pesar de eso, camino junto a mi madre por la calle para ir a dicha reunión. Y esta vez ni siquiera me ha insistido, yo misma la estaba esperando sentada en los últimos escalones de la escalera de casa.

—Hoy la pequeña Paula me ha preguntado por ti.

—¿Por qué? —pregunto mientras observo cómo mi madre sonríe.

—Por nada. Simplemente quería saber de ti.

Asiento con la cabeza y vuelvo la mirada al frente.

—¿No tienes nada que decir? —cuestiona mi madre.

—¿Qué tengo que decir?

Le devuelvo una pregunta bastante confusa y se detiene, forzando a que yo también lo haga.

—¿No te provoca nada que tu sobrina pregunte por ti? ¿No te parece curioso?

—¿Por qué debería parecerme curioso? —cuestiono.

—Porque Paula y tú no habéis tenido una relación tía y sobrina nunca —responde con tranquilidad—. Y, además, ya sabes cómo es.

—Es un poco rarita.

—Tú también lo eras —señala mi madre.

—¿Y cuál es el problema? —cuestiono de nuevo—. Espera, ¿estás diciéndome que Paula forma parte del colectivo?

—No. Yo no he dicho eso —responde con rapidez—. Obviamente eso no sería un problema, pero aún es pequeña. No creo que pensar en su sexualidad sea su prioridad.

—Te sorprenderías —susurro.

—El caso es que tiene problemas en el cole —dice retomando la conversación a donde ella quiere—. No termina de encajar. Siempre le ha costado socializar un poco.

—Igual tiene algún problema.

Mi madre niega con la cabeza y se agarra a mi brazo antes de empezar a caminar de nuevo para dirigirnos al edificio en el que se organiza el club de lectura.

—Tu hermano y Rocío la llevaron a un especialista y les dijo que todo estaba bien —me informa—. Es solo que ella es así. Y a todos nos sorprende que se esté acercando tanto a ti.

—Tampoco se está acercando tanto.

—Créeme que sí.

Me da una palmadita en el brazo y, sin quererlo y mientras caminamos, mi cabeza empieza a recrear escenas del pasado. Escenas en el colegio y en el instituto en el que me trataban como a un bicho raro. Pienso en la pequeña Paula y empiezo a sentir un ligero golpe de emoción que intento controlar. No creo que sea el momento de venirse abajo. No cuando dentro de unos minutos voy a compartir tiempo y espacio con un grupo de señoras y Miriam.

Miriam. Ni siquiera sé si vendrá. Volvimos a tener un momento extraño e incluso diría que algo intenso. Y no. No nos hemos vuelto a ver. Aunque he de reconocer que me he sentido tentada a escribirle o a pasar por el taller. Pero siempre acabo echándome atrás. Ahora, en unos minutos, si es que viene a la reunión, tendré la oportunidad de volver a verla y no tendré que buscar ninguna excusa para que eso suceda. Yo simplemente he venido a acompañar a mi madre.

—Voy a quedarme unos minutos aquí —le informo a mi compañera.

—¿Aquí en la calle?

—Sí. Me apetece un poco de aire fresco.

Le dedico una sonrisa ante su ceño fruncido y acaba negando con la cabeza antes de adentrarse en el edificio y dejarme sola. Necesito que mi sistema se relaje un poco. He notado cómo cierto nerviosismo ha ido tomando el control en los últimos minutos y eso es algo que no me termina de gustar. Tomo una gran bocanada de

aire y lo suelto lentamente mientras mantengo los ojos cerrados. He estado debatiendo mucho conmigo misma estos últimos días y sigo sin tener una respuesta a lo que me está pasando.

—¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?

Sonrío al escuchar su voz y, al abrir los ojos, encuentro a Miriam justo delante.

—Ni yo misma lo sé.

—Interesante —susurra y ambas sonreímos—. ¿Has venido sola?

—No, mi madre está dentro. Pero a mí no me apetecía meterme ya en esa sala tan llena.

—Me sorprende que sigas viniendo, la verdad.

—Me sabe mal decirle que no a mi madre —suelto y una parte de mí se siente bastante mal ante la mentira que le estoy soltando —. Además, puede ser tremendamente pesada y no quiero un dolor de cabeza gratuito provocado por sus largas insistencias.

Vuelve a sonreír y acto seguido me cede el libro que lleva en las manos para poder quitarse la chaqueta. Esos segundos me permiten observarla mejor. Hoy ha elegido un atuendo algo más desenfadado. Zapatillas deportivas, vaqueros anchos, camiseta básica de color blanca y una chaqueta de chándal gris.

—Igual no deberías quitarte la chaqueta, puede que cojas frío.

—Tengo un poco de calor. Vengo casi corriendo porque James no quería volverse a casa —me informa—. Pensaba que no llegaría.

—No sabía que fuese tan importante para ti el club de lectura.

Bromeo y ella vuelve a sonreír. Empiezo a pillarle el gusto a esta dinámica.

—Me gusta saber qué piensa el resto de la historia que hemos leído —dice mientras recupera su libro de mis manos.

—Yo ni siquiera lo he terminado —confieso—. He estado mucho más interesada en la historia lésbica que me regalaste.

—¿Y qué tal?

—Mucho mejor, la verdad —aseguro—. El mundo sáfico siempre es la mejor opción, ¿no crees?

Yo misma me sorprendo de las palabras que acabo de soltar. Nunca hemos hablado abiertamente de nuestra sexualidad y mucho

menos bromear.

—Desde luego —reconoce y yo me relajo—. Bendito día el que decidí cambiar de acera.

—¿Estuviste mucho tiempo en el otro lado? —pregunto muy curiosa mientras nos echamos a un lado para dejar paso a dos mujeres que van al interior del edificio.

—No creo que sea el lugar para hablar de algo así —señala y yo asiento—. Pero sí, tuve un par de novios. Nada serio, obviamente.

Ahora es ella la que me hace sonreír y, de forma inmediata, frunzo el ceño al ver cómo alza una ceja.

—Estoy esperando información por tu parte —aclara.

—Nunca he estado con un hombre.

—¿Nunca?

—Nunca. Nunca —aseguro.

—¿Ni un beso?

—Ni un beso.

—¿Con quién fue tu primer beso? —me pregunta Miriam.

—No te lo voy a decir.

—¿Por qué? —cuestiona rápidamente.

—Pues porque no, así de simple —respondo con tranquilidad —. Y no. Ni se te ocurra hacerme cosquillas para conseguir tu respuesta —señalo.

—No iba a hacerte cosquillas —dice de la forma más seria posible, pero acaba sonriendo—. Bueno, qué más da.

Recorta la distancia que nos separa. A mí se me acelera el pulso de golpe y tengo que contener la respiración cuando se queda a unos pocos centímetros de mi cuerpo.

—Yo tampoco te diré mi primer beso —dice—. Y sé que te mueres de ganas por saberlo. Siempre has sido una cotilla de manual.

Y la verdad es que su primer beso me importa bien poco. Lo que me sorprende es la gran fuerza de voluntad que estoy demostrándome a mí misma al no bajar la vista hacia sus labios ahora que la tengo más cerca.

—Yo... No...

—No, ¿qué? —pregunta al ver que no termino la frase.

—No me interesa.

Consigo pronunciar esas tres palabras y, en cuanto sonríe, mis ojos bajan a sus labios. Lo he intentando controlar todo lo posible, de verdad que sí. Pero mi cuerpo y mi mente me la están jugando. Siento que no tengo el control.

—Menuda mentirosa estás hecha —señala.

Vuelvo la vista a sus ojos y siento que el corazón se me acelera. No sé por qué estoy sintiéndome así otra vez. No entiendo por qué mi cuerpo reacciona de esta forma. No logro entenderlo, es como si quiera... Besarla.

Siento que se me seca la boca, que la situación se me escapa de las manos, y no salgo corriendo por vergüenza. Intento recomponerme lo más rápido posible y parecer la persona más tranquila del universo. Pero no sé si está funcionando. No puedo pensar más allá de su sonrisa y en cómo sigue mirándome.

—Está bien —dice mientras levanta las manos—. Supongo que tendremos que vivir con ello.

—¿Con qué? —pregunto un poco desconcertada.

Sus labios vuelven a curvarse y yo frunzo el ceño.

—¿Estás aquí? —cuestiona sin perder la sonrisa.

Abro la boca con intención de responder, pero no consigo pronunciar palabra alguna. Estoy segura que, ante sus ojos, estoy siendo un personaje muy, pero que muy, absurdo. Pero no entiendo qué me pasa ante ella, ante su presencia. Y, aunque sé que no es momento de pensar en ello, mi cabeza parece haberse estancando en el tema.

—Me refería a que tendremos que vivir con el hecho de que no sepas asumir las cosas —señala—. Y también sin saber con quién fue nuestro primer beso.

Miro su gesto. Sonriente, segura y cargada de confianza. Todo lo contrario a cómo me siento yo.

—Anda vamos. No queremos que nuestras compis se enfaden si interrumpimos la charla.

Siento de nuevo su contacto. Entrelaza su brazo con el mío y me da una palmadita a la altura del bíceps antes de comenzar a andar para entrar en el edificio. Bajo la vista hacia nuestra unión y

vuelvo a sentir que el pulso se me acelera un poquito. Me gustaría saber por qué me está pasando esto, de verdad. Pero no es momento de seguir pensando, así que decido dejarlo estar, tomo aire, lo suelto lentamente y priorizo el sentir su cuerpo junto al mío.

***

Echo la vista hacia el cielo y contemplo, durante unos segundos, la noche estrellada que me acompaña en el paseo. He decidido salir a caminar después de cenar para ver si el aire fresco me ayuda y consigo organizar un poco mis pensamientos. Creo que nunca he estado en una situación igual. No sé qué me pasa cuando tengo a Miriam delante. O quizás sí que lo sé y me aterra tanto que me niego a ponerle nombre. Y mucho menos apellidos.

Suelto un «joder» bastante molesta con la situación y conmigo misma.

¿Por qué se me ha tenido que complicar de esta forma la vida? ¿No tenía suficiente con el hecho de tener que volver a la casa de mi madre tras mi fracaso profesional y económico? ¿Ahora también me toca luchar contra lo que sea que esté sintiendo?

Resoplo algo cansada y sigo caminando sin rumbo hasta que diviso a lo lejos el parque que me acompañó en mi juventud y ahora también en esta etapa de mi vida tan complicada. Marco mi destino y, sin consultármelo, mi cabeza empieza, de nuevo, a recrear las escenas vividas esta misma tarde con Miriam. Recuerdo su sonrisa, sus bromas y su cercanía y, sin darme cuenta, descubro que mis labios se han curvado.

Me paso la mano por la cara y me echo el pelo hacia atrás. No debería seguir pensando en ella, ya que lo que busco es despejarme y alejarla de mis pensamientos. Pero a mi mente parece importarle poco. Muy poco.

Busco con la mirada si el banco en el que suelo sentarme está libre y, cuando a lo lejos distingo a Miriam con James en uno de los jardines, me detengo en seco.

¿Qué posibilidades había de encontrarme aquí con ella? En realidad, muchísimas. Actualmente vivimos en el mismo pueblo. Un pueblo pequeño. Y ella tiene un perro que necesita salir unas

cuantas veces al día. Y sí, nos hemos cruzado más de una vez en este mismo parque.

Ahora mi indecisión se centra en si debería acercarme o seguir el destino que me había marcado unos segundos atrás. ¿Debería acompañar a mi ex mejor amiga y a su pequeño peludo o disfrutar un poquito de mi propia soledad y tranquilidad en un banco de madera bajo el cielo estrellado?

Resoplo, doy un paso hacia el camino que va a dirigirme lejos de los jardines pero me freno de golpe y suelto un gruñido frustrado antes de girarme y caminar hacia el lado opuesto.

Doy pasos lentos mientras espero a que mi cabeza cambie de opinión. Y no. No sucede.

Sigo mi camino y me empiezo a sentir un poco nerviosa. Quizás no debería acercarme. Quizás debería volverme a casa y dar por terminado el día, pero no puedo evitarlo. Hay algo dentro que me empuja hacia ella.

El pequeño James se pone en alerta, gira la cabeza, me mira y sale en mi dirección obviando por completo la pelota que su dueña le acaba de lanzar. Saludo al peludo en cuanto llega a mi alcance con unas cuantas caricias y, tras unos segundos de mimos, corretea entre mis piernas a la vez que Miriam se acerca a la escena.

—Algún día tendrás que explicarme qué has hecho para que James sienta tanta devoción por ti.

Se me escapa una sonrisa con sus palabras y le pido con gestos la pelota para lanzársela a mi fiel amigo de cuatro patas. Mi lanzamiento no es muy bueno, así que no tarda nada en recuperarla y correr de vuelta a mis pies. Se la lanzo de nuevo, esta vez con un poco más de fuerza, y él no tarda nada en salir disparado para intentar recuperarla lo antes posible.

—¿Qué te trae por aquí? —pregunta Miriam.

Al girar la cabeza descubro que me está mirando con atención con una de esas sonrisas tan bonitas que ya empiezo a sentir tan familiares.

—Me apetecía dar un paseo.

Respondo con una media verdad. Prefiero ocultarle la parte de que el objetivo de esta salida nocturna era la de intentar dejar mi

mente en blanco y no pensar en ella y en lo que me está sucediendo.

—Hace muy buena noche —apunto.

—Sí. Así es.

Escucho su voz, pero mi mirada está centrada al frente, concretamente en James que, por ahora, parece haberse aburrido de la pelota y está olisqueando el césped.

Se instaura el silencio absoluto entre nosotras y yo giro ligeramente la cabeza para observarla. Su vista también está centrada en el peludo de cuatro patas y, cuando distingo que está a punto de mirarme, vuelvo la vista al frente como una auténtica cobarde.

—¿Qué te parece la elección del nuevo libro para el club de lectura? —me pregunta.

—Igual mi respuesta te decepciona un poco —señalo mientras hago que nuestros ojos vuelvan a conectar—. Pero no soy muy fan de los clásicos —confieso y una pequeña sonrisa aparece en sus labios—. Así que es posible que me salte la siguiente reunión.

—Creo que alguien va a sentirse un poco decepcionada por eso.

—Mi madre lo superará, tranquila —digo sonriente.

—No lo decía por ella.

Se me borra la sonrisa inmediatamente al escuchar sus palabras y ver la determinación en su mirada. ¿Lo ha dicho por ella? No conozco a nadie más de esa reunión. Bueno sí, pero son señoras del pueblo. No tengo ningún tipo de relación con ellas.

—Y si te lo estás preguntando. Lo digo por mí, sí.

Confiesa sin que se lo haya pedido y siento un pequeño cosquilleo en el centro del pecho.

—Es agradable tenerte en las reuniones.

Una sonrisa, algo nerviosa, se me escapa. No sé qué hacer con lo que me acaba de decir. Ni siquiera encuentro palabras para bromear.

—Yo... Quizás...

Inútil. Así me siento mientras su mirada me examina.

—Podríamos hacer nuestro propio grupo de lectura —suelto y ni siquiera sé cómo han salido esas palabras de mi boca.

Ella vuelve a regalarme una de esas sonrisas tan bonitas suyas.

—¿A las espaldas del resto de compañeras lectoras? —cuestiona—. Igual nos prohíben la entrada para siempre.

—Pues ellas se lo pierden —señalo a la vez que me encojo de hombros.

Observo su perfil cuando gira el rostro para vigilar a James, que sigue a unos cuantos metros de distancia y juega con la pelota. Lleva el pelo recogido y eso me permite ver mejor sus rasgos. Aunque he de decir que no es la primera vez que me fijo en ellos. Pero, justo en este momento, es su piel lo que más llama mi atención. Su cuello está expuesto y, joder, me apetece muchísimo sentir su calor, su olor y su tacto. Y no sé de dónde estoy sacando todo este autocontrol, pero no quiero tentar a la suerte. Así que meto las manos en los bolsillos del pantalón. No quiero que mi propio cuerpo me la juegue y me deje en ridículo.

—Me alegra que hayamos podido volver a tener una relación —dice y me pilla de lleno mirándola.

Asiento con la cabeza y con una pequeña sonrisa en los labios y mis latidos se descontrolan un poco al ver cómo recorta en un par de pasos la distancia que nos separa.

—Y espero que, en algún momento, vuelvas a confiar en mí como para confesarme quién fue tu primer beso.

Vuelvo a sonreír y me encanta descubrir que le contagio mi humor. Es agradable tener este tipo de interacciones y no sentir esa tensión tan desagradable cuando nos veíamos meses atrás.

—¿Por qué estás tan interesada en eso?

—Porque soy una persona muy curiosa —responde con tranquilidad.

—O muy cotilla.

—Ambos términos pueden ir de la mano, sí —señala—. Pero lo mío es simple curiosidad.

Mi sonrisa aumenta y observo que ella se muerde el labio inferior para aguantar la suya.

Es posible que mi vista se esté centrando demasiado en ese gesto. Muy posible. Cuando soy consciente de ello me siento incapaz y muy avergonzada como para volver a mirarle a los ojos. Así que agacho la cabeza y mi atención se centra en su mano cogiendo la mía. Su pulgar acaricia mi piel y empiezo a sentir los latidos de mi corazón por todo mi sistema. Los nervios se están apoderando de mí y creo que la opción más sensata sería la de salir corriendo y alejarme todo lo posible de ella. Pero mi cabeza no parece contemplarlo como una alternativa y siento como si mis pies hubiesen echado raíces. Estoy anclada aquí, a este momento.

Intento tranquilizarme y es algo que me resulta imposible al percibir que se acerca un poco más. Su perfume se clava en mis sentidos y, al alzar la vista, descubro que está mirándome muy atentamente. Sus ojos viajan a mis labios, abre la boca con intención de decir algo y no permito que suceda. Me suelto de su agarre y, con ambas manos, sujeto despacio su rostro y la beso. El inicio de nuestra unión es lento e incluso diría que un poco torpe. Estoy muy nerviosa y no sé si va a alejarse y cortar nuestro contacto. Unos segundos después sus labios se unen al movimiento de los míos y una oleada de alivio me invade. Incremento un poco el ritmo del beso y un escalofrío recorre toda mi espalda cuando sus manos se apoyan en mis caderas. Vuelvo a cambiar la cadencia del contacto de nuestros labios. Retomo la lentitud inicial, corto lentamente el beso y, justo cuando pretendo iniciar uno nuevo, algo hace *click* en mi cabeza y me despego de ella.

La miro con la respiración agitada y, antes de que diga nada, me adelanto a cualquier palabra.

—Lo siento —suelto—. Yo no... Perdona.

—Belén, no...

—No. No. En serio —digo, cortándola—. No hace falta que digas nada.

Frunce el ceño y no doy tiempo a que la conversación se alargue. Salgo de allí como si el suelo se estuviera convirtiendo en lava y ni siquiera me atrevo a despedirme de ella. No sé qué demonios he hecho, ni por qué. Pero creo que la he cagado. Y mucho.

17

Pateo una pequeña piedra que se cruza en mi camino y resoplo molesta con el cansancio y porque el plan no ha salido como pensaba. No sé en qué momento me pareció buena idea acompañar a mi madre y a su grupo de amigas a una de sus escapadas de senderismo. Quizás el hecho de no haber pegado ojo en toda la noche ha sido uno de los detonantes para tomar dicha decisión, o quizás lo ha sido el no dejar de pensar en Miriam y el beso que le di.

—¿Vas bien? —me pregunta mi madre tras girar la cabeza y echarme un vistazo.

—Estupendamente —gruño irónica.

Nunca llegué a imaginar que estos paseos fueran a demandarme tanto gasto energético. Pensaba que sería una caminata simple que encubría un encuentro entre conocidas para hablar y pasar el rato. Pero no. Estaba completamente equivocada. Mucho. Estas mujeres tienen más energía que una clase de primaria y mentiría si dijese que no me siento bastante avergonzada por ir la última en el grupo y por el hecho de que mi madre lleve todo el tiempo supervisando que esté bien.

—Ya queda muy poco para parar.

—Llevas diciéndome eso desde hace media hora.

—Pero ahora es de verdad.

Me sonríe, ruedo los ojos y vuelve la mirada al frente mientras yo sigo luchando contra mi propio cuerpo en busca de un poco más de energía para así poder terminar el recorrido sin desfallecer. Al menos todo este esfuerzo me está sirviendo para no pensar en Miriam, o al menos no tanto. Mi cabeza ha trabajado muy duro durante toda la noche trayéndome a escena, una y otra vez, el beso

que le di y que, si mi percepción no me la ha jugado, ella me devolvió.

Recuerdo nuestras miradas, nuestro acercamiento y el olor a cítricos y flores de su perfume antes de que nuestros labios entrasen en contacto. Me recreo en ese momento y en el cosquilleo creciente en el centro del pecho. Es algo nuevo y atrayente, pero también aterrador. Quizás debería desaparecer y esconderme bajo tierra el resto de mi vida. Pero estoy segura que, desde ahí, tampoco podría descansar.

—Ven, vamos a sentarnos un poco.

Es mi madre la que me saca de mis pensamientos y, agarrándome del brazo, tira ligeramente de mí y me lleva a una zona cubierta por grandes árboles. Hay bancos y mesas de madera y el resto de mujeres han hecho grupos para conversar y tomar algo mientras descansan un poco. Me guía y me indica que me siente y, por un momento, creo que estorbo con mi sola presencia, ya que ellas están hablando de sus cosas y yo soy una extraña que se ha colado hoy en su rutina. Pero esa sensación desaparece rápidamente. No parece importarles lo más mínimo que me haya infiltrado entre ellas. Sirven café y disponen bocadillos y fruta sobre la mesa que van repartiendo mientras hablan de forma animada. Agradezco y sonrío cuando me dan un poco de cafeína y decido mantenerme al margen. No creo que pueda aportar nada a su conversación sobre la ruta y qué destinos explorar la próxima vez. Yo tengo suficiente con haber sobrevivido a este primer tramo. Aún ni siquiera sé si seré capaz de hacer el camino de regreso.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta mi madre, sentándose justo a mi lado.

—Te lo diré cuando recupere los pulmones —respondo forzando una sonrisa.

—Ese cansancio solo pasa las primeras veces —comenta una mujer que tengo justo delante—. Después sentirás que, cada vez, necesitas más.

—¿Más cansancio? —cuestiono bastante incrédula.

—Ya nos darás la razón.

La señora lo dice completamente convencida y yo prefiero guardarme mi opinión personal. No considero que esté muy bien confesar, delante de estas amantes del senderismo, que me he unido a su plan porque necesitaba hacer algo, lo que fuese, para dejar de pensar y que, al final, me ha servido de muy poco. Prácticamente de nada.

—Es muy bonito que acompañes a tu madre —dice la señora de mi derecha—. Ojalá mis hijos hicieran algo así por mí, pero al parecer están demasiado ocupados con sus vidas como para regalarme su presencia aunque sea media horita a la semana.

Intento sonreír, pero me contengo al darme cuenta de que, muy posiblemente, no sea la respuesta que merece su comentario. Quizás debería intentar reconfortarla un poco y apoyar, desde la distancia, a sus hijos. Pero es que yo también he sido ese tipo de hijo y, en la mayoría de los casos, los planes que he hecho con mi madre han sido por obligación o, como en este caso, para sacar beneficio propio. Así que no, no me siento del todo bien.

—¿Y qué hay de tu sobrina Emily?

La pregunta va dirigida a mi madre y giro el rostro inmediatamente para ver su reacción. Está tranquila y se toma unos segundos para contestar mientras saborea un poco de su café.

—¿Qué pasa con ella?

Responde con otra pregunta y ahora mi atención se centra en la señora que ha iniciado la conversación. Mi interés está volcado en ellas como si estuviera viendo un partido de tenis.

—Dicen que ya no está con su novia periodista —contesta con una sonrisa.

—Si ya sabes la historia, ¿para qué me preguntas?

Abro los ojos tremendamente sorprendida con la respuesta de mi madre y contengo la sonrisa e incluso me llevo la mano al rostro para ocultarla. Creo que el zasca ha debido de escucharlo hasta mi prima.

Agacho la mirada y decido coger un pequeño bocadillo para mantenerme ocupada y no romper a reír al recordar el comentario de mi madre. Estoy orgullosa de ella. Mucho.

—¿Os habéis enterado del nuevo taller organizado por el ayuntamiento?

La pregunta viene desde el otro lado de la mesa. Al parecer alguien más se ha percatado de la conversación y ha decido, por cuenta propia, romper con la tensión que se ha generado de un momento a otro.

—Es de fotografía.

Aclara la finalidad de la nueva actividad y, rápidamente, todas comienzan a debatir sobre el tema. Es increíble lo mucho que le encanta a la gente de este pueblo este tipo de actividades. Aunque claro, es comprensible cuando la actividad social es bastante limitada al ser un sitio tan pequeño.

—¿Qué te parece la idea? —me pregunta mi madre, captando mi atención y dejando de lado la conversación principal.

—¿El taller de fotografía? —cuestiono por si me he perdido algo y ella asiente, confirmando.

—Es algo que te gustaba mucho de pequeña.

Sí. Exacto. Pero creo que es una etapa por la que todo niño y adolescente ha pasado. Y estoy segura que, tiempo atrás, le hubiese soltado esas palabras sin ningún tipo de problema, pero ahora es diferente. O al menos lo siento así. Creo que nuestra relación ha cambiado y que, de alguna forma, nos hemos vuelto un poco más cercanas. Algo bastante impensable si me lo llegan a preguntar meses atrás.

—Podemos probar —confirmo y una gran sonrisa aparece en sus labios.

Posa una mano sobre mi brazo y me da un apretón cariñoso. Le devuelvo el gesto y una gran oleada de nervios me arrasa cuando mi móvil suena informándome de una notificación. Inmediatamente pienso en Miriam. Puede que sea un mensaje suyo, así que cojo el teléfono de mi bolsillo y, antes de desbloquear la pantalla, pienso en qué me encontraré. Quizás solo sea un saludo. O quizás quiera hablar de lo sucedido la noche anterior. Me tiembla un poco la mano, me mentalizo contando hasta tres y la decepción hace acto de presencia cuando compruebo que es un correo electrónico informándome de un nuevo rechazo a una candidatura de trabajo.

Para ser sinceras, ni siquiera me acordaba. Llevo varios días desconectada de mi empeño de buscar empleo y salir cuanto antes de este parche de mi vida.

—¿Ocurre algo? —me pregunta mi madre en voz baja. Es posible que no quiera que el resto se entere de qué está pasando.

—No. Todo está bien —aseguro y mis palabras y mi sonrisa no parece convencerle del todo—. Es otra oferta de empleo rechazada.

—Lo siento —dice mientras me acaricia la mejilla—. Llegará una buena. Ya lo verás.

Lo dice completamente segura y convencida y yo, por primera vez, siento que es algo que ya no me preocupa tanto. Por alguna extraña razón que desconozco ya no tengo esa necesidad imperante de salir huyendo de este lugar.

***

Mi mirada está clavada en el césped que me rodea mientras estoy sentada en una de las toallas que hemos traído. Son casi las nueve de la noche y preferiría estar en casa viendo una serie, perdiendo el tiempo con el móvil o haciendo cualquier otra cosa y no estar aquí. Pero a mi familia le pareció muy buena idea quedar para ver unos fuegos artificiales que se producen cada año en la misma fecha y en el mismo lugar y que no recuerdo a qué se deben.

Pestañeo y giro la cabeza para localizar a la persona que me acaba de chasquear los dedos delante de la cara.

—¿Dónde está tu mente? —me pregunta mi cuñada.

Niego con la cabeza, lanzo un suspiro de forma pesada y esta vez me centro en la pequeña Paula y en cómo le está dando una paliza a su padre con un juego de cartas. Sonrío divertida y muy orgullosa y suelto una carcajada cuando mi hermano suelta un bufido bastante frustrado.

—Mamá, tu hija se está riendo de mí —dice mientras me señala con un dedo.

—¿En serio, Guillermo? —cuestiono—. ¿Te refugias en mamá? ¿Ahora es cuando pataleas y lloras un poquito?

—No estoy haciendo tal cosa —apunta—. Mamá, mírala.

Insiste y mi sonrisa aumenta al ver cómo nuestra madre lo ignora por completo.

—Belén, no molestes a tu hermano —me pide y la curva de mis labios desaparece inmediatamente y ahora es Guillermo el que sonríe victorioso—. Y tú, Guillermo, deja de comportarte como un niño pequeño.

La situación vuelve a girarse a mi favor y él me mira con los ojos entrecerrados para, segundos después, ignorarme y volver la atención a su hija cuando ella lo reclama. Va a volver a ganarle y yo volveré a reírme de él.

—Tu madre me ha contado que estuviste de senderismo con ella y sus amigas —dice mi cuñada—. ¿Qué tal te fue?

—Estupendamente —respondo y ella asiente—. Estuve dos días andando como un ciervo recién nacido debido a las agujetas —confieso.

—Me quiere sonar —asegura ella muy sonriente—. Yo también fui una de sus víctimas —aclara.

—Sois unas exageradas —señala mi madre—. Y unas flojas. Estáis atrofiadas. Vergüenza me daría siendo tan joven.

Abro la boca sorprendida con su comentario tan atacante, pero ella ni siquiera me está mirando. Toda su concentración está puesta en su móvil. Echo un vistazo de forma disimulada y descubro que está curioseando cámaras de fotos. Al parecer, la idea de apuntarnos a ese taller de fotografía sigue su curso y, a diferencia de otras ocasiones, esta vez creo que no me voy a negar ni a poner ninguna pega.

—¿Cuándo empieza esto? —pregunto, refiriéndome a los fuegos artificiales.

—Supuestamente a las diez —responde Rocío.

—¿A las diez? —suelto sorprendida—. ¿Y por qué hemos llegado con más de una hora de antelación?

—Porque hay que pillar un buen sitio —responde mi madre con tranquilidad.

—Son fuegos artificiales —les recuerdo—. Se ven desde cualquier lugar.

Me ignoran por completo y, al mirar a mí alrededor, descubro que, a un par de metros a la derecha, acaba de llegar Miriam. No va sola. Está rodeada de un grupo de mujeres, algunas las reconozco

del instituto, otras no me suenan de nada. Pero hay algo que llama mucho mi atención. Una pelirroja se ha sentado muy cerca de ella e incluso ha entrelazado un brazo con el suyo. Intento averiguar, desde la distancia y solo con la observación, qué clase de relación tienen y de qué se conocen. Pero, obviamente, es un imposible. Nuestras miradas conectan, pero solo durante dos segundos, ya que soy incapaz de aguantar más. Agacho la cabeza e intento hacerme lo más pequeña posible mientras siento que sigue mirándome. Mi cabeza piensa en ella, en el beso y en buscar una excusa o solución que me saque de este lío en el que me he metido solita.

—¿Dónde vas? —me pregunta mi madre en cuanto me levanto.

—Voy a por algo de beber.

Contesto lo primero que se me pasa por la cabeza. Es solo una excusa para escapar y alejarme todo lo posible de Miriam.

—He traído una neverita con refrescos variados.

Señala con la mano dicho objeto y mi mirada viaja por la escena, descubriendo en el proceso que la pequeña y mi cuñada están bebiendo algo.

—Voy a estirar las piernas.

Me invento otra coartada y salgo de ahí lo más rápido posible. Me muevo por el lugar y voy directa a un pequeño puesto de bebidas. Sé que es posible que mi familia me esté mirando, así que igual queda un poco raro que me vean dar vueltas en círculos. E irme a casa tampoco creo que sea lo más apropiado. Solo necesito tranquilizarme, desplazar estos nervios que estoy sintiendo a lo más profundo de mi ser, aunque ni siquiera sé a qué se deben. Bueno, sí que lo sé. ¿A quién quiero engañar? Miriam ha tomado todo el control de mis pensamientos desde el momento beso. O incluso desde antes. Pero este hormigueo en el pecho y el pulso acelerado se han desencadenado al verla de nuevo. Intento controlar esta nueva sensación marcando el ritmo de mi propia respiración.

Me pongo a la cola del puesto de bebidas y avanzo paso a paso sin ser plenamente consciente. Toda mi concentración está destinada a intentar conseguir un estado de calma. Sé que puedo hacerlo. No es difícil. Solo tengo que dejar la mente en blanco y no

pensar en que, muy posiblemente, un par de ojos estén mirándome. O igual no y me estoy creando yo solita la mejor película de ficción de la historia. Una historia de la que el mismísimo Spielberg sentiría envidia.

Pego un respingo al sentir que alguien llama mi atención dándome un toquecito en el hombro. Al girarme descubro que es Miriam y, de forma instantánea, me paralizo ante su presencia tan cercana y su radiante sonrisa.

—Hola —dice mientras yo sonrío nerviosa.

Repito el saludo y siento que está analizándome. Necesito decir algo. Necesito iniciar una conversación para que esta tensión que estoy empezando a sentir desaparezca lo antes posible.

—Hace buena noche.

Suelto esa corta frase y me abofeteo mentalmente. Creo que es el peor inicio de conversación que podría haber soltado. Al menos ella no pierde la sonrisa, aunque no sé si es porque le he hecho gracia o es porque se compadece de mi persona.

—Hace buena noche, sí.

Usa mis mismas palabras y meto las manos en los bolsillos del pantalón para intentar camuflar la incomodidad. Estoy perdida. Creo que jamás me he sentido así. Es como si, de repente, no fuese capaz de ser una persona adulta funcional.

Miriam inclina la cabeza hacia un lado y yo frunzo el ceño al no entender qué quiere decirme. Me agarra del brazo con suavidad y tira de mí para que avance en la cola.

—La gente empieza a desesperarse cuando no avanzas el par de pasos que te toca dar —asegura, explicándome el movimiento con una sonrisa en la que yo no tardo nada en caer—. No esperaba verte por aquí —dice al darse cuenta de que no pretendo decir nada más.

Una persona adulta incapaz de ser funcional. Sí soy.

—Yo tampoco a ti.

Por fin suelto un par de palabras, pero no sé si he sido demasiado cortante. Observo cómo analiza mi rostro y yo empiezo a sentir un nudo en la garganta. Me encantaría saber qué me está

pasando. De verdad que sí. Pero parece que hoy no está siendo mi día. Al menos no ante su presencia.

—Tengo bastante lío en el taller —me informa sin que yo se lo haya pedido—. Pero supongo que me han secuestrado.

Sus labios dibujan una pequeña sonrisa y gira el rostro hacia el grupo con el que ha venido mientras yo me relajo un poco al no sentir su mirada directa en mí. Aunque no me dura nada, ya que, inmediatamente, vuelvo a pensar en la pelirroja misteriosa. No debería importarme lo más mínimo la relación que tengan. No debería. Pero siento que quiero hacerle unas mil preguntas al respecto. Quizás incluso unas cuantas más.

Avanzo un poco más en la cola y clavo la mirada al frente. Es posible que, con suerte, acabe aburriéndose de mi presencia y se marche. Pero no. No sucede. Todo lo contrario. La siento más cerca y su perfume choca contra mis sentidos en cuanto se inclina un poco para poder hablarme más cerca.

—¿Te importa pedirme una limonada? —me pregunta cerca del oído—. Me da pereza tener que hacer toda la cola —confiesa, separándose.

Nuestros ojos vuelven a encontrarse y su sonrisa, de nuevo, vuelve a capturarme.

—No hay problema —logro decir.

Sigue analizándome y creo que es lo normal después del atrevimiento que tuve al lanzarme y besarla. No es algo que hubiese planeado y que, a día de hoy, aún sigo preguntándome por qué lo hice. Pero, si tengo que ser sincera, creo que volvería a hacerlo. También soy consciente de que igual debería ser más habladora y participativa. Ella no tiene la culpa de que yo haya provocado esta tensión extraña entre nosotras. Pero es que yo tampoco esperaba besar a mi ex mejor amiga. Necesito tiempo y espacio de mi propia acción. Y eso que en mi cabeza el momento beso ha sido el protagonista absoluto en mis pensamientos desde que ocurrió. Así que sí, debería haberlo asimilado ya. Pero, no. No ha ocurrido.

Giro el rostro para ver si, sin palabras, logro decirle que necesito que tire de la conversación, ya que para mi parece ser una hazaña imposible. Y ni puedo expresarme sin palabras y ella

tampoco interviene porque la chica pelirroja aparece en escena y la rodea con los brazos desde atrás. Me tenso. Y no sé si es por su presencia, por lo que me está provocando o porque estoy empezando a sentir que sobro bastante.

Aparto la mirada con rapidez. Ojos que no ven... Corazón que se lo imagina.

Clavo la vista en el chico que tengo delante y en las bebidas que pide mientras pienso en largarme. Pero sé que no quedaría bien. Sería extraño desaparecer sin decir nada cuando mi supuesto cometido es el de venir a por una bebida. Aguanto la postura casi sin pestañear y doy un paso al frente cuando es mi turno.

—Belén —dice Miriam mientras siento su contacto en mi brazo —. Tengo que irme.

Mi foco de atención cambia a ella y me maldigo por ser tan curiosa e intentar descubrir algo más entre ellas dos al ver sus manos entrelazadas. Asiento con la cabeza sin decir nada y atisbo a ver una pequeña sonrisa en sus labios antes de centrar toda mi atención en conseguir mi refresco mientras percibo que ambas abandonan la escena juntas.

Cuando considero que están lo suficientemente lejos giro el rostro y, al descubrir que siguen manteniendo contacto, siento que algo dentro me araña. Es raro y confuso y, de verdad, me encantaría saber a qué se debe.

18

Me concentro en eliminar uno de los grumos de mi leche con chocolate a la vez que intento que el par de neuronas que tengo despiertas decidan conectar. A mi alrededor, mi familia ha empezado un nuevo día. Pero mi mente y mi cuerpo siguen sobre la cama. Escucho las voces de mi hermano, mi cuñada y mi madre, aunque ni siquiera sé de qué están hablando. Mi cansancio está anulando cualquier interacción social por mi parte. No llevo muy bien el no dormir, la verdad. Y menos cuando a mi cabeza le da por recrear las mismas escenas y frases una y otra vez. No he podido alejar a Miriam de mis pensamientos y, para ser sinceras, es algo que ya empieza a preocuparme. Me atormenta mi comportamiento y la poca habilidad social que tuve con ella la pasada noche. Y también me mata la curiosidad por saber algo acerca de la pelirroja que la acompañó.

Alzo el rostro y frunzo el ceño al comprobar que mi sobrina, que está justo en frente, me está observando de forma concienzuda. He de decir que sigue resultándome algo inquietante su personalidad.

—¿Qué pasa? —le pregunto en voz baja.

Ella me responde encogiéndose de hombros para acto seguido llevarse una cucharada de cereales a la boca. No parece importarle lo más mínimo mantener una conversación conmigo. Vuelve a mirarme, alzo una ceja y sonríe. No sé qué está pasando por esa cabecita, pero me encantaría saberlo.

—Belén, ¿qué te pasa? —me pregunta mi madre mientras posa una mano sobre mi hombro—. Te he llamado como tres veces. ¿Estás aquí con nosotros?

—Parece que la mañana se le está haciendo cuesta arriba —suelta mi hermano risueño—. Y eso que acaba de levantarse.

Le clavo la mirada con intensidad y solo consigo que su sonrisa aumente. Me gustaría responderle algo con lo que poder borrar la curva de sus labios, pero mis neuronas siguen sin querer hacer sinapsis.

—Como te decía, me gustaría ir a mirar lo del curso de fotografía —dice mi madre, sentándose justo a mi lado con una taza de café en las manos.

—Suena divertido —asegura mi cuñada.

—¿Por qué no te apuntas tu? —cuestiono, mirándola.

—¿No te apetece hacerlo?

La pregunta me viene del otro lado y, cuando vuelvo a girar el rostro para responderle a mi madre que, muy posiblemente, hacer ese curso sea la peor idea del mundo, me encuentro con un reflejo de decepción en su mirada.

—Sí. Sí que me apetece —suelto intentando que mi voz suene de la forma más convincente posible—. Podemos ir a mirarlo cuando quieras.

Fuerzo una pequeña sonrisa y siento una oleada de alivio al ver que ella imita mi gesto. Para ser sinceras, no sé por qué me esfuerzo en contentar a la gente. Quizás tenga algo que ver el hecho de que ahora vivo con ella y que puedo ver en primer plano cómo mis palabras y acciones le afectan.

Posa una mano sobre la mía y recibo un apretón mientras suelta un «me pasaré hoy mismo a preguntar» dejándome muy claro sus intenciones y situándome en una posición bastante comprometida. No parece que vaya a tener escapatoria.

A mí alrededor sigo oyendo voces, aunque en realidad no estoy escuchando nada, ya que no estoy prestando ni la mínima atención. El día acaba de empezar y ya soy consciente de que va a ser muy largo. Quizás demasiado. Es posible que la mejor solución sea la de encerrarme en mi habitación y tumbarme en la cama mientras las horas pasan y pasan.

—Belén, cielo. ¿Te importa?

Al escuchar mi nombre, giro el rostro y clavo la mirada en mi madre. No sé a qué se refiere y mentiría si dijese que no empieza a preocuparme mi desconexión del mundo real.

—¿Te encargas de llevar a Paula al colegio?

Repite la pregunta que, al parecer, me he perdido y, cuando estoy a punto de negarme, acabo cediendo. Creo que es la mejor opción para salir de aquí y librarme de seguir pareciendo la persona más desorientada del mundo.

Asiento con una sonrisa y al mirar a mi sobrina descubro que ella ya se ha levantado y se ha puesto la mochila. Me hace sentir bien que no parezca tener ningún problema en que yo sea la encargada de acompañarla. Sigo sus pasos hacia la puerta, espera que yo abra, y sale justo detrás. Nos alejamos unos metros de la puerta cogidas de la mano y, de repente, se detiene. Frunzo el ceño, miro hacia su posición, y me encuentro que sus ojos me observan con mucha atención.

—No quiero que vayamos de la mano —confiesa antes de soltarse—. Ya soy mayor —aclara.

—No creo que a tu madre le guste la idea.

—Mi madre no está aquí.

Abro la boca muy sorprendida con su contestación y contengo la risa que amenaza con salir. Debo mostrarme como una adulta responsable y marcar los límites si no quiero que luego su madre me riña a mí.

—Dame la mano —le pido y ella se abraza a sí misma para evitar dicha acción—. ¿En serio, Paula? Tu actitud no demuestra que ya seas mayor.

Ahora es su ceño el que se frunce y yo puedo asegurar que su cabeza va a mil por hora para intentar debatirme lo que acabo de decir.

—No quiero —insiste.

—Paula, venga.

Extiendo la mano para que me la coja, pero parece estar muy decidida.

—Prometo ir a tu lado. Sin separarme nada de nada —argumenta.

Giro el rostro y miro el camino de vuelta a casa para ver si hay algún familiar al acecho. Y no. No hay nadie. Supongo que es eso lo que me hace ceder y no el hecho de sentir que esta pequeñaja cada día me tiene más ganada.

—Está bien —digo y una gran sonrisa decora sus labios—. Pero te quiero pegada a mí. Muy pegada.

Asiente con la cabeza y, en cuanto doy un par de pasos, ella me imita pegándose todo lo posible a mi cuerpo.

—Esto no debe salir de aquí —advierto.

—Lo sé.

—Tu madre me mataría. Y no queremos eso.

La observo negar y, de forma inmediata, vuelvo a sonreír. He de reconocer que llevarme bien con mi sobrina ha sido una gran sorpresa. Pero no me quejo. Es más, lo disfruto.

—¿Podemos parar?

—¿Parar? ¿Es que estás cansada? —cuestiono.

Bajo la vista y sigo el camino marcado por su dedo recto que señala al frente. El taller de Miriam. Mi mejor amiga y su compañero de cuatro patas acaban de bajar del coche y están en la puerta preparados para abrir e iniciar un nuevo día laboral.

—Quiero saludar a James —aclara la pequeña.

—Pero...

Y no me da tiempo a decir nada más. Ella es la que toma la iniciativa y es mi turno de seguir sus pasos. Podría evitar este encuentro espontáneo diciéndole a mi sobrina que se detenga, pero no lo hago. Y también podría haber evitado el camino hacia el taller cambiando de ruta. Pero tampoco lo he hecho. Inconscientemente, o no, creo que a una parte de mi le parece buena idea encontrarse esta mañana con Miriam.

Mi ex mejor amiga se gira en cuanto escucha que Paula llama a su compañero de cuatro patas y una bonita sonrisa aparece en sus labios mientras siento que algo dentro de mí se acelera. Sigo a mi sobrina por pura inercia, ya que mis ojos siguen clavados en la dueña del taller y en cómo saluda a la pequeña antes de que se ponga a jugar con James.

—Vamos hacia el colegio, pero ella ha decidido hacer una parada —explico en cuanto llego a su alcance.

Y sí, omito parte de información. Esa en la que podría haber tomado alguna alternativa para que este encuentro no se diera.

Sus ojos me encuentran y me dedica una pequeña sonrisa que desaparece de mi vista en cuanto sigue con la mirada el camino que James y Paula toman hacia el interior del taller. Se acerca hacia la puerta, ya abierta, y desde ahí los observa, supongo que para vigilar que no se meten en ningún lío. Y, obviamente, sigo sus pasos y me pongo cara a cara mientras las ganas de gritarle a mi propio cuerpo «para ya» resuenan en mi interior ante el nerviosismo que sigo sintiendo.

—¿Hoy estás sola en el taller? —pregunto para intentar disminuir la incomodidad que siento por no saber actuar como una persona normal.

—No. Javi hoy llega un poco más tarde.

Me contesta, pero siento que no es igual que siempre. Que hay algo raro. Diferente. Quizás es por el beso. O quizás es que fui un poco cortante la última vez que nos vimos. Sea lo que sea, tengo clara una cosa; no me gusta esta situación. Nada. En absoluto. Y supongo que está en mis manos el hacer que todo esto cambie un poco.

—¿Qué te parece si luego quedamos para tomar algo?

Puedo sentir que me tiembla todo. Absolutamente todo. Escucho el ritmo de mi corazón acelerado y creo que se me ha cerrado la garganta y que, a partir de ahora, seré incapaz de pronunciar alguna palabra más. Pero todas esas sensaciones se duplican cuando sus ojos conectan con los míos.

—Lo siento. Hoy no me viene bien —responde.

Recibo sus palabras como si me acabasen de dar un golpe directo contra el pecho. Sin avisar y sin ningún tipo de anestesia.

Fuerzo una sonrisa y, rápidamente, agacho la mirada para esconderme de la suya. No sé dónde meterme. Tengo la necesidad de salir corriendo de aquí, pero recuerdo que esta situación ha sido provocada por una pequeña personita, así que me adelanto unos pasos para llamarla.

—Paula, vamos. Tenemos que irnos o llegarás tarde al colegio.

—Tengo que llevar a James al veterinario esta tarde —dice Miriam.

Decido ignorar sus palabras mientas imágenes de la misteriosa chica pelirroja vuelan a mi mente otra vez. Está claro que tiene cosas más importantes que hacer y que, muy posiblemente, lo que acaba de decir sea una excusa. Merecido, Belén, muy merecido por haber actuado como una auténtica capulla.

—Si quieres, puedes acompañarnos.

Giro la cabeza de forma inmediata en cuanto escucho su propuesta y controlo la sonrisa de mis labios. Que me incluya en el plan me provoca una sensación bastante agradable. Y no. Aún no quiero saber a qué se debe. Supongo que es un problema para la Belén del futuro. Ya pensaremos en ello.

—No quiero molestar —digo, aunque en realidad me apetece muchísimo ir con ella.

—No molestas. En absoluto —recalca.

¿Debería aceptar su propuesta? No lo tengo del todo claro. Quizás su plan solo sirva para que todo se complique más y para que mi cabeza se niegue a volver a darme un solo segundo de paz.

—Paso por ti sobre las seis y media.

Miriam se adelanta a cualquier contestación que pueda darle y una parte de mi respira aliviada por no tener que tomar la decisión. Y, además, no parece que mi presencia le incomode. Y sí, eso también me reconforta.

***

A las seis y veinticinco Miriam apareció con el coche en la puerta de casa de mi madre y a las seis y veintiséis yo ya estaba a su lado siendo su copiloto mientras James, separado por una red de seguridad, se movía algo inquieto en la parte trasera del vehículo. No me he pensado mucho su propuesta, la verdad. Y tampoco quiero pensar en el por qué cada vez me cuesta menos compartir espacio con ella. Y eso que, al pensar en el beso que le robé, aún siento vergüenza y me pueden las ganas de hacerme pequeñita y desaparecer para siempre.

—¿Cómo te ha ido el día?

Es Miriam la que decide iniciar una conversación y yo, en silencio, se lo agradezco. Descansar un poco de mis propios pensamientos me va a sentar bien.

—Como otro más desde que estoy de vuelta en el pueblo —respondo mientras siento que ella me mira unos segundos antes de volver su atención a la carretera—. ¿Y a ti?

Es mi turno de observarla y no tarda nada en encogerse de hombros.

—Como otro más desde que decidí quedarme con el negocio familiar y adoptar a un demonio peludo de cuatro patas.

Copia un poco mi contestación y eso, absurdamente, me hace sonreír.

—Supongo que, al menos, no te aburrirás. A mí me pasa lo mismo con mi señora madre —señalo.

—¿Estás comparando a tu madre con un perro? —cuestiona sonriente.

—No. No y no. Y espero que esta conversación no salga de aquí —digo en el tono más amenazante que puedo expresar—. Solo me faltaba tener que aguantar su dramatismo por haber hecho tal comparativa.

—Así que sí, la estás comparando —suelta divertida.

Le clavo la mirada a la espera de que mis labios pronuncien una palabra con la que devolvérsela, pero no sucede. Me quedo completamente clavada en su perfil, en sus labios, en su cuello y en la piel que se deja ver gracias a la abertura de la camisa. Giro la cabeza e intento ignorar el leve repaso que he estado haciéndole mientras finjo que la carretera que estamos recorriendo es la cosa más interesante del mundo. Como si nunca en mi vida hubiese visto una. Pero siento que no funciona. Hay algo dentro que me empuja a ella, que me pide que siga acercándome.

—¿Y por qué llevamos a James al veterinario? —pregunto para que la conversación entre nosotras no muera.

—Tienen que vacunarlo.

—Ups, qué putada —suelto a la vez que me giro un poco para ver cómo el peludo juega con una pelota de cuerda—. Te van a

trinchar como a un pavo —bromeo antes de recibir un manotazo de Miriam—. Oye, tienes la mano un poco suelta —protesto.

—No le digas eso —se queja sin apartar los ojos de la carretera.

—¿Piensas que me ha entendido? —cuestiono.

—No lo sé. Pero no le digas eso.

Insiste y yo sonrío con su breve defensa.

—Espero que estés preparada para el momento en el que alguien te diga que es feo.

—James no es feo —suelta con rapidez—. No es feo.

Repite y, al ver que guardo silencio, me da un ligero golpe en la pierna para llamar mi atención.

—¿En serio te has subido a mi coche para decir que mi hijo es feo?

—Yo no he dicho tal cosa —respondo con tranquilidad—. Solo te estoy previniendo.

Vuelvo a sonreír y, aunque no la miro, sé que su atención está centrada en mí a pesar de que su mirada esté puesta en la carretera.

Guarda silencio y yo decido hacer lo mismo. Quizás deba dejar de distraerla. He de reconocer que conduce bastante bien pero, aún así, mi vida está en juego y no me apetece desaparecer ahora mismo.

Unos cuantos comentarios más sin importancia, un par de miradas y sonrisas y unos diez minutos más tarde Miriam aparca el vehículo frente a la puerta de la clínica veterinaria. James se mueve inquieto en la parte trasera al darse cuenta de que hemos llegado a nuestro destino y va a volver a ser libre, relativamente. Su dueña no tarda nada en ponerle la correa y juro que puedo distinguir su cara de decepción.

—¿Crees que me va a odiar por esto? —me pregunta Miriam.

—Tú no vas a pincharle —le recuerdo—. Pensaba que era algo que ya sabías.

Bromeo, pero en sus labios no hace amago de aparecer ninguna sonrisa.

—Toma. Lo llevas tú.

Me cede la correa de James y nuestras manos se rozan durante unos segundos. No miento si digo que siento que el tiempo se detiene por un momento y que vuelve a despertar en mí esa sensación de querer tener más contacto con ella. Al alzar la vista descubro que está mirándome, pero se aparta con rapidez y camina hacia la puerta del local dejándome a cargo del peludo. La observo desde la distancia que nos separa y, cuando se gira para vernos, me anima con la mano para que me acerque.

—¿Quieres que los hechos traumáticos los tenga asociados conmigo? —pregunto mientras me acerco.

—Así es —afirma con rotundidad a la vez que abre la puerta para que yo pase primero.

—¿Y qué pasará cuando no esté aquí?

—Organizaré sus consultas al veterinario con tus visitas al pueblo.

Responde con tranquilidad y me deja sin decir nada más, ya que se acerca al pequeño mostrador para hablar con la joven que está tras el mueble. James y yo no movemos por la estancia, analizando un poco el lugar y observando los distintos productos que tienen a la venta. Olfatea y tira un poco de la correa para llegar al estante en el que están colocados los juguetes para perros. Y, debido a la jugada de su dueña, cedo y me acerco para que llegue y pueda coger el que quiera. Elige un peluche de un pollo e inmediatamente se pone a jugar.

—¿De dónde ha sacado eso? —pregunta Miriam en cuanto llega a nuestro lado.

—¿Tú qué crees?

Le devuelvo la pregunta sintiéndome victoriosa y se me escapa una gran sonrisa al escuchar que el peluche que ha escogido nuestro compañero de cuatro patas tiene un pito dentro y suena cada vez que lo muerde.

—Te voy a odiar por esto —señala ella.

—Pero James me adora. Así que lo considero una victoria.

Veo sus claras intenciones de querer debatir mis palabras, pero va a tener que dejarlo para otro momento ya que, la que supongo

que es la veterinaria, aparece tras una puerta y nos invita a pasar al interior de la habitación.

—¿Y a quién tenemos por aquí? —pregunta Iris, según la plaquita que lleva en el uniforme—. Parece bastante activo —asegura con una sonrisa mientras James se mueve por todo el lugar con su peluche entre los dientes.

—Bastante se queda corto —señala Miriam.

—Es normal cuando son cachorros —apunto y la veterinaria me da la razón con un movimiento de cabeza.

—Pero al principio no era así —debate Miriam.

—Se estaría adaptando.

Indico con la clara intención de no perder la batalla y, nuevamente, Iris me da la razón. Parece que he nacido para esto.

—¿Es vuestra primera mascota? —pregunta la veterinaria, rompiendo así la batalla de miradas que mantenemos Miriam y yo—. Debéis saber que él va a notar cual es la más débil de la pareja, por así decirlo. Es posible que hasta os haga un poquito de chantaje y no os deis ni cuenta.

—Yo... Esto... Ella y yo...

He logrado decir unas cuantas palabras susurradas para intentar aclarar que mi ex mejor amiga y yo no somos pareja. Pero me quedo callada al ver que me ignoran. La veterinaria se gira para preparar lo que viene a continuación y Miriam no parece haberse enterado de lo ocurrido, ya que toda su atención está puesta en James. Y, a pesar de lo que pudiese pensar semanas atrás, no me ha molestado en absoluto que nos hayan unido de esa forma.

Iris nos pide que subamos al pequeño a la mesa alta que hay en el centro de la habitación y yo, solo con la mirada que me echa Miriam, entiendo que debo hacerlo solita, ella no quiere formar parte de lo que viene a continuación. Cumplo con la petición y en el proceso el peludo me da un lametón en la mejilla. Me da pena que no sepa qué va a pasar. Y también me molesta un poquito que se me haya otorgado, sin yo pedirlo, el papel de mala de la película. Me preparo mentalmente para el momento y, un segundo después, se me abre la boca por completo al ver que James no se ha inmutado al pinchazo que le acaban de dar. Sonrío y le acaricio la cabeza y el

vuelve a darme otro lametón antes de que Miriam se acerque para alabar lo bien que se ha portado.

—Cobarde —susurro.

Siento que me clava la mirada y se me escapa una pequeña sonrisa mientras observo cómo la veterinaria recoge y limpia la escena.

—Mirarme no va a cambiar el hecho de que seas una cobarde.

—No soy una cobarde —dice en voz baja antes de tirarme un pellizco en el costado.

La miro con el ceño fruncido y me llevo una mano a la zona afectada.

—Hoy estás teniendo la mano un poquito suelta.

—Es que resulta que hoy estás un poquito más cojonera que de costumbre.

Vuelvo a sonreír y le contagio el gesto inmediatamente. Es algo que empieza a gustarme. Y mucho.

Nos miramos sin decir una sola palabra y, sin saber cómo ni por qué, siento una gran necesidad de volver a tocar su piel. Quiero agarrarle la mano o acariciarle la mejilla. Quiero volver a estar más cerca. Todo lo posible. Me acerco un poco y siento cómo los nervios empiezan a tomar el control en cada resquicio de mi cuerpo.

—Pues listo. Este chiquitín se ha portado tremendamente bien.

Son las palabras de Iris las que rompen con el momento. Me quedo sin su contacto y aparto la vista con rapidez para centrarla en James y bajarlo de la mesa. Tarda un segundo en recuperar su nuevo peluche y ponerse a jugar sin importarle nada. Ojalá ser un poquito como él. Pasar de todo y centrar mi atención en el pollo que lleva entre los dientes y no tener que pensar en Miriam, Miriam y más Miriam.

La veterinaria y mi ex mejor amiga son las primeras en salir de la habitación mientras se sumergen en una nueva conversación. Aprovecho para tomar aire y soltarlo lentamente y, tras conseguir un poco de calma, animo al pequeño de cuatro patas a que me siga para volver a la realidad. Una realidad que, por momentos, se me empieza a complicar cada vez más. Y ya no es solo por el ámbito profesional y económico.

—Estoy jodida —susurro.

19

Observo a mi madre moverse por la cocina y, desde un punto de vista externo, podría parecer que todo mi interés está puesto en ella y en lo que está haciendo. Pero no. No es así. Mi mente, para no variar, está pensando en Miriam. En cómo nuestra relación ha cambiado hasta llegar al punto de tolerarnos y poder tener una conversación tranquila y relajada. Y, para que engañarnos, también en lo que me hace sentir cuando estoy a su lado. O ahora mismo, invadiendo mis pensamientos sin ningún tipo de pudor.

—Te he apuntado conmigo a clases de Pilates.

—Muy bien —digo sin prestar atención.

—¿Muy bien? Qué fácil ha sido.

—Espera, ¿qué? ¿Qué has hecho? —pregunto con rapidez y algo nerviosa al darme cuenta—. No voy a ir a Pilates.

—Hasta que por fin me prestas atención —responde mi madre en un tono algo dramático—. Pensaba que te habías sentado aquí porque querías socializar un poco.

—¿Y de dónde sacas esa teoría tuya?

—A estas horas sueles estar encerrada en tu habitación o viendo algo en la televisión.

Suelto un «hoy no me apetece» y rezo para que la conversación se quedé ahí y no le dé más vueltas. Tener que darle la razón no entra en mis planes. Pero es que si me quedo en mi habitación pienso en mi ex mejor amiga. Y si me pongo algo en la tele no me entero de nada porque mi mente divaga y acabo volviendo a lo mismo: Miriam.

—Creo que te vendría bien —dice, trayéndome de vuelta—. El Pilates —aclara ante mi ceño fruncido—. Hija, de verdad, céntrate. Así no se puede.

—Olvídalo. Estuve tres días con agujetas después de la ruta de senderismo —le recuerdo—. Prefiero ser una planta y quedarme aquí tranquilita en casa haciendo la fotosíntesis.

—¿Cómo puedes ser tan joven y tener tan poca vida?

—Tengo vida, pero no tengo la necesidad de invertir cada minuto de mi tiempo en algo.

—¿Por qué? —cuestiona muy interesada.

—Porque no tengo la necesidad. Te lo acabo de decir.

Me mira como si acabase de soltar la mayor locura del mundo. Pero no vuelve a debatirme y sigue a sus cosas. Supongo que tampoco quiere entrar en un debate absurdo en la que a ninguna le apetece ceder. Nuestra comunicación, aunque no lo parezca, ha mejorado bastante. Ya no insiste tanto ni intenta llevarme al límite. Y yo, por mi parte, trato de no estar tan a la defensiva. Ceder un poquito. Esa ha sido la clave en nuestra nueva relación.

—Al final no me contaste dónde estuviste ayer por la tarde —suelta con fingido desinterés mientras cocina algo que huele muy bien.

—Lo sabes perfectamente.

—No. No lo sé —niega a la vez que se gira y yo levanto una ceja—. Solo sé que Miriam vino a por ti. Pero no sé dónde estuvisteis.

Cierto. Me deja sin palabras y encima se cruza de brazos a la espera de que sea yo la que continúe con la conversación. Una conversación que no sé si me interesa tener. ¿Estoy preparada para que mi madre se ponga a fisgonear en mi vida privada? Creo que no. Pero sigue mirándome y, como siempre, sé que no me voy a librar.

—Fuimos al veterinario.

—Al veterinario —repite.

—Sí. Tiene un perro, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo —responde con media sonrisa que no logro descifrar—. Pero, ¿desde cuándo haces cosas tan cotidianas con ella?

—¿Cuál es el problema?

Contesto un tanto a la defensiva y su sonrisa aumenta. Creo que le he dado material para fantasear.

—No hay ninguno —dice antes de levantar las manos y girarse para continuar cocinando—. Yo me alegro de que estéis retomando de nuevo vuestra relación. Necesitas amistades.

Suelta esas dos últimas palabras en un tono diferente y me niego a preguntarle por qué. No quiero que crea que le estoy dando importancia a lo que sea que esté pensando.

—Ya tengo amistades —digo en un intento de cambiar el giro de la conversación.

Con suerte, es posible que me siga y que el tema Miriam y por qué la acompañé al veterinario quede olvidado en un segundo cajón.

—Sí. Claro. Esas amistades que no han parado de llamarte desde que estás aquí.

Mi madre lanza esa frase cargada por completo de ironía y yo me contengo en mi respuesta porque, básicamente, no sé qué decirle. Es verdad que en la ciudad no me he sentido nunca del todo arropada. Y sí, siempre he intentado hacer creer que vivía rodeada de gente y que mi vida social era muy buena. Pero era todo mentira. Pura fachada. Allí solo tengo conocidos, gente a la que saludar y poco más. No hay ni una persona con la que pueda abrirme, ser del todo yo y exponer mis sentimientos y mis problemas.

—Belén, ¿estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

Evado su pregunta con otra y además finjo una sonrisa. Aunque soy consciente de que ella también sabe que mi gesto no es sincero.

—Ya sabes que si en algún momento quieres hablar de algo...

—¿Y qué se supone que estamos haciendo?

Vuelvo a esquivar su propuesta y observo cómo suelta un pequeño suspiro antes de darse por vencida y dejar aquí la conversación. No estoy preparada para hablar con ella. Y ella tampoco lo está para escucharme.

—Ha salido un bizcocho enorme —dice mientras me lo muestra.

Tiene una pinta increíble. Juraría que estoy a punto de ponerme a babear.

—Vas a tener que hacer muchas caminatas de senderismo para quemar todas esas calorías —señalo.

—O puedo buscar una alternativa más rápida para evitar que nos lo comamos entero.

—Oye, a mi no me metas —apunto—. Mi metabolismo funciona perfectamente. Puedo comerme todo el bizcocho que quiera.

—No. No lo vas a hacer —comenta muy convencida mientras veo que busca un recipiente para guardar el trozo que acaba de cortar—. Ve y llévale esta parte a Miriam.

—No soy tu recadera —aclaro.

—No, pero eres su amiga.

—No somos amigas.

—Entonces, ¿qué sois?

Suelta la pregunta y observo cómo su interés aumenta con cada segundo que pasa sin que le conteste. Me acabo de meter yo solita en la boca del lobo. Soy imbécil.

—Viejas conocidas —respondo y no entiendo su sonrisa.

—Pues hazme un favor y llévale un trozo de bizcocho a tu vieja conocida.

—Es sábado.

—¿Y?

—El taller está cerrado.

—Pues se lo llevas a su casa y así te das un paseo que llevas todo el día aquí.

Sonrío con ironía y me levanto para coger la bolsa con el recipiente dentro que ha preparado. Sé que soy completamente libre de negarme y no cumplir con lo que me está pidiendo, pero, sinceramente, me apetece mucho hacer lo que me está mandando. Culpable. Pero sin remordimientos.

***

El camino a casa de Miriam me sirve para pensar, pensar y más pensar. Y pensar un poco más. Es agotador. Ojalá las cosas fueran más fáciles, aunque supongo que todo se resolvería si fuese capaz

de aclarar mis ideas y sentimientos y hablarlo con ella como una persona adulta. Pero no es mi caso. Creo que volver al pueblo y a casa de mi madre me ha convertido de nuevo en una adolescente incapaz de enfrentarse a cualquier situación un poco complicada. El solo hecho de pensar que voy a tener que volver a ver a Miriam me pone nerviosa. Y eso que nuestro último encuentro fue bastante bien. Nada que ver a la tensión que sentí en el puesto de las bebidas noches atrás. La visita al veterinario me dio la tranquilidad necesaria como para volver a romper el hielo y bromear con ella. Algo en lo que Miriam tuvo mucho que ver, ambas dejamos que todo fluyese aunque el tema del beso que le robé aún siga sin comentarse. Llegados a este punto, supongo que ella no le dio mucha importancia y prefiere dejarlo en el olvido.

Resoplo en el portal de su edificio cansada de tanto pensamiento y entro directamente. Sé que, si lo pienso un par de segundos, sería capaz de volver mis pasos atrás y regresar por donde he venido sin ningún tipo de remordimiento. Pero también sé que una parte de mí se arrepentirá. Esa parte que siente unas pequeñas cosquillas al pensar que vamos a volver a hablar.

Me planto en su puerta y, tras ensayar en mi cabeza futuras escenas posibles, presiono el timbre. Escucho que James ladra al otro lado, así que hay una gran posibilidad de que Miriam también esté en casa, ya que no está dándole un paseo. Aunque también es posible que haya salido a hacer algún recado o cualquier otra cosa.

La puerta se abre y agradezco enormemente que haya sido así y no me haya dejado más tiempo para hablar conmigo misma a solas. No obstante, quizás hubiese preferido quedarme a solas y que la puerta no se hubiera abierto. No es Miriam la que aparece tras ella, es la misma chica pelirroja que apareció la noche de los fuegos artificiales.

—Hola —me dice ella muy sonriente—. ¿Qué te trae por aquí?

Me aturde la familiaridad y confianza con la que me trata, pero supongo que es lo normal para la gente sociable.

—Traigo esto para Miriam —digo mientras alzo la bolsa que llevo—. Mi madre ha hecho un bizcocho y me ha pedido que le traiga un poco.

Ella no pierde la sonrisa en ningún momento, pero yo me voy sintiendo más y más absurda con cada segundo que pasa. Parezco una niña pequeña que le hace los recados a su madre.

—Ha salido un momento —aclara a la vez que le cedo la bolsa para que la coja—. Si quieres, puedes esperarla dentro.

Me anima a pasar echándose a un lado para así dejarme espacio y poder entrar. Y, aunque la idea de volver a ver a Miriam es bastante tentadora, no me entusiasma el hecho de tener que compartir espacio con esta chica que no conozco de nada y con la que, según las escenas recreadas en mi mente, mi ex mejor amiga mantiene algún tipo de relación.

—No creo que tarde —dice tras mi silencio y mi falta de movimiento.

—Yo... Tengo que irme.

—¿Quieres que le diga algo de tu parte?

—No. Así está bien —respondo con una sonrisa fingida.

No me aparta la mirada y, cuando me devuelve la sonrisa, entiendo que debo hacer algo. Como por ejemplo: largarme de aquí.

—Me marcho —aclaro mientras doy un paso hacia atrás.

Ella asiente y su sonrisa aumenta un poco más. Me giro sin decir una palabra y cierro los ojos unos segundos para intentar mentalizarme y sobreponerme del ridículo que acabo de hacer. ¿De verdad, a estas alturas de la vida, no sé mantener una conversación normal?

Avanzo unos pasos, escucho que la puerta se cierra y, por fin, respiro tranquila. El paseo no ha terminado de la forma que esperaba. No he visto a Miriam. He visto la realidad que estaba ocurriendo mientras mi mente pasaba las horas recreándose y, a la vez, atormentándose con el maldito momento en el que me atreví a robarle un beso.

20

Observo cómo Paula colorea mientras intento, por todos los medios posibles, dejar aparcada en el cajón más profundo de mi mente la escena que he vivido esta misma tarde. Miriam tiene a alguien en su vida. Y, para ser sensatas, no debería afectarme lo más mínimo. Pero lo hace. Y eso me cabrea. Y que me afecte hasta el punto de cabrearme me cabrea doblemente.

—¿Estás enfadada? —pregunta la pequeña, pillándome por sorpresa.

—No. ¿Por qué dices eso?

—Porque tienes las cejas muy juntas —dice mientras hace el gesto ella misma.

Descubro que tiene razón y, de forma inmediata, relajo la zona.

—No estoy enfadada —recalco y ella se encoje de hombros.

—¿Quieres pintar conmigo?

—No me apetece.

Asiente con la cabeza muy despacio y me mira como si estuviera analizándome. ¿Me está poniendo nerviosa una mini persona? Es posible.

—A mi pintar me relaja cuando me cabreo con los niños de mi cole —dice antes de retomar su labor—. Deberías probar.

Sonrío ante su teoría, pero me quedo al margen. Prefiero ver cómo lo hace. Estoy segura de que se le da mejor que a mí y no estoy dispuesta a ser valorada y juzgada por una niña.

—¿Y qué te pasa? —pregunta de nuevo, aunque sin dejar de pintar.

—¿Por qué tiene que pasarme algo?

—Porque estás rara y llevas ahí sentada y callada desde que mamá y la abuela se fueron.

Su lógica tiene sentido. Mi madre y la suya nos han dejado aquí después de que yo me negase a acompañarlas a hacer unas compras. Momento que Paula aprovechó para librarse también diciendo que prefería quedarse conmigo. La cara de mi cuñada ha sido bastante icónica, la verdad. Digna de inmortalizar. Lástima no haberlo hecho.

—Solo estoy pensando en mis cosas —señalo al darme cuenta de que la pequeña está esperando que diga algo.

—¿Qué cosas? —cuestiona interesada.

Deja el lápiz con el que pinta sobre la mesa y se gira en la silla para poder estar más cara a cara.

—¿Acaso vas a psicoanalizarme? —bromeo y se me escapa una sonrisa al ver su gesto de confusión—. Olvídalo —le pido al no querer explicarle algo que ni yo misma entiendo—. Es solo que me encuentro un poco mal.

Finalmente acabo confesando y dándole la razón en referencia a que sí que me pasa algo.

Observo cómo me examina de los pies a la cabeza y se me escapa una nueva sonrisa.

—No es alfo físico —aclaro, reclamando su atención—. Es algo interno —digo mientras me llevo una mano al pecho.

—Ah —suelta sin dejar de mirarme.

—Sí. Ah.

—¿Te vas a morir?

—¿Qué? —cuestiono sorprendida—. No. Claro que no —señalo con rapidez—. Bueno sí, pero algún día. Un día muy lejano. No ahora.

Parece aliviada con mi respuesta, pero igual de confusa. Es posible que no haya obtenido la información que esperaba.

—Estoy dolida y creo que algo decepcionada también —digo mientras su mirada sigue fija en mí—. Pero no con nadie, el problema lo tengo conmigo misma por haberme montado una película en mi cabeza. No esperaba retomar una relación de ningún tipo con ella después de tantos años, y mucho menos empezar a

sentir otra clase de sentimientos que no logro comprender del todo. Es bastante raro, la verdad. Aunque supongo que es mi culpa por no haber hablado con ella desde el primer momento y aventurarme y saltar a la piscina sin salvavidas. Ni siquiera tengo derecho a reclamarle nada porque, realmente, no ha pasado nada entre nosotras. Y sí, vale. Es evidente que hay algo de atracción y tensión cuando estamos juntas, pero igual solo lo he sentido yo. Y ya está. Eso es todo.

Suelto mi discurso totalmente improvisado sorprendida conmigo misma y con todo lo que he estado reteniendo y también por haber elegido a mi sobrina para explotar. Es posible que no sea la persona más indicada para ello. Solo tengo que fijarme en su rostro para comprobar que sigue igual de confundida.

—¿A qué piscina has ido y por qué no me has llevado? —pregunta, haciéndome sonreír.

—No me hagas caso —le pido sin perder la sonrisa.

—¿Me llevarás la próxima vez?

—Te llevaré. Te lo prometo.

Su rostro se relaja y de regalo me muestra una gran sonrisa. Ojalá todo fuese así de simple. Una charla corta, un par de sonrisas y se acabó.

—¿Y quién es ella? —pregunta, dejándome claro que ha pillado algo más de mi repentino monólogo y que no solo se ha quedado con la palabra «piscina».

—Es solo una...

Ni siquiera sé que responder. Éramos amigas hace años, pero dejamos de serlo y, hasta apenas hace unas semanas, no teníamos relación alguna.

—Una vieja amiga.

Creo que ese es el mejor término que le puedo ofrecer.

—¿Os habéis peleado? —cuestiona sin dejar de mirarme.

Parece estar muy interesada en la conversación. Quizás más de lo que me gustaría.

—No.

—¿Entonces?

—Hay algo que no he entendido muy bien y eso nos ha distanciado.

Aunque la realidad es que solo me he distanciado yo. Ni siquiera sé que opina Miriam de nuestro acercamiento. De mi atrevimiento, para ser más sincera.

—¿Y por qué no se lo preguntas?

—Es complicado.

—Preguntar no es complicado —señala—. En realidad es bastante fácil. Solo tienes que preguntar.

Sencillo y directo. Está claro que todo habría sido muy diferente si hubiera tomado las riendas de la situación desde un primer momento. Pero supongo que me gusta complicarme la vida. Así soy yo.

—Yo puedo ayudarte si quieres —propone.

—No. Gracias.

Me contengo a decirle que no necesito que una niña pequeña controle y maneje mis decisiones porque, es muy probable, que tenga unas cuantas palabras con las que debatírmelo y al final ella acabe teniendo la razón.

—¿Quieres pintar?

Vuelve a intentar convencerme y, ante mi falta de respuesta, Paula regresa a su labor de seguir coloreando. Entiendo que ya no le interesa lo que tenga que decirle o se ha aburrido. Cambia de página en su libro y me echa una mirada antes de sacar un lápiz de otro color y señalarme. Suelto aire resignada y me acerco con la silla. Quizás no me venga mal adentrarme en su mundo de colores.

***

Haber pasado gran parte de la tarde con mi sobrina no era mi plan soñado, la verdad. Pero tengo que reconocer que esa pequeñaja tenía razón y, ahora mismo, agradezco su insistencia en que pintase con ella. No es que ese hecho haya solucionado mis problemas, ni el laberinto en mi cabeza. Pero me siento menos enfadada conmigo misma. Hasta me he visto con ánimo de salir a la calle y dar un paseo después de cenar.

Y aquí, desde el banco en el que estoy sentada en el parque, la vida parece más sencilla. Quizás me he atormentado demasiado

por algo que podría haberle pasado a cualquiera. Estoy segura que no soy la primera ni la única que ha malentendido una situación así. No puedo controlarlo todo y tampoco tengo por qué saberlo. Es normal meter la pata. O, al menos, esa es la conclusión a la que he llegado. Así que, ahora, lo que debo hacer es dejarlo estar. Ponerle un punto y final a toda esta historia montada en mi cabeza y romper todas las puertas y ventanas posibles para que el laberinto en mi mente se deshaga.

Pego un respingo cuando algo se mueve cerca de mis pies y, al levantarlos y sentirme a salvo, compruebo de qué se trata.

—Hay que joderse —susurro al descubrir que es James.

Miriam no debe de estar muy lejos y, aunque me planteo muy seriamente la idea de salir corriendo y ocultarme detrás de un seto, decido quedarme y empezar a ser esa adulta que debería haber sido hace tiempo. Me calmo, o al menos lo intento, y me agacho un poco para acariciar al peludo. No tarda nada en desplomarse y darse la vuelta para que le acaricie la barriga. Es un listillo.

—Es increíble vuestra relación —dice Miriam mientras percibo que se acerca por detrás y mis nervios, inevitablemente, aparecen —.Voy a empezar a pensar que no me quiere.

Sonrío ante su comentario y observo cómo se sienta a mi lado.

—No digas eso. Es solo que yo soy su favorita.

Mi sonrisa aumenta con su ceja alzada y mentiría si dijese que no estoy expectante por su ataque.

—¿Te han dicho alguna vez que te lo tienes un poco creído? —cuestiona.

—¿Por decirle a alguien que soy la favorita de su perro? —pregunto mientras finjo que estoy pensando—. Diría que no.

Se muerde el labio inferior, pero se le escapa la sonrisa igualmente.

Dejo de acariciar a James, veo que Miriam lleva una de sus pelotas y se la pido en silencio para lanzársela. El pequeño no tarda ni un segundo en salir corriendo tras ella y, al volver a mirarla, observo que está negando con la cabeza.

—Es increíble —susurra al ver que el peludo vuelve tranquilo con la pelota—. No he conseguido ni una vez que me la traiga de

vuelta. Siempre tengo que estar corriendo detrás de él. ¿Te das cuenta de lo insufrible que me parece vuestra relación?

—Estaría bien que empezase a quedarte claro que soy su favorita.

Insisto y vuelve a mirarme mal, pero es fingido y su molestia solo hace que una nueva sonrisa aparezca en mis labios.

Decido dejar el tema, no sé hasta qué punto puede sentarle de bien que su perro me prefiera a mí. Pero no dejo de jugar con él. El pequeño no tiene la culpa.

—Por cierto, gracias por el bizcocho.

Me tenso ante sus palabras al recordar el momento vivido hace unas horas. Ese en el que he descubierto que la pelirroja forma más parte de su vida de la que me gustaría. O de la que me hubiese gustado, ya que eso ya forma parte del pasado. No debo pensar más en eso. No es...

—Mi prima dice que no le has dicho el nombre, pero por su descripción entiendo que has sido tú.

—Espera, ¿qué?

Le clavo la mirada totalmente sorprendida con esa nueva información y lo que supone. Se acaban de caer al suelo todas mis creencias, suposiciones y quebraderos de cabeza.

—Me ha dicho y cito textualmente: ha venido una chica muy guapa rubia, con aires de cantante roquera que me ha recordado a Belén, pero Belén no estaba tan buena.

—¿Perdón?

Es la única palabra que me sale. Y no sé si es por la confusión o porque estoy un poco ofendida.

—Son palabras suyas —dice alzando ambas manos.

—Y dices que es tu prima —digo y ahora es ella la que me mira confundida.

—Sí. Que yo recuerde... Siempre lo ha sido.

—Ella es tu prima.

Repito y frunce el ceño de forma inmediata.

—Sí. Mi prima Rebeca. ¿Te acuerdas de ella?

—¿Esa es tu prima Rebeca? —cuestiono muy sorprendida, para nada la recordaba así.

Ella asiente y yo sigo intentando procesar lo más rápido posible toda la información.

—Ahora prefiere que le digan Beca —aclara sin darse cuenta de que mi cabeza va a mil por hora.

—Pero... Es pelirroja y tu prima era castaña.

—Sí —dice muy sonriente—. Sabes que existen los tintes para el pelo, ¿cierto?

—Y tiene tatuajes —digo moviendo las manos por los brazos, la zona en la que más pude verlos debido a su camiseta sin mangas.

—Es tatuadora. Está empeñada en que tiene que desvirgarme la piel sí o sí, pero es algo que no me apetece. ¿Tú tienes algún tatuaje?

—Tiene un *piercing* de esos aquí.

Ignoro su pregunta por completo. Sigo en mi intento de conseguir toda la información posible para que mi mente se asegure del todo de que la pelirroja es su prima. Esa Rebeca que recuerdo de años atrás.

—Sí. Un septum. A mí me parece horrible, pero a ella le queda jodidamente bien —dice y, tras unos segundos de absoluto silencio, se gira para así poder mirarme mejor—. ¿Por qué tanto interés en ella? ¿Te interesa mi prima?

—¿Qué? —cuestiono sorprendida—. No. No. Olvídalo. Tu prima no es la que me interesa —suelto sin pararme a pensar.

—¿Y quién te interesa?

Su pregunta me pilla totalmente desprevenida. Tanto es así, que se me escapa una sonrisa nerviosa y tengo que carraspear para borrarla de mis labios.

—Nadie —digo en el tono de voz más convincente que soy capaz de mostrar—. Solo era una frase.

—¿Me estás mintiendo? —cuestiona ella sonriente.

—No me interesa nadie —aseguro y ni yo misma me lo creo. Soy una actriz penosa.

—Entonces, ¿qué hay del beso que me diste la otra noche?

Directa al grano. Me ha arrinconado y ni siquiera se ha despeinado. Está tranquila y a la espera de que diga algo. Pero me he quedado de piedra y hasta siento que me resulta imposible tragar

saliva. No sé cómo voy a salir de esta, la verdad. Sus ojos siguen mirándome y yo solo pienso en que ojalá Paula me hubiese dejado su libro de colorear para proponerle a Miriam dejar el tema y pintar unos cuantos animalitos.

—Eso solo fue una tontería —suelto para intentar librarme cuanto antes de su escrutinio—. No le des importancia.

—¿Acaso vas besando a la gente así como así?

—No le des importancia —repito y aprovecho para levantarme y poner algo de distancia entre nosotras—. Yo... Solo... Pasó y ya, ¿vale?

—Pero, ¿querías hacerlo?

Me vuelve a arrinconar y empiezo a sentir que su mirada me está poniendo el doble de nerviosa. No sé a dónde quiere llegar, qué es lo que quiere saber, pero diría que mi sistema no está preparado para algo así.

—Solo fue un beso —digo para restarle importancia a lo ocurrido y a todas las horas que me he pasado pensando en ello—. En serio, déjalo.

Me preparo para irme, o al menos esa es mi intención. Pero Miriam se levanta de golpe y eso hace que yo me convierta en piedra. Un ser inerte anclado al suelo.

—¿Por qué haces esto? —cuestiona y mi ceño se frunce de golpe.

—No sé de...

—No huyas de la situación, no tengas miedo.

—No tengo miedo.

Mentira. Estoy cagada. Mucho.

—Yo creo que sí —asegura ella.

—Yo creo que no.

Sonríe y me inquieta su gesto y el par de pasos que da para acercarse un poco más.

—Estás tan asustada que ni recuerdas que yo te seguí el beso.

Y sí. Recuerdo que pasó. Que sus labios se unieron a los míos y que, durante unos segundos, bailaron a la vez. Pero, en algún punto, mi mente se obsesionó con el atrevimiento que yo había iniciado y dejó sepultada la importancia de ser correspondida.

Intento decir algo. Lo que sea. Pero no puedo. Miriam no deja de mirarme y yo cada vez me siento más pequeña. Se acerca un poco más, mi corazón empieza a latir más rápido y una ligera descarga me atraviesa cuando siento que agarra una de mis manos.

—No tengo miedo —asegura—. Estoy cagada de miedo —dice con una pequeña sonrisa nerviosa.

—Igual deberíamos dejarlo aquí y...

—Igual deberías callarte y besarme de nuevo.

Corta mis palabras para hacer una sugerencia y tengo que admitir que su propuesta me gusta más. Muchísimo más.

Se acerca y, antes de que pueda darme cuenta, sus labios están tan cerca de los míos que es imposible no caer en la tentación. Recorto la distancia que nos separa y, al volver a sentir su calor, una agradable sensación me recorre la espalda por completo. Nuestros labios encajan a la perfección. Se mueven en un baile perfecto, como si fuesen viejos conocidos y llevasen toda la vida haciéndolo. Jamás hubiese imaginado sentir esta sensación. Volver a besar a Miriam está siendo algo demasiado increíble. Por eso, cuando suelta mi mano y pienso en el abandono, profundizo un poco más el encuentro. No quiero que acabe. Y ella tampoco. Solo me ha soltado para cambiar la zona de contacto y agarrarse a mi cintura mientras nuestros labios siguen explorándose. Me anclo en la parte baja de su espalda para no perder el norte y centrarme y disfrutar del momento.

—Qué narices —suelto al sentir que algo ha golpeado mi pierna y ha hecho que el beso se rompa—. ¿En serio, amigo?

Sonrío al ver que es James con la pelota en la boca.

—Creo que alguien se ha puesto celoso —dice Miriam—. A mí no me mires, yo no soy su favorita.

Niego con la cabeza sin perder la sonrisa, me agacho, rasco al peludo antes de coger la pelota y me incorporo mientras siento que él y Miriam me observan.

—Esto de que los dos dependáis de mí es un poco preocupante.

Vacilo y Miriam me tira un pellizco en la cintura. Merecido.

—¿Por dónde íbamos? —pregunto tras tirar la pelota y observar que James sale corriendo tras ella.

—No lo sé. ¿Me lo recuerdas?

—Encantada —aseguro sonriente antes de volver a capturar sus labios en un nuevo beso.

21

Es la tercera vez que paso por la puerta del taller de Miriam. Y también es la tercera vez que estoy a punto de entrar. Lo de anoche fue increíble. Como unas adolescentes repetimos unos cuantos besos más en el parque y, con toda la pereza del mundo, nos tuvimos que despedir y alejarnos sin la seguridad de qué iba a pasar al día siguiente.

—Joder —suelto frustrada al no saber qué hacer.

Vuelvo a pararme frente a su negocio y compruebo, de nuevo, la hora. Han pasado unos segundos desde la última vez que miré el reloj. Unos cinco minutos desde que dejé a Paula en el colegio. Han tomado por costumbre que la lleve a clase y, ahora mismo, la verdad es que no voy a quejarme. Me viene bastante bien para poder ver a Miriam. Aunque eso solo sería posible si fuese capaz de terminar de dar de una maldita vez los pasos que nos separan.

Me paso la mano por la cara enfadada conmigo misma y decido avanzar hacia la casa de mi madre. Miriam no me ha mandado ningún mensaje ni ha dado ninguna señal de vida. Es posible que no quiera volver a verme y que nuestros besos, en realidad, no le supusieron nada. Es fácil pensar en eso y caer en ese agujero negro de conjeturas cuando la verdad es que yo tampoco me he puesto en contacto con ella pero me muero de ganas por volver a besarla.

—Maldita sea —gruño molesta.

Me giro, tomo aire y lo suelto lentamente. En realidad es muy sencillo. Solo tengo que llegar a la puerta del taller y entrar. Ya está. No hay más. Lo que tenga que ser, será.

Camino de vuelta hacia su negocio, ya es la cuarta vez que llego a su puerta. Y, como en todas las otras ocasiones, me quedo

estática. ¿Debo entrar? Sería lo acertado. ¿Quiero entrar? Desde luego. Pero hay algo dentro que me está frenando. Supongo que es el miedo a que el paso que dimos anoche no suponga nada para ella. Nunca he llevado muy bien el rechazo.

Cierro los ojos en un intento de focalizar lo que estoy sintiendo y pruebo también con controlar la respiración. Es fácil, me digo. Un paso. Otro paso y ya está. Pero mis pies deciden no colaborar. No se mueven. Ni un solo centímetro.

Me enfado un poquito más conmigo misma, si es que eso es posible, y vuelvo a cambiar el rumbo. Directa a casa de mi madre. Quizás lo más acertado sea esperar a que Miriam sea la que dé el primer paso. Además, está trabajando. Creo que no es del todo correcto molestar. Aunque claro, ella es su propia jefa. Puede hacer lo que le dé la gana. Tomarse los descansos que quiera y cuando quiera.

—Me cago en...

Suelto un sonido gutural de fastidio y vuelvo a frenarme. Como siga así voy a tirarme toda la mañana haciendo el mismo recorrido y el ayuntamiento va a multarme por desgastar las baldosas.

—Ya está. Ahora sí que sí.

Me animo e incluso doy una palmada antes de dirigirme de nuevo al taller.

—Es fácil, Belén. Solo tienes que dar el primer paso y entrar.

Verbalizo lo que he estado repitiendo en mi cabeza una y otra vez. Quizás me ayude a cruzar esa línea que nos separa.

Me detengo en su puerta, otra vez, cierro los ojos y me recargo de energía para dar el paso definitivo.

—Es fácil, Belén. Es fácil —repito.

—¿Te ocurre algo?

Escucho la voz de Miriam y abro los ojos de forma inmediata. Vestida con el mono del trabajo y limpiándose las manos con un trapo me mira detenidamente.

—Solo pasaba por aquí —digo tras unos segundos—. Acabo de dejar a Paula en el cole y me viene de paso.

Miento. Y creo que nunca he mentido tanto en tan poco tiempo. Pero creo que es mejor omitirle la información de que llevo

unos cuantos intentos fracasados de querer entrar en su taller.

—¿Y se te ha ocurrido venir a visitarme? —pregunta con una sonrisa.

Me encojo de hombros como respuesta y me hace un gesto con la cabeza para que la siga al interior del taller. Obviamente, no tardo nada en obedecer. Al final sí que ha sido fácil. Muy fácil.

—Tengo un poco de lío, la verdad —dice mientras camina en dirección hacia el cuartito que hace de oficina—. Javi ha salido con la grúa a por un coche que se ha quedado parado y yo tengo que acabar una reparación, pero necesito ir a por una pieza y no puedo porque estoy esperando a que me entreguen otras.

Resume su jornada laboral antes de entrar en ese pequeño espacio y, cuando se gira para que nuestras miradas se encuentren, una bonita sonrisa aparece en sus labios.

—¿Cómo se presenta tu día? —pregunta.

—Aburrido en comparación con el tuyo.

Sus labios se curvan un poco más y reconozco que me encanta tener ese poder.

Veo que comprueba el reloj que hay colgado en la pared y, un segundo después, se aproxima un poco más a mí.

—Si quieres, puedo hacer que sea un poco divertido —suelta y mi ser al completo se revoluciona—. ¿Qué te parece? —pregunta acercándose del todo, subiendo los brazos a mis hombros y cruzándolos por detrás de mi cuello.

—Me parece... —susurro y me pierdo en cuanto se muerde el labio inferior.

—¿Qué te parece?

Lo pregunta acercando más su rostro al mío y yo ya no sé ni de qué estamos hablando. Así que opto por lo que estoy sintiendo dentro y me lanzo a besarla. El alivio me recorre al comprobar que no tarda nada en unirse a mi ritmo, algo que ya intuía, y procedo a acercarme más y más. Ella va retrocediendo ante mi avanzadilla y no nos detenemos hasta que su cuerpo choca contra el escritorio.

—Te voy a manchar —susurra contra mis labios—. Espera.

Me aparto un poco, solo lo suficiente, y se me corta la respiración al ver cómo se baja la cremallera del mono. No esperaba

que fuésemos a ir tan rápido, la verdad.

Sonrío al ver que, como es obvio, debajo lleva una camiseta limpia.

Me agarra con suavidad el rostro con ambas manos y comienza un nuevo beso que yo no tardo nada en seguir. La empujo un poco con mi cuerpo y ella responde sentándose sobre el escritorio. Me rodea con las piernas sin cortar el beso en ningún momento y yo empiezo a sentir que hace mucho calor. Se hace paso al interior de mi boca y, cuando nuestras lenguas entran en contacto, suelto un pequeño jadeo antes de continuar y profundizar más y hacer nuestro encuentro más húmedo.

Necesito seguir besándola y tocándola hasta que no pueda más.

Me atrevo a bajar las manos hacia su cintura y las cuelo por debajo de la camiseta. Sentir su calor se está convirtiendo en una necesidad que tengo que cubrir sí o sí. Percibo que, con mi atrevimiento, se detiene, pero solo durante unas décimas de segundo. Poco después se une de nuevo a mi ritmo e incluso tira más de mí para que me acerque aún más a su cuerpo. Si es que eso es posible. Paseo los labios hacia su cuello y, una vez allí, me permito aspirar su olor. Enreda su mano en mi pelo y de esa forma me pide que continúe haciendo lo que he estado haciendo, descubrir su piel con nuevos besos.

Siento su respiración entrecortada y cómo se aferra a mi cuerpo mientras yo sigo realizando mi cometido: besarla, besarla y besarla más. He estado demasiado tiempo pensando en ese primer beso que le robé y ahora solo quiero tener nuevas escenas en las que recrearme y en las que pensar cada noche.

Vuelvo a sus labios y ella reacciona de forma inmediata al unirse de nuevo al ritmo que marco. Es placentero. Mucho. Pero también muy tortuoso. Quiero más y sé que, por cómo ella está reaccionando, también. Me inclino sobre ella, nuestros cuerpos no pueden estar más juntos, tanto es así, que siento que nuestras respiraciones se unen al mismo compás.

No sé de dónde saco el valor, pero comienzo un camino ascendente con la mano desde la cintura. Llego a su costado y me

detengo al no encontrar sitio por el que seguir explorando, ya que no hay ni un centímetro de espacio entre nosotras. Y Miriam parece entenderlo muy bien. Se despega un poco, solo lo suficiente como para que mi mano pase entre nuestros cuerpos y a mí se me paraliza el sistema ante la anticipación.

Y no solo me detengo yo. Todo a nuestro alrededor lo hace cuando un fuerte pitido inunda el lugar.

—Hostia —suelto llevándome la mano al pecho.

Miriam se baja del escritorio y se hace a un lado con una rapidez increíble.

—Es la forma que tiene Javi de decir que ya está de vuelta —me informa mientras se coloca bien el uniforme—. Es odioso, sí. Pero creo que hoy nos ha venido muy bien —asegura antes de mirarme—. No me va eso de que me pillen en una situación íntima.

—Mucho mejor así, sí —confirmo mientras intento controlar la respiración y mis ojos viajan a sus labios.

—Creo que nos hemos venido un poco arriba —dice y, cuando alzo la vista, es ella la que está mirando mi boca.

—¿Me he pasado? Lo siento, no pretendía molestarte.

—No. No —responde con rapidez e incluso se acerca un poco, aunque manteniendo las distancias, creo que ella también percibe que podemos volver a repetir lo que acabamos de vivir—. Lo decía porque no creo que sea el lugar.

Su aclaración me relaja por completo. Es un alivio descubrir lo que piensa y no dejarlo todo a las suposiciones que mi mente pueda plantearme sin ella delante.

—Entiendo —digo mientras intento controlar una sonrisa traicionera.

Ella sonríe, pero lo hace de verdad. Sin medias tintas. Se acerca un poco más, agarra mi mano e intuyo que quiere decirme algo. Y ese algo no llega porque Javi grita un «jefa, ya estoy aquí» que vuelve a romper esa magia que nos había estado envolviendo.

—Tengo que ponerme a trabajar.

—Y yo tengo que ir a casa y soportar a mi madre.

—No seas dura con ella —me pide antes de soltar mi mano para señalarme con un dedo.

—¿Me estás dando una orden? —cuestiono.

—Es posible —asegura—. Y, ahora, déjame. Tengo que trabajar.

—¿Y qué te lo impide? —pregunto, vacilante—. No te estoy agarrando.

—Pero estás delante de la puerta —indica con una ceja alzada incluida.

—Doña tiquismiquis.

Murmuro esas dos palabras mientras me hago a un lado y, cuando Miriam pasa, me es imposible no hacerle un reconocimiento por completo a su cuerpo. Se gira, me pilla y ni me molesto en justificarme. Creo que es totalmente innecesario.

—Descarada —dice sonriente.

—¿Qué puedo decir?

Me uno a su sonrisa y me encojo de hombros mientras ahora es ella la que me mira de arriba abajo. Y sí, he de reconocer que me pone un poquito nerviosa.

—A mi nada. Pero a ver cómo le explicas a tu madre las manchas de grasa que llevas en la ropa.

Se marcha sin decir nada más y a mí se me escapa un «vamos, no me jodas» al descubrir que está en lo cierto. Voy a tener que darle una explicación a mi señora madre y va a tener que ser una buena. Realista a poder ser. Y, obviamente, no va a ser la verdad.

***

Pauso el capítulo que estoy viendo en cuanto escucho que la puerta de casa se abre. Es mi madre y, cuando ella llega, tengo que parar lo que esté haciendo porque viene a informarme de lo que sea sin importarle en absoluto si yo estoy realizando algo. Así que en este tiempo que llevamos juntas me he mentalizado y ahora, en lugar de cabrearme y tener que retroceder el capítulo, la lectura o el nivel del videojuego, lo pongo todo en pausa hasta que ella ha descargado lo que tenga que contarme.

—Ah, estás aquí —dice al entrar al salón.

Sabe perfectamente que estaba aquí. Es el sitio en el que me ha dejado cuando ha salido por la puerta tras elevar la voz y decirme

que volvería en un momento. Al menos esta vez no me ha arrastrado con ella.

—Pensaba que te habrías marchado —asegura mientras deja el bolso sobre la mesa del comedor y mis ojos se clavan en la caja que lleva bajo el brazo.

—Claro porque aquí tengo una vida ultra mega sociable. Es un no parar —ironizo.

—Pues últimamente desapareces más de lo normal.

Cada centímetro de mi cuerpo se tensa ante sus palabras. No sé qué se está imaginando y tampoco sé si quiero saberlo.

—¿Qué llevas ahí?

Cambio el rumbo de la conversación con una pregunta y señalo la caja que aún sostiene. Observo cómo sonríe y se le ilumina el rostro mientras se acerca y se sienta a mi lado en el sofá.

—Toma. Ábrelo tú —me pide, haciéndome entrega de ella—. ¿Qué? —cuestiona al ver mi desconfianza.

—No será una caja de esas de las que saltan cosas.

—¿Acaso te crees que tengo tiempo para eso? —cuestiona algo ofendida—. Esto es importante. Ábrelo —insiste.

Accedo a su petición, pero me tomo mi tiempo para hacerlo y sonrío al ver cómo mueve una pierna bastante inquieta con mi lentitud.

—¿Qué...?

No me da tiempo a decir nada cuando ella me arrebata lo que hay en el interior nada más abrir la caja.

—Ya han llegado —dice muy ilusionada a la vez que me muestra las dos cámaras de fotos que ha comprado—. Una es para ti y otra para mí. ¿Qué te parecen? Son preciosas.

Y sí, lo reconozco. Son unas cámaras muy bonitas. Y tienen pinta de haber costado una pasta.

—¿Cuánto has gastado en ellas?

—Las he comprado iguales, pero tú puedes ponerle alguna pegatinita o algo para poder distinguirlas.

Ignora por completo mi pregunta y sé que lo hace adrede.

—Son para el nuevo taller —me informa.

—Me lo he imaginado. ¿Vas a dejar alguna de tus otras actividades?

—No, por supuesto que no —asegura.

—¿Y de dónde sacas el tiempo?

—La clave es organizarse —responde muy sonriente—. Cuando quieras te enseño.

—No, gracias.

Su sonrisa aumenta aunque me está prestando la mínima atención. Todo su interés está puesto en las cámaras nuevas y yo decido imitarla y ponerme a investigar un poco cogiendo una de ellas, la que, al parecer, mi madre ha designado que será para mí.

—Es bonita.

—Muy bonita —recalca ella ilusionada, sin dejar de sonreír—. Estuve investigando y comparando precios y características y creo que es la mejor elección.

Decido no decirle que sé que lo ha estado haciendo, la he pillado unas cuantas veces con el móvil, pero no quiero romperle la ilusión con la que ha guardado el secreto para darme la sorpresa.

—No deberías haberlo hecho —sugiero y su mirada se clava con rapidez en mi rostro.

—¿No quieres venir al taller?

—No es eso —respondo con rapidez—. Pero nos hubiéramos apañado con una las dos.

—Ah no. Olvídalo. Prefiero tener la mía propia. Eres una descuidada que no sabe cuidar las cosas.

—¿Qué? Eso no es cierto —señalo—. Aún conservo cosas de cuando era pequeña. Y tendría más si cierta señora no las hubiese donado.

—Supéralo.

Dice solo una palabra, pero me deja completamente fuera de juego. ¿Desde cuándo mi madre se ha convertido en una malota?

—Sabes que digo la verdad —comento.

—¿Sabes también que ya tienes una edad para seguir pensando en esos muñequitos?

—Eran parte de mí.

—¿Y por qué no te los llevaste cuando te mudaste?

Y sí, de nuevo vuelve a dejarme descolocada.

—No tenía espacio. Además, aquí no te molestaban.

—No te quejes tanto. Al menos conservas tu habitación de adolescente —apunta—. ¿Sabes lo que han hecho amigas mías con las habitaciones de sus hijos? Gimnasios en casa.

—Ah genial, ahora me quieres cambiar por una bicicleta estática —protesto fingiendo estar más ofendida de lo que en realidad estoy.

—Prefiero una cinta para correr.

Y otro golpe más. No sé qué ha desayunado hoy esta mujer, pero tiene respuesta para todo. Es insufrible. Así que decido hacer lo que mejor sé hacer en estos casos. Guardo silencio y observo. Sigue con la cámara. La trastea un poco mientras va leyendo las instrucciones y, sin avisar, me enfoca y dispara.

—Oye —protesto, aunque solo consigo que sonría.

—Mira qué bien sales —dice a la vez que me muestra la pantalla.

—Sí, estupenda. Creo que nunca me habían sacado tan bien —ironizo al ver que me ha capturado con los ojos medio abiertos y la boca torcida.

—Todo es practicar —asegura.

Vuelve a lo suyo y, tras unos segundos de silencio, creo que ha llegado el momento de volver a poner el capítulo que estaba viendo. No se inmuta en cuanto el sonido envuelve el lugar, así que entiendo que su labor aquí ha terminado y que no tiene nada más que contarme. Voy a poder recuperar la paz y tranquilidad que tenía antes de que llegase.

—Por cierto —dice de repente—. ¿Has leído el libro del club de lectura?

Un «mierda» gigantesco y atronador resuena en mi cabeza. He estado bastante ocupada mentalmente para dedicarle tiempo al libro.

—Sí, claro.

Me mira muy atentamente, como si fuera capaz de ver más allá y descubrir mi mentira. He de decir que, en alguna que otra ocasión, me ha pillado.

—Pues espero que mañana colabores un poquito en la reunión —señala—. Estaría bien que no fueses solo atrezo en la sala.

—¿Mañana?

Lo susurro mientras intento asimilar que ya me toca volver a intentar ser social delante de gente que no conozco. Pero, rápidamente, caigo en la cuenta de que volveré a ver a Miriam. Y eso sí que es una buena noticia.

—¿Por qué sonríes? —cuestiona mi madre.

—Yo no estoy sonriendo.

—Sí, estás sonriendo como una idiota —asegura y yo niego con la cabeza antes de intentar concentrarme y seguir lo que está ocurriendo en el capítulo, pero bufo enfadada porque ya he perdido el hilo por culpa de nuestra nueva conversación—. Y no. No te molestes en buscar por dónde ibas —me pide mientras me arrebata el mando de la televisión de la mano—. Vamos a salir ahora mismo a probar estas maravillas.

Apaga la pantalla sin consultármelo, me pasa mi cámara, coge la suya y a mí solo me queda observar cómo coge su bolso y sale del salón en dirección a la puerta de entrada antes de soltar un «vamos, Belén, que no tengo todo el día».

22

Hoy me he ofrecido yo misma a llevar a la pequeña al colegio y, aunque todos me han mirado un poco raro, los he ignorado y he cogido la mano de Paula y hemos salido sin dar más explicaciones. Una tía tiene derecho a pasar tiempo con su sobrina. Algo impensable cuando me mudé aquí de nuevo. Pero ha pasado y lo asumo. Como también el hecho de que, muy posiblemente, parte de mis ganas de salir temprano esta mañana de casa hayan sido por tener la oportunidad de ver a Miriam de nuevo y compartir un momento parecido al del día anterior. Ayer solo compartimos un par de mensajes por la noche cuando por fin mi madre se cansó de mí y me dejó libre. Perdí la cuenta de todas las fotos que hizo. Aunque he de reconocer que no me lo pasé mal, yo también saqué la artista que llevo dentro e hice unas cuantas fotografías.

Me paro, al igual que el día anterior, delante de la puerta del taller. Visto lo que me cuesta enfrentar las cosas, debería haberle pedido un consejo a la pequeña antes de dejarla en el colegio. Pero hoy me siento diferente. Tengo más confianza y seguridad. Creo que el beso que nos dimos ayer dejó bastante clara la situación. Aunque no hemos tenido una oportunidad real de hablar sobre lo sucedido y lo que sentimos, intuyo que estamos en una situación parecida.

—No seas cobarde —me regaño a la vez que me adelanto y entro al local.

No veo a Miriam. Ni a nadie. El sitio está vacío excepto por las herramientas, materiales y los coches que hay por medio. Me adelanto un poco más y focalizo la vista al fondo cuando escucho un ruido. La veo. Está de espaldas, inclinada hacia el motor de un coche. Ella no es consciente de que estoy aquí, así que la idea de darle un pequeño susto cruza por mi mente y ni me paro a pensarlo

un segundo. Avanzo sigilosamente y, cuando la tengo a un par de pasos, me detengo y clavo la mirada en su anatomía. Ahora que no me está mirando puedo observarla sin ponerme nerviosa. Aunque es cierto que el mono que lleva de trabajo es bastante molesto para la labor.

—¿Qué haces?

Escucho su voz fuerte y clara, pero es imposible porque no me ha visto llegar y porque, desde su posición, es improbable que suene así de bien.

—Belén, ¿qué haces aquí?

Suelto un «joder» tras un respingo inicial al sentir que tocan mi hombro. Al girarme descubro que Miriam está justo detrás. Así que vuelvo a girarme y, en ese preciso momento, la persona que creía que era ella se incorpora y descubro que es Javi.

Cierro los ojos y me paso la mano por la cara para intentar ocultar la vergüenza que estoy pasando. Espero que Miriam no se haya dado cuenta de mi metedura de pata y del reconocimiento que le estaba haciendo al chaval.

—Esto va a llevar más tiempo del esperado, jefa —dice el chico —. ¿Te parece si me pongo un rato con ese otro? —pregunta señalando otro coche—. Me está desquiciando un poco esta avería de aquí.

—Adelante.

Miriam se hace a un lado para dejarle pasar y, en cuanto lo hace, clava su mirada en la mía.

—¿Le estabas mirando el culo al chico? —cuestiona divertida.

—Por supuesto que no.

Sonríe y se cruza de brazos y mi vista se centra en una mancha que tiene cerca de la mejilla derecha.

—Sí, lo estabas haciendo —asegura—. No mientas. Está muy feo.

—Vale, sí —confieso y la curva de sus labios aumenta—. Pero solo porque pensaba que eras tú.

—Eso me deja un poco más tranquila —comenta—. Aunque no sé cómo de raro es que vengas a mi trabajo a mirarme el culo.

—No he venido a mirarte el culo.

Protesto en un tono de voz algo más elevado del que pretendía y, tras asegurarme de que el chico no ha escuchado nada, me acerco un poco más a ella y elevo la mano para intentar quitarle la mancha de la cara. Guarda silencio sin dejar de mirarme a los ojos y juro que soy capaz de sentir la magia que nos envuelve. Es raro. Mucho.

—No hay manera de quitar esa grasa —digo tras el intento de quitarle la mancha.

Soy incapaz de dejar de mirarla. El corazón empieza a latirme algo más rápido y las ganas por volver a besarla van en aumento.

—Tranquila. Tengo un producto para ello —asegura mientras mi mano deja de tocarla y desciende.

Baja la mirada y, antes de que pueda decir algo, siento su contacto. Agarra mi mano y tira de mí con suavidad para guiarnos hasta el cuartito que hace de despacho. Una vez dentro, me deja que pase primero y ella cierra la puerta y se apoya en ella.

—Aquí puedes confesar tranquila por qué has venido a mirarle el culo a Javi.

—Ya te he dicho que no he venido a mirarle el culo al chico.

—Entonces, ¿a qué has venido?

Una bonita sonrisa se dibuja en sus labios y no tarda nada en contagiármela.

—Pasaba por aquí.

—Pasabas por aquí —repite y se despega de la puerta para acercarse poco a poco—. Qué casualidad que mi taller esté de paso, ¿no?

Sigue avanzando y he de reconocer que la tensión que se está generando me provoca una sensación bastante agradable.

—Misterios de la vida —comento.

Su sonrisa aumenta, al igual que el cosquilleo que siento en el centro del pecho.

—Misterios de la vida, sí.

Vuelve a repetir mis palabras y se detiene dejando muy poco espacio libre entre nuestros cuerpos. Sabe lo que se hace y sabe a lo que he venido, por eso mismo me ha traído a un lugar más tranquilo.

—Hoy hay público —digo para recordarle que hay alguien más en el taller—. Y que este sitio sea acristalado no ayuda mucho para tener algo de intimidad.

—Así que estás buscando algo de intimidad —señala—. Interesante.

—¿Hoy te has levantado con el planteamiento de repetir todo lo que yo diga?

Intento fastidiarla un poco, pero creo que no funciona. Su sonrisa es sincera e igual de bonita que siempre.

—En realidad solo quiero saber a qué has venido.

—¿Quieres saberlo? —cuestiono y ella asiente.

Y ni siquiera sé de dónde saco el valor, pero se lo muestro. Agarro su rostro con suavidad y con ambas manos y la beso. Lo hago de una forma mucho más tranquila que la del día anterior. No tengo prisa y tampoco traía de casa ese temor de no saber qué iba a ocurrir en cuanto nos viésemos. Sé que, sea lo que sea que esté ocurriendo entre nosotras, parece que vamos en la misma dirección.

Corto el beso de forma perezosa y aprovecho la poca distancia que nos separa para observar su rostro. Joder, es guapísima. Siempre lo ha sido. Hasta mi yo del pasado, que ha vivido tantos años enfadada con ella, lo sabía.

—Me alegra saber que has venido a darme un beso y no a observar el culo de Javi.

—Deja ya el culo del chico —protesto y ella sonríe de nuevo.

Vuelve a acercar su rostro al mío y ahora es ella la que inicia un nuevo beso. Sigue el ritmo que yo he marcado con el anterior. Tampoco tiene prisa en seguir aventurándose en esto tan espontáneo que ha surgido entre nosotras.

—Nunca pensé que besarías así de bien —susurra contra mis labios.

—¿Pensabas que besaba como una babosa? —cuestiono divertida.

—¿Por qué rompes el momento así?

Protesta y sé que no se lo ha tomado a mal, pero cuando se aleja un poco me regaño por lo bocazas que he sido y haber fastidiado el momento. Tiene razón.

—¿Qué haces luego? —pregunta—. Si te apetece, podemos salir a tomar algo.

—Ya tenemos plan —aseguro y se me escapa una sonrisa al ver su gesto de confusión—. Tenemos club de lectura.

—Mierda —suelta—. Se me había olvidado por completo. Ni siquiera me he leído el libro.

—Yo tampoco —confieso—. ¿Buscamos un resumen en internet?

Ella sonríe porque creo que se lo ha tomado a broma, pero para nada es así.

—También está la opción de no ir —sugiero.

—No puedo hacer eso —dice rápidamente—. Me gusta pasar ese tiempo con ellas. Y sí, tú también vas a ir.

—¿Me vas a llevar de la manita?

—No, mejor. Puedo llamar ahora mismo a tu madre y decirle que pretendes escaquearte.

—No serías capaz —señalo.

—Pruébame.

Sonríe orgullosa e incluso alza una ceja. Un gesto que está empezando a gustarme más de lo normal.

—Nos vemos esta tarde —digo como muestra de rechazo a su propuesta.

Camino hacia la puerta sin querer extender más la conversación. No quiero meterme en un enfrentamiento porque últimamente salgo mal parada de todos.

—¿No piensas despedirte? —pregunta ella.

—Hasta luego, Miriam —respondo tras girarme para poder mirar su rostro.

Sé que esperaba otro tipo de despedida. Y me lo demuestra al ver cómo se muerde el labio inferior y niega con la cabeza. Soy consciente de que no es una victoria de la que pueda presumir, ya que también me afecta a mí de forma bastante directa, pero sienta muy bien apuntarse un tanto.

***

Esperar para entrar a una reunión de un club de lectura era algo que no entraba en mis planes más recientes y mucho menos si le

sumamos el factor más importante: esperar a Miriam. Nos hemos visto esta misma mañana y aún así tengo muchísimas ganas de volver a verla. Tantas que creo que es imposible que no se me note. Es raro que me haga sentir así cuando, durante años, no hemos sabido nada la una de la otra.

Se me escapa una sonrisa al pensar en lo caprichosa que es la vida y, al darme cuenta de mi extraño comportamiento, me aseguro de que no hay nadie más en la calle. No me gustaría que fuesen a mi madre con el cuento de que su hija está loca.

Compruebo la hora. Miriam va a llegar tarde y yo solo espero que mi madre no salga de la sala y venga a por mí a la calle para arrastrarme dentro. Ni siquiera sé cómo la he convencido para que me deje un rato a solas. Quizás han sido las ganas que tenía de cotillear un poco con sus amigas. O quizás, de repente, se ha apiadado de mi alma. Sea como sea, mi plan de esperar fuera para ver a Miriam y tener un momento a solas antes de entrar no va a funcionar.

Tomo aire, lo suelto de forma lenta y resignada y me preparo para entrar. Pero, antes de hacerlo, vuelvo a hacer un barrido visual a toda la calle y, al final del todo, veo cómo se acerca con paso apresurado.

—No digas nada. Sé que llego con la hora muy justa —dice al llegar a mi alcance.

—¿Ahora se le dice así a llegar tarde?

—Tenía que darle el paseo a James —aclara—. ¿Cuál es tu excusa?

—Yo no he llegado tarde.

—¿Y qué haces entonces aquí en la puerta? —pregunta mientras me examina—. ¿Estabas esperándome?

Una gran sonrisa aparece en sus labios y, aunque es una de mis cosas favoritas actualmente, me niego a darle la razón.

—No te des tanta importancia. Estaba haciendo algo.

—¿Sujetar la pared del edificio con tu espalda? —cuestiona divertida.

—Intento pasar el menos tiempo posible dentro porque está lleno de señoras que no tienen ningún tipo de problema en

inundarte con preguntas y robarte parte de tu espacio vital y personal.

Miento porque aún me queda algo de orgullo propio y no quiero reconocer que la estaba esperando porque me hacía ilusión compartir unas cuantas palabras sin tener todos esos ojos mirándonos y pendientes de cada uno de nuestros movimientos.

—Nunca imaginé que te darían miedo unas señoras lectoras —bromea.

—Son las peores. Analizan todo el contexto y se fijan en cada detalle.

—¿Y en qué detalles se tienen que fijar?

Lanza la pregunta sin perder la sonrisa en ningún momento.

—Era solo un comentario.

—¿Tienes miedo a que descubran que se te ha iluminado la mirada? —pregunta.

—¿Perdón? —cuestiono sonriente para ganar algo de tiempo.

—No hay nada malo en admitirlo. Cuando llegaste al pueblo estabas muy seria y tensa y siempre con el ceño fruncido así —dice, mostrándome el suyo—. Ahora estás mucho más guapa.

Mi intención de devolverle el ataque se cae por completo cuando pronuncia las últimas palabras. Nunca viene mal que alguien te regale un piropo. Y menos si tienes algún tipo de interés en ese alguien.

—¿No dices nada? —pregunta bastante interesada tras mi silencio.

—¿Sobre qué cosa tengo que decir algo?

Sé a lo que se refiere, pero me gusta hacerme la interesante y picarla un poquito.

—¿Qué tal un «Miriam, tú también estás muy guapa»?

—Es que mi madre me tiene prohibido decir mentiras.

Respondo de la forma más infantil posible y me echo hacia atrás, hasta tocar la pared, cuando ella se acerca con intenciones de lanzarme algún ataque. Es cierto que mi mejor opción habría sido la de salir corriendo o adentrarme en el edificio, pero he preferido arrinconarme. Misterios de la vida.

—Si tienes que decirme algo, adelante —me anima y al abrir la boca la vuelvo a cerrar un segundo después porque siento que se agarra al cinturón de mi pantalón.

—¿Es una amenaza? —pregunto con una sonrisa y bajando la mirada hacia el amarre.

—No quiero que huyas. A veces eres un poquito cobarde.

—No lo soy.

—Sí que lo eres —asegura.

Se acerca un poco más, tanto que pierdo la atención de cualquier estímulo externo. Solo estamos ella y yo. Su mirada. Su proximidad. Su olor. Sus labios.

—Una cobarde no hace algo así.

Mis palabras pasan a un segundo plano en cuanto hago que nuestros labios se fundan en un nuevo beso. Es agradable y cálido y unas cosquillas, altamente placenteras, recorren mi espalda al sentir que suelta mi cinturón para apoyar la mano en mi cintura.

Corto el beso y sonrío al ver cómo toma aire y lo suelta lentamente aún con los ojos cerrados.

—Lo dicho. Una cobarde no haría algo así —repito y ella sonríe antes de abrir los ojos.

—Eso sería cierto si no nos hubiéramos besado ya unas cuantas veces.

—Fui la primera en besar —le recuerdo.

—Y luego hiciste bomba de humo.

—Eso no es del todo cierto.

—¿Por qué eres tan mentirosa?

Lanza la pregunta y siento cómo hace un poco más de presión con la mano sobre mi cintura. Guardo silencio y, mirando sus ojos, disfruto del momento y de la cercanía. Es rarísimo que esté viviendo algo así con ella.

Observo cómo baja la vista a mis labios y, antes de que pueda decir nada, estamos besándonos de nuevo. Cuando el beso se corta, unos segundos después, vuelvo a sentir esa sensación de abandono y de querer repetir todas las veces que me sean posibles. Infinitas a poder a ser.

—¿Qué haces mañana? —le pregunto—. Y no vale decir que estás muy ocupada porque eres la dueña de tu propio negocio.

—Puedo estar ocupada con otras cosas —apunta y se le escapa una sonrisa—. Pero, si lo preguntas para quedar conmigo, puedo buscarte un hueco.

—Qué amable por tu parte —ironizo.

—Lo sé —dice intentando sonar despreocupada—. ¿En qué estás pensando?

—No lo sé. Podemos verlo sobre la marcha.

—Me parece bien.

Algo me decía que no iba a rechazarme, pero escuchar su afirmación me saca una gran sonrisa. Esto de hacer planes con ella no había ocurrido desde la adolescencia. Una etapa de mi vida que sigue doliendo. Tanto es así, que puedo sentir cómo me cambia el humor de golpe y tengo que tirar de sonrisas fingidas. Y creo que ella se ha dado cuenta de que algo no va del todo bien, al menos eso es lo que me indica su rostro. Pero, antes de que la situación se vuelva algo tensa, pienso rápido y me inclino hacia ella con la intención de volver a besarla.

—¿Por qué seguís en la calle?

La voz de mi madre y su pregunta me detiene por completo. Un segundo más tarde y nos hubiese pillado en una situación comprometida.

—La reunión es dentro, ¿lo recordáis? —dice ante nuestro silencio.

—Sí. Estaba diciéndole a Miriam que ya íbamos tarde, pero ha insistido en contarme una cosa del trabajo.

Me muerdo el labio inferior para no sonreír al ver cómo su gesto cambia en cuanto le culpo de nuestra tardanza.

Mi madre asiente con la cabeza. No parece estar muy convencida con mi explicación. Aunque bueno, ella nunca ha estado muy convencida con ninguna de mis explicaciones a lo largo de mi vida.

—Vamos dentro.

Lanza una orden para las dos y se hace a un lado para dejarnos entrar primero y, antes de pasar justo por delante de ella,

siento que Miriam me tira un pellizco en el culo aprovechando que, ahora que está mi madre, no puedo decirle nada. Sonrío ante su atrevimiento y me apunto mentalmente el tener que devolvérsela de alguna forma.

23

—¿Qué tal la vuelta a casa ayer con tu madre? —pregunta Miriam a mi lado mientras paseamos por el parque y Paula y James corretean a unos cuantos pasos de distancia de nosotras—. ¿Le soltaste alguna que otra mentira más para salvarte el culo?

Sonrío y, al girar el rostro para observarla, puedo percibir que se está haciendo la ofendida.

—No recordaba que fueras tan rencorosa —señalo.

—Solo con la gente que me pone en contra de sus padres.

Mi sonrisa aumenta y sus ojos no me buscan en ningún momento. Sabe hacer muy bien su papel.

—Menuda dramática —susurro y ella se detiene por completo.

Se gira, para poder mirarme mejor, y sus ojos se clavan en los míos con bastante intensidad.

—Tenía una reputación, ¿sabes? —asegura—. Ahora voy a tener que hacerle ver a tu madre que sigo siendo una mujer de bien.

—Ahora es cuando me dices que todo esto nuestro es solo una estrategia para acercarte a ella.

—Imbécil —dice sonriente antes de negar con la cabeza—. No me parece para nada gracioso —señala al darse cuenta de lo mucho que me divierte la situación—. En serio, ¿qué clase de imagen crees que doy ahora?

—Pero, ¿cómo eres tan dramática? —cuestiono sonriente—. No tienes que preocuparte por la imagen que le estés dando a mi madre. Ella te adora —aseguro—. Te quiere más que a mí.

—¿Qué dices? Eso es mentira.

Me encojo de hombros como respuesta y decido avanzar al comprobar que la pequeña y James se han alejado un poco más de lo debido.

—¿Por qué has dicho eso? —pregunta Miriam, deteniéndome al agarrarme del brazo con suavidad.

—Ni caso —respondo y muevo una mano para quitarle importancia.

—No. En serio. ¿Por qué lo has dicho?

Insiste y bufo algo molesta al darme cuenta de que no tengo escapatoria. Me acabo de meter yo solita en una situación en la que no quería verme.

—Porque es la verdad —confieso tras unos segundos.

—Eso no es cierto.

—Vale. Igual no lo es —admito—. Pero ella y yo no tenemos una relación madre e hija muy convencional.

—¿Y qué clase de relación es esa?

Tomo aire y lo suelto y, antes de que pueda negarme a seguir con la conversación, ella se cruza de brazos a la espera de que conteste.

—No tenemos confianza como para contarnos nuestras cosas —aclaro.

—¿Piensas que es por algún motivo en especial?

—¿Cómo de largo va a ser este cuestionario? —pregunto fingiendo una sonrisa—. Lo digo para sentarnos en un banco.

Se queda mirándome sin decir una sola palabra, pero no tarda nada en tomar de referencia mis palabras y avanza hacia una zona más abierta en la que hay bancos y en la que James y Paula pueden seguir jugando sin ningún tipo de problema.

Nos sentamos juntas y, durante los primeros minutos, es el silencio entre nosotras el que se adueña de la escena. No sé si es que se ha olvidado de la conversación que se ha quedado pendiente, cosa que dudo, o me está dando tiempo para que piense y elija bien mis palabras.

—Me fui bastante joven de aquí —le recuerdo mientras ambas miramos al peludo y a mi sobrina jugar juntos—. Yo hice mi vida en la ciudad y ella se quedó aquí haciendo la suya. Supongo que por eso nuestra relación no es tan cercana.

Miriam no dice nada. No sé si es la respuesta que esperaba, pero es lo único que sé decirle.

Me reclino contra el respaldo del banco y cruzo las piernas mientras observo cómo Paula le lanza la pelota a James.

—¿Te gustaría que fuese diferente? —pregunta Miriam—. La relación con tu madre —aclara tras mirarme a los ojos.

—Nunca me lo he planteado.

No tardo nada en responderle, pero no sé si realmente le estoy diciendo la verdad. Es posible que, alguna que otra vez, me haya planteado cómo podría haber sido nuestra relación con algo más de comunicación. Sobre todo las veces que me he sentido sola en la ciudad y no tenía con quién hablar.

—A veces imagino escenas cotidianas con mi madre —dice a la vez que su mirada vuelve al frente.

Se me cae el mundo a los pies al darme cuenta de que ella no tiene la posibilidad de mejorar la relación con su madre, ni de hacer que su confianza mejore. Ni siquiera puede contarle qué tal le ha ido el día.

—Lo siento.

Consigo decir esas dos palabras sin dejar de mirarla y ella me mira de nuevo para sonreírme, aunque puedo percibir que esta vez el gesto no es sincero del todo, es forzado y tiene un toque de tristeza.

Nunca he sabido cómo tratar este tema con ella. Antes tenía la excusa de que éramos muy pequeñas, ahora simplemente es que soy imbécil.

—Yo, no sé...

—Tranquila.

Coge una de mis manos y me da un apretón que me reconforta bastante poco, la verdad.

—No tenemos que hablar de ello. Yo estoy bien —asegura—. Es solo que, a veces, me da por pensar en cómo podría haber sido.

Suelta mi mano para reclinar la espalda contra el banco y clavar la vista al frente de nuevo para vigilar a James y Paula y yo me siento bastante vacía ante la falta de contacto.

Observo su perfil y se me escapa una sonrisa al ver cómo sus labios dibujan una también.

—No eres nada sutil en lo que a tema de miradas se refiere —comenta sin mirarme.

—Y tú eres un poco egocéntrica.

—¿No me estabas mirando a mí?

Cuestiona y ahora sí que sus ojos se clavan en los míos.

—Así que resulta que ahora tienes un super poder y eres capaz de mirar a través de los cuerpos —dice ante mi silencio—. Nunca dejarás de sorprenderme.

Vuelve la mirada al frente y yo hago lo mismo. Quizás debería prestarle más atención a mi sobrina y no quedarme clavada en Miriam y en su presencia.

—Esa pequeñaja, a veces, me recuerda mucho a ti —asegura.

—¿Paula? —cuestiono, aunque no hay nadie más delante nuestra, y ella asiente con la cabeza—. Estás de broma. No nos parecemos en nada.

—Yo creo que sí —insiste—. Tiene comentarios y respuestas muy propias de ti y físicamente os parecéis bastante.

—Yo también preferiría parecerme a mí que a mi hermano. La genética, en ocasiones, es muy sabia —comento y sus labios se vuelven a curvar—. Pero a ella le falta calle.

—¿Le falta calle? ¿Tienes ahora quince años?

Le respondo con una mueca graciosa y vuelvo a mirar a la pequeña Paula mientras sigue en su tarea sin descanso de jugar con James.

—Creo que sus padres la tienen un poco sobreprotegida —confieso—. Quizás demasiado.

—Es hija única —argumenta.

—Yo también lo soy y mírame.

—Tú no eres hija única —dice muy sonriente antes de darme un ligero manotazo en el brazo.

—Mi hermano no cuenta.

Me uno a su sonrisa y pienso en que quizás tenga razón. Aunque también es cierto que la pequeña es bastante peculiar y que, hasta hace nada, nos conocíamos bien poco.

—¿Te puedes creer que mi cuñada no le deja ver Buffy?

—Recuerdo lo mucho que te gustaba esa serie y lo embelesada que te quedabas viendo a la protagonista.

—No deberías hablar en pasado —señalo—. Es la serie de las series —aseguro mientras ella me mira algo escéptica—. Dime una mejor. Adelante.

—Seguro que la hay.

—No. No la hay. Ni tampoco la habrá.

—¿Y te molesta que Rocío no deje que Paula la vea?

—Por supuesto —respondo con toda la seguridad del mundo—. La pobre chiquilla se está perdiendo una obra maestra por la cabezonería de su madre.

—¿Y no piensas hacer nada?

—¿Qué quieres que haga? —cuestiono a la defensiva.

Se encoge de hombros como respuesta y tengo que reconocer que me molesta un poco que no me ayude en esto y se lave las manos después de lanzarme un reto.

Su vista se centra de nuevo en la pequeña y en James y mi ceño se frunce al ver que pretende dejar morir la conversación sin aportar nada más.

—Es tu sobrina. No voy a decirte lo que tienes que hacer —dice como si estuviera leyendo mi mente.

—Qué buena amiga eres —ironizo.

—No sabía que éramos amigas —comenta con suma tranquilidad antes de girar el rostro para volver a conectar nuestras miradas—. No voy besando a mis amigas —aclara.

Se me escapa una sonrisa con su aclaración y he de decir que he sentido un poco de tensión durante un momento. Soy consciente de que me hubiese sentado bastante mal descubrir que para ella no soy nada y, aunque no hemos tenido la conversación más aclaratoria del mundo, creo que por ahora no necesitamos más.

Paso a paso. Poco a poco.

—Siento que nuestra quedada haya sido esta.

Ha sido algo que he querido decirle desde que descubrí que no tenía más remedio que quedarme con mi sobrina esta tarde.

—¿Por qué? ¿Cuál es el problema? —cuestiona ella.

—No sé. Igual no es el plan ideal.

—No me importa el plan —asegura—. Me importa la compañía.

Agarra mi mano con cariño y mi mirada baja a ese gesto que se está volviendo cotidiano entre nosotras. Me gusta. Me reconforta y me transporta a un lugar de paz que nunca pensé que experimentaría con ella.

***

Espero a que me abran la puerta algo nerviosa e impaciente, pero totalmente convencida con lo que he venido a hacer. La decisión está tomada y no voy a dar marcha atrás. Esto no solo me afecta a mí, hay otra persona implicada que, ahora mismo, depende de mi poder de convicción.

—¿Qué haces tú por aquí?

—Para mí también es todo un placer verte, Rocío —respondo irónica, pero enseguida me doy cuenta de que debo dejar a un lado este tipo de comentarios si quiero salir victoriosa en la batalla que se aproxima—. Pasaba por aquí y he decidido ver si estabas en casa para hacerte una visitilla.

Me mira de arriba abajo y, durante unos largos segundos, clava la vista en la carpeta que llevo.

—¿Me invitas a un café? —pregunto para hacer que su atención vuelva a mí y deje de pensar.

Abre la puerta del todo y se hace a un lado. A buen entendedor...

Echo un vistazo rápido a la zona para ver si la pequeña está en casa, pero no me queda del todo claro.

—Mejor en la cocina, ¿te parece?

Pregunta mi cuñada mientras me adelanta para dirigirse a dicho lugar. La sigo y, nada más entrar y sin decir una sola palabra, se pone a preparar la cafetera. Decido guardar silencio y recreo, una y otra vez en mi cabeza, todo lo ensayado conmigo misma delante del espejo. No tiene que ser tan difícil. Solo he venido a hablar con ella como la persona adulta que soy.

—¿Quieres la leche fría o caliente?

Sus palabras me sacan de mis pensamientos y quizás me haya perdido un poquito en mí, ya que su rostro parece estar intentando

averiguar qué está ocurriendo. A decir verdad, no soy de hacerle visitas. No soy de hacerle visitas a nadie.

—Fría está bien —respondo y fuerzo una pequeña sonrisa.

La saca de la nevera y me la pone delante en la mesa junto al bote de chocolate en polvo y el azúcar. Le doy las gracias y, en lo que ella se hace el café, yo sigo dándole vueltas una y otra vez a cómo abordar el tema. Quiero que salga bien. No quiero equivocarme y provocar un enfrentamiento que no resultará beneficioso para nadie.

—¿Y Paula? —pregunto para ganar algo de tiempo y terreno.

—Está en clases de inglés —contesta mi cuñada de espaldas.

—Claro, porque apuntarla a una actividad divertida como que no —susurro.

Ella se gira inmediatamente y no tengo muy claro si ha escuchado lo que acabo de decir.

Vuelve a hacerme un reconocimiento y se sienta, sin quitarme el ojo de encima, justo delante con la taza de café en las manos.

—Tú dirás —suelta antes de dar un sorbo a su bebida.

—¿Qué tal tu día?

Pregunto lo primero que se me viene a la cabeza y, un segundo después, su gesto de desconcierto me hace sonreír. Pero aguanto la compostura y no sé ni cómo soy capaz de contener la sonrisa que amenaza con salir a la luz.

—¿Has venido a preguntarme qué tal mi día? —cuestiona algo confusa.

—¿Qué hay de raro en eso?

—Créeme que mucho —asegura—. Pero supongo que bien. Nada que destacar. Un día más como otro cualquiera —resume—. Si lo que buscas es hablar con tu hermano...

—No. Claro que no —niego en rotundo—. Creo que mejor voy directa al grano.

—Te lo agradecería, la verdad.

Alcanzo la carpeta que he dejado a un lado sobre la mesa y siento que no pierde detalle de cada uno de mis movimientos.

—He estado trabajando en esto y te agradecería que le echaras un vistazo antes de negarte —digo sacando todo mi trabajo

de varias noches—. He realizado un estudio bastante exhaustivo de todas las temporadas de Buffy capítulo a capítulo.

Le cedo los folios que he estado rellenando con resúmenes propios, aclaraciones, esquemas e incluso algún que otro dibujo, pero ella no parece estar por la labor.

—Tienes que leerlo todo. No puedes negarte así como así —señalo mientras dejo los papeles en medio de la mesa—. Es absurdo que te cierres a no dejarle ver a Paula algo que ni siquiera tú has visto.

—Sí que lo he visto —asegura y yo como respuesta alzo una ceja—. Algún capítulo suelto. Pero sé de qué va.

—No puedes saber de qué va algo solo con ver algún capítulo suelto.

—De una chica monísima que se dedica a cazar y matar bichos.

—Bueno, vale. Esa es la trama principal —reconozco y atisbo a ver una ligera sonrisa con un toque de victoria en sus labios—. Pero no puedes quedarte solo con eso. Es una serie de culto que ha sentado las bases de muchas otras que han venido después. Y si tu hija quiere verla, deberías dejar que la disfrute.

Doy un sorbo a mi vaso de leche y, justo después, cruzo los brazos sobre el pecho antes de reclinarme contra la silla. Creo que he hecho un buen discurso. Nadie en su sano juicio me llevaría la contraria.

—No creo que sea adecuada para ella —señala con calma mientras siento que algo dentro de mí se empieza a tambalear.

Me aferro al «no creo» y decido insistir un poco más porque no me ha dado una negativa absoluta.

—Revisa lo que he hecho —digo, indicándole los folios—. Si tienes alguna duda, puedes consultarme lo que quieras.

Por primera vez, veo indecisión en ella. Y sí, es satisfactorio. Mi cuñada es una persona bastante cerrada en sus ideas, así que puedo considerar que esto es una mini victoria. Ahora solo tengo que seguir arañando hasta derribar su coraza.

—Creo que, cuando leas lo que he escrito, te vas a quedar más tranquila —aseguro y su mirada busca la mía.

—Te estás tomando muchas molestias por una serie, ¿no crees?

—No lo hago por la serie. Lo hago por Paula.

Ni siquiera soy consciente de lo que acabo de decir. Me ha salido sin pensarlo, pero lo he dicho de verdad y de corazón. Y creo que ha funcionado muy bien, ya que la sonrisa en los labios de mi cuñada me otorga una nueva mini victoria.

—¿La vas a ver con ella? —pregunta y yo entierro, como puedo, un grito de felicidad.

Estoy cerca de conseguir el triunfo. Muy cerca.

—Por supuesto —confirmo.

—¿Y qué pasará cuando te vayas y vuelvas a tu vida en la gran ciudad?

No me había planteado tal cosa, la verdad.

—Rocío, tienes que vivir más el presente —apunto—. Eso aún no ha pasado. Ni siquiera me han contestado a ninguna solicitud de empleo.

—¿Y? Puede pasar en cualquier momento. ¿Vas a dejar a Paula tirada con la serie sin acabar?

Me reta con la mirada y con su lenguaje corporal. Reconozco que no me esperaba un giro así en los acontecimientos. La cuestión a debatir no dependía de mí. Yo solo tenía que convencerla.

—Yo no pienso ver la serie —aclara y yo me trago cualquier contestación que pueda romper el avance que hemos dado.

—La veré con ella igual —aseguro—. Si me marcho sin acabar la serie, buscaré la solución. Estamos en la época de la tecnología. Siempre podemos hacer videollamada.

—¿Vas a hacer videollamada con tu sobrina?

—¿Cuál es el problema?

Proyecto la pregunta con toda la seguridad que puedo reunir y ella, durante unos muy largos segundos, guarda silencio mientras evalúa lo que acabo de decir. Se levanta sin decir una sola palabra, dejándome bastante desubicada.

—Le echaré un vistazo a esos papeles que has traído.

Cede y me resulta imposible controlar la sonrisa.

—No he dicho que sí —señala al ver mi expresión.

—Pero tampoco has dicho que no.

Es su turno de sonreír y, antes de que diga nada más o de que yo pueda meter la pata, decido levantarme y salir de allí tras despedirme con un simple «nos vemos». No quiero que cualquier gesto o palabra pueda destrozar esta victoria personal tan satisfactoria.

24

Sonrío ante el silencio y la tranquilidad que me transmite este lugar. Un sitio alejado del pueblo, totalmente desconocido para mí, y en el que reina la naturaleza. Grandes árboles, una variada vegetación, algún que otro pequeño roedor, que quiero creer que son ardillas, y distintas aves que no paran de surcar el cielo ante mis ojos.

—Te gusta el sitio —afirma Miriam, sentada justo a mi lado.

Me encojo de hombros como respuesta para fastidiarla un poquito. Por supuesto que me gusta el lugar. Pero lo que más me gusta es que me haya sorprendido recogiéndome y trayéndome a este plan improvisado por ella.

—Bueno, si no es de tu agrado... Podemos irnos.

Hace el amago de levantarse, pero freno su acción poniendo una mano sobre su muslo.

—Sería un poco absurdo desperdiciar el picnic —sugiero mientras ella me mira.

—¿Qué picnic? —cuestiona divertida—. No sé de qué estás hablando.

—Ya, claro. Todo el mundo lleva siempre en el coche un par de toallas y una cestita.

—Soy una mujer previsora.

—Así que este plan lo sueles hacer bastante.

—Es posible —comenta sin perder la sonrisa.

Me quedo mirándola muy fijamente y, aunque soy consciente de que está mintiendo, su sonrisa aumenta delatándola y dándome la razón.

—¿Por qué no has traído a James? —pregunto curiosa.

—Porque la idea de recorrerme todo el monte corriendo tras él no me motivaba en absoluto —explica.

—¿Y no hay otra razón? —cuestiono—. No será que sigues celosa de nuestra relación.

—Para nada —dice con rapidez—. Nuestra relación ha mejorado bastante. Tú solo le llamas la atención.

Es mi turno de sonreír y decido no seguir pinchando. Prefiero disfrutar del momento mientras se mueve para mostrarme lo que ha traído en la cesta. Zumos, un par de bocadillos y algo de fruta.

—Toma. Este es el tuyo.

—¿Por qué este es el mío? —cuestiono antes de observar el bocadillo que me ofrece—. No puede ser —digo sonriente—. ¿Cómo es posible que te acuerdes?

—¿Cómo no voy a acordarme? Es imposible olvidar tal abominación. Tu combinación de kétchup con salchichón es asquerosa.

—Mentira.

—No es mentira, Belén. Es la realidad. Asúmelo. No pasa nada —asegura—. Es más, te he traído otro de jamón para que hagas el cambio y descubras un nuevo mundo.

—No, gracias. Me quedo con mi combinación —señalo—. Paso de tus gustos básicos.

Me mira entre ofendida y divertida y, para meterme más en el papel, empiezo a comerme mi bocadillo sin ningún tipo de remordimientos. Es increíble que, después de tantos años, se acuerde de mi merienda favorita. Hasta yo misma la había olvidado, ni soy capaz de recordar cuándo fue la última vez que comí este manjar.

—Ayer fui a hablar con mi cuñada sobre el tema Buffy y la pequeña Paula.

Vuelvo a sorprenderme conmigo misma ante el hecho de ser yo la que exponga un nuevo tema de conversación. No suelo ser ese tipo de persona.

—¿Y qué tal fue? —me pregunta, animándome a continuar tras unos segundos perdida por completo en mi propia mente.

—¿La verdad? No tengo ni idea —respondo con total sinceridad—. Pero puede que bastante bien —comento mientras

recuerdo partes de mi conversación con Rocío—. O puede que muy mal —susurro.

Y no dice ni una palabra, solo con su gesto me indica que debo explicarme algo mejor.

—Le entregué un resumen.

—¿De toda la serie?

—De cada temporada —aclaro—. Y también de los capítulos más importantes, de los personajes y de algún que otro demonio.

—¿En serio? —cuestiona y creo que parece algo sorprendida.

—Sí —respondo sin saber qué está pasando.

—Eso es todo un trabajazo —asegura sonriente—. Eres monísima.

—¿Qué? No, claro que no.

—Sí, sí que lo eres. Has invertido tu tiempo en algo muy bonito por la pequeña.

—Cuando crezca se lo recordaré y le haré algún que otro chantaje.

Intento darle un giro a la conversación para que se olvide de esa parte en la que me ha dicho que soy monísima. No llevo muy bien los cumplidos.

Me hago la desentendida dando un trago al zumo y se me escapa una sonrisa al sentir que me está observando, y no de forma disimulada.

—¿Ocurre algo?

—Nada. Bueno, sí. Sigo pensando que eres monísima —asegura.

Un ligero cosquilleo, como si fuera una caricia, aparece en el centro de mi pecho. No llevo muy bien los cumplidos porque no estoy acostumbrada a ellos. Así de simple. Pero, es muy posible que pueda llegar a acostumbrarme. No lo veo un imposible.

No sé qué decir, y por eso decido moverme para recuperar la pequeña mochila que cogí al salir de casa y que he dejado apartada en cuanto he visto el lugar al que Miriam me ha traído. El sitio me ha dejado tan fascinada que, por un momento, olvidé que había traído una pequeña sorpresa.

—Al fin vas a desvelar el misterio —dice y mi mirada busca la suya.

—¿Tienes curiosidad? —pregunto muy sonriente mientras siento que sigue cada uno de mis movimientos.

Alzo la mirada antes de desvelar el contenido de la mochila y mi sonrisa crece al ver cómo ella intenta controlar la suya.

—Es posible —confirma.

—Es posible.

Repito las mismas palabras y siento que su gesto de fastidio me acerca más a ella, a esa familiaridad y confianza que perdimos hace muchos años, pero ahora es de una forma diferente. Bastante más. Por aquel entonces, mi amiga era de las chicas más guapas del instituto, pero yo solo sentía que era mi amiga, mi confidente. O al menos eso era lo que creía hasta ahora. No tengo muy claro que no hubiese algo más adentro, un sentimiento que esperaba por salir y que solo necesitaba que rascase un poco la superficie.

—Una cámara —dice Miriam al descubrir lo que he estado guardando—. Es muy bonita.

—Y muy cara —señalo—. Me la ha regalado mi madre. Ella se ha comprado otra igual para ir juntas al taller de fotografía —aclaro —. Yo, ahora mismo, con mi situación económica no podría permitírmela.

—Entiendo que la búsqueda de trabajo no va del todo bien.

—Va del todo mal. Muy mal. Increíblemente mal.

—Si quieres, yo tengo trabajo de sobra —propone—. Hay cajas y cajas de documentos que ordenar y clasificar en el taller.

—Olvídalo.

—Había que intentarlo.

Se toma con bastante elegancia mi rechazo y yo no sé muy bien por qué, pero esta vez me quedo más tiempo del esperado pensando en que igual no debería haberme negado tan rápido a su propuesta.

Alejo esos pensamientos todo lo que puedo y enciendo la cámara con un objetivo bien claro. Ella.

—¿Qué haces? —pregunta sonriente al ver que la estoy enfocando.

—¿Una pizza? —ironizo—. ¿Tú qué crees?

Sonríe y alza una mano para así evitar que pueda fotografiarla.

—¿Vas a impedir que desarrolle mi arte? —cuestiono.

Observo cómo parece estar pensándoselo y, tras unos segundos, baja la mano dándome a entender que tengo vía libre. Creo que nunca había tenido tanto poder de convicción.

Le echo un par de fotos mientras posa con una sonrisa preciosa y, cuando baja la guardia, sigo echándole unas cuantas más.

—Vas a gastar el carrete —apunta.

—Es digital. No seas antigua.

Niega con la cabeza e ignora por completo mi comentario mientras observo cómo empieza a recoger todo. Aprovecho para seguir coleccionando más fotografías, aunque siento que un pequeño nudo se me forma en el centro del pecho al sentir que nuestra quedada está llegando a su fin.

Podría dejar la cámara a un lado para echarle una mano, es más, sería lo correcto, pero eso precipitaría el desenlace de este encuentro. Y no. No es lo que quiero.

—¿Qué te parece si damos un paseo? —pregunta Miriam.

Se me ilumina el rostro con su propuesta. No puedo verme, obviamente. Pero sé que es así porque su pregunta me ha hecho una ilusión increíble. Ella tampoco quiere que acabe este ratito que hemos conseguido para estar juntas y a solas.

—¿De qué tipo de paseo estamos hablando? —cuestiono para hacerme un poco la interesante—. Porque los que da mi madre con sus amigas son de horas y horas por el monte. Y, sinceramente, no me interesa.

—Vaya, la chica de ciudad no quiere moverse —bromea muy sonriente—. Seguro que eres de las que usa el transporte público para todo.

—Para algo está. Habrá que usarlo.

Vuelvo a ver una nueva sonrisa en sus labios tras mi comentario y la sigo con la mirada mientras se dirige al coche para dejar las cosas. Me levanto, recojo las toallas, y me acerco hasta su posición de la forma más sigilosa posible.

—¿Tienes algún problema con el hecho de que no me guste moverme?

Pega un pequeño saltito al escucharme tan cerca y yo no puedo evitar sonreír.

—¿De verdad me acabas de preguntar eso? —cuestiona tras girarse, descolocándome un poco.

—Oh, venga —suelto al darme cuenta del posible doble sentido—. No te recordaba tan mente sucia.

—¿Mente sucia? No he dicho nada —aclara—. Has sido tú solita.

—Cállate.

—Cállame tú.

Me reta mirándome directamente a los ojos y los míos, de forma traicionera, bajan a sus labios. Vuelvo a conectar con su mirada y me doy cuenta de que no ha perdido detalle de lo que acaba de ocurrir. También soy consciente de que tiene ganas de besarme, pero está esperando a que yo dé el primer paso. Y sí, podría alargar el momento un poco más y hacerme de rogar. Pero no. No me apetece. Así que me acerco todo lo posible y, cuando nuestros cuerpos entran en contacto, su espalda toca la carrocería del coche. Me mira, su respiración se vuelve algo más lenta y, antes incluso de darme cuenta, la beso. Nuestros labios se reencuentran de nuevo y yo vuelvo a sentir esa sensación tan agradable y cálida en el centro del pecho. No sé si ella siente lo mismo cuando nuestra distancia se difumina de esta forma tan increíble pero, lo que si tengo claro, es que podría pasarme todo el tiempo del mundo haciéndolo.

***

Me descubro sonriendo mientras observo el cielo estrellado que tenemos justo encima. A media tarde le propuse a Miriam quedar y ella, cuando pudo contestarme debido al trabajo, me dijo que fuese a su casa después de cenar. Y aquí estamos, tumbadas muy juntas sobre una manta en el suelo de su pequeño balcón contemplando el silencio de la noche. Me gusta el hecho de no necesitar nada más cuando estoy a su lado. Solo su compañía.

—De verdad que no entiendo la obsesión que tiene contigo.

Giro el rostro nada más escuchar sus palabras y sigo su mirada hasta darme cuenta que se refiere a James. Lleva rato dormido, tumbado a mi lado y con la cabeza apoyada en mi abdomen.

—Podría explicártelo, pero jamás lo entenderías —bromeo.

Miriam me mira mal, pero solo durante un segundo, justo después se le escapa una sonrisa traicionera.

—¿Sueles hacer esto a menudo? —pregunto mirando al cielo de nuevo.

—Me gusta salir aquí fuera con una mantita y un libro cuando el tiempo lo permite —contesta—. Pero lo de mirar el cielo por la noche solo lo hago cuando las noticias aseguran que se podrá ver alguna estrella fugaz. Aunque, he de decir, que la mayoría de las veces se me olvida.

—No he escuchado nada en la televisión sobre estrellas esta noche.

—Lo de esta noche es solo una excusa para que estemos aquí juntas —confiesa.

Sonrío con su revelación y, cuando vuelvo a buscar su rostro con la mirada, descubro que ella ya me está mirando.

—¿Qué?

—Nada —respondo inmediatamente—. Me gusta tu sinceridad.

Se queda en silencio, pero sigue observándome y sé que quiere decir algo más. Y no sé si es que no se atreve, o es que está buscando las palabras adecuadas.

—Adelante —la animo—. Sé que se te ha quedado algo sin decir.

—¿Recuerdas la noche de los fuegos artificiales? —pregunta y yo asiento—. Pues en realidad no quería ningún refresco ni nada. Te vi allí sola y quería saludarte y poder hablar contigo.

Vuelvo a sonreír y puedo apreciar que hay algo de vergüenza reflejada en su rostro.

—Parece algo típico de una adolescente, lo sé —dice—. Soy consciente de ello. Menuda ridícula.

—No eres ninguna ridícula —señalo—. Eres monísima.

Repito lo mismo que me dijo ella en uno de nuestros últimos encuentros y se muerde el labio inferior para contener un poco la

sonrisa.

—Ojalá hubiese sido más valiente en la adolescencia. No sabes cuánto me arrepiento de haber sido tan cobarde.

—No debes castigarte por algo que ocurrió hace años.

Intento tranquilizarla, aunque en realidad estoy un poco perdida. No sé a qué se refiere en concreto.

—Te dejé tirada cuando más lo necesitabas —aclara y, de forma inmediata, un fuerte nudo se me instaura en la garganta.

No esperaba tener esta conversación, y menos ahora.

Me incorporo y me siento apoyando la espalda contra la pared. Ella hace lo mismo, pero se queda de lado para poder observarme mejor.

—Lo siento —dice—. Sé que ya te lo dije y soy muy consciente de que no sirve absolutamente de nada —señala—. No es que tuviera miedo de que el resto me juzgara por ser tu amiga, es que yo llevaba tiempo sintiéndome diferente y no sabía qué estaba pasándome —confiesa, captando toda mi atención.

—¿A qué te refieres? —pregunto muy curiosa, aunque creo que intuyo hacia dónde va la conversación.

Toma aire y lo suelta lentamente antes de volver a clavar sus ojos en los míos.

—Digamos que mi descubrimiento homosexual no se dio en la universidad —aclara—. Tiempo antes de separarme de ti yo tenía...

—¿Tenías?

Le lanzo una pregunta al ver que se queda en silencio y que no pretende continuar. Llegadas a este punto, la conversación me resulta altamente atrayente a pesar de que puede hacerme revivir una época de mi vida no muy agradable.

—Olvídalo —me pide.

—Sea lo que sea, puedes decírmelo —la animo—. Es cierto que no soy la mejor escuchando ni dando consejos, pero a veces sienta bien soltar un poco de lastre.

Puedo ver en su gesto que se lo está pensando, pero tampoco quiero insistir más. No quiero obligarle a contarme algo en lo que no se siente cómoda.

—Tenía... —susurra y toda mi atención al completo está puesta en ella—. Tenía sentimientos por ti.

Confiesa algo que no esperaba y, tras mi sonrisa traicionera, ella se tapa la cara con ambas manos bastante avergonzada. Me acerco y tiro con suavidad de sus antebrazos para que se destape el rostro.

—No tienes que sentir vergüenza por algo así —señalo en cuanto sus ojos me encuentran de nuevo.

—Claro, no eres tú la que está abriendo su corazón adolescente.

—Cierto.

Le doy la razón y me relajo al ver que sonríe.

—¿Cuándo pasó? —pregunto—. ¿Desde cuándo tenías esos sentimientos?

—¿En serio vamos a tener esta conversación? —cuestiona, asiento con la cabeza y ella suelta un suspiro—. Si te soy sincera, no tengo ni idea. Solo sé que un día me di cuenta que algo cambió y que estaba mal —resume—. Mi yo de aquel entonces pensaba que estaba mal —aclara al ver mi gesto de confusión—. Aunque me costó bastante reconocer qué estaba pasándome y aceptarlo. Hasta el punto de perder a mi mejor amiga.

Asiento con tristeza y en mi cabeza empiezan a formarse una infinidad de preguntas. Y todas enfocadas a qué estamos haciendo ahora mismo. ¿Lo que está pasando entre nosotras es solo un viejo recuerdo idealizado de su adolescencia? ¿Es posible que nuestro acercamiento se deba a que quiera resolver y acabar con el dolor de haber hecho mal las cosas años atrás?

—¿Qué pasa? —pregunta ella, interrumpiendo mis pensamientos.

Susurro un «nada», pero no parece convencida, ya que no tarda en agarrar una de mis manos.

—No te calles las cosas —me pide.

Conecto de nuevo con su mirada y su reflejo me indica que está preocupada. Quizás no es justo guardarme para mí algo que nos afecta a las dos.

—Esto que está ocurriendo entre nosotras... ¿Cómo de real es? —pregunto y ella frunce el ceño—. Me acabas de confesar que te llegué a gustar en la adolescencia. ¿Cómo sé que esto no es solo algo para contentar el recuerdo de esa Miriam del pasado?

—No lo es —responde con mucha seguridad—. Por supuesto que no lo es —recalca.

Me quedo en silencio y, aunque creo lo que me dice, me resulta inevitable no cederle el mando a la parte más desconfiada de mi cabeza para que siga pensando y debatiendo.

—No he estado con nadie desde que Rosa murió —confiesa y todos los engranajes de mi cabeza se detienen de golpe—. No quería encontrar esa cercanía y confianza en nadie más. Me negaba. Sentía que era una falta de respeto y, además, tampoco me apetecía. Es posible que esto que ha ocurrido entre nosotras se haya dado porque ya te conocía o porque el destino así lo ha querido. No lo sé. Pero sí sé que lo que siento es real y es presente y no un recuerdo perdido de la adolescencia —aclara—. Puedes estar tranquila —asegura apretando ligeramente una de mis manos y yo respondo con una pequeña sonrisa que no parece convencerle del todo—. ¿Me prometes que no le darás muchas vueltas al asunto?

Mi sonrisa crece con su pregunta. Está claro que me conoce más de lo que pensaba.

—Me lo pensaré —bromeo.

—Eso ya es un paso enorme.

Ambas sonreímos y, justo después, ella se mueve para pegarse a mi cuerpo y apoyar la cabeza en uno de mis hombros. Me gusta esta cercanía y compartir espacio con ella. Algo bastante impensable para la Belén de hace unos meses. Mi día a día solo era una rutina de ser una persona productiva para la sociedad y poco más. Creo que hasta había perdido la capacidad de interaccionar con la gente y lo ocultaba bajo ese manto de persona poco sociable y a la que todo le importaba muy poco. Prácticamente nada.

—Puestas a confesar... Me siento sola.

Ni siquiera sé por qué acabo de soltar estas palabras. No es que espere algo por su parte ni que las cosas vayan a cambiar debido a mi declaración. Supongo que se debe al ambiente que se

ha creado y a sentirme a salvo a su lado y no tener miedo a ser juzgada.

Miriam sigue a mi lado. No dice nada, pero el calor que me transmite su cuerpo me anima a continuar.

—Tampoco sé cómo ocurrió, pero en algún punto me alejé de todos. En la ciudad es complicado hacer amigos nuevos, o al menos a mí me lo parece —aclaro—. Tengo conocidos y tal, pero no gente de confianza. Y en lo que a mi familia respecta, tampoco me he sentido muy conectada —confieso—. Cuando venía a pasar unos días me sentía como una extraña. Ellos hablaban de sus cosas y contaban anécdotas que yo no he vivido y eso me hacía sentirme excluida.

—Y por eso dejaste de venir tan a menudo —susurra ella a mi lado.

—Y por eso dejé de venir tan a menudo.

Le doy la razón y siento que se mueve. Deja un beso en mi brazo y busca con su mirada la mía.

—Deberías hablarlo con tu madre —sugiere.

—Ni de coña.

—¿Por qué? —cuestiona con rapidez—. Ella es la otra parte afectada en todo esto. Tu hermano tiene su vida y su familia, pero ella también ha estado sola.

—¿Sola? Conoce a un montón de gente —le recuerdo.

—Tú misma lo has dicho. Conoce —señala—. No me dirás que no te has fijado en toda la ilusión que pone para que conozcas su mundo. Ella te adora. Siempre habla de ti.

—Mientes.

—Para nada —señala inmediatamente—. Aprovecha cualquier conversación para mencionarte.

Se me escapa una sonrisa involuntaria y pienso que quizás debería debatir un poco sobre lo que me acaba de decir. Quizás debería aflojar un poco más y aprovechar que ahora vivimos bajo el mismo techo de nuevo para recuperar parte de nuestra relación.

—Y ahora es cuando debería cobrarte por mi gran consejo —dice mientras se acerca un poco más y posa una mano sobre el lateral de mi cuello.

—Pensaba que tus enseñanzas eran gratuitas.

—Sí, pero contigo haré una excepción.

Vuelvo a sonreír con lo ilógico de la conversación y ni siquiera deja que le debate algo más. Une sus labios a los míos y, obviamente, no tardo nada en aceptarlos. Seguir conociendo a la Miriam adulta está siendo todo un descubrimiento. Y no. No pienso perderme nada de lo que esté dispuesta a ofrecerme.

25

Doy un sorbo al té helado que ha preparado mi madre y, desde mi asiento privilegiado en el que el sol me recarga de vitamina D, la observo arreglar unas cuantas plantas y regarlas. Mi idea principal había sido la de bajar al patio y leer un rato con tranquilidad, pero ella ha llegado unos minutos después y mi plan se ha desdibujado por completo.

No obstante, no voy a quejarme. No me ha pedido ayuda y tampoco está intentando sacarme algún tipo de conversación. Por ahora.

Desbloqueo el móvil para comprobar si tengo alguna notificación. Sobre todo por ver si Miriam me ha dicho algo. No he vuelto a hablar con ella desde que entró a trabajar. Y sé que puedo ir en cualquier momento al taller, pero creo que voy a optar por comportarme como una persona adulta responsable y dejar que cumpla con su trabajo sin distracciones.

—Han retrasado el taller de fotografía —me informa desde la distancia y yo me limito a seguir tomando el sol con los ojos cerrados—. Qué poca seriedad —suelta bastante molesta—. ¿Ahora qué se supone que tenemos que hacer? ¿Esperar y ya está?

—¿Y qué otra cosa puedes hacer? ¿Montarlo tú misma?

—Pues es una muy buena idea —responde tan cerca que hasta doy un saltito en la silla—. Creo que deberíamos hacerlo. Sí.

—Olvídalo —le pido tras abrir los ojos y observar que la tengo justo delante—. No voy a dar un taller de algo que no sé hacer.

—Sí que sabes —apunta muy convencida.

—Sí, claro. Todo el mundo saber echar fotos. Pero es muy distinto dar un taller de fotografía. Así que, olvídalo —repito.

Suelta un bufido totalmente en desacuerdo con lo que acabo de decir, pero no voy a cambiar de opinión. Es más, ella sabe que tengo razón. Por eso mismo deja de insistir. No le gusta pelear batallas cuando tiene la guerra perdida.

—Rocío me ha contado que estuviste en su casa —dice mi madre, sentándose justo al otro lado de la mesa y sirviéndose un poco de té—. Muy bien hecho —señala.

—¿Te ha dicho a lo que fui?

—Sí. También me dijo que eres muy pesada con esa serie, pero que entiende el trasfondo de todo y lo valora —responde antes de dar un sorbo—. Yo creo que al final cederá. Tenía todos esos papeles que preparaste al lado de su café.

Sonrío satisfecha ante el hecho de que al menos no los haya tirado a la basura.

—Estoy muy orgullosa —suelta.

—¿De la posibilidad de que se los esté leyendo? —cuestiono sin perder la sonrisa.

—De ti.

Su respuesta me borra la sonrisa por completo. No había esperado unas palabras así por su parte. Nuestra relación se desdibujó hace tiempo y antes de eso tampoco es que hubiésemos sido las más cariñosas del mundo.

—Lo estás haciendo por la pequeña y eso es muy bonito —comenta tras unos segundos de absoluto silencio.

Creo que ella también se ha dado cuenta de la intensidad del momento y pretende rebajarlo un poco. Es comprensible.

Yo me encojo de hombros como respuesta y me acerco la taza para dar un nuevo sorbo de té. Mentiría si dijese que tengo el control absoluto de la escena. Y no sé muy bien por qué, pero recuerdo la conversación que tuve con Miriam la pasada noche y algo me empuja a hacerle caso. Quizás sea el hecho de que todos sus consejos me han funcionado perfectamente. El problema es que no sé cómo decirle a mi madre lo sola que me he estado sintiendo estos años.

—Hay algo que me gustaría hablar contigo —suelto y ella deja, con mucha lentitud, su vaso sobre la mesa.

—¿Te ocurre algo? ¿Estás bien? ¿Estás enferma?

—No. No. Estoy bien —aseguro—. Estoy sana, o eso creo. Pero sí es cierto que hace mucho que no me hago un análisis de sangre... Estoy perfectamente —digo al ver su ceja alzada—. No tienes que preocuparte.

—¿Qué pasa?

Me anima a hablar pero, de repente, me quedo en blanco y empiezo a sentir un sudor frío ante la idea de tener que enfrentarme a eso que he estado ocultando durante tanto tiempo. Tomo aire, lo suelto lentamente y repito la acción unas tres veces. Ningún sonido sale de mi boca, pero ella se mantiene en silencio, a la espera.

—En los últimos años me he sentido bastante sola —confieso.

—Vivir en una gran ciudad tiene que ser una locura —señala y yo asiento antes de prepararme para seguir hablando.

—Me refiero a sola de verdad —apunto y su ceño se frunce—. Allí no tengo a nadie. No tengo familia, ni amigos. No he tenido con quién hablar con sinceridad, solo conocidos con los que salir a tomar algo y poco más.

—Pero aquí siempre nos has tenido a nosotros.

—No, mamá. No es así —suelto y veo que su gesto cambia.

Se tensa y se mueve en la silla para sentarse mejor. Tenía claro que esta conversación no iba a ser agradable para ninguna de las dos y creo que ya no hay forma de echarse atrás.

—Cada vez que volvía a casa me sentía más lejos de vosotros. Y no os estoy echando la culpa de nada —aclaro rápidamente.

—Pues parece que sí.

Lo dice a la defensiva, y lo entiendo. Yo si llevaba tiempo con estos pensamientos en la cabeza, pero para ella es nuevo. No ha tenido ni un segundo para poder procesarlo.

—Entiendo que siguierais con vuestras vidas sin mí —digo con tranquilidad, lo que menos busco es que alguna de las dos nos alteremos y todo salte por los aires—. Pero, cada vez, me sentía más fuera de vuestras conversaciones. No entendía de qué hablabais y tampoco comprendía vuestras bromas. Y supongo que eso fue haciendo mella hasta que al final me aislé.

Resumo brevemente lo que ha estado atormentándome desde hace tiempo y ella, con el rostro mucho más relajado, me aparta la mirada para clavarla en el suelo. No sé si va a decir algo, y tampoco sé si quiero que lo diga.

Decido que mi mejor opción es la de quedarme en silencio también. Cualquier aporte más podría romper la relación que estamos manteniendo en la actualidad y, por extraño que parezca, no me gustaría que eso ocurriese.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? —pregunta, recuperando la conversación.

Me encojo de hombros y no sé muy bien por qué, pero siento que los ojos se me humedecen. Y ella parece darse cuenta muy rápido, ya que no tarda nada en levantarse y pegar la silla a mi lado para sentarse más cerca y agarrar una de mis manos.

—Belén...

Intenta decirme algo, pero se le rompe la voz y se queda callada.

—Deberías habérmelo dicho —señala tras unos segundos—. Deberías haber hablado conmigo y yo debería haberme dado cuenta. No tendría que haberte dado tanto espacio, pero pensaba que me odiabas y no quería forzar las cosas —confiesa con lágrimas en los ojos.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso? —cuestiono—. Yo no te odio —aclaro con rapidez.

Sonríe con tristeza y cariño y me aparta una lágrima de la mejilla de la que ni siquiera he sido consciente.

—Igual he sido más pesada de lo normal con tu vuelta a casa, pero quería recuperar todo el tiempo que habíamos perdido y supongo que era mi manera de decírtelo. Nuestra comunicación nunca ha sido la mejor —aclara y es mi turno de sonreír.

—No. No la ha sido. Y tampoco es que yo haya ayudado mucho en ello.

Me regala una nueva sonrisa y vuelve a agarrar mi mano.

—Siento que te hayas sentido así —dice, emocionada—. Lo siento muchísimo, cariño. Y gracias por contármelo. Has sido muy valiente.

—Puedes darle las gracias a Miriam.

—¿A Miriam? —cuestiona con una pequeña sonrisa.

—Sí, ella me aconsejó hablar contigo.

—Buen consejo —asegura.

—Sí —confirmo con una sonrisa nerviosa—. Y supongo que también ha llegado el momento de contarte algo más —digo a media voz.

Sus ojos se clavan en mí con muchísima atención y yo carraspeo para ganar algo de tiempo. ¿Debería contarle la verdad? No tengo ni idea. Pero también es cierto que no gano nada ocultando lo que se ha estado creando entre Miriam y yo. Es absurdo.

—Miriam y yo...

Empiezo, pero me quedo sin palabras de golpe.

—Miriam y tú —dice, animándome a que siga.

—Nos estamos conociendo —resumo.

—Ya os conocíais.

Cierto. Mis palabras no han sido las más acertadas.

—Nos estamos conociendo un poco más —reformulo.

Rueda los ojos y suelta un suspiro bastante sonoro que me deja confundida.

—Belén, hija. ¿Puedes, por favor, hablar sin dar tantos rodeos? —pregunta—. Sé que Miriam y tú estáis teniendo una relación —suelta, dejándome tiesa en la silla—. No eres nada disimulada con tus salidas nocturnas. Los primeros días aquí ni salías de tu habitación —me recuerda—. Y en tu cámara hay fotos de ella.

—¿Has mirado mi cámara? —cuestiono sorprendida y algo molesta.

—La dejaste en mitad del salón y pensaba que era la mía —responde con muchísima tranquilidad—. No es mi culpa que vayas dejando tus cosas tiradas por cualquier sitio.

Su serenidad es apabullante, tanto como debe serlo mi gesto de sorpresa.

—Quita esa cara de asombro —me pide moviendo una de las manos—. ¿Acaso te piensas que soy tonta? ¿Piensas que no he visto

las manchas de grasa en tu ropa? —cuestiona—. Por Dios, ¿qué hacéis? No, no me lo digas. No quiero saberlo.

Se me escapa una sonrisa y la observo beber un poco de té. No sé cómo he sido tan tonta de creer que no se daría cuenta. A mi madre pocas veces se le ha escapado algo. Aunque también he de decir que esta vez lo ha tenido fácil. Muy fácil.

El móvil, que tenía sobre la mesa, vibra y no tardo nada en cogerlo con la ilusión de que sea Miriam. Pero no es ella. Es una notificación de una respuesta a una oferta de empleo que mandé hace semanas. Dice que he sido seleccionada y que en breve me mandaran las indicaciones para unirme a la empresa cuanto antes. Era la noticia que estaba esperando, lo que más deseaba. Volver a mi vida. Tener de nuevo mi libertad y mi espacio. Pero, ¿por qué no siento felicidad? Todo lo contrario. Se me ha instaurado un nudo en la garganta y siento que hasta me cuesta respirar.

—Belén, ¿estás bien? —pregunta mi madre.

—Sí. Sí. Estoy bien.

Le miento y no es nada agradable después de la conversación que hemos tenido.

Me levanto diciéndole que voy a dar un paseo y salgo de casa con una sensación aplastante sobre los hombros.

***

No he dejado de pensar en la noticia del nuevo trabajo desde que me llegó. Sería algo por lo que debería estar dando saltos de alegría y emoción, pero no está siendo así. Es más, lo mantengo en secreto. Ni siquiera me atrevo a hablarlo con alguien. Era lo que más estaba esperando, o al menos esa versión de mí que volvió a casa después de años, así que no sé por qué me siento así.

—¿Qué te pasa? —pregunta Paula, que está sentada justo a mi lado en el sofá.

Parece bastante interesada en mí, tanto que ha detenido el capítulo que estamos viendo.

—¿Ya no quieres ver Buffy conmigo?

—Por supuesto que sí.

Creo que me ha hecho más ilusión a mí que a ella que su madre por fin haya dado su brazo a torcer. Una batalla más ganada.

—Pues no estás comentando nada.

Y sí. Tiene toda la razón. Antes de que nos prohibiesen ver la serie juntas le comentaba detalles y curiosidades que había ido conociendo siendo una fanática de la serie a lo largo de los años. Al igual que también le repetía, una y otra vez, que los demonios que salían era todo mentira. Y ella, siempre, me aseguraba que ya lo sabía y que no les daba nada de miedo.

—Y otra vez tienes las cejas así.

Insiste y frunce el ceño, haciéndome reír.

—¿Quieres pintar? La abuela guarda mis libros y los colores en ese cajón.

Señala con el dedo y yo soy incapaz de borrar la sonrisa de los labios al recordar lo cabezota que fue hace un par de tardes hasta que me convenció para que pintase con ella y me relajase.

—No me apetece —respondo—. Quizás más tarde.

Le paso la mano por el pelo sin perder la sonrisa en un intento de hacerle ver que estoy bien, pero no parece estar nada convencida.

—Solo estoy un poco preocupada. Pero no tiene nada que ver contigo.

—¿Puedo ayudar? —pregunta sin dudar.

—No. No creo que puedas.

—Explícamelo.

Me lo pide mostrándome toda la atención del mundo, incluso ha dejado el mando de la televisión sobre la mesa, indicándome así que no pretende darse por vencida y que, ahora mismo, tiene una prioridad: descubrir qué me pasa.

—Está bien —me rindo—. Digamos que...

No encuentro las palabras. No sé cómo decírselo. No lo he hablado con nadie, ¿cómo se supone que se lo voy a explicar a ella?

—Tengo una amiga que tiene un problemilla —digo y ella asiente con la cabeza.

—¿Qué problemilla? —pregunta tras dos segundos de silencio.

Por un momento pensé que, al intentarle hacerle creer que se trataba de otra persona, el tema no le interesaría. Pero no es así.

—Vivía en un lugar lejos de aquí, muy muy lejos —aseguro para que no conecte la historia—. Pero se tuvo que ir a otro sitio una temporada y ahora tiene que volver a ese otro lugar.

No dice nada y no sé si es porque no me ha entendido, totalmente comprensible, o es que ha perdido todo el interés con el tema.

—¿A tu amiga no le gusta el sitio al que tiene que volver? —pregunta, retomando la conversación y tirando mi teoría al suelo.

—Le gustaba.

—¿Y ya no? —cuestiona sin dejar de mirarme.

—No lo tiene muy claro.

Se queda pensativa, incluso se lleva un dedo a la barbilla y se da golpecitos en ella.

—¿Y le gusta el sitio nuevo en el que está?

—Pues al principio no mucho, pero diría que ahora lo lleva mejor —respondo mientras recuerdo lo horrible que me parecía tener que volver a casa de mi madre—. Ha conectado con la gente y le gusta que su vida actual sea más tranquila.

—¿Y por qué quiere volver al otro sitio?

Su pregunta es simple y tiene toda la lógica del mundo, pero mi cabeza no parece estar por la labor de querer darle una respuesta.

—No lo sabe —contesto al darme cuenta de que sus ojos siguen clavados en mí.

—¿Y por qué no lo sabe?

Me encojo de hombros como respuesta y ella frunce ligeramente el ceño.

—Tu amiga es muy rara —asegura, haciéndome sonreír.

—Es posible.

—Tú también eres un poco rara —suelta, dejándome bastante sorprendida con su sinceridad—. Pero ahora ya me caes bien.

—¿Ahora? —cuestiono rápidamente—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Antes casi no te veía nunca —responde y, en efecto, tiene razón—. Y tampoco me hablabas mucho.

Sus últimas palabras provocan que un nudo se me forme en el centro del pecho de forma inmediata. Se me parte el corazón ante la idea de que pensase que tenía algún problema con ella.

—Paula, cielo —digo, acercándome un poquito más a ella—. No te hablaba mucho porque no suelo llevarme muy bien con los niños —aclaro—. Bueno, ni con la gente en general. Soy un poco... Rara.

Repito la misma palabra que ella ha usado para definirme y su pequeña sonrisa me alivia bastante.

—Nunca he tenido un problema contigo —insisto—. Era algo más bien personal conmigo misma.

—¿Y puedo ayudarte? —pregunta inmediatamente y muy interesada.

Me emociona su interés y preocupación. Nunca llegué a pensar que podría llegar a tener una relación así de cercana con la pequeña.

—Ya me has ayudado. Y mucho —aseguro mientras le paso una mano por el pelo con cariño.

Durante un segundo su gesto es de confusión, pero lo deja estar y, tras asentir, recupera el mando de la televisión y pone de nuevo a reproducir el capítulo. Nuestra conversación está acabada. Ya no hay nada más que decir, aunque el bullicio en mi cabeza sea el doble de caótico. Tener que decidir nunca ha sido motivo de alegría para mí, pero ahora está siendo realmente insoportable. ¿Qué debo hacer? ¿Quedarme aquí y continuar con esta nueva vida que se ha ido gestando? ¿O volver a mi rutina lejos de lo que he estado recuperando poco a poco?

Jodido. Demasiado jodido.

26

Vuelvo a inspeccionar de nuevo con la mirada toda la estancia. Es la primera vez que estoy en la habitación de Miriam. Me ha dejado pasar nada más llegar y ella solita me ha guiado hasta aquí con la excusa de que tenía que coger ropa limpia para cambiarse tras la ducha.

Y sí, evidentemente. Me moría de ganas por descubrir algo más de ella. Es por eso mismo por lo que sigo aquí, sentada en la cama mientras mis ojos intentan quedarse con cada detalle, por mínimo que sea. Pero, al igual que en el resto del piso, no hay mucho. Una cómoda, dos mesitas de noche con lámparas pequeñas, el armario y la cama sobre la que estoy. La decoración brilla por su ausencia mientras recuerdo lo que me contó. Sus cosas están guardas en cajas porque no está preparada para abrir los recuerdos del pasado. Tiene que ser horrible haber perdido a alguien y tener que continuar sin ese futuro que habías imaginado junto a ella.

—Qué cara de concentración.

Sus palabras me sacan de mis pensamientos y mis labios se curvan en cuanto veo su bonita sonrisa. Se ha puesto un chándal, tiene el pelo húmedo y el olor a cítricos que desprende me ha sacado por completo de mi ensoñación.

—¿Ocurre algo? —pregunta antes de colocarse justo en frente y alzarme el rostro con cariño para que nuestras miradas conecten de una forma más directa.

Demasiadas cosas, pienso. Pero no es el momento para hablar de ello. No cuando ni yo misma soy capaz de descifrarlas.

—Nada. Solo yo divagando en mis cosas —respondo, pero no tengo muy claro si la he convencido, aunque sea la verdad.

Se sienta encima de mis piernas, coloca los brazos sobre mis hombros y ese simple movimiento me pone altamente nerviosa.

—¿Divagas mucho en tus cosas?

—Lo justo y necesario.

Sus labios vuelven a curvarse con mi contestación y yo aprovecho para colocar ambas manos en su cintura. Su cercanía me provoca paz y tranquilidad, pero también altera mi sistema demasiado rápido. Es algo confuso y llamativo, y creo que nunca me había pasado de esta manera.

—¿Y qué es lo justo y necesario? —cuestiona mientras me pasa un mechón de pelo tras la oreja.

—No lo tengo muy claro —confieso y ella vuelve a sonreír—. Tienes una sonrisa preciosa.

Creo que mis palabras la pillan totalmente desprevenida, ya que su sonrisa se hace aún más grande e incluso se sonroja.

—Eso es que ahora me ves con buenos ojos —asegura—. Seguro que meses atrás no pensabas igual.

—Que no quisiera ni verte no quiere decir que fuese ciega. Y tú siempre has sido asquerosamente guapa.

—¿Cómo se puede ser asquerosamente guapa? —cuestiona divertida.

—No lo sé. Dímelo tú.

Niega con la cabeza sin perder la sonrisa y, un segundo después, sus labios hacen contacto con los míos. Me uno al beso sin pensarlo y, antes de darme cuenta, mis manos buscan el contacto directo con su piel colándose por debajo de la camiseta que lleva puesta. Acaricio su espalda y siento que se pega un poco más a mí mientras sus manos acarician mi cuello sin que el beso se rompa en ningún momento.

Me besa muy despacio y yo, marcada por su ritmo, recorro su espalda lentamente. Descubro que no lleva nada más bajo la camiseta y me tenso. No sé si estoy preparada para avanzar, aunque me muero de ganas por hacerlo. Y tampoco sé si es justo conocernos en todos los sentidos si ni estoy segura de continuar con mi vida aquí. Podría ser la persona más egoísta del mundo y seguir adelante sin importarme en absoluto las consecuencias y sus

sentimientos, pero no quiero ser esa clase de persona. Y menos con ella.

—Te he traído algo —digo tras cortar el beso de golpe.

Me mira confundida, pero no espero a que diga nada ni tampoco le doy más explicaciones. Hago el amago de levantarme y a ella no le queda más remedio que bajarse de mis piernas y echarse a un lado. Camino hacia la cómoda y cojo la pequeña mochilita que he traído antes de volver a la cama y sentarme a su lado.

—¿Has traído la cámara de fotos?

—No, que va —respondo con rapidez—. De ahora en adelante debo de tener cuidado con ella —suelto y su mirada me dice que no está entendiendo nada—. Mi madre descubrió las fotos que te hice —aclaro—. Según ella se confundió de cámara y es mi culpa por haber dejado la mía por ahí tirada. Por ahí tirada quiere decir en la mesa del salón.

Vuelve a sonreír y yo me siento bastante aliviada con ese gesto después de haber cortado con nuestro momento tan cercano.

—Así que tu madre sabe que quedamos.

—Mi madre sabe mucho más —señalo—. Sabe que hay algo entre nosotras y no porque se lo haya dicho yo. Según ella, ya lo sabía.

No pierde la sonrisa en ningún momento, así que entiendo que no le ha molestado la información que acabo de desvelarle.

—También hablé con ella sobre lo de sentirme sola.

Agarra mi mano como muestra de apoyo y eso que ni siquiera le he contado cómo fue.

—Llegué a pensar que podría estallar la guerra entre nosotras, la verdad —confieso—. Mi madre no lleva muy bien eso de aceptar las críticas. Y bueno, yo tampoco mucho —reconozco—. Pero pudimos tener una conversación adulta y tranquila y creo que ahora todo parece estar bien entre nosotras. Así que... Gracias.

Me da un beso en la mejilla y acaricia mi brazo con cariño. Ojalá haber tenido un apoyo así en algunos momentos duros de mi vida. Las cosas hubiesen sido mucho más llevaderas.

—Me alegra saber que habéis hablado y que todo está bien entre vosotras. Creo que merecíais tener una conversación así para

cerrar heridas y seguir adelante —dice mientras yo soy incapaz de dejar de observarla—. Y, ahora, me encantaría saber qué tienes ahí para mí.

Señala la mochila que he dejado apartada por la conversación. Ella me mira muy expectante y yo, deliberadamente, pierdo todo el tiempo posible.

—Venga ya —protesta antes de darme un pequeño empujón que me hace sonreír.

—Cierra los ojos.

No tarda nada en aceptar mi petición y, antes de pedirle que los abra de nuevo, me aseguro de que todo está perfecto y que mi regalo no ha sufrido ningún daño.

—Adelante. Ya puedes mirar.

—¿Qué es eso? —pregunta muy sonriente en cuanto descubre lo que tengo para ella.

—Es una figurita.

—De un Pokémon —dice sin perder la sonrisa.

—De Pikachu —señalo con rapidez—. Y lo he pintado yo.

—¿En serio? —cuestiona y yo asiento con la cabeza muy orgullosa mientras observo cada detalle que le he dado con la pintura—. Pensaba que lo había pintado tu sobrina.

Se me borra por completo la sonrisa de la cara y, cuando la miro, descubro que la suya es increíble. Burlarse de mí debe resultarle bastante divertido.

—Pues será mejor que me lo lleve de nuevo a casa —informo mientras recupero la mochila para guarda la figura en ella.

—Ah, no. Nada de eso.

Me roba a Pikachu directamente de las manos y se levanta para huir de mí y que no pueda arrebatárselo de nuevo.

—Ya es mío. Lo siento.

—¿Para qué? ¿Para tirarlo a la basura?

—No seas dramática —responde—. Solo estaba picándote un poquito.

Sigo mostrándole mi cara de enfado, pero me dura poco. Muy poco. Miriam avanza por la habitación y coloca la figura en la cómoda, justo en el centro.

—¿Qué te parece? —pregunta tras separarse un poco del mueble para tener una mejor perspectiva—. ¿Queda bien ahí?

—Queda estupendo.

Sonrío como una idiota ante el gesto que ha tenido. Le ha dado un punto de color y de personalidad a una estancia vacía con la rata amarilla que le acabo de regalar. Y, aunque yo solo buscaba hacerle sonreír con un detalle tonto e infantil, ella ha conseguido devolvérmelo.

—¿Crees que podrías hacerle una parejita? Es para que no esté solito —asegura antes de volver a la cama y sentarse a mi lado de nuevo—. Creo que de color naranja podría quedar muy bien.

—No hay un Pikachu de ese color.

—Demuestra la artista que hay en tu interior —me pide—. No te pongas límites.

Niego con la cabeza con una sonrisa y ella se acerca peligrosamente a mis labios.

—¿Te quedas a cenar? —pregunta mientras mis ojos están clavados en su boca—. ¿Me vas a contestar o voy a tener que adivinarlo? —cuestiona.

—Me quedo —afirmó sonriente.

—Me gusta esa respuesta. Y mucho.

Me agarra el rostro con ambas manos y, tras unos segundos de silencio absoluto, me da un beso. Es corto, pero intenso y, cuando se levanta de la cama, dándome a entender que nuestra sesión de caricias ha acabado, una fuerte oleada de frustración me inunda. Esta necesidad de querer más de ella está empezando a ser bastante llamativa.

***

Muevo la pelota delante de James y él, como siempre, se mantiene en alerta sin apartar la mirada del objeto. Sonrío con su gran concentración y, tras un par de amagos intentando engañarle, la lanzo lo más lejos que puedo teniendo en cuenta que estoy en el jardín de casa. Vuelve con su juguete entre los dientes, derrochando aires de grandeza y se sienta justo en frente con la mirada conectada a la mía.

—¿Quieres otra carrerita?

Se lo propongo aunque sé que no va a contestarme. Sería una locura que lo hiciese. Se convertiría en el perro más famoso de la historia automáticamente.

Vuelvo a lanzarle la pelota tras esa breve y curiosa reflexión y el peludo de cuatro patas sale disparado como si no llevase ya más de veinte carreras.

—Aquí estás.

Giro el rostro al escuchar la voz de mi madre y, por su gesto, percibo que no le hace mucha gracia que James esté corriendo por el jardín.

—¿Qué hace en casa? —pregunta, señalando con la cabeza a nuestro invitado.

—He pasado por la puerta del taller y se ha venido conmigo a pasar la tarde.

Se lo resumo brevemente y con algún que otro cambio. Creo que no necesita saber que he ido a hacerle una visita a Miriam porque necesitaba verla y comprobar, de nuevo, lo bien que encajan nuestros labios. Una manía tonta que he cogido últimamente.

Asiente con la cabeza sin dejar de mirarlo. Está estática cerca de la puerta y él rompe el contacto visual con ella porque al parecer le resulta mucho más interesante ponerse a rascarse la oreja con la pata trasera.

Ante su silencio, raro, muy raro en ella, le lanzo de nuevo la pelota a James y sale disparado tras ella.

—No va a romperte nada —le aseguro.

Soy consciente de que una parte de ella está sufriendo ante la posibilidad de que alguna planta salga herida.

—Más te vale —señala—. O te tocará ser la jardinera el resto del año.

Sonrío con su amenaza, pero me dura poco, ya que pienso en que, muy posiblemente, no estaré mucho más tiempo aquí. Aún no lo he hablado con ella. No sé cómo decírselo. No sé por qué, pero intuyo que no le va a sentar del todo bien. Nuestra relación se ha vuelto más estrecha y cabe la posibilidad de volver a perder todo lo que hemos avanzado estos meses.

—¿Quieres venir?

Me lanza la pregunta, pero no me dice a dónde. Supongo que se refiere a alguno de sus planes o quedadas con amigas.

—No puedo. Estoy con él.

Uso la carta de estar cuidando de James y veo cómo le clava la mirada. Parece que he encontrado la excusa perfecta parar librarme de algo que no me apetece hacer.

—Puedes traerlo —asegura y ahora es mi turno de clavarle yo la mirada a ella.

—¿No te importa que me lleve a James?

Niega con la cabeza y yo intento aferrarme a lo que sea al descubrir que mi táctica no ha tenido ningún efecto.

—No creo que deba ir con James —comento, aunque aún sigo sin saber a dónde va.

—¿Por qué? Vamos a ir a la plaza del ayuntamiento. No hay ninguna ley que le prohíba estar en espacio públicos.

Arrinconada. Así me deja.

—Ya, pero no sé...

—No te va a hacer ningún mal salir de casa —dice, cortándome—. Y el perro estará encantado de dar un paseo.

Me mantiene la mirada y se cruza de brazos antes de alzarme una ceja. Sé que está esperando a que me mueva. Se siente victoriosa, pero yo aún estoy dispuesta a seguir batallando un poco más.

—¿Y a qué vais a la plaza del ayuntamiento? —pregunto para ganar más tiempo.

—Tenemos que gestionar unas cosillas.

Percibo que se pone algo nerviosa. Su postura corporal ha cambiado, ha descruzado los brazos y se ha girado un poco para estar más cerca de la puerta.

—¿Vamos?

Insiste sin mirarme y eso me inquieta.

—Madre. Define gestionar unas cosillas.

Se toma unos segundos y, cuando se gira, puedo ver que ha alzado un poco el rostro para mostrarme orgullo y confianza.

—Hemos quedado para hacer una pequeña quedada.

—¿Y no hay otro sitio? —cuestiono muy intrigada—. Uno en el que sirvan cafés, por ejemplo.

—No. Tiene que ser ahí.

—¿Por qué?

—Porque vamos a manifestarnos.

Intento pensar rápidamente en qué día es. Quizás es festivo o una fecha clave, pero no caigo.

—¿Voy a tener que sacarte palabra por palabra? —cuestiono tras unos segundos.

—No nos parece bien que hayan cancelado el taller de fotografía.

Su respuesta me deja desconcertada, la verdad. No me esperaba algo así y, cuando estoy a punto de reírme, su mirada fría me deja petrificada. No está para bromas. Se ha tomado el asunto bastante en serio.

—Pero no lo han cancelado, solo lo han atrasado —le recuerdo.

—Y de atrasarlo a cancelarlo solo hay un pequeño paso —asegura—. Venga, vamos.

—Ah no, no cuentes conmigo.

Me mira con el ceño fruncido y hasta pone los brazos en jarra.

—¿No vas a luchar por algo que te afecta?

—No me apetece.

Prefiero decirle eso a tener que confesarle que en realidad no me afecta tanto. Ese taller de fotografía y yo no vamos a coincidir en el tiempo. Y he de reconocer que en el fondo me da pena. Una parte de mí tenía ilusión por hacer algo diferente y empezar desde cero una actividad con ella.

Me mira una última vez antes de marcharse y, milagrosamente, no dice nada más. Está claro que ahora nos entendemos muchísimo mejor y que ya si acepta mis negativas como lo que son en realidad: negativas.

Le lanzo de nuevo la pelota a James mientras mi mente se pone a darle mil vueltas a las cosas que me voy a perder aquí. El taller de fotografía, obviamente. Y tampoco tendré más aventuras improvisadas con mi madre ni tareas que deben realizarse a la de

ya. Tendré que ingeniármelas para poder seguir viendo Buffy con la pequeña, aunque no será lo mismo que verla juntas en el mismo espacio. Las visitas espontáneas al taller de Miriam también desaparecerán, como también lo harán nuestras quedadas y besos y caricias.

—¿Qué pasa, chico? —le pregunto a James, que se ha quedado parado delante de mí y me observa como si estuviera juzgándome—.No, no me mires así —le pido—. Tengo que irme.

Suspiro, agarro otra vez la pelota y se la lanzo mientras en mi mente se repiten, una y otra vez, las mismas palabras para intentar convencerme «tengo que irme».

27

Repaso una de las líneas que acabo de pintar y me separo un poco para poder observar con una mejor perspectiva cómo está quedando el Pikachu naranja. Un verdadero fan sería capaz de tirarme la figura a la cabeza, de eso estoy segura. Pero mi única motivación es la de complacer a Miriam y observar su sonrisa cuando se lo regale. Aunque últimamente mi cabeza está bastante desconectada y no termino de disfrutar de las cosas. Mi cuerpo sigue aquí, en el pueblo, pero mi cabeza sigue dando vueltas y más vueltas a la idea de que me marcho. Las conversaciones con la empresa han sido muy buenas y las condiciones son estupendas. Mi yo del pasado estaría gritando y llorando a partes iguales debido a la felicidad. No reaccionar de esa forma igual es una señal de que no debería aceptar, aunque también está la posibilidad de que todo se deba al miedo que siento ante la idea de perder lo que he ganado estos meses aquí. Paz, tranquilidad, una buena relación con mi madre, confianza en mí misma, conocer mejor a la pequeña Paula y volver a encontrarme con Miriam. Y, ahora, de una forma mucho más cercana e íntima.

—¿Vas a pestañear en algún momento? —pregunta mi madre, sacándome por completo de mis pensamientos—. Te has quedado completamente estática —señala.

—Espero a que se seque para darle otra capa —digo mientras señalo la figura.

Debería contarle la verdad, decirle lo que me ocurre. Debería. Pero soy incapaz.

—No sabía que te había gustado tanto pintar el bicho ese como para pintar otro. Menos mal que compré un par por si hacías un estropicio.

Ignoro la poca confianza depositaba en mi talento y accedo a contarle la verdad porque no creo que tenga necesidad de ocultar nada.

—Se lo regalé a Miriam.

—¿Y este otro para quién es?

—Para ella también —respondo—. Me pidió una pareja.

Sonríe y me sorprende que no me haya recriminado el hecho de haber regalado la figura que ella compró para mí. Aunque en realidad la compró para que la pintase, yo era libre de hacer con ella lo que quisiera.

—¿Es tu forma de admitir que te gusta pasar tiempo conmigo? —cuestiona sin perder la sonrisa.

—Hablo en serio, Miriam me pidió un compañero para su Pikachu —aseguro y sus labios se curvan un poco más—. ¿De qué te ríes?

—Porque nunca te ha gustado reconocer las cosas.

Y sí, tiene razón. Soy un poco cabezota en ese aspecto. Y también es posible que tenga razón en lo de que me gusta pasar tiempo con ella. He sido yo misma la que ha propuesto pasar la tarde pintando figuritas. Aunque quizás todo se deba a esta sensación de angustia que siento por mi inminente marcha. En algún momento voy a tener que decírselo. Es lo correcto. No puedo desaparecer sin más. Pero es complicado. Mucho.

La observo en silencio pintar y me pongo nerviosa solo con el hecho de pensar que tengo que hablar con ella sí o sí. Nunca hemos sido de tener las mejores conversaciones, y soy consciente de que ahora somos más maduras y que nuestra relación también ha mejorado, pero sigue siendo complicado. Mi tiempo en casa ha ido bastante bien, mejor de lo que pensaba. Muchísimo mejor. Y por eso mismo sé que, muy posiblemente, no le siente del todo bien que tenga que marcharme. Y mucho menos si ha sido por decisión propia.

—Tengo que contarte algo —digo para captar su atención y ella solo emite un sonido gutural mientras sigue pintando la figurita —. No sé cómo...

Me quedo callada. Las palabras se niegan a salir y siento que los nervios van tomando más y más el control. Es imposible no sentirme como una niña asustada.

Agacho la cabeza, resoplo y me paso ambas manos por las piernas.

—¿Qué ocurre?

Ignoro su pregunta un momento y me centro en controlar la respiración. Sé que ha llegado el momento de soltarle la noticia, pero necesito algo más de tiempo. Un tiempo que parece que no tengo.

Apoya una mano sobre mi hombro y de forma involuntaria mi mirada busca la suya.

—Nuestra última conversación fue muy bien —me recuerda—. No creo que sea momento de desandar todo lo que hemos caminado juntas.

Asiento y ella gira un poco el cuerpo y apoya ambas manos sobre su regazo, mostrándome así que toda su atención está puesta en lo que tengo que decirle.

—Ha ocurrido algo y...

—¿Te has pelado con Miriam? —pregunta, adelantándose.

—No. No. No es eso.

Niego rápidamente y ella se lleva una mano al pecho y respira aliviada. Su gesto es bastante dramático, la verdad. Pero creo que no es momento de comentarlo. Debo centrarme en el tema porque es ahora o nunca.

—Me han ofrecido un trabajo —suelto sin pensar.

—Eso es genial —dice con una gran sonrisa—. Es justo lo que querías —me recuerda dándome un apretón cariñoso en el brazo.

—Sí, eso es.

Mis palabras suenan en un tono demasiado bajo y poco alegre y ella no necesita más pistas para percibir que algo no va bien.

—¿Qué pasa, Belén?

Me anima a hablar porque, aunque se le da bastante bien intuir que algo no va bien, aún no es capaz de leer las mentes.

—Resulta que...

Vuelvo a quedarme sin palabras. Lo siguiente que diga va a suponer un antes y un después, pero resulta absurdo seguir alargándolo.

—No es aquí. Es en la ciudad —confieso y observo que, poco a poco, su gesto cambia.

Su cara pasa de alegría a sorpresa y después a incertidumbre en apenas unos segundos.

Ahora es ella la que parece haberse quedado sin palabras y yo me siento con la responsabilidad de tomar las riendas de la conversación, aunque no sepa muy bien cómo hacerlo.

—No sé ni cómo ha pasado, la verdad —comento—. Llevaba tiempo sin ni siquiera mirar las ofertas de trabajo porque estaba bastante asqueada de la situación y me estaba tomando un descanso —confieso—. Se pusieron en contacto conmigo para decirme que, si quería, el puesto era mío.

—Es una noticia estupenda —asegura con una nueva sonrisa, aunque intuyo que tiene muchas preguntas—. ¿Es lo que buscabas? ¿Tiene buenas condiciones?

—Sí. Al parecer voy a volver al trabajo administrativo y se acabaron los contratos temporales —le informo—. Tiene buen horario y el sueldo es correcto. Por ahora, no hay nada de lo que pueda quejarme.

Vuelve a sonreír y, aunque sé que es un gesto sincero, algo me dice que la situación no va bien del todo. Supongo que necesita tiempo para procesarlo, al igual que yo.

—¿Y cuándo empiezas?

Le aparto la mirada e intento buscar en mi interior un poco de valor restante para terminar de soltarlo todo. Le he contado el tema principal, pero decirle el día que ya no voy a estar aquí es igual de complicado también.

—Empiezo el lunes.

—¿Este lunes? —pregunta y yo busco su mirada para asentir —. Pero estamos a viernes.

—Lo sé. Ha ido todo un poco rápido.

Prefiero decirle eso a tener que confesarle que sé la noticia desde hace días y que he sido una cobarde al no atreverme a

informarle hasta el último momento.

—Bueno, supongo que te vas a perder el taller de fotografía.

Veo brillo en su mirada y, antes de que pueda decirle nada, se gira y se desplaza con la silla para continuar con la labor de seguir pintando. Está dolida. De eso no hay duda.

—¿Cómo fue la manifestación?

Cambio de tema y me entristece el hecho de pensar que, nuevamente, estamos enterrando nuestras emociones en un cajón y que todos los pasos que hemos dado juntas este tiempo se han empezado a desdibujar.

—Bien. Conseguimos que rectificaran y empezamos en dos semanas.

—Buen trabajo.

Lo digo de corazón y muy satisfecha. Siempre consigue lo que se propone. Ojalá hubiese salido a ella en ese aspecto.

Y, aunque parezca raro, no parece tener ganas de hablar. Y, aunque también parezca raro, a mí no me apetece dejarla sola. Así que, tras un leve suspiro, retomo mi posición anterior y la figurita y sigo con la pintura.

Es irónico, pero cuando volví a casa lo único que quería era salir de aquí cuanto antes. En cambio, ahora, me cuesta hasta abandonar esta habitación.

—¿Se lo has contado a Miriam?

Giro el rostro ante su pregunta y entiendo que mi gesto le ha dejado claro que me falta información.

—Porque soy tu madre y sé que jamás ocurrió, pero a veces juraría que te me caíste de los brazos de pequeña —suelta y mi ceño se frunce inmediatamente—. No me digas que no le has dicho a Miriam que te vas —señala con ceja alzada incluida—. Belén, por Dios.

—Aún no, pero voy a decírselo —digo con rapidez.

—Claro que vas a decírselo —apunta con gesto serio—. Y deberías hacerlo ya. Merece saberlo.

—Ya lo sé.

Le aparto la mirada para ocultarme de ella, aunque sé que es absurdo. La distancia que nos separa es de unos pocos centímetros.

La miro de reojo y consigo ver que niega con la cabeza antes de volver a su tarea. No está nada contenta con la situación y yo tampoco lo estoy ante el hecho de tener que soltarle de nuevo esta noticia a otra persona, a otra persona con la que he conectado increíblemente bien. Tengo la opción de marcharme y no decirle nada o mandarle un mensaje cuando ya esté a kilómetros de aquí, pero nadie se merece algo así. Y mucho menos Miriam y la historia que hemos creado. Sería injusto y despreciable.

****

No es la primera vez que estoy delante de esta puerta. Ni la segunda. Ni la tercera. Pero la presión que siento es como si detrás de ella me fuese a encontrar con el mayor desafío de mi vida. Miriam sabe que vengo de visita y yo sé que tengo que tener una conversación con ella. Su falta de información me pone en una situación bastante comprometida. Tengo el poder de romper con lo que hemos creado en apenas unos segundos y ella ni siquiera es consciente de ello. La angustia y los nervios no me dejan pensar y hasta siento cierta envidia de ella por su desconocimiento.

Compruebo la hora. Mentiría si dijese que no llevo más de cinco minutos plantada delante de su puerta sin la valentía de tocar el timbre. Tener que repetir la misma conversación que tuve con mi madre no es la cosa más atrayente del mundo. Y más teniendo en cuenta que, desde ese momento, ella está un poco rara. No se le ve con el mismo ánimo, apenas hacemos contacto visual y tampoco me busca para que haga algún plan con ella. Es como si, de golpe, me hubiese desterrado. Pero tampoco quiero decirle nada, entiendo que está pasando por su propio proceso de despedida y ella siempre ha sido muy dramática.

Tomo aire, lo suelto lentamente y repito la acción unas cuantas veces hasta sentirme recargada del valor suficiente como para tocar el timbre. Un segundo después James se pone a ladrar y, de forma irremediable, me pongo el doble de nerviosa. Ya no hay marcha atrás.

—Hola —dice Miriam con una radiante sonrisa nada más abrir —. Cuanto tiempo.

Y sí. Tiene razón. He estado un poco ausente físicamente, pero tampoco ha sido nada destacable. Aunque quizás sí, ya que, desde que conectamos, nuestros encuentros han sido bastante frecuentes hasta que recibí la noticia, momento en el que mi cabeza decidió pasar más tiempo del que creo recomendado gestionando toda la situación.

Me invita a pasar y corta mi camino antes de entrar para darme un beso. Me uno a su ritmo pero, en cuanto recuerdo a lo que he venido, corto con todo y me hago a un lado parar entrar y alejarme un poco. Necesito espacio para ordenar mis ideas y trasmitirle lo que he venido a contarle de la mejor forma posible.

Escucho la puerta al cerrarse y, cuando me giro para conectar con su mirada, ella ya me está observando con una de esas sonrisas suyas tan bonitas.

Me rompe el hecho de pensar que voy a perderme ese gesto, que lo último que vivamos juntas antes de irme será una amarga despedida en lugar de un intercambio de sonrisas y besos y caricias.

Siento que la emoción empieza a tomar el control, pero creo que no es buena idea y por eso mismo me desplazo y voy en busca de James, que está tumbado en su cama, totalmente ajeno a lo que está pasando a su alrededor. Le acaricio y, rápidamente, se tumba con la barriga hacia arriba para que haga mejor mi labor. Ojalá la vida fuese tan fácil como la suya. Comer, dormir, que te saquen a pasear y esperar a que cualquier humano tonto te haga caricias.

—¿Traes algo para mí? —pregunta Miriam sonriente.

Mi atención se centra en ella y descubro que sus ojos viajan a la mochilita que llevo agarrada en la otra mano.

—Es posible.

Le devuelvo la sonrisa, se sienta en el sofá y da una palmadita justo a su lado para que tome asiento junta a ella. Cumplo en silencio con su petición y mi sistema al completo empieza a sentir esa paz con un toque de nerviosismo que siempre experimento cuando estoy a su lado.

Extiende la mano y mueve los dedos en señal de que está esperando que le entregue algo. Su gesto es divertido y por eso

mismo, a pesar de la conversación que tenemos pendiente y que ella no sabe, soy incapaz de dejar de sonreír.

Intento hacerme de rogar, pero me resulta imposible y no tardo ni dos segundos en pedirle que cierre los ojos. Me hace caso sin rechistar y, mientras saco de la mochila la figurita que he pintado para ella, me permito el gran lujo de observarla e intentar memorizar todo lo posible su rostro. No voy a llevar nada bien el no ver su sonrisa en directo ni el brillo tan especial de su mirada.

Agarro la figura con una mano, con la otra acaricio su cara y se me escapa la sonrisa ante su pequeño respingo al no esperarse mi contacto.

—Ya puedes abrir los ojos —susurro.

Nada más hacerlo, su mirada busca la mía y agarra mi mano, que aún está en su mejilla, y deja un beso cariñoso en ella.

—¿Te ocurre algo? —pregunta, ignorando por completo la sorpresa que tengo para ella.

—No. Todo está bien —miento y fuerzo una sonrisa—. ¿Qué te parece?

Alzo la figura un poco para que su atención se centre en el objeto y deje de examinar mi expresión. Es increíble lo bien y rápido que sabe leerme y averiguar si algo no va bien.

—Naranja —dice sonriente—. ¿No decías que no había ninguna versión así de Pikachu?

—Correcto —aseguro—. Pero siempre hay excepciones.

—Una excepción forzada por ti y tu tiempo dedicado en pintarlo de un color distinto al habitual, ¿cierto?

—Correcto también.

Me contagia su sonrisa y, durante unos segundos sostiene el Pokémon para observarlo detenidamente. Estoy muy segura de que está buscando cualquier pequeño desperfecto para molestarme.

—Gracias —dice antes de acercarse y darme un beso.

Corto nuestro acercamiento y le dedico una sonrisa que pretende ser tranquilizadora, aunque más para mí que para ella. Debo ser valiente y tomar las riendas de la conversación si quiero ser sincera y poder confesarle lo que lleva días atormentándome.

—¿Qué tal el día?

Le lanzo esa pregunta porque soy la persona más cobarde del mundo.

—Como siempre. Coches, grasa, repuestos que no llegan... Esas cosas —responde antes de encogerse de hombros—. ¿Qué tal el tuyo?

—Un día más.

Soy bastante escueta con mi respuesta pero, ¿qué voy a decirle? No creo que sea capaz de contarle que mi madre me evita desde que le conté que me voy, y tampoco creo que tenga el valor de decirle que ya tengo parte de mis cosas recogidas y que ya he hablado con una conocida para quedarme en su piso hasta que encuentre algo para mí.

—Tengo algo que contarte —dice y mis nervios crecen al sentir que pierdo el control de la conversación—. He estado pensando estos días en si debería decírtelo o no...

Mi pulso se acelera y no sé si es por todo lo que estoy viviendo estos días o porque una parte de mí intuye que hay algo importante tras esas palabras.

—Pero creo que ha llegado el momento —comenta mientras me agarra ambas manos y yo siento como si el corazón me fuese a estallar—. Richi fue mi primer beso.

—¿Qué…?

La confusión y el desconcierto se apoderan de mi capacidad de reacción. Su confesión no era la esperada, aunque una parte de mí se alegra un poquito porque no sabría qué hacer con algo más intenso y sentimental justo en este preciso momento.

—¿Richi? —cuestiono—. ¿El imbécil de Richi?

—Oye, no era tan imbécil —protesta.

—Pensaba que las patatas fritas tenían chips rastreadores —le recuerdo.

—Cosas de críos.

Se justifica y se le escapa una sonrisa.

—No me puedo creer que tu primer beso fuese el tonto de Richi.

—¿Cuál fue el tuyo?

Ignora mis palabras y se centra en sacarme información.

—Esto no funciona así —señalo.

—¿El qué?

—Yo no tengo por qué contarte con quién fue mi primer beso.

—Oh, venga ya —protesta—. Yo te he contado que el mío fue con el idiota de Richi.

Sonrío con su frase y sus labios no tardan nada en curvarse también.

—Fue con una chica en un concierto —confieso y ella me mira muy interesada—. Se llamaba Sandra, recuerdo que era muy simpática y alegre, pero no nos volvimos a ver.

—Tu historia es mejor.

—Por supuesto —aseguro—. No sale el bobo de Richi.

Vuelve a sonreír y me regala un ligero empujón al que no me da tiempo a protestar, ya que recorta la distancia que nos separa y une nuestros labios. Es un beso tierno, sin prisas. Le ordeno a mi mente que retenga toda la información posible. Lo que me provoca su tacto en el cuello durante el proceso, su perfume, que ya reconozco a la perfección y que me envuelve por completo, el cálido contacto de sus labios con los míos y la agradable sensación que noto en el centro del pecho y que se expande a cada rincón de mi sistema.

Miriam. Ella es la que me está provocando todo esto. Un fantasma del pasado que la vida ha decidido traerme de nuevo a escena para ponerme a prueba y descubrir que no todo es como pensamos que es y que, sin esperarlo, puedes encontrarte, en este caso reencontrarte, con una persona tremendamente fascinante.

Corta nuestro contacto y descubro en sus ojos un brillo especial. Su gesto ha cambiado, juraría que está nerviosa y, antes de que pueda coger una de sus manos para intentar reconfortarla de algo que se me escapa, ella reacciona y se echa el pelo hacia atrás antes de recolocarse mejor en el sofá.

—Es curioso, ¿no? —dice, dejándome un tanto desconcertada —. Cuando te propuse lo de intentar ser amigas de nuevo lo dije de verdad —aclara—. Pero nunca imaginé que llegaríamos a esto —comenta con una pequeña sonrisa—. Me arrepiento cada día de haberte dado de lado, no estoy nada orgullosa de eso. Y quizás las

cosas hubiesen sido diferente, o no. Nadie lo sabe —señala—. Pero sí sé que lo que estoy sintiendo por ti es...

Se queda callada y baja la mirada. No sé qué decir, ni cómo actuar. Lo que menos esperaba esta noche era una confesión por su parte. Soy yo la que debería estar diciéndole que me voy, que esto que ha surgido tan espontáneo entre nosotras se acaba.

—Desde que perdí a Rosa no he tenido ningún tipo de acercamiento con nadie —confiesa—. No sé si es que yo no estaba del todo preparada o es que, sin saberlo, estaba esperando a la persona adecuada.

Me mira algo emocionada y yo vuelvo a sentirme la persona menos funcional del mundo.

—Miriam, yo...

—No tienes que decir nada —dice, cortándome—. Solo quería que supieras lo importante que está siendo esto para mí y lo mucho que me alegro de volver a tenerte en mi vida.

Fuerzo una sonrisa y contengo las ganas de llorar. No estoy siendo sincera con ella y no puedo serlo. ¿Cómo voy a decirle, después de lo que acaba de confesarme, que me marcho? ¿Cómo voy a romperle el corazón? No quiero ser esa clase de persona. Así que hago lo único que sé que, en estos momentos, no puede fallar. Me acerco a ella y la abrazo con toda la fuerza y el amor que puedo ofrecerle. Ojalá fuese más valiente. Ojalá me atreviese a confesarle mis sentimientos y decirle la verdad. Ojalá pudiera decirle que lo que ha surgido entre nosotras también es importante para mí y que, sin esperarlo, separarme de ella va a ser jodidamente doloroso.

28

Doblo la última camiseta y la dejo sobre la cama para observar, con algo de distancia, toda la ropa que tengo que guardar en la maleta. No parecía tanto cuando vine aquí, o igual es que no lo recuerdo o mi mente intenta sabotearme de alguna forma que desconozco.

Me giro, hago un barrido visual y general por toda la estancia para ver si me estoy dejando algo. Aún hay muchas cosas mías en esta habitación de mi infancia y, sobre todo, de mi adolescencia, pero han pasado tanto tiempo aquí que siento que este lugar les pertenece más que a mí misma.

—Podría llevarte a mi nuevo hogar —le digo al poster de Sarah Michelle Gellar que sigue colgado en la pared, reinando en la habitación—. Aunque tampoco es que vaya a ser mi hogar. Voy a sobrevivir un tiempo en el cuartito de los trastos de una ex compañera de trabajo —aclaro—. Es muy deprimente, lo sé —reconozco—. Es mejor que te quedes aquí.

Tomo aire y lo suelto con un toque de dramatismo extra. Nunca llegué a imaginar que marcharme de aquí fuese a costarme tanto. Pensé que, cuando llegase el día de volver a mi vida, estaría dando volteretas de felicidad y bailando al ritmo de la música de mi lista de éxitos de los noventa y dos mil. Pero no está siendo así. Sin quererlo, recuerdos de Miriam vuelven a mi mente una y otra vez. Su emoción reflejada en su mirada, sus palabras y mi falta de respuesta. Pienso también en mi madre y lo esquiva que sigue conmigo. Ya no me busca para arrastrarme a cualquiera de sus planes, va como alma en pena por la casa. Y también pienso en...

—¿Qué haces?

También pienso en la pequeña Paula. Me giro y, al mirar hacia la puerta, la encuentro mirándome muy detenidamente mientras

espera una respuesta por mi parte.

Esto va a ser más duro de lo que pensaba.

—Estoy ordenando un poco la ropa —contesto, aunque ella no parece muy convencida.

—¿Y para qué quieres la maleta?

Me arrincona de la forma más simple y contundente posible.

—Ordeno la ropa dentro de la maleta.

Suelto lo primero que se me viene para ganar tiempo y a ella, inmediatamente, se le frunce el ceño. Tengo claro que no voy a poder engañarla. Me ha pillado con las manos en la masa y no tengo escapatoria posible. Lanzarme por la ventana no es una opción.

—Vale. Creo que ha llegado el momento —susurro—. ¿Te sientas aquí conmigo?

Con un gesto de la mano le propongo que tome asiento sobre el colchón. Se acerca, sin dejar de mirarme, y yo agarro la silla del escritorio para sentarme a su lado.

—Tengo algo que contarte y no sé cómo...

Guardo silencio y eso hace que sus ojos me miren aún más curiosos. Giro el rostro para refugiarme del escrutinio de su mirada y al hacerlo descubro algo que puede salvarme.

—Quiero regalártela —digo mientras le ofrezco la videoconsola que nos ha acompañado en tantos momentos en esta etapa de unión que hemos tenido—. Toma. Cógela.

Le animo a que lo haga con una sonrisa y ella, con desconfianza, acaba aceptando.

—¿Por qué me la regalas?

—Porque quiero que la tengas tú. Es un regalo de tu tía favorita.

Intento suavizar el ambiente y le oculto parte de la verdad tirando por el camino del despiste. Decir en voz alta que le hago entrega de la videoconsola para que no se tome a mal la noticia que tengo que darle no me parece muy correcto. Y sí, soy consciente de que, en parte, estoy comprando su reacción. Pero también soy consciente de mis límites y nunca he ensalzado lo bien que se me dan las conversaciones importantes.

Enciende la videoconsola y yo la observo en silencio mientras intento ponerle un poco de orden a mis pensamientos. Una cuestión difícil y la cual no he sabido gestionar desde que recibí la noticia, ¿cómo voy a ser capaz ahora, en unos segundos, de encontrar las palabras adecuadas para contárselo a la pequeña? Respiro hondo, cuento hasta diez, y decido soltarlo sin más, sin adornos ni medias tintas.

—Tengo que irme.

—¿Puedo quedarme aquí jugando en tu habitación? —pregunta sin levantar la vista de la pantalla.

—Puedes quedarte y venir siempre que quieras. Tienes acceso ilimitado —respondo y ella clava su mirada en la mía como si se esperase algo más—. Me marcho, peque —confieso y el corazón empieza a latirme exageradamente rápido—. Tengo que volver a mi casa.

—Pero esta es tu casa.

—Sí, pero tengo otro lugar al que volver.

Prefiero decirle eso a tener que explicarle que, en realidad, no tengo ninguna casa, que seré un parasito ocupa en el hogar de otra persona.

—¿Por qué?

—Porque la vida es así y supongo que ahora me toca jugar a la vida adulta.

Intento hacérselo entender de la mejor forma posible, pero algo me dice que no está funcionando.

—¿Y te vas?

Le dedico una pequeña y triste sonrisa y su ceño se frunce un poquito más.

—¿Y no vas a volver?

—Volveré —aseguro—. Y seguiremos viendo Buffy y creo que hasta podremos jugar a la videoconsola aunque estemos separadas.

—Pero ya no me llevarás al cole.

Agacho la cabeza para ocultarme de su mirada y suelto en un susurro un «no». Espero que diga algo, lo que sea. Pero no sucede. Mis ojos vuelven a conectar con los suyos y se me parte el alma al descubrir que está a punto de llorar. Quiero encontrar las palabras

para reconfortarla y decirle que todo estará bien, pero vuelvo a ser ese adulto poco funcional que no sirve cuando las cosas se complican.

La pequeña deja la videoconsola a un lado, sobre la cama, y se baja sin decir nada más. Camina hacia la puerta sin pronunciar una despedida y a mí se me escapa una lágrima rebelde y totalmente involuntaria.

—Vaya, parece que eres una experta en romper corazones.

Escucho la voz de mi hermano y me aparto la lágrima de la mejilla con rabia antes de levantarme y obviar por completo su comentario.

—¿Qué quieres? —pregunto mientras vuelvo a doblar una camiseta que ya estaba doblada.

—Solo quería ver qué tal estabas.

—Pues estupendamente. Ya puedes marcharte.

Intento que nuestra conversación sea lo más breve posible, pero creo que él tiene otro objetivo, ya que se acerca y pone una mano sobre las mías para detenerme.

—No tienes por qué hacerte la fuerte conmigo.

Le clavo la mirada con algo de dureza y, por primera vez en mucho tiempo, puedo ver que él no tiene ganas de pelea ni de hacerme rabiar.

—Me voy —le confieso—. He encontrado trabajo en la ciudad, así que me vuelvo.

—Sí, eso he escuchado. Mamá está destrozada.

Me impacta lo que dice. Sé que a mi madre no le ha sentado del todo bien la noticia, pero su confesión son palabras mayores.

—Di que sí, arréglalo —señalo—. Jódeme un poquito más.

—No es mi intención, créeme. Solo te hago ver la realidad porque las dos sois unas cabezotas y ninguna se va a atrever a confesar a la otra lo mucho que os vais a echar de menos.

Nos quedamos mirando. Él a la espera de que yo diga algo y yo a la espera de que a mi cabeza se le ocurra algo.

—Ella estará bien. Tiene una vida muy entretenida aquí —suelto antes de girarme y dirigirme hacia el escritorio con la idea de que se marche rápido.

—Sí. Es verdad. No para —señala—. Pero eso no quiere decir que no vaya a echarte de menos. Ya estoy temblando de pensar en lo mucho que va a calentarme la cabeza hablándome de ti.

—Se le pasará. Sobrevivirás.

Escucho su risa y eso provoca que me gire de nuevo para observarle.

—Mamá es una pesada hablando de ti —confiesa—. Muy pesada —recalca.

—Ya, claro.

—¿No me crees? —cuestiona son una sonrisa—. Pregúntale a Rocío —indica—. Sus visitas se centraban en Belén, Belén y más Belén. «¿Cómo estará tu hermana? Esta semana dan lluvias, ¿crees que debería llamarle para decirle que se eche el paraguas cuando salga de casa? ¿Le preparo un bizcocho y se lo mando? ¿Crees que pasará más días aquí en casa estas navidades?»

Hace un breve recopilatorio de lo que parece ser algunas de sus conversaciones y yo, un poco a la defensiva, me cruzo de brazos. A mi mente vuela el recuerdo de Miriam comentándome justamente eso, que mi madre habla mucho de mí. Ya es casualidad que dos personas que no tienen casi trato coincidan en lo mismo.

—Deja de fruncir el ceño y créeme. Creo que mamá te quiere más a ti que a mí.

—Pero eso es normal —alardeo.

—Imbécil.

Agarra un cojín de la cama y me lo tira con tanta velocidad que soy incapaz de esquivarlo. Aguanto la sonrisa de la forma más estoica posible y dejo el arma arrojadiza sobre el colchón. No quiero provocar una guerra antes de irme.

—Te vamos a echar de menos —confiesa.

—¿Vamos? —cuestiono para molestarle.

—Sí, Belén. Vamos —asegura—. Generalizo, aunque a mí no me cuentes —puntualiza—. Pero no sé qué ha visto mi hija en ti —dice mientras me mira de arriba abajo y niega con la cabeza.

—Supongo que a la mejor de la familia.

—Ese suponer es mucho suponer.

—Eres un capullo. Lo sabes, ¿verdad?

Sonríe divertido y, sin esperarlo, se acerca y recorta toda la distancia que nos separa para abrazarme. En un primer momento dudo, incluso me echo un poco hacia atrás porque ese movimiento es poco común entre nosotros y creo que es algún tipo de ataque. Pero acabo relajándome y confiando y le devuelvo el gesto. Siento que deja un beso sobre mi pelo y contengo con todas mis fuerzas las ganas de soltarle algún comentario irónico.

—Bueno, ya está —dice de repente, separándose de golpe.

—Sí, ya está.

Carraspeo y saco pecho en lo que él también vuelve a una postura más formal antes de dirigirse hacia la puerta.

—Que te den —dice mientras levanta el dedo corazón.

—Que te den a ti, capullo.

Agarro el cojín y se lo lanzo, pero no llego a darle. Desaparece demasiado rápido y le escucho bajar las escaleras en lo que va informándole a mi madre de que le estoy atacando.

—Maldito imbécil —susurro sonriente.

***

Llevo prácticamente todo el día encerrada en mi habitación con la excusa de que tengo que preparar todas mis cosas. La realidad es que terminé en unos treinta minutos, pero la coartada me viene muy bien para no tener que enfrentarme a lo que, inevitablemente, tengo que enfrentarme. A la señora a la que le debo la vida.

Nuestros acercamientos se han visto afectados desde la noticia de mi marcha y, aunque una parte de mí, muy grande además, tenía la intención de dejarlo estar, la conversación con mi hermano ha hecho que un sentimiento de culpa crezca y crezca hasta sentir que empieza a ser agobiante. Y mucho.

Salgo de mi habitación, agudizo el oído desde la planta de arriba de la casa y no escucho nada. Sé que mi hermano, mi cuñada y la pequeña se fueron hace rato y que mi madre no me ha informado de que salía. Así que me sorprende tanto silencio. Aún así, me animo a bajar para descubrir dónde está.

No hay rastro de ella en el salón, la televisión ni siquiera está encendida. En la cocina tampoco está y el horno, en el que suele

hacer esos bizcochos tan maravillosos a los que tanto voy a echar de menos, está apagado.

Me asomo al patio y, sin quererlo, se me escapa una pequeña sonrisa al verla, totalmente en su mundo, podando una planta.

—¿Hoy no sales? —pregunto y ella, tras el respingo inicial, me mira durante unos segundos antes de volver a lo suyo.

—Tenía cosas que hacer en casa.

Me acerco tras su breve explicación, muy poco propio en ella, y clavo la atención en lo que está haciendo. Ralentiza la marcha para, finalmente, dejar las tijeras sobre la mesa y dar por acabada su labor con esa planta. La coge, se aleja de su sitio de trabajo, y la pone junto al resto. La mira con mucho interés e incluso toma algo de distancia para observarla mejor y comprobar su buen trabajo.

—Te ha quedado muy bien —aseguro mientras me acerco—. Hasta diría que es tu mejor trabajo.

Admiro su labor para tantear el terreno y también, por qué no decirlo, para ganar algo de puntos y confianza antes de entablar la conversación que tenemos pendiente.

Ignora lo que acabo de decir y agarra una nueva planta para llevarla a la mesa con la clara intención de hacer lo mismo que con la anterior.

Resoplo, ruedo los ojos y la sigo. No quiere cooperar y eso me viene bastante mal.

—¿Quieres que te eche una mano? —le pregunto en cuanto llego de nuevo a su posición.

—No es necesario —asegura—. Puedes ir a acabar de guardar tus cosas.

Me deja libre sin tan siquiera mirarme a los ojos y toda esta situación empieza ya a molestarme un poquito. No soporto esta actitud suya. Prefiero mil veces su versión de meterse en todo y querer saberlo todo.

—Mamá, para.

Se lo pido posando una mano sobre una de las suyas, impidiendo así que siga trabajando. Me mira extrañada y veo que pretende decir algo, pero acaba reculando y guarda silencio antes de romper nuestro contacto para intentar seguir con lo suyo.

—¿En serio? —cuestiono—. ¿Puedes dejar de tener esta actitud de niña pequeña? Hasta Paula me ha dejado tener una conversación con ella.

—La pobre —dice mientras se lleva una mano al pecho y yo ruedo los ojos con su dramatismo tan mal orquestado—. No lo va a llevar nada bien.

—¿Y tú? ¿Cómo lo vas a llevar?

Aprovecho sus palabras para meterme de lleno en la conversación que tenemos pendiente.

—Ya te fuiste hace años.

Es esquiva e incluso me aparta la mirada para observar la planta.

—Sí, pero ambas sabemos que ahora es diferente.

Se queda clavada en el sitio y, a cada segundo que pasa, me sorprende más el hecho de ser yo la que esté tirando de la conversación.

—Mamá, tenemos que hablar de esto —insisto—. No podemos hacer como si nada y ya está.

—Voy a estar bien —asegura.

—Lo sé. Soy muy consciente de ello. Pero quiero que estés bien de verdad —aclaro.

—Lo estaré —señala—. ¿Y tú?

Me devuelve la pregunta mirándome directamente a los ojos y un nudo inquietante se me forma en la garganta.

—Lo estaré.

Fuerzo una sonrisa para intentar hacerle ver que así será, pero creo que las dos somos conscientes de que no tengo esa seguridad.

—Y nuestra relación también va a estar bien —afirmo, aunque ella no me mira muy confiada—. Vamos a lograr que así sea.

Agarro una de sus manos y se la aprieto con cariño. Ella baja la mirada a ese gesto y percibo una pequeña sonrisa en sus labios que logra tranquilizarme un poquito.

—¿Me llamarás todos los días? —pregunta.

—Todos los días igual es demasiado —respondo y su ceño se frunce—. ¿Qué tal cada dos?

Acepta a regañadientes y sellamos el trato con un apretón de manos.

—¿Cada cuanto tiempo vendrás?

—Eso no solo depende de mí —contesto y ella alza una ceja—. Voy a tener trabajo. ¿Lo recuerdas?

—Sí, un trabajo en una oficina con los fines de semana libres. Lo recuerdo.

Suelto un «cierto» y la sonrisa victoriosa aparece en sus labios.

—¿Qué tal un par de fines de semana... al trimestre?

Lanzo esa posibilidad para provocarla un poquito y ella no tarda nada en mirarme muy mal y tirarme un pellizco en el costado.

—¡Oye! —protesto llevándome una mano a la zona afectada—. Un fin de semana al mes con posibilidad de dos.

Le propongo una nueva oferta sin que ella sepa que, en realidad, mi idea es la de venir todos los fines de semana. Aún así, acepta. Ya es más que lo que teníamos antes de tener que pasar obligatoriamente esta temporada aquí en casa con ella.

—Al final no he estado tan mal aquí —le confieso.

—¿Y por qué ibas a estarlo?

Asiento dándole la razón porque ella, que yo sepa, en ningún momento ha descubierto el gran caos que había en mi cabeza ante la idea de tener que convivir de nuevo juntas.

—Hasta creo que voy a echarte un poquito de menos y todo.

Abre la boca muy sorprendida con mis palabras. Normal. Hasta yo misma lo estoy. No sé de dónde ha salido la confesión.

—¿Puedes volver a repetirlo para poder grabarlo?

Me pregunta mientras se saca del bolsillo el móvil.

—No te pases —le pido y ambas acabamos sonriendo.

—Yo también voy a echarte de menos.

Se acerca, deja un beso en una de mis mejillas y me sonríe con cariño mientras coge una de mis manos. Me suelto de su agarre, pero solo para poder acercarme mejor y darle un abrazo. Suelto el aire retenido en los pulmones y me relajo con ella entre mis brazos mientras siento que acaricia mi espalda.

—Espero que me enseñes todo lo que aprendas en el taller de fotografía —digo tras soltarnos.

Una petición solida para hacerle ver que, de verdad, estoy dispuesta a que nuestra relación siga así y que no vuelva a enfriarse. Me responde muy sonriente con un «eso está hecho» y, tras el abrazo, agarra las tijeras dispuesta a seguir con la labor que estaba realizando antes de entorpecer su trabajo.

—¿Tienes ya todo listo?

—Sí. Pero no encuentro el jersey negro —respondo y, de nuevo, intento pensar dónde lo he dejado.

—Lo tiré —suelta, sin más.

—¿Qué? —pregunto sorprendida y ella asiente tranquila y sin mirarme—. ¿Por qué lo tiraste?

—Porque estaba parar tirar.

—No estaba para tirar, solo un poco viejo.

—¿Un poco viejo? —cuestiona, mirándome—. Tenía agujeros y manchas de lejía.

—Estaba nuevo —insisto y ella niega con la cabeza.

No dice nada más y yo aprovecho para tranquilizarme porque no quiero terminar esta etapa con una pelea. Creo que no nos lo merecemos.

—¿Qué tal fue con Miriam?

—¿Con Miriam?

Le devuelvo una pregunta y ella, prestándole toda la atención a la planta, asiente.

—¿Vais a seguir en contacto?

Reformula la cuestión y en mi cabeza resuena un «oh, mierda». Ha vuelto a escena esa versión suya que quiere saberlo todo. Pero a mí no me viene bien. Nunca me ha venido bien. Pero ahora mucho menos.

—Supongo —susurro tras un breve silencio.

Gira el rostro inmediatamente y me clava la mirada.

—No me digas que todavía no has hablado con ella sobre tu marcha —comenta, examinándome—. Belén, por Dios.

—Mamá, no blasfemes.

—No me vaciles, señorita —advierte—. Además, eso no es blasfemar. Es tomar el nombre de Dios en vano.

Frunzo el ceño ante esa aclaración y omito el querer preguntarle cuál es la diferencia.

—Tienes que hablar con ella.

Resoplo y me giro con la clara intención de acabar con nuestro encuentro. No me gusta el camino que empieza a tomar la conversación. Pero ella me agarra del brazo y frena mis pasos.

—Tienes que hablar con ella —me repite—. ¿De verdad vas a irte sin más?

—¿Y qué más da? —cuestiono a la defensiva—. No es como si estuviéramos prometidas.

—Belén, así no se hacen las cosas.

—Pues yo las hago así.

Se me queda mirando con cara de decepción y me suelta. Es consciente de que he tomado una decisión y no pienso ceder. ¿Acaso iba a cambiar algo el hecho de decirle a la cara que me voy y que lo que hemos estado construyendo se acaba? No veo la necesidad de tener esa conversación. No entiendo por qué iba a querer enfrentarme a su expresión dolida y a una despedida real. Con mi familia es diferente, van a seguir aquí cuando vuelva de visita, pero con Miriam no será así. Ella seguirá adelante y nuestra relación se enfriará y desaparecerá. Es mejor marcharse así, sin más implicaciones y con la dudosa certeza de lo que podría o no haber sido.

***

Observo sentada en la cama la videoconsola sobre la mesita de noche. He guardado todas mis cosas menos eso. Sé que la pequeña la rechazó, pero una parte de mi piensa en la posibilidad de que la acabe aceptando y que ese malestar que siente conmigo se desdibuje un poco. Aunque no las tengo todas conmigo. Paula ha demostrado ser muy inteligente y tener bastante carácter y no creo que se olvide tan fácil del daño que le he podido causar con la decisión que he tomado.

Resoplo frustrada y me tumbo sobre el colchón. Aún no sé cómo he llegado a esta situación ni cómo tomé la decisión de

largarme. Supongo que por pura inercia. Es lo que tengo que hacer y ya está. Aunque, si es así... ¿Por qué no dejo de pensar en ello? ¿Por qué no soy capaz de dejar de pensar de una maldita vez?

Escucho la puerta de casa y sospecho que mi madre ha decidido hacer, ahora ya en solitario, alguna de esas actividades a las que me ha estado arrastrando desde que puse un pie en esta casa. Pero escucho pasos en la escalera y me apoyo sobre un codo para tener mejor visibilidad. No espero ninguna visita, pero ojalá la pequeña haya cambiado de opinión y venga a por su regalo.

Se me colapsa el sistema entero cuando mis ojos descubren a la persona que ha venido a verme y mis ganas por desaparecer aumentan con cada paso que ella recorta entre nosotras.

Se adentra un par de pasos en la habitación sin dejar de mirarme y yo siento que he perdido hasta la capacidad de respirar. Esto no debería haber sido así. Me incorporo aún sobre la cama y me armo de valor para no romper el contacto visual con ella.

—Qué sorpresa verte por aquí.

Logro decir y ella me observa con una sonrisa irónica en los labios. Nada que ver a esas tan bonitas que me ha estado dedicando todos estos días atrás.

—Te sorprende verme por aquí —comenta—. Imagina mi sorpresa al enterarme de que te largas y que no me habías dicho nada.

—¿Cómo te has...? —cuestiono sorprendida—. Mi madre —me autorespondo en un susurro.

—¿Qué más da quién haya sido? Aquí lo que importa es que tú ni te has tomado la molestia de contármelo —señala—. ¿Tan insignificante he sido?

—¿Qué? No. Claro que no. Es solo que...

Le aparto la mirada sin terminar la frase, ya que no sé qué decirle. Es así de sencillo. No sé por qué he sido así de imbécil. Soy consciente de que debía haberse enterado por mí, que nuestra despedida no debería haber sido así.

—¿Es una venganza por haberte dado de lado en el instituto? —pregunta y mi mirada rápidamente busca la suya y la encuentra vidriosa, emocionada—. Déjame decirte que es cruel.

—No, Miriam. No.

Me levanto y me duele que, al intentar acercarme, ella retroceda.

—Por supuesto que no es una venganza —digo de la forma más contundente posible—. ¿Cómo puedes pensar eso?

No responde y ahora es ella la que esquiva mis ojos. Y es normal. Me pongo en su posición y sería incapaz de mirarme. ¿Cómo he sido capaz de hacerle esto? ¿Por qué pensé que largarme sin más era la mejor de las ideas? Soy una persona despreciable.

Cierro los ojos, intento ordenar todo lo que pienso y siento y, tras abrirlos y con miedo a un nuevo rechazo, avanzo un par de pasos para estar más cerca. Esta vez ella no se mueve, pero tampoco me mira. Creo que su cabeza también va a mil por hora.

—Lo siento —confieso—. No lo he hecho bien.

—No lo has hecho nada bien —susurra sin levantar el rostro, ocultándose de mí.

—Debí haber sido valiente y habértelo contado, y te juro que iba a hacerlo la otra noche, pero me sorprendiste con tu confesión y todo lo que tenía en mente se me vino abajo por completo.

—Así que la culpa es mía —dice con ironía.

—Ambas sabemos que no es así —señalo y me atrevo a levantarle el rostro suavemente con la mano para poder mirarle directamente a los ojos—. He sido una cobarde —confieso ante su mirada cristalina.

—Un poco sí —señala a media voz y a las dos se nos escapa una pequeña sonrisa.

—Y no he sido una cobarde solo por no contarte que me marcho. Lo he sido porque...

Vuelvo a quedarme sin palabras y empiezo a cabrearme conmigo misma. Estaría bien dejar de ser una cobarde y afrontar la realidad sin querer ocultarme o escabullirme.

—Lo he sido porque tengo sentimientos por ti y no he sido capaz de confesártelo. Ni siquiera he sido capaz de ponerle nombre a lo que he estado sintiendo hasta ahora.

Lo suelto por fin y siento el latido de mi corazón por todo el sistema.

Y juraría que ella está más sorprendida que yo de las palabras que acabo de pronunciar. Una lágrima cae por su mejilla y yo no tardo nada en apartársela con el pulgar.

—Lo siento —repito—. De verdad que lo siento.

—Eres una imbécil —suelta mientras intenta controlar la emoción.

Protesto con un «oye» y un intento de sonrisa aparece en sus labios.

—Me ha encantado volver a conocerte —confieso.

La observo mientras intenta controlar la respiración para no dejar que las emociones tomen el mando por completo.

—¿No hay ninguna posibilidad de que te quedes?

—El trabajo me llama.

—En mi taller tienes todo el trabajo que quieras.

Sonrío con su propuesta y me emociona pensar que, a pesar de mi estúpido comportamiento y de haberle ocultado mi marcha, sigue queriendo tenerme cerca.

—Mi lugar está en otro sitio —señalo y ella baja la mirada.

Se me forma un nudo en la garganta e intento controlar mis emociones. No quiero ponerme a llorar y hacer que nuestra despedida sea aún más dura. No creo que sea justo para ninguna de las dos.

Agarro su rostro con ambas manos, nos miramos directamente a los ojos durante unos largos segundos y, antes de que sus labios pronuncien una despedida, la beso. Y es un beso diferente a todos los que hemos tenido. No es demandante, no hay ansiedad, ni prisa. Hay cariño y pesar y, en mi caso, la angustia de no saber qué podríamos haber sido.

29

Dejo la mochila junto a la maleta al lado de la puerta de casa y con este simple gesto la emoción, que he estado sintiendo durante todos estos días, aumenta un par de grados más. Ha llegado el momento, no puedo retrasarlo más. Mañana tengo que firmar mi nuevo contrato y aún me queda la vuelta a la ciudad e instalarme.

Sé que en casa solo está mi madre. He estado esperando arriba el tiempo suficiente para no montar una nueva escena de despedida con mi hermano, mi cuñada y la pequeña. No sé si soportaría romperle el corazón una vez más a Paula. Quizás, y con suerte, cuando vuelva a verme se le haya pasado un poquito el enfado y podamos volver a jugar a la videoconsola o pintar juntas.

Avanzo hacia la cocina y, nada más entrar, me encuentro a mi madre apoyada contra la encimera con una taza de café en la mano y la mirada completamente perdida.

—Buenos días.

Mis palabras no logran captar su atención. Inquietante.

—Mamá, ¿estás bien?

Me acerco un poco más y chasqueo los dedos para traerla de vuelta.

—¿Ocurre algo? —pregunto cuando su mirada por fin me localiza.

—Nada. Solo estaba pensando en mis cosas.

Fuerza una sonrisa y yo asiento no muy convencida con su respuesta. Pero tampoco quiero insistir. Muy posiblemente con su «pensando en mis cosas» se refiera a que aún está dándole vueltas al hecho de que me voy. Anoche mismo, mientras cenábamos, intentó convencerme de todas las formas posibles. Me dijo que me daría más espacio, que no se metería tanto en mis cosas y que

dejaría de arrastrarme a sus actividades sociales. Y, aunque intenté ser lo más fuerte posible, una parte en mi interior tuvo muchísimas ganas de aceptar el trato. Pero tengo que seguir adelante. Tengo que hacer mi vida.

—Ya solo tengo que meter las cosas en el coche —le informo.

—¿Quieres que te eche una mano?

La verdad es que no es necesario. Puedo sola y tampoco me importaría dar dos viajes para cargarlo todo. Pero es lo último que vamos a hacer juntas en esta aventura improvisada que hemos tenido. Así que asiento con la cabeza y ella me sigue por el pasillo hasta la puerta principal.

Me mira tras examinar mi equipaje. Creo que ha pillado perfectamente que en esta labor no necesito un par de manos extra. Aún así, guarda silencio, agarra la mochila y me deja salir primero al exterior.

Caminamos en total silencio, abro el maletero del coche y me tomo todo el tiempo del mundo para colocar el equipaje. Una parte de mi quiere alargar este momento todo lo posible. Aunque no entiendo muy bien el por qué. No es como si no fuese a volver. No es una despedida definitiva.

—Vendré pronto —digo, mirándola.

Ella asiente y percibo una ligera capa cristalina en su mirada.

—En serio. Nos veremos muy pronto.

Intento sonar lo más convincente posible, pero no sé si ella me cree del todo.

—Ten cuidado con este trasto —dice, señalando mi coche—. No me fío.

—Tranquila. Nos entendemos muy bien.

Sonrío, pero no logro el mismo efecto en ella. Parece que hoy no voy a poder robarle una sonrisa, está completamente entregada al drama.

—Avísame cuando llegues. Y avísame de verdad —aclara—. No me avises mañana o dentro de cuatro días.

—Hecho. Te llamo en cuanto me instale.

Nos miramos en silencio y vuelvo a convertirme en ese ser sin capacidad para afrontar una situación difícil o complicada. Ya nos

despedimos cuando tuvimos la conversación en el patio de casa, y también lo hemos hecho un par de veces más en absoluto silencio, solo con la mirada y repitiendo nuestros planes. Cenando pizza, viendo un nuevo capítulo de la serie de médicos, pintando una figura... Pero ahora es definitivo. Ahora es de verdad e intento que salga alguna palabra por mi garganta. Y es imposible.

—No hagamos esto más duro de lo que es —dice mi madre.

Se acerca, me da un abrazo firme y deja un beso sobre mi mejilla.

—Cuídate. Y llámame si necesitas algo. No me hagas tener que hacerte visitas sorpresa.

Me advierte con una ceja alzada y yo cierro el trato devolviéndole el beso mientras siento que la emoción vuelve a tomar el control. Me aparto con rapidez y bajo la mirada para meterme en el coche sin querer volver a tener contacto visual. No quiero que me vea así. Tengo que ser fuerte y demostrarle que puedo con esto.

Me abrocho el cinturón, arranco y pongo el vehículo en circulación. Me repito «no mires atrás, no mires atrás, no mires atrás», pero acabo haciéndolo echando un vistazo a lo que dejo atrás a través del espejo retrovisor. Mi madre sigue en la calle, observándome desde la distancia y a mí se me escapan un par de lágrimas. Las aparto e intento recomponerme lo más rápido posible. Tengo que concentrarme en la carretera y alejar todo recuerdo y sentimiento hasta que llegue a mi destino. Enciendo la radio y subo el volumen para que mi mente se focalice en la melodía y nada más.

Y cuando creo que mi idea está funcionando, sucede.

Paso por la puerta del taller y, justo en ese momento, veo que Miriam se baja de su vehículo y entra en su negocio.

El corazón me late muy rápido, puedo sentirlo en cada centímetro de mi cuerpo.

Levanto el pie del acelerador. Tengo que bajar el ritmo e intentar tranquilizarme. No puedo conducir así. Las manos empiezan a sudarme y suelto el volante un segundo para secármelas con el pantalón.

Detengo por completo el vehículo a un lado de la carretera. Creo que es lo mejor que puedo hacer en esta circunstancia.

Controlo la respiración y cierro los ojos.

—Tranquilízate, Belén —me digo.

Mi método empieza a funcionar. Me noto más serena. Pero me dura poco. Muy poco. Todo empieza a descontrolarse de nuevo cuando pienso en mi madre, en la pequeña Paula y en Miriam, a la que acabo de ver. ¿Va a ser así también cuando esté lejos de aquí? ¿Voy a tener estas crisis cuando piense en ellas? O quizás no se trate solo de pensar en ellas, quizás todo se deba más a que, de una forma que desconozco, me están atando a este sitio. Sea como sea, creo que no va a ser muy sano vivir así.

Me enderezo, suelto un suspiro y vuelvo a poner el coche en movimiento. Y esta vez me tomo mi tiempo. Tengo que ordenar el caos que hay en mi cabeza. Asentar mis sentimientos e intentar buscar una solución a lo que me está pasando. Hace años salí de este pueblo con la idea de no volver jamás. Y ahora la realidad me golpea de una forma diferente. Ahora solo pienso en cómo será la próxima vez que vuelva, en cómo será el reencuentro, en si mi madre estará esperándome con una nueva aventura para hacer juntas, en si la pequeña me habrá perdonado y en si Miriam podrá mirarme de nuevo a los ojos.

Detengo de nuevo el vehículo y me sorprende el sitio elegido. No era mi intención de nuevo pasar por aquí. No creo que pueda sentarnos bien otra despedida. Pero aquí estoy. Parada frente al taller de Miriam.

Se me dispara el corazón al ver que alguien sale, pero es solo Javi, que se sube a la grúa y se marcha. Tomo aire, lo suelto lentamente y pienso en cómo es posible que esté tan nerviosa. Quizás es por el hecho de no saber qué estoy haciendo. ¿Qué demonios se supone que estoy haciendo aquí parada delante de su taller? Es posible que sí, que mi mente y mi cuerpo necesiten otra despedida para cerrar el círculo y poder marcharme tranquilamente.

Me bajo del vehículo y, con la idea clara de volver a encontrarnos, me tomo mi tiempo caminando despacio. ¿Qué voy a decirle cuando la vea? ¿Acaso querrá ella verme? No hemos acabado tan mal. Solo le oculté información y, como consecuencia, le hice daño.

—Muy bien hecho —susurro para mí de forma iónica.

Me paso la mano por la cara y me detengo a un par de pasos de la entrada. Giro la cabeza y miro hacia mi coche. Puedo irme. Puedo hacerlo sin problema y ella nunca sabrá que he estado aquí. Quizás sea lo más correcto. Ya nos despedimos. Ya pusimos punto y final.

Y aunque todo eso es lo que pasa por mi mente... Mi cuerpo parece que tiene vida propia y piensa todo lo contrario. Me adentro en el taller e intento encontrar con la mirada a Miriam. Pero no la veo. Presto atención, escucho un ruido ligero e intento ver de dónde procede. Creo que el origen hasta al fondo del recinto, así que sigo avanzando hasta que la veo. Lleva su uniforme puesto y parece estar batallando con un carrito de herramientas. Tira un par de utensilios al suelo y cierra los cajones con rabia. Nunca la había visto así, no desde que, cuando éramos niñas, perdió su estuche de colores favorito. Aunque claro, me he perdido muchos acontecimientos de su vida.

—Igual estás siendo un poco dura —logro decir para captar su atención.

Sus ojos se clavan rápidamente en mí y me sorprende ver su gesto. Parece cansada y triste y cabreada y un poco de todo a la vez.

—¿Qué haces aquí? —pregunta sin dejar de mirarme—. ¿No deberías haberte ido ya?

—Sí. Iba de camino.

Asiente y, sin esperar a que diga nada más, se gira y sigue con su labor. La cual desconozco, pero parece que está tratando de encontrar alguna herramienta. Vuelve a ser brusca y un poco violenta con el material y, sin saber muy bien qué hacer, me acerco.

—¿Quieres que te ayude?

—No. Solo estoy buscando una cosa —responde mientras abre un par de cajones.

—Para. Para.

Me atrevo a agarrar sus manos para detenerla y hago que su atención se focalice de nuevo en mí.

—¿Qué te pasa? —pregunto con cautela.

—¿Qué me pasa? —cuestiona, mirándome con intensidad antes de negar con la cabeza—. ¿Qué estás haciendo aquí, Belén?

Buena pregunta. Muy buena.

Me observa en completo silencio, esperando a que yo diga algo. Pero no tengo una respuesta para darle. Esa es la realidad.

—No lo sé —susurro.

—Muy bien. Eso está genial.

Lo suelta irónica y se deshace de nuestro contacto con la clara intención de darme la espalda y seguir a lo suyo. Pero la detengo moviéndome con rapidez y colocándome delante.

—¿Qué haces? —pregunta.

—No lo sé —repito—. No me hagas preguntas que no sé responder —señalo molesta, pero no con ella, conmigo misma.

Se queda mirándome sin saber qué está pasando. Entendible. Yo tampoco me entiendo.

—Tengo trabajo —señala—. Y tú... Tú tienes que irte.

Me lo recuerda y, de forma instantánea, un fuerte nudo se me instaura en la garganta. A ella le brilla la mirada. Se da cuenta de la emoción que empieza a ser visible e intenta esquivarme para ocultarse de mí.

—¿Por qué estás así? —pregunto, sorprendiéndome de mi valentía.

Ella se detiene, pero no me mira. Parece estar pensándose la respuesta.

—¿Así cómo? —cuestiona—. ¿Enfadada? ¿Molesta? ¿Dolida?

Nuestras miradas vuelven a conectar y creo que hubiese preferido que no. Se aparta una lágrima antes de que yo pueda hacerlo.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Cómo quieres que esté? Habíamos conectado. Y sé que era mutuo —señala—. Me había vuelto a ilusionar y hasta pensaba que igual podríamos tener una oportunidad —aclara mientras otra lágrima cae por su mejilla—. Pero tú tenías otros planes. Unos en los que yo no formaba parte en ningún sitio. Así que sí, Belén. Estoy jodida. Eso es lo que me pasa.

Su confesión me deja totalmente clavada en el sitio. No me salen las palabras. De nuevo vuelvo a ser esa persona incapaz de

mantener una conversación importante. Ella sonríe irónica ante mi silencio y la angustia empieza a crecer en mi interior.

—Márchate, Belén.

Lo dice a media voz y esta vez no freno sus pasos cuando intenta alejarse. Soy un ser inerte y estúpido que va a lograr que la conexión más increíble que ha tenido con una persona acabe de forma catastrófica.

—Creo que no quiero irme —susurro para mí y siento cómo un pequeño resquicio de alivio empieza a recorrer mi sistema—. No quiero irme —repito sin elevar la voz y una sonrisa aparece en mis labios.

Me giro y Miriam camina de espaldas hacia un vehículo, totalmente ajena a la confesión que acabo de tener conmigo misma.

—¡No quiero irme! —grito y sus pies se detienen de golpe.

Se gira, nos volvemos a mirar, y yo comienzo a avanzar hacia su posición.

—No quiero irme —repito y la sensación de alivio crece y crece mientras ella me mira con desconfianza—. Es curioso porque hace unos meses, cuando descubrí que tenía que volver a este pueblucho, solo tenía ganas de llorar —le confieso antes de detenerme delante de ella—. Y hace un momento estaba llorando porque tenía que irme de aquí —digo a la vez que sonrío sin poder creerme lo que estoy diciendo—. Quiero quedarme aquí y que tú formes parte de mi vida.

Puedo sentir que el corazón me late a mil por hora y que ella sigue mirándome sin saber qué está pasando. No sé si es que no he sido clara o es que no me ha entendido.

—Belén, no tienes que...

—Quiero estar contigo. Quiero ver qué puede pasar entre nosotras. No quiero que esta conexión que sentimos se pierda sin haberlo intentando.

Corto sus palabras, intento ser lo más directa posible y ella sonríe ligeramente.

—Tienes un trabajo en la ciudad —me lo recuerda como si estuviera tentándome, como si quisiera comprobar que lo que he dicho es cierto.

—Aún no he firmado nada.

Sus labios se curvan un poquito más y yo sonrío sin ningún tipo de restricción mientras me acerco un par de pasos.

—Pero aquí no tienes trabajo.

—Bueno, conozco a alguien que lleva ofreciéndome un puesto desde que nos volvimos a ver —señalo y ahora sí que sonríe.

—¿Y quién te dice que siga queriendo darte el puesto? —cuestiona sin perder la sonrisa.

—Intuición femenina.

Respondo y coloco mis manos en su cintura.

—Igual estás un...

Y no dejo que diga nada más. La beso como si llevase mil años sin hacerlo. Recordando todos nuestros momentos y con la seguridad de que voy a poder volver a hacerlo siempre que quiera. Mi propia sonrisa corta el contacto de nuestros labios y, al despegarme, observo que ya no hay rastro de tristeza ni dolor en su gesto.

—¿Tenías algo que decirme? —pregunto y ella se muerde el labio inferior—. Me gusta dejarte sin palabras —alardeo.

Niega con la cabeza y ahora es ella la que inicia un nuevo beso.

—¿Estás segura?

Me lanza la pregunta aún pegada a mí, como si no quisiera atreverse a mirarme. Agarro su rostro con ambas manos y con cariño y genero un poco de espacio para que me mire.

—Muy segura —respondo sin ninguna duda.

—Pero te quedarás en este pueblucho —me recuerda.

—Sobreviviré.

Vuelve a regalarme una de esas sonrisas tan bonitas y radiantes antes de recortar todo espacio entre nosotras y abrazarme. Hago lo mismo, descanso la cabeza sobre su hombro y me recreo en lo bien que me siento entre sus brazos.

—Llevo dos semanas sin ordenar ningún papel de la oficina —confiesa.

—¿Dos semanas? —cuestiono sorprendida con todo lo que se me viene encima—. ¿Qué has estado haciendo?

—Quedar contigo.

—Supongo que no tengo escapatoria.

Ríe contra mi pecho y siento que no podría estar en un sitio mejor. En casa.

FIN

EPÍLOGO

Analizo desde la terraza la calle que hay bajo mis pies. Las personas pasan totalmente ajenas a mi observación mientras las identifico, algo que era imposible hace un año atrás cuando mi vida se truncó y tuve que volver a vivir con mi madre. El lugar en el que pasé toda mi infancia y la adolescencia era desconocido para mí. Ahora es diferente. Me he reencontrado conmigo misma y he forjado nuevas relaciones que me han llevado a ver la vida de una forma distinta. Ya no necesito huir de mi pasado, evadir mis sentimientos y no atreverme a hacer aquello que consideraba que podría hacerme daño.

Un ronquido a mi derecha corta mi intenso monólogo interior y, tras un momento de resignación, clavo la mirada en el culpable.

—Menuda vida la tuya —digo mirando a James.

Está tumbado en una pequeña hamaca que le compré y desde la cual disfruta de los días soleados como hoy. Se ha vuelto un poco más tranquilo con el paso de los meses pero, en cuanto ponemos un pie en el parque, vuelve a recargarse de esa energía incansable que tanto le caracteriza.

—¿Todo bien por ahí?

Sonrío al escuchar la voz de Miriam y giro el rostro para mirarla. Lleva una taza de café en las manos y me observa muy atentamente.

—Todo bien.

—Entonces no entiendo por qué no estás haciendo lo que deberías.

Se me escapa otra sonrisa y ella alza una ceja.

—Porque es tú casa y no debo meter las narices.

—Llevas unos cinco meses viviendo aquí y el plan de hoy lo organizamos entre las dos —me recuerda.

Y sí. Lo sé. Soy muy consciente. Pero no he perdido la costumbre de fastidiarla. Creo que se me da bastante bien.

Desde que decidí asentarme de nuevo en el pueblo nuestra relación siguió y siguió avanzando. Sin prisas, pero tampoco sin pausas. Supongo que gran parte de ello se debe a que trabajo para ella y que, inevitablemente, compartimos casi todas las horas del día.

Me acerco hasta su posición, coloco ambas manos en su cintura y la beso. El sabor a café en sus labios es una de las cosas que nunca pensé que llegaría a fascinarme tanto. Supongo que me he vuelto una adicta a esta dulce e intensa sensación.

Susurra un «cuidado» y, cuando me aparto, veo que hace un gesto hacia la taza que aún tiene en la mano. No sería la primera vez que, debido a un acercamiento, se derrame un poco de cafeína por nuestra ropa.

—Que le des más prioridad al café que a mí es algo que está empezando a afectarme —dramatizo mientras niego con la cabeza.

—Supéralo.

Me hago la sorprendida y la ofendida llevándome una mano al pecho y ella sonríe antes de adentrarse al interior de la vivienda. La sigo sin ningún tipo de objeción y mis labios vuelven a curvarse al descubrir en la mesa baja del salón mi taza favorita con el mensaje de «Buffy will patrol tonight». Me la regaló Miriam al poco tiempo de formalizar la relación porque según ella estaba cansada de que le robase la suya y aprovechó una oferta para regalarnos una a mí y otra a la pequeña Paula, con la que he seguido viendo la serie rigurosamente cada viernes por la tarde.

Miriam se sienta en el sofá y yo hago lo mismo justo a su lado. Le doy un sorbo a la leche con chocolate que me ha preparado y la observo mientras clava la mirada en las cajas que hay por el salón.

—Podemos dejarlo para otro momento —digo, captando su atención.

—¿Después de traer todas las cajas yo sola mientras tú observabas la calle? —cuestiona fingiendo que está molesta con mi

poca participación.

Le robo un beso y, aunque sé que no está nada enfadada, algo se alivia en mi interior al separarme de su rostro y descubrir que sonríe.

—No siempre te van a funcionar los besos —señala.

—Siempre puedo probar nuevas cosas.

Niega con la cabeza, pero sin dejar de sonreír y yo vuelvo a robarle otro beso. Esta vez hago que dure más y ella no protesta y se une al ritmo que he marcado. Sitúo una mano en su cintura para atraerla un poquito más y siento que acaricia mi cuello sin que el contacto de nuestros labios se corte en ningún momento. Es más, crece en intensidad y en demanda y, sin esperarlo, Miriam se sube a horcajadas sobre mí. Me aparta el pelo a un lado y sus besos se centran en mi cuello, justo bajo la oreja. Controlo la respiración mientras mis manos viajan hacia su culo y siento una de las suyas sobre mi pecho. Mi cuerpo se mueve involuntariamente contra el suyo, buscando más contacto, y sus labios vuelven al encuentro de los míos regalándome uno de esos besos que hacen que todo en mi interior se detenga. Acaricio sus muslos sobre la tela del pijama y, justo cuando estoy a punto de pedirle que nos vayamos a la habitación, mi móvil, que está sobre la mesa, empieza a sonar.

—No me lo puedo creer —susurro.

Miriam se gira para mirar quién nos está molestando y yo ruego que sea algo importante y no una estúpida llamada comercial.

—Es tu madre —me informa y bufo molesta.

Se baja de mis piernas, recupera su posición anterior a mi lado en el sofá, y yo me tomo unos segundos porque no sé si contestar.

—¿No lo vas a coger?

—¿Cuántas veces nos ha cortado un momento así?

Respondo con otra pregunta y ella se encoje de hombros.

—Igual ha puesto cámaras —dice sonriente.

—Poca broma con eso. La veo capaz. Muy capaz.

Me empuja y yo suelto un bufido antes de responder la llamada.

—¿Qué quieres, madre?

—*Primero: buenos días. Y, segundo: deja de llamarme madre. Me hace mayor.*

—Repito, ¿qué quieres, madre?

Sonrío al escuchar que protesta al otro lado de la línea. Nuestra relación sigue mejorando, pero eso no quita que me siga gustando molestarla, al igual que ella disfruta llevándome a todos sus planes. Lo que ella no sabe es que cada vez me divierto más con sus secuestros improvisados. Hemos conectado y creo que, a día de hoy, puedo decir que tenemos una buena relación madre e hija.

—*Tenemos un problema.*

—¿Tenemos?

—*Sí. Tu hermano y la pequeña han estado aquí y...*

—¿Le ocurre algo a Paula?

Corto su explicación al escuchar que la llamada puede estar relacionada con mi sobrina y Miriam, que sigue a mi lado, se acerca un poco más y coloca una mano sobre mi rodilla.

—*Está bien* —dice y todo mi ser se relaja al completo—. *Pero está muy preocupada porque ha perdido tu videoconsola y piensa que te vas a enfadar con ella.*

—Es su videoconsola. Ya no es mía. No tiene por qué preocuparse de si me voy a enfadar o no.

—*Eso le he dicho yo. Y que no pasa nada si la ha perdido.*

—Vaya, a mí me habrías castigado.

—*No te pongas en el lugar de la pequeña, haz el favor.*

Su argumentación me deja sin palabras y, cuando giro el rostro para buscar apoyo en Miriam, ella está sonriendo muy ampliamente. Parece que disfruta cuando mi madre se mete conmigo.

—*Tienes que ir a verla, sacarle el tema sutilmente y hacerle ver que no estás enfadada.*

—No tienes que decirme cómo debo actuar. Soy adulta, ¿lo recuerdas?

Solo escucho silencio al otro lado del teléfono. Y no es que la llamada se haya cortado, es que mi madre se niega a darme la razón.

—*¿Irás a verla?* —pregunta, ignorando mis palabras.

Miriam se alza, como si acabase de recordar algo, y mi ceño se frunce al ver que levanta el reposabrazos del sofá que tiene en su lado. Saca la videoconsola que creíamos perdida y sonrío al imaginarme la felicidad que va a sentir Paula en cuanto la recupere.

—La guardó aquí cuando se puso a jugar con James —recuerda Miriam.

Miro hacia el cómplice de aventuras de la pequeña, pero no se ha percatado de nada. Sigue tomando el sol en la terraza como si nada más importase.

—Miriam acaba de encontrar la videoconsola. Iré a llevársela en cuanto pueda.

—De camino pasa por casa. Tenemos que hablar del reportaje para el taller de fotografía.

—No tenemos nada que hablar sobre eso —señalo—. No voy a hacer un trabajo sobre un cuenco de frutas, mamá.

—Pero es artístico —apunta—. *Todos los grandes artistas empiezan con algo sencillo y que...*

—Adiós, mamá.

Cuelgo sin dejar que termine. Ya sé lo que me va a decir. Va a intentar convencerme de hacer las fotos que ella quiere. Y no. No voy a ceder. No esta vez.

—Un día de estos, después de que le cuelgues, va a aparecer por la puerta —apunta Miriam.

—Pues es tan simple como no abrirle —sugiero—. Como si eso fuera a impedirle algo —susurro al darme cuenta de que eso no la frenaría y ella sonríe.

La observo coger una de las cajas que hay en el suelo y la coloca sobre la mesa antes de sentarse de nuevo a mi lado. Dentro hay recuerdos de su vida compartida con otra persona, una a la que amó y a la que aún guarda tanto cariño. Lo sé por la forma en la que habla de ella y en cómo me cuenta alguna que otra anécdota. Ha tenido que ser un proceso duro y muy difícil, por eso nunca he forzado una conversación y he respetado su tiempo.

—Podemos dejarlo para otro momento —repito—. No hay prisa, Miriam.

—Lo sé. Pero me apetece hacerlo aquí contigo —confiesa mientras posa una mano sobre mi mejilla y una pequeña emoción empieza a florecer dentro de mí—. Todo lo que hay aquí es una parte de mí y de lo que soy y quiero que formes parte de ello —aclara—. Sé que tampoco va a ser fácil para ti, así que puedes irte si quieres. No voy a enfadarme.

Lo dice con total sinceridad y yo agarro la mano que había sobre mi mejilla para darle un beso.

—Te quiero, Miriam —declaro—. Y no voy a dejarte sola en esto.

Su mirada se vuelve cristalina y me regala una pequeña sonrisa antes de asentir y soltar un suspiro.

Suelto su mano, pero coloco la mía sobre su pierna para enfatizar el significado de mis palabras y hacerle sentir que de verdad estoy con ella. Susurra un «vamos allá», abre la primera caja y, mientras sus ojos se mueven curiosos mirando todos esos recuerdos, los míos se focalizan en ella. En la persona que me ha ayudado a recomponerme y a reconciliarme conmigo misma. Susurro un «te quiero» y ella busca rápidamente nuestro contacto visual. Sonríe con una de esas sonrisas que tanto me desarman y agarra mi rostro con ambas manos para besarme.